

Mi escritura toda. Toda a escrita

Pedro Seyylla de Juana

Mi escritura toda. Toda a escrita

Pedro Sevylla de Juana

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

© Pedro Sevylla de Juana, 2025

Diseño de la cubierta: Equipo de diseño de Universo de Letras

Imagen de cubierta: ©Muchacha leyendo. Pintura al óleo de Joan-Honoré Fragonard, año 1769. Dominio Público Wikimedia Commons

Obra publicada por el sello Universo de Letras

www.universodeletras.com

Primera edición: 2025

ISBN: 9788410460652

ISBN eBook: 9788410462052

*A Cesáreo Gutiérrez Cortés, por las veces
que me sacó de un apuro literario.*

Introducción de Cesáreo Gutiérrez Cortés. Apuntes biográficos de Pedro Sevylla de Juana. Biografías en castellano y portugués. Otros datos de su trayectoria. Referencias vitales complementarias en los dos idiomas. Datos de la edición y escritos de cada uno de sus libros. Primero los firmados P. Sevilla de Juana. La y griega, cuándo y porqué. Luego los firmados Pedro Sevylla de Juana.

De colofón y punto final hacen la sinopsis de su libro trigésimo quinto, *40 autores en castellano e portugués. Mis traducciones*, más el extracto titulado: *La tarea de traductor*.

Primer concepto

Introducción de Cesáreo Gutiérrez Cortés

Las cuatro dificultades más peliagudas superadas por Pedro

Respecto al escritor ibérico e iberoamericano, como se considera a sí mismo Pedro Sevylla de Juana, puedo decir que ha vivido mucho tiempo. Lo digo teniendo en cuenta lo que cabía esperar. Su vida se inicia con el riesgo representado por el nacimiento. Ocurrido en el octavo mes de gestación, tuvo efectos inmediatos y enfermedades derivadas. En los primeros días, el peligro de muerte del recién nacido, fue real e inminente. La madre convaleciente y la tía más próxima, siguieron, día y noche, las recomendaciones del doctor hasta verlo alimentarse y reposar de la manera deseable. Pronto las enfermedades residuales fueron superadas por una niñez casi sana.

Otra dificultad la encarnaron las mulas aquellas de la Casa Grande, más de veinte, para el niño de poco más de dos años. Sucedió junto al bebedero de piedra del primer patio, cuando iban a beber y él, animado por verlas llegar una tras otra de la cuadra, soltó la mano de la madre y corrió hacia ellas. Tropezó al llegar al principio de la hilera. Pasaron por encima del niño en llanto, suma delicadeza y mucho cuidado, sin

causarle daño alguno. Su madre murió y resucitó en instantes eternamente próximos.

La tercera dificultad se alargó los siete años del colegio interno de La Salle. Alumnos externos e internos, excelentes instalaciones e instalaciones y el precio más alto de la ciudad. Tan solo a modo de ejemplo, pongo aquí el daño irreparable sufrido por el niño Pedro en ambos oídos. Sin razón explicada, recibió los tortazos, seis en cada lado, ofreciendo la otra mejilla apoyada en la mano abierta. El hermano Teodomiro tuvo la precaución de quitarse el reloj de pulsera para no romperlo. O los cintarazos en la espalda recibidos de otro fraile, rodillas en tierra él, cabeza y brazos apoyados en la cama. Hubo, sin embargo, algunos frailes ejemplares. La memoria ha ido suavizando y suavizando los golpes recibidos, para destacar la parte positiva. Parece ser que la hubo: se hizo fuerte en defensa de los débiles, forjando el carácter firme que los cercanos han conocido.

La cuarta de las dificultades causó su efecto a considerable distancia, espacio y modo de vida. Con el documento de estudiante alberguista, a más de visado y pasaporte, ya mayor de edad, visitó Checoslovaquia. Eran entonces un solo país los que ahora son dos. Llegó al llamado telón de acero: alambradas de espino, torres vigías con militares armados. Uniformados y perros escrutaban por debajo los vagones del tren. Funcionarios rígidos, recorrían pasillos y cada uno de los departamentos para comprobar pertenencias y documentos. Se alojó esa primera noche de Praga, en un albergue de la calle Konévova, así llamada en honor del mariscal soviético Iván Kónev. Al pedir el pasaporte para salir a la mañana siguiente, el documento recibido en la ventanilla correspondía a otra persona, un estudiante varón nacido en Sevilla. Lo explicó de la mejor manera posible, haciéndose entender tan solo a medias. Su situación estaba clara, no podía buscar otro alojamiento ni presentarse a la policía. Como permanecer en el albergue le estaba permitido durante una semana, quedó allí esperando. Tuvo suerte: varios días más tarde, el dueño del pasaporte equivocado volvió con un agente de la autoridad a por el cierto, devolviendo el otro. De

ese modo, Pedro recibió con el pasaporte la libertad y la seguridad tras-papeladas. Perdidas, para mayor inconveniente, en aquel lejano país situado tras el temido telón de acero.

Nunca me refirió Pedro otros contratiempos de tal trascendencia, por eso deduzco que no los hubo. Dejo aquí estas líneas y pongo la caperuza al bolígrafo, como si se tratara de un halcón que regresa a mí desde su vuelo venatorio.

Apuntes biográficos de Pedro

María de Juana, nacida en Fuentes de Valdepero en 1913, estudió en una academia de Palencia *Economía doméstica y confección de moda*.

Lucio Sevilla, nacido en el próximo Husillos en 1915, recibió, como alumno externo, *Formación general* en el colegio La Salle de Palencia.

Ambos fueron los padres de **Pedro Sevilla de Juana**.

Pedro Sevylla de Juana es el nombre con el que firmó la mayor parte de sus escritos.

Apontes biográficos de Pedro

Maria de Juana, nascida em Fuentes de Valdepero no ano 1913, estudou numa academia de Palencia *Economia doméstica e confeção de moda*.

Lucio Sevilla, nascido no próximo Husillos em 1915, recebeu, como aluno externo, os cursos de *Formação geral* no colégio La Salle de Palencia.

Ambos eram os pais de **Pedro Sevilla de Juana**.

Pedro Sevylla de Juana é o nome com que assinou a maior parte de seus escritos.

Biografía

Escritor ibérico e iberoamericano, académico correspondiente de la Academia de Letras del Estado de Espírito Santo en Brasil y galardonado, entre otros, con el Premio Internacional Vargas Llosa de novela, Pedro Sevylla de Juana nació en plena agricultura de secano. Sucedió allí donde se juntan la Tierra de Campos y El Cerrato, en Valdepero, provincia de Palencia y España. La economía de los recursos a la espera de tiempos peores, ajustó su comportamiento. Con la intención de entender a los mayores, aprendió a leer a los tres años. A los nueve inició sus estudios en el internado del colegio La Salle de Palencia. En Madrid cursó los superiores.

Para explicar sus razones, pronto se inició en la escritura. Cerca ya de los ochenta, pese a los inconvenientes físicos y mentales, transita la etapa de mayor libertad y osadía; le obligan muy pocas responsabilidades y sujeta temores y esperanzas.

Ha vivido en Valdepero, Palencia, Valladolid, Barcelona y Madrid. Pasando temporadas en Cornwall, Ginebra, Estoril, Tánquer, París, Ámsterdam, La Habana, Villeneuve sur Lot y Vitória ES, Brasil. Publicitario, conferenciante, traductor, articulista, poeta, ensayista, editor, investigador, crítico y narrador; ha publicado treinta y seis libros. Colaborando en diversas revistas de Europa y América, tanto en lengua española como portuguesa. Trabajos suyos integran ocho antologías internacionales. Reside en El Escorial, dedicado por entero a sus pasiones más arraigadas: vivir, leer, reflexionar y escribir.

Segundo concepto

Otros datos de su trayectoria

Aquí va algo de lo que Pedro Sevylla mostró de su trayectoria en los escritos.

Debido a un error del médico titular de la villa, nació en Valdepero un mes antes de lo esperado. Don César, reconocido especialista de Palencia, logró salvar a la madre y al hijo. Pedro atribuye aquel adelanto a su natural impaciencia, esa actitud impulsora de acortar los procesos de aprendizaje. No tuvo hermanos. Por eso, sus dos veces primos, hijos de madres hermanas y padres primos carnales, de hermanos hicieron. Desde el nacimiento, hasta entrar interno en el colegio La Salle de Palencia, vivió en Valdepero con idas constantes a Husillos. El antiguo Fusiellos, campo y pueblo, era el lugar de nacimiento del padre, donde había heredado tierras de labor y vivía parte de la familia.

A esa especie de frontera, cruzada con frecuencia, unió otras a lo largo de la vida. De modo que siempre se sintió fronterizo. Palencia y Valdepero. Madrid y Palencia, Valladolid y Barcelona, Barcelona y Madrid, Madrid y El Escorial. También entre España y otros países europeos. Por último, España y Cuba, España y Brasil. Fronterizo se sintió también en cuanto a las actividades desarrolladas: Agricultor y estudiante, estudiante y trabajador, trabajador en la sede central de la

empresa, gestionando asuntos de la red comercial. Lo mismo sucede entre los países recorridos y los idiomas hablados.

La consideración de fronterizo tiene un inconveniente, el de ser visto como del otro lugar cuando se está en cualquiera de ellos. Tiene la ventaja de lograr una visión de conjunto, debido al dominio de las áreas circundantes.

Precoz también fue, acaso como derivación de la impaciencia. A los tres años aprendió a leer. En el internado, nueve, diez años, sumergido de lleno en la lectura de libros, comenzó a escribir poemas. En los paseos de jueves y domingos contaba historias improvisadas a un grupo de seguidores. Con doce años, castigado por descreído a estudiar durante la misa diaria obligatoria, escribió una novela corta, algo más de cincuenta páginas hijas de sus lecturas. A los catorce descubrió a Chesterton, cuyas obras le cambiaron la forma de escribir y hasta la manera de entender la escritura.

Tenía diecisiete cuando llegó a Madrid para proseguir los estudios, pensión de la calle General Pardiñas. A los dieciocho se inició en el trabajo, como personal contratado, en el Centro de proceso de datos del Ministerio de Hacienda. Localizada la sede en la calle Montalbán, mudó su residencia a una pensión situada en la calle del Prado, frente al Ateneo de Madrid. Cerca estaban, además, los cuadros universales del Museo del Prado y la Cuesta de Moyano con sus casetas de venta de libros usados. Trabajo, estudios, escritura y pintura: esa fue su vida de aquel tiempo.

Especializado profesionalmente en las áreas de Publicidad y Marketing, perteneció a cuatro empresas multinacionales de primera línea. De la última, siendo jefe del departamento de publicidad, salió a los cuarenta y nueve años para dedicarse por entero a la escritura. Es necesario destacar la constante vital de haber eludido la notoriedad. Lo hizo debido a los beneficios e inconvenientes que acarrea, ambos distractivos de su dedicación a lectura y escritura.

Se empleó a fondo en las actividades. Quizá, con la excepción del estudio en las clases. No necesitaba leer repetidamente las lecciones. Su

facilidade de compreensão le permitia captar el meollo, los conceptos y las ideas. Sucedió así desde la escuela de párvulos.

Durante el aprendizaje de la psicología, un año entero a tres horas diarias, hubo un ejercicio donde el grupo analizaba, sirviéndose de las diversas pruebas existentes, la capacidad intelectual del resto. Entre 145 y 149 coincidieron los demás en el índice o percentil de Pedro. No obstante, esa capacidad intelectual, aunque utilizada para sobrevivir en el internado, le parecía poco útil sin la capacidad del esfuerzo. Hasta quince horas diarias trabajó ya jubilado anticipadamente: día y parte de la noche. Así sucedió con *Del elevado vuelo del halcón*, su novela más elaborada, y con *40 autores en castellano e portugués*, la última entrega.

Outros dados da sua trajetória

Aqui vai algum detalhe do que Pedro mostrou da sua trajetória nos escritos:

Um mês antes do esperado, nasceu em Valdepero devido a um erro do médico titular da vila. Don César, reconhecido especialista de Palencia, conseguiu salvar a mãe e o filho. Pedro atribui aquele avanço no tempo a sua impaciência natural, essa atitude impulsora de encurtar os processos de aprendizagem.

Não teve irmãos. Por isso, suas duas vezes primos, filhos de mães irmãs e pais primos carnais, de irmãos fizeram. Desde o nascimento, até entrar como interno no colégio La Salle de Palencia, viveu em Valdepero com idas constantes a Husillos. A antiga Fusiellos, campo e vila, era o lugar de nascimento do pai, onde herdou terras de trabalho e tinha família principal.

Junto a essa espécie de fronteira, frequentemente atravessada, pôs outras ao longo da vida. De modo que sempre se sentiu fronteiriço. Palencia e Valdepero. Madrid e Palencia, Valladolid e Barcelona, Barcelona e Madrid, Madrid e El Escorial. Espanha e outros países europeus, Espanha e Cuba, Brasil e Espanha. Fronteiriço, também, se sentiu em relação às atividades desenvolvidas: Agricultor e estudante,

estudante e trabalhador, trabalhador na sede da empresa, gerenciando assuntos da rede comercial. O mesmo acontece entre os países visitados e com as línguas faladas.

Ser fronteiro tem o inconveniente de ser considerado do outro lugar quando se está num deles. Tem a vantagem de dominar as áreas circundantes.

Precoce também foi, talvez como resultado da impaciência. Aos três anos aprendeu a ler. No internato, nove, dez anos, imerso na leitura de livros, começou a escrever poemas. Nas caminhadas de quinta e domingo, ele contava histórias improvisadas para um grupo de companheiros, assíduos seguidores. Com doze anos, punido por descrente a estudar durante a missa diária obrigatória, escreveu um romance curto, pouco mais de cinquenta páginas, filhas das suas leituras. Recém cumpridos os catorze, ele descobriu Chesterton, mudando seu estilo de escrever e até mesmo o modo de entender a escrita.

Aos dezessete, chegou até Madri para continuar os estudos, alojando—se na pensão da rua General Pardiñas. Tendo dezoito anos começou a trabalhar. O fez como pessoal contratado no Centro de Processamento de Dados do Ministério de Fazenda, localizado na rua Montalbán. Mudou, por isso, sua residência para uma pensão da rua do Prado, frente ao Ateneu de Madrid. Perto estavam, também, as pinturas universais do Museu do Prado e a Cuesta de Moyano com suas lojas de venda de livros usados. Trabalho, estudos, escrita e pintura: essa era a vida dele naquele tempo.

Especializado profissionalmente em Publicidade e Marketing, pertenceu a quatro empresas multinacionais de primeira linha. Da última, como chefe do departamento de publicidade, saiu aos quarenta e nove anos para se dedicar inteiramente à escrita.

Viveu intensamente dedicado a todas as tarefas e atividades. Talvez, com a exceção do estudo nas aulas. Não precisava ler repetidamente as lições. Sua facilidade de compreensão lhe permitiu captar o cerne, os conceitos e as ideias. Aconteceu assim desde a escola de párvulos. Durante a aprendizagem da psicologia, um ano inteiro a três horas

diárias, houve um exercício em que o grupo analisou, usando as várias provas existentes, a capacidade intelectual do resto. Entre 145 e 149 coincidiram os outros no índice ou percentil de Pedro. No entanto, essa capacidade intelectual, embora usada para sobreviver no internato, lhe parecia pouco útil sem a capacidade do esforço. Até quinze horas por dia trabalhou, leitura e escrita, já aposentado antecipadamente, dia e parte da noite. Assim aconteceu com *Del elevado vuelo del balcón*, seu romance mais elaborado, e com *40 autores em castelhano e português*, sua última entrega.

Referencias vitales complementarias

Valdepero, villa de mi nacimiento e infancia, antes de recrearlo yo mezclando lo real y lo irreal, siguió los pasos de la Naturaleza toda, de todo el Universo. Fue vapor incandescente, fluido llameante, comienzo de una solidificación todavía encendida, calor excesivo para cualquier forma de existencia. Desprendió gases ardientes, llamaradas, pan volcánico y lava, como si se tratara de un volcán activo, todo él magma. Tiempo, tiempo y tiempo en cada estadio: lo que suma tiempo, tiempo y más tiempo en la completa evolución. El poemario *Orígenes*, de *Imago Universi Mei*, lo describe haciéndose habitable y habitado. Planeta Tierra, ya. Tibio primero, la vida inicial y la plenitud de vida. Piedras, plantas, animales, la especie humana diferenciándose del resto día tras día. Sus dificultades, el entorno, la multiplicidad de dioses y esa manera de observar el entorno y de imaginar el resto.

Mi Valdepero está hecho de una mezcla bien amasada de lo constatado y lo intuitivo. Es un pan redondo de sabrosos coscoritos rodeando la miga central. Un pan cuya harina es mi percepción de la realidad circundante. Es espacio, aunque inconcreto, que abarca el territorio recorrido en la niñez: Casa Grande donde nací y Casa familiar junto al Arco en el Arrabal, adonde llegué a los tres años. Larga calle Mayor, y campo al que los traqueteos del carro me llevaban. Personas y animales domésticos, el cielo azul, blanco o gris en sus diversos tonos; árboles

escasos de la carretera, Valdegayán y el Rabanillo, más los arbustos crecidos en las laderas. Mi Valdepero es la familia, la cuadrilla de amigos, sus familiares y todos los demás.

Dijo entonces de sí mismo:

Reparto en una cesta la ración de matanza,
el chichurro en un puchero;
y tantos amigos tengo que no bastan
las quince arrobas del cerdo.

Asim concebía o principio de tudo:
En su propio final inalcanzable
se enraíza el imposible principio del tiempo
y los bordes del espacio se alejan a la velocidad de la luz
siguiendo los treinta y dos rumbos de la rosa de los vientos.

La eternidad es el tiempo que tarda la luz en recorrer
el espacio infinito,
la infinitud es el extremo espacio que la luz alcanza
en su eterno recorrido;
se explican juntas ambas, la una sin la otra no son nada.

Tiempo y espacio protegían,
justificando su propia existencia,
a la inestable energía.
La energía fue transformándose en materia:
miríadas de mundos en pos de la armonía
y la materia adquirió su forma tan diversa.

En su cópula engendraron, materia y energía,
sístoles y diástoles,
el primer hálito de vida.

Telúrico vientre domicilio de embriones,
útero terreno,
origen
del origen primero.

Cruzando los umbrales más profundos,
se unificarán planetas y electrones,
hasta concretarse todo en uno
lo de arriba y lo de abajo,
lo enorme y lo minúsculo

Referências vitais complementares

Valdepero, vila do meu nascimento e infância, antes de recriá—lo eu mesmo misturando o real e o irreal, seguiu os passos da Natureza toda, de todo o Universo. Foi vapor incandescente, fluido flamejante, início de uma solidificação ainda incendiada, calor excessivo para qualquer forma de existência. Liberou gases ardentes, chamas, pão vulcânico e lava, como se fosse um vulcão ativo, todo magma. Tempo, tempo e tempo em cada estágio: o que soma tempo, tempo e mais tempo na evolução completa. O livro de poemas *Orígens*, do livro *Imago Universi Mei*, descreve—o tornando—se habitável e habitado. Planeta Terra, já. Morno primeiro, a vida inicial e a plenitude da vida. Pedras, plantas, animais, a espécie humana se diferenciando do resto dia após dia. Suas dificuldades, o ambiente, a multiplicidade de deuses e esse modo de observar o entorno e imaginar o resto.

Meu Valdepero, é feito de uma mistura bem amassada do constatado e intuído. É um pão redondo de saborosos bordos rodeando a migalha central. Um pão cuja farinha é minha percepção da realidade circundante. É espaço, mais espaço inconcreto, que abrange o território percorrido na infância: Casa Grande onde nasci, e Casa junto ao Arco no Arrabal, aonde cheguei aos três anos. Longa rua principal, e campo para o qual os caminhos de carroças me levavam. Pessoas e animais

domésticos, céu azul, branco ou cinza em seus vários tons; árvores escassas da estrada, Valdegayán e Rabanillo, além de arbustos crescidos nas encostas cinzentas. Meu Valdepero é a família, a quadrilha de amigos, seus familiares e todos os outros.

Tercer concepto

Datos de la edición y escritos
de cada uno de sus libros

Obras firmadas P. Sevilla de Juana

Poesía:

El hombre en el camino (1978), Relatos de piel y palabra (1979),
Poemas de ida y vuelta (1981), Mil versos de amor a Aipa 1961-1981
(1981), Somera investigación sobre una enfermedad muy extendi-
da (1988), El hombre fue primero, la soledad vino después (1989),
Madrid, 1985 Tierra de labor bajo el asfalto (1989), Añara (Crónica
de un amor inacabado) (1993),

Narrativa

Relato breve de los extraños sucesos ocurridos en el Principado
(1982), Pedro Demonio y otros relatos (1990)

Descripción de los libros

1 *El hombre en el camino* P. Sevilla de Juana 1978
Colección Gris y Pardo. Serie poemas nº 1 70 páginas
manuscritas con tinta negra

Dedicatoria:

El yo universal, al yo doméstico, agradecido.

ISBN 84-300-0245-6

Depósito legal M.40061-1978

Tras aquel desaparecido *Lágrimas de amor para regar trigo y amasar pan*, este es su primer libro de los conservados. Se publicó manuscrito en 1978, con poemas escritos en un viaje de regreso de París haciendo autostop en 1972. Se imprimieron quinientos ejemplares que, el autor y sus hijos, entregaron en trueque a los lectores del Rastro de Madrid, el parque de El Retiro, al principio de la Cuesta de Moyano y la Plaza Vieja de Vallecas. Fue vendido por librerías de libros nuevos y usados: poesía y relato principalmente.

El hombre en el camino

Presentación

Es este un libro experimental por cuanto nació de una experiencia y es, por las circunstancias, un libro de viaje. Viaje de vuelta con todo lo que implica de sabiduría y prejuicios acumulados.

Es un libro cerrado, completo. No he sido capaz de añadir un poema más, ni de quitar un solo verso sin perjudicar a mi estética.

Es un libro premeditado, meditado y editado. Corregido cien veces en siete años tras cada lectura o transcripción. Es un libro sencillo con claves fácilmente identificables para quien ha recorrido el camino con

los ojos abiertos. Es universal, amplio. Todo el espacio del cosmos y todo el tiempo de la humanidad están en él, herencia y ámbito.

No es consejo, no es muestra indicativa. Es, solamente, la confesión voluntaria de un caminante para que el lector se sienta acompañado en su recorrido vital. Aquí van algunos de los poemas:

El agua y la luz

y todo lo demás
después;
los charcos y los candiles
la oscuridad y los desiertos.

El hombre como especie,
la persona,
tuvo que inventar justicia
y paz
y tuvo que inventar
amor;
al llegar no había nada,
agua y luz.

Inventó los gritos
y los garabatos,
el negro sobre el blanco
y el azul.

Inventó las redes y el arado,
el día y la noche
el bien y el mal.

Inventó la alegría
y lanzó al mar máscaras trágicas
que imitaban de lejos a la muerte.

Comprendió después de mucho tiempo
lo que la vida era
y soñó que él era vida.

Así inventó a los otros de noche
y por la mañana sembró los campos
al atardecer contó las estrellas que nacían
y tuvo ocupadas las manos
domesticando tormentas.

El hombre como especie,
la persona,
tuvo que inventarlo todo
cuando vino nada había.

París, agosto 72

La tierra y las líneas verticales

fueron para el hombre
punto de partida.

Con ellas hizo los caminos
y plantó los árboles
sembró los ruiseñores y las primaveras,
pintó los crepúsculos rojos
y los amaneceres tibios,
creó el amor
y engendró la vida.

Todo fue bien
mientras tuvo al tiempo de su lado
mientras tuvo tierra y líneas verticales.

Después serró los trinos de las aves
y borró sus vuelos,
torció los cauces de los ríos
y tiró sobre ellos puentes,
dejó caer al borde del camino
zarzas y espinas
y lloró tinieblas ignoradas
y trampas para animales salvajes.

Todo fue bien
mientras tuvo al tiempo de su lado
mientras caminó por los campos estériles
con la mirada puesta en las estrellas.

París, agosto 72

El hombre vino un día

sin saber el camino del mar
con toda su carga de peces plateados
y los arrojó en la tierra
donde florecieron milagros.

En tiempo de esperanzas
caminó un día y otro día
y una noche también caminó.
Al amanecer vio a lo lejos un barco
llevado en silencio por las olas redondas
y suspiró por los peces
arrojados en la tierra.

Volvió hacia atrás
sobre sus pasos

pero no hubo más peces
ni más milagros.

París, agosto 72

El hombre pidió luz

y le dieron
árboles y caballos
junto a una silla en el parque.

Siguió pidiendo luz
y le dieron
torrentes de agua pura,
arroyos que eran casi ríos,
noches de luna iluminadas
que eran días casi,
atardeceres sangrientos
y amables gorriones.

¡Luz!, exclamó de nuevo
y tuvo, entonces,
estatuas,
obras de arte,
nobles maderas en forma de muebles,
edificios,
calles, plazas, avenidas,
riberas de anchos mares.

¡Luz!, ¡luz!, decía.
Y recibió leche y miel
y pan recién cocido
y manteca y frutas maduras

y avellanas y limones
y sangrientas granadas.

¡Luz!, ¡Luz!, ¡Luz!
¡Qué me muero!

En un tiempo pequeño
no tuvo nada,
solo silencio.

Después...
vino el fuego
y el hombre ardió
con viva luz blanca,
ascua luminosa
en medio de la noche oscura.

París, agosto 72

El hombre gritó sus palabras al viento

sobre la montaña altiva
y esperó la respuesta del tiempo
sentado en una roca.

Esperó en vano tarde y noche
mirando ciegamente
por donde el viento llevó sus palabras.

Las rocas esperaron con él
tarde y noche
y el viento no volvió con las palabras lanzadas.

Pasaron un verano y una primavera,
el ciclo del año con sus estaciones,
el calor y el frío
el gris y el azul,
mientras él observaba a la Luna
en sus cambios de fase.

Y al fin
cuando marchaba,
el eco de sus gritos oyó alegre
y bajó la montaña corriendo
para dar al viento las gracias
por las palabras que creyó perdidas.

París, agosto 72

El hombre, en su reflexión ensimismado,

se sentó sobre un tronco caído
junto al camino trazado
desde muy antiguo.

Pudo escuchar allí y entonces
el canto de los pájaros
y las músicas celestiales.

Durmió su desaliento
toda una tarde
y al despertar, de noche,
tomo una dirección equivocada.

Anduvo y anduvo a través de pedregales,
hasta llegar, virgen de pisadas,

a un verde valle
abierto por un río de peces saltarines.

Acomodado en la ribera blanda
durmió y durmió de nuevo
nuevamente
entre sueños inconexos.

Admirándose, al despertar,
bien avanzado el día,
al ver que otras gentes
siguieron sus pasos errados
y un camino nuevo se abría en el mundo.

París, agosto 72

Por sus residuos

se conoce al hombre como especie,
a la persona,
por lo que deja al borde del camino
cuando sigue caminando.

Por los paisajes que abandona
y los pájaros que mata,
por las mañanas luminosas que desprecia,
por la avidez con la que sorbe el agua
en el arroyo
o en el manantial profundo.

Por la manera de tomar el sol
y de observar a las hormigas
por la forma de preservar las flores

y el césped del jardín ajeno.

Por los trazos de sus manos
y sus pies
frente a los niños.

Por los consejos que entrega a los extraños
y su necesidad de colores,
por su sonrisa en las noches invernales
y su entrega a las palomas,
por lo dejado al borde del camino
cuando sigue caminando.

Por sus residuos
se conoce al hombre.

Boneval, agosto 72

El viento lleva las palabras susurradas

allí donde se cruzan
las líneas paralelas que forman los caminos.

El hombre no llega jamás al infinito
porque allí se congregan todos los secretos
todas las palabras dichas al oído,
aquello que se escribió en la arena
o en el agua,
todo lo que se borró algún día.

Están allí las huellas que el tiempo ocultó
porque no llevaban a ninguna parte,
las vidas que dejaron de ser útiles,

las hojas muertas llevadas por el río,
los malos pensamientos.

Los peces que comieron el cebo
y no fueron pescados
se reúnen
allí, en el infinito,
para explicar su técnica de escape
mientras escuchan las palabras
que el hombre como especie,
la persona, dijo
puesto el cuidado en que no fueran oídas.

Poitiers, agosto 72

El hombre y los árboles

siempre unidos
en el ir y venir.

Caminos, ríos,
alamedas,
el hombre va por ellos
con los árboles de la mano,
del modo en que van
los hijos
con su padre,
de la mano
y despacio

En ocasiones el hombre como especie,
la persona,
no encuentra los caminos

buscados
tras los pasos mentidos.

Llegó el tiempo extremo
de sujetar los caminos
con los árboles,
para que no cambien de lugar
y el hombre
pueda llegar a su destino.

Tours, agosto 72

Qué bellas son las ciudades

edificadas por el hombre en las colinas.
Exigen el esfuerzo de las largas andaduras,
entregando el hechizo
de las puestas de sol amigas.

Solo conducen a sus casas
los senderos que van y vienen
del río,
donde los infantes buscan flores
y peces esquivos.

El cielo azul y blanco
está sobre las tejas
de los tejados
tan solo
a un palmo.

Y el hombre cansado
piensa

mientras sube las calles
en cuesta
que desde lo alto es más fácil
alcanzar las estrellas.

Angoulême, agosto 72

Llegaban al hombre

palabras de los mil puntos cardinales.
Palabras, palabras, palabras
que lo decían todo
y todo lo llenaban.

Estuvo oído atento
para diferenciarlas:
amigas, enemigas,
buenas, malas.

Seguían llegándole sonidos
que explicaban el mundo
y el origen de la vida,
el antes y el después
y el más allá del todo inacabable.

Palabras consejeras
del modo de actuar
en cruces de caminos.
Mensajeras de dioses invisibles
e inauditos,
autores de los milagros cotidianos,
en su complejidad, sencillos.

El hombre como especie,
la persona,
se durmió con tan prolongado aviso
bajo un árbol seco
al pie del camino.

Bayonne, agosto 72

El tiempo que pasa lentamente

para el hombre
es el de los cambios:
la transición entre períodos diferentes,
el crecimiento de los árboles
y de los niños,
la llegada el día
gestaciones y partos en las hembras.

Bayonne, agosto 72

Las gentes de las pequeñas aldeas

miran con respeto al hombre que camina,
creyendo que logró arrancar
el ancla
que le unía al mar,
o romper las raíces
que le ataban a la tierra.

Esas gentes están allí,
en las aldeas pequeñas,
con el alma grande
atada a las piedras,

encadenadas al tiempo
sin lágrimas siquiera
esperando, espero y desespero
a que por la vereda
llegue algún viajero.

Burgos, agosto 72

El hombre va por los caminos

como por casa propia
cuando ha caminado mucho tiempo.
Conoce los recodos angostos
y las piedras
que van a desprenderse.
Sabe la razón del canto de los mirlos
y el lugar donde encuentran
sus granos
las hormigas.

Un mal día se unen
todos los vientos
que en el mundo soplan,
y arrastrando arenas de cualquier
desierto
ocultan las huellas
que dejaron unos pies
tras
otros.

El hombre considerado como especie,
la persona,
comienza entonces

a observar a las hormigas
y a los grillos
como si fuera la primera vez
que hace el camino.

Fuentes de Valdepero, agosto 72

El aire, el agua

la tierra y el fuego
están en el sendero
esperando al hombre
cuando el hombre pasa impulsado por el tiempo.

El hombre lleva sobre los zapatos
el polvo recogido,
veredas y senderos,
en todos los caminos.

Un paso tras otro
despacio o con prisa
a través de los campos incógnitos
—aire, agua, tierra, fuego
y tiempo,
queda el blanco polvo
blanqueando los zapatos del hombre
como única y final
difícil prueba
de su constante andar.

Fuentes de Valdepero, agosto 72

Palabras elementales

nubes, luz, cariño,
amanecida;
elementales actos,
comer, dormir
hacer
lo que hacen todas las bestias
y mirar al infinito
sin ver nada.

Pero el hombre
considerado como especie,
la persona,
es más que todo eso.

Vino al mundo
lo trajeron
con un destino alto.

Alto destino de cazar mariposas
salvajes caballos
y poemas elevados.

Vino al mundo
lo trajeron
para sustituir estatuas viejas
por otras
nuevas,
romper ídolos de barro,
cuidar flores domésticas,
perros, gatos y caballos,
sembrar las parameras

soplar sones nuevos,
curar dolores, regar praderas
unas breves,
otras extensas,
encauzando beneficiosas lluvias
imágenes desveladas
u ocultas
y pronunciar palabras no dichas
hasta entonces
nunca.

Elementales:
mujer, amor, hombre,
nada,
casi todo,
tristeza y amargura,
caridad,
esperanza
y arreglar miles de litigios
entre abejas
y elefantes.

Llegó, lo trajeron
para trazar una línea
final
de comprensión tardía
victoria última
sobre todas las cosas
reales e inventadas.

Vino al mundo
lo trajeron
para despertar animales

y plantas
que dormían.

Se irá
y después de él
el diluvio y la muerte.

Y después de él
lo desierto
la oscuridad
el silencio
la nada más infecunda'
la nada,
NADA

Fuentes de Valdepero, agosto72

Cuarto Concepto

Relatos de piel y de palabra

P. Sevilla de Juana 1979

Colección Gris y Pardo Serie poemas nº 2 58 páginas
manuscritas con tinta roja

Dedicatoria

A Cataluña toda
y a la ciudad de Barcelona especialmente
con nostalgia.

ISBN 84-300-0991-4

Depósito Legal M 17941-1979

Presentación

Relatos de piel y de palabra, es el segundo libro de mis poemas que ve la luz (al menos la penumbra), y lo hace por obra del azar que lo eligió entre varios posibles.

Del primero, *El hombre en el camino*, de su publicación y circunstancias anejas, he sacado no pocas experiencias y saberes. Conozco

que, al menos, hay en este país quinientas personas que leen poesía. Ya lo sé, más difícil que escribir es publicar; y más aún encontrar interesados en su lectura. Mis amigos, a quien desde aquí doy las gracias, me han ayudado en su distribución. Se han vendido en algunas librerías que recomiendo a los poetas noveles. Un domingo en El Rastro de Madrid puse una mesa plegable y un cartel indicando el precio libre, monedas u objetos. La reacción de la gente me inspiró este poema:

Cuando quiten a la gente
el precio de las cosas,
romperá las cosas
porque no puede separar
las cosas de su precio.

Sabe la gente
que se ha de pagar
por todo
antes o después
y si no, hay trampa.

Cuando quiten a la gente
el precio de las cosas
llorará como si le arrebataran las cosas
porque no sabe separar las cosas
del precio de las cosas.

Cuando quiten a la gente
el precio de las cosas
no reconocerá las cosas
porque el precio
es como la forma,
como el color, el olor o la textura
que deben de tener todas las cosas.

Cuando quiten a la gente
el precio de las cosas
no sabrá el orden seguido por las cosas
equivocará la jerarquía
y todo será un caos para la gente
que ordena las cosas
por el precio puesto a las cosas.

Pero si queremos que la gente
cambie la manera de ver las cosas
debemos quitar el precio
que un día se puso a las cosas.

Madrid, El rastro, mañana del domingo 14-1—79

Comentario:

Envié diversos ejemplares a periódicos, revistas, embajadas, bibliotecas... Pensando que allí quedarían más tiempo abiertos. Me llegaron muy pocos acuses de recibo.

En momentos de desánimo pensé dejar de publicar y vender, ya que el escribir es algo irrefrenable.

Los poemas de este segundo libro tienen en común la geografía, el ámbito, Barcelona, sobre todo. Eso los une en libro publicable. Al menos esa es la excusa que he encontrado a mi debilidad.

Este es un libro teóricamente abierto, incompleto. Aunque en la práctica, habiendo perdido el tiempo y el espacio defintorios, se hace imposible cualquier añadido.

Es un libro local, individual e instantáneos. Complejo, dada la complejidad de las historias. He puesto el armazón para que el lector complete el contenido.

Insisto en la forma de impresión, cuaderno manuscrito, a pesar de los consejos recibidos en contra.

Si la marginación es una constante de la poesía actual. Tendré yo esa marginación. La sufriré o la gozaré en pro de la pureza de mi estética difícil de conservar de otro modo.

P. Sevilla de Juana

Poemas de ida y vuelta

P. Sevilla de Juana 1981

Colección Gris y pardo Serie poemas nº 3, 33 páginas
manuscritas con tinta negra

Dedicatoria:

A los defraudados,
con un poco de esperanza

ISBN 84-300-3850-7

Depósito legal: M-2287-1981

Termina con este texto

A modo de explicación

Embarcado que hube a mis poemas en la aventura editorial, me debía este libro: *Poemas de ida y vuelta*, que cierra la trilogía formada con los otros dos: *El hombre en el camino* y *Relatos de piel y de palabra*. Trilogía que estuvo un año abierta, dando de mi obra una imagen incompleta, coja y equívoca. Resuelto por mi mano el problema de la ilustración, que me frenaba, ahí va.

Marca este libro el final de un ciclo, que es, a su vez, el resumen de lo que será mi trabajo poético futuro. En él, el encanto inicial es sustituido por el desencanto y, a este, le abre la puerta la búsqueda de los orígenes, para `una vuelta a empezar`.

Esta vuelta es la negativa al suicidio, la explosión de vida interior irrefrenable, que tira paredes, avasalla y se abre paso por cauces distintos hasta morir viviendo. Es, pues, *Poemas de ida y vuelta*, un mensaje de esperanza para todos aquellos que, como yo, han recorrido el camino en sus dos sentidos, madurando mucho en poco tiempo.

Estoy ahora, de nuevo a flote, en una situación de privilegio. Con un conocimiento de mí mismo muy profundo y una visión de conjunto amplia. Esto es todo lo sacado en limpio.

El desarrollo de todo mi potencial humano, el crecimiento personal con un sentido de utilidad social, será mi nueva justificación de vida.

La ida y la vuelta, portada y contraportada del libro, son aquel niño que se lanzaba a la vida y el hombre sentado tomando precauciones, estudiando la situación, que duda y de la duda hace su punto de partida. Así quisiera ser leído, porque así quise escribirlo. Espero haberlo conseguido.

P. Sevilla de Juana

Un poema de este libro

Rechazo a la familia tradicional

consumidora.
Rechazo a la familia
que engendra el egoísmo.

Rechazo al orgullo
que engendra el egoísmo.
Rechazo al egoísmo
que de hermanos
nos convierte en enemigos.

Rechazo a la familia tradicional
que hace esclavos
a los hijos
de los padres

y a los padres
de los hijos.

Rechazo a la herencia
que hace nacer ricos y pobres.
Rechazo la propiedad privada
que hace a los hombres
esclavos
o esclavizadores.

Rechazo a los accionistas de las compañías
que se reparten dividendos de sudor obrero.
Rechazo al consumo
de bienes inútiles
adquiridos por prestigio social.
Rechazo al prestigio social
de bienes adquiridos.

Rechazo a la compra a plazos
por letras aceptadas
en cadena que nos ata al amo

Rechazo a la moda
que envejece lo comprado.
Rechazo al dinero
ganado en pluriempleo
y horas extras
entregado al dueño
en pago de letras.

Rechazo al fin de semana
consumidor.
Rechazo a las vacaciones

Consumidoras.
Rechazo a los amos
señores de vida y hacienda
y a los políticos constituidos en casta,
manipuladores del día y la noche
y de las manecillas del reloj.

Rechazo a las diferencias
en oportunidades.
Rechazo a los estados,
gobiernos,
fuerzas del orden,
cárceles
y leyes opresoras.

Rechazo al hombre antiguo
nacido al egoísmo
en la familia tradicional
consumidora.

Madrid, abril 1976

Mil versos de amor a Aipa

1961:1981 P. Sevilla de Juana
Colección Gris y Pardo, Serie: Poemas nº 4 61 páginas
manuscritas con tinta azul

Dedicatoria:

A Aipa,
por todo lo que me dio,
por todo lo que aceptó de mí.

ISBN: 84-300-4424-8

Depósito legal M-15152-1981

Presentación:

Inventé a Aipa de madrugada y, llegado el mediodía, me senté en el rincón obscuro de la estancia para admirar la obra ya acabada.

Aipa nació de mi necesidad de luz. Aipa nació luminosa. Presente el medio día, fui sensible a la luz de Aipa.

Soñé a Aipa una noche de insomnio, necesitado de palabras y de piel.

Pinté una mujer de tonos claros. Colores pálidos y tenues vistos en la tierra pisada cada día.

Pensé para ella atributos que siempre busqué en la compañera. Aipa nació libre de aceptar o rechazar, para darme la oportunidad de ser aceptado.

Quise moldear a Aipa a mi medida, pero, ya en su nacimiento, se rebeló en ella una personalidad propia. Tuve que adaptarme yo, moldeándome. Así estuvo completa la obra.

Desde el primer instante tuvo mi aceptación plena y mi voluntad de ser útil en la consecución de sus deseos y necesidades. Feliz, la quise cada día.

Aipa nació deseosa de eternidad, aunque yo temía un futuro incierto.

Debía sobrevivirme Aipa, porque si la sobrevivía yo, iba a necesitarla con una intensidad insoportable.

Algunos poemas del libro:

Casas de piedra y adobe

van formando en dos hileras
calles estrechas y breves
bucólicas veredas,
senderos trazados

al sol de sementera
rutas sabias
rutas viejas
por donde el mundo viene
por donde la vida lleva.

Gris y pardo
adobe y piedra,
calles que se marchan,
plazas que están quietas,
mujeres que lloran,
hombres que siembran
y niños
que a ser mujeres y hombres
juegan.

Atados unos a otros
para que nada se mueva:
las mulas a los pesebres
los arados a las bestias
las mujeres a los hombres
los hombres a las cosechas.

Cuando se desmorone y caiga
yo levantaré la aldea
adobe sobre adobe
y piedra sobre piedra.

Cogí al pasar
tu perfume,
hubiera sido abeja
en tu llanto de pétalos
de aquel septiembre de cera.

Soñabas,
hubiera sido poeta
para imaginar tus sueños
y trillarlos en la era.

Gemías
y para recoger tus lágrimas
me convertí en sementera
y fueron grandes diamantes
lo que brotó de la tierra.

Cuando mueras
seré cielo finito
para que rebose en mí
tu infinita alma entera.

Nada me da tanta pena
como verte marchar
cuesta arriba
camino del mar

Siempre te vas
al atardecer
al mar.

Cuesta arriba
cuesta abajo
con la mirada puesta a lo lejos
siempre
te vas.

¿Qué haces en el mar?
pregunto
¿qué haces allá?

Neptuno y los peces
sabrán la verdad.

Mañana iré
a ver a Neptuno al mar
mañana iré
a ver a los peces al mar.

Mañana podré preguntar
por qué vas cuesta abajo
o cuesta arriba
camino del mar.

Esas rosas teñidas
de atardecer rojizo,
de atalaya que oculta
un sol viajero
son tus manos.

Esas palomas blancas,
cenicientas,
que junto a mí se detienen
y una caricia de pluma
breve
me dejan
son tus manos.

Tus manos
un mundo misterioso
de suspiros que han tomado carne
de lágrimas que se han evaporado.

Tus manos

me envían ríos
en tus dedos
alondras prendidas en la red
de un imposible anhelo.

Tus manos
y después
tú
toda.

Besaré tus manos
como en una trampa,
seguiré besando brazos
acogedores
generosos,
más tarde
tu rostro
el cisne de tu cuello
y al fin
las sombras todas
de tu cuerpo.

Lo tendré todo por tus manos.
Allí será el principio,
después
cuerpo y entrega
tú del todo
entera,
persona
hembra.

Aipa, mi señora,
mujer de senos mil

y de mil brazos,
medusa del amor
bella quimera
hembra de invierno
otoño y primavera,
inmensa claridad
en ojos abiertos a la vida
recién llegada
de la tierra prometida,
puerta
de par en par
abierta,
boca plena de labios carnosos
mujer de los mil besos
mil bocas necesito
o en lucha desigual
sucumbiré,
mujer de mil caricias
ancas de potra sin domar
potra total de cabalgadas miles
cabellos finos
en flequillo y crines,
mujer de mil mujeres
eres la sed y la fatiga
el agua fresca y el lecho deseado,
llanura ventral de tierra madre
cálida piel
que a veces, arde.
Mujer de amor devoradora
mezcla de esclava y de señora,
senos mil
cien mil abrazos,
infinita mujer

eterna compañera
cuando mi boca se pierde
en tu cuello de leona
campo de batalla de los mil mordiscos
el destino me envía
la noche larga
y fría
para que apoye en tus pechos
mi cabeza pensadora
repleta de sueños
mientras mis manos dormidas
alcanzan la estrella del sexo
y abrazados, tú y yo,
muramos satisfechos.

Quinto concepto

Somera investigación sobre una
enfermedad muy extendida

P. Sevilla de Juana 1988

Ediciones Libertarias Poesía 69 páginas

Dedicatoria

A la belleza,
porque sin ella
la soledad será aún más dura.

ISBN: 84-7683-083-1

Depósito Legal M-8857-1988

Contraportada

En 1946, pudo ser, P. Sevilla de Juana una piedra del páramo de su pueblo, Fuentes de Valdepero—Palencia. Pudo ser una espiga de trigo nacida en la tierra gris de Taragudo o en la tierra parda de Valdegayán. Pudo ser un gallo del corral o una liebre del monte.

Pudo ser, incluso, pudo no ser.

Pero fue una voz humana y una voluntad de progreso. Los primeros pasos desde la Casa Grande le llevaron hasta el Arrabal y la escuela del Corro. Y desde allí, con toda su carga de amapolas y potros recién domados, a la ciudad y a Europa.

La utopía anidó en él siendo aún joven, y nunca se le fue del todo ni pudo ser sustituida.

A los tiempos de la ilusión siguieron los tiempos del desencanto. De estos últimos le vino la soledad, La soledad inundó entonces su poesía. Y él, en defensa propia, sembró de poesía su soledad. Solo así pudo sobrevivir.

Y estos son los versos de la supervivencia.

Algunos poemas del libro

Al principio de todo

nos fue dicho:

Vagaréis errantes a lo largo del mundo
buscando las esencias de todo lo que existe,
nadie irá con vosotros
caminaréis solos, aunque vayáis juntos
porque es vuestro destino
vagar hasta encontraros
con vosotros mismos.

Desde entonces andamos
pie sobre pie
a lo largo y a lo ancho
arriba y abajo
llevando la soledad
sobre nuestras espaldas
en pos de un encuentro
que se convertirá, en fin.

Barcelona, 20 de noviembre de 1978

La soledad es una,
mas su origen vario
hace que parezca múltiple
al profano.

Analizando caso a caso minuciosamente
estudiados a miles durante estos años
agrupadas las comunes causas
establecí el primer principio aquí enunciado:

La soledad
es suma de tiempo y resta de espacio,
desnivel,
desequilibrio
desproporción entre lo poseído
y lo necesitado.

Fuentes de Valdepero, 7 julio 82

La soledad
minuto a minuto
es un tren sin destino
anclado en una estación abandonada
fuera de servicio.

A intervalos
la soledad se hace hiriente
insoportable
verdaderamente enemiga
y tiene entonces lugar
la espera permanente
al hombro el tren como equipaje
en la estación inerte.

El transcurrir despacio
con lacerante lentitud
de horas, minutos y segundos
convierte a los inservibles raíles
en agujas,
finas saetas que penetran en la carne
sitio exacto del hombro
en que la pesada carga tiene su doloroso asiento,
y ese instante álgido
duplicándose a veces
reproduciéndose
se eterniza infinitamente.

Estoril, 14 mayo 1982

Un hombre es una persona siempre

y siempre sola
por más que se empeñen los poetas
los músicos,
los curas
o los políticos.

Una pareja
hombre y mujer
son un par de zapatos en su caja
separados por la envuelta de papel,

Una asociación gremial,
los aficionados a la ópera
o los naturales de un país,
no son un colectivo
sino unidades juntas,
por más que la estadística una su número

cruzándolas y entrecruzándolas
y las encuestas den sus características
en tantos por ciento,
de cifras y cifras.

El tiempo
no mejora las cosas,
va rodeando al hombre
limitándolo
haciéndose espacio duro alrededor
ahogándolo.

La gente se equivoca
ve a las islas unidas por el agua,
archipiélago dice
y piensa que es posible hacer con ellas
un todo:
continente
universo
cosmos.

Mas las islas siguen siendo islas
por más que digamos nombres grandes
que a todas
abarquen.

Soria, 11 de abril 1984

El hombre fue primero, la soledad vino después

P. Sevilla de Juana 2ª edición 1981
Valdepero ediciones, colección Yunque de papel
110 páginas,

Dedicatoria:

Al faubourg Saint—Antoine
de París

ISBN 84-87241-01-8

ISBN—13: 978-8487241017

Depósito Legal M-32859-1989

Contraportada

El hombre, en algún punto del camino, tropieza con una soledad creciente. El encuentro, es quizá el más doloroso de la serie y tendrá fin con la muerte.

La diferencia entre ambos está en la utilidad de la experiencia.

Mientras tanto, la misma persona vive una existencia llena de contenido y de posibilidades. Una vida formada por trazos de belleza, de poesía, de singularidad, enterrados entre prosa poética o simplemente prosaica y hueca uniformidad.

A cada uno corresponde desenterrar esos retazos y ampliarlos, hacer su vida única y mejorar el conjunto social.

El autor nos invita a mirar la realidad con cristales de variados colores, a sentir los latidos del corazón en función de los demás y a valorar de manera positiva el tiempo y el espacio en los que vivimos.

Al final del complicado proceso, bien seguido, habremos cimentado la propia felicidad.

Algunos poemas del libro

Al principio existían el aire,
el viento,
la palabra vacía.

Se llenó de contenido la palabra
se hizo densa
y el agua surgió de la palabra comprimida,
surgió el mar,
la líquida llanura.

El tiempo inflamó la palabra,
la palabra se hizo fuego
y evaporando el agua
desveló parte del terreno.

Así
de esta manera singular
el mundo estuvo preparado
y el hombre, la persona,
pudo,
por fin,
llegar.

Palencia, 72

La soledad en el ánimo se oculta
o en el cerebro herido,
su origen es un virus que aún no ha sido aislado,
un gas letal nacido en el ambiente
o una célula, quizá degenerada, del tejido propio,
un tipo más de enfermedad sicosomática

cuyo proceso están investigando
tres o cuatro
analistas solitarios
de su propio caso.

Poco más se sabe
eso es todo lo que avanza la ciencia
en este campo,
de relativa importancia
pues según las estadísticas
es el cuarto origen de las muertes humanas.

Si prometen guardar
un secreto largo tiempo ocultado
haré una confidencia personal,
yo soy uno de esos tres o cuatro
estudiosos del proceso
en su propia soledad.

Pensaba no confesarlo
hasta el final
alcanzada la solución exacta,
tratamiento, prevención, antídoto
en consejos, píldoras y gotas,
pero cada día que pasa y cuanto más observo
veo el horizonte más lejano,
por eso muestro mis papeles,
anotaciones y apuntes obra de mis manos
por si pudieran ayudar a algún enfermo
o facilitar la investigación de un solitario.

Fuentes de Valdepero, 6 de julio del 82

Se me viene el mundo de golpe

a la mirada
o yo me doy de bruces con el mundo
algunos días;
paisajes terrestres y marinos
ciudades grandes y pequeñas
aldeas
caseríos
y las gentes que muy a duras penas
ocupan sus nidos.

Todo se me viene de pronto a la mirada
y no puedo
en mí
acomodarlo todo.

Necesito ayuda
esos días:
paisaje con mirada
un dolor
y a su lado una caricia,
la lluvia y los sembrados tiernos,
el beso y el futuro,
vida en común y una esperanza,
aquí el hombre
y ahí una explicación de las cosas.

Todo en su sitio
el espacio ajustado al entorno,
el tiempo ordenado
según las normas convenidas.

Esos días

necesito ayuda:
son insuficientes
mis manos,
colocar cosa por cosa no es tarea fácil;
montaña y río
personas y equipajes,
me duele la cabeza
sufro
me siento insuficiente
y lloro.

Madrid, 15 de febrero 1984

Sentir la soledad

es clavarse
una espina en el pie
y no poder dar fin a la distancia
ni alcanzar
la rosa de la sangre roja.

Sentirse solo
es respirar el aire respirado
en progresiva carencia
en espiral,
es medir el paso del tiempo
contando los latidos del propio corazón
al respirar.

Sentirse solo
es no saber
no querer
y no poder.

Sentirse solo
es partir hacia otras tierras
pies ligeros
hacia otras gentes
lunas
vientos
ríos,
y dudar dolorosamente en la encrucijada
permaneciendo estático
ante la herida y la sangre de la duda
irresuelta e irresoluble,
zapatos de piedra
gente, luna y viento de piedra
atado a la propia compasión
dolor, sangre y piedra.

Barcelona, 23 de noviembre de 1978

Donde está el hombre

está la soledad.

No está la soledad en cementerios
tumbas, flores y proyectos.

No está la soledad en los desiertos
arena y arena
solamente,
arena y arena
nada más.

No está en el mar abandonado
agua, peces, algas
sal.

La soledad
está en el hombre
y está
donde él está.

Rouen, 22 de abril de 1981

En las habitaciones de los hoteles

descansa la soledad
dormida.

Cuando llega el viajero
con sus maletas
hace ruido
y la soledad
despierta.

Despierta y va con él
enseñándole la ciudad palmo a palmo
monumento a monumento
garito a garito
música a música
calle a calle
acompañándole siempre
sin hablarle.

Cuando hacia su ciudad de origen
el viajero parte
la soledad queda
en la cerrada habitación del hotel
dormida
hasta que otro viajero entra

y al abrir la puerta
hace ruido
y la soledad despierta.

Cualquier ciudad, 22 de noviembre de 1978

Por los miserables suburbios

de las grandes ciudades,
donde a luz escasea de noche
y los gatos no encuentran comida
desesperada y sola
la soledad camina.

Resuenan sus pasos como palos de ciego,
golpes secos dados al azar sobre el viento
sobre los cuerpos que huyen
arrastrándose
cayendo
levantándose
intentando escapar de las sombras nocturnas
en el silencio de la noche.

Fugitivos pasos de la soledad
que busca
con sus manos agudas como garfios
como espadas
como garras de famélico gato iracundo
las sombras de la noche
en los ruidos de la noche

París, 21 de mayo de 1981

Algunos días aciagos

doce y miércoles
veintitrés de enero
catástrofes,
la soledad
se alía con el miedo.

Cuando esto sucede
los niños gritan su entendimiento
tiemblan las personas mayores
enloquecen
y desde el sexto piso se lanzan al abismo.

La soledad es una ayuda inestimable
para el miedo.
Sin ella sería
un mero dolor superficial
un arañazo
apenas una ráfaga de viento
el día más caluroso del verano
la nieve acumulada
o el granizo apasionado.

La soledad
hace al miedo fuerte,
bravucón
exagerado,
convirtiéndole en huracán
inundación o incendio.

El único remedio en estos casos
es aislarlos
romper su unión pidiendo ayuda,

acercarse a gente conocida
o simplemente a gente
estar con animales
de los que nos hacen compañía
y poniendo los pies en polvorosa
emprenderá la huida.

Para luchar contra la soledad se hizo

la Plaza Vieja
la vieja plaza
para llenarla de risas
y de palabras.

Debemos abrir una tienda de flores
un herbolario
una casa de antigüedades
una librería de viejo
y un horno de harina integral que expanda aromas
leña quemada y pan recién cocido.

Debemos traer a temporadas
un tiovivo a la plaza
un mercadillo de trueque
recitales poéticos
teatro—vida
jazz
y cucañas.

Debemos dar un trabajo al parado
para que tenga un ocio,
y al que duerme en el banco de piedra
hemos de ponerle
una almohada debajo y un techo encima

y a los jóvenes que fuman tiempo
dejarles realidades cercanas
y lejanas ilusiones.

Debemos llenar
de todo lo que hace falta
para luchar contra la soledad
a la vieja plaza,
a la Plaza Vieja
que para luchar contra la soledad
se hizo.

Vallecas, 10 de octubre de 1981

El líquido de las lágrimas humanas
no es muy distinto del sudor que brilla
en nuestra frente,
ni su naturaleza difiere
esencialmente
del rocío en las hojas
la nieve en las cimas
o el vapor de las cambiantes
formas de las nubes.

No existen, en verdad,
esos problemas más grandes
que nosotros,
ni lunas más altas que la noche
ni ríos haciendo rebosar al mar,
todo está previsto en la medida de su uso.

Admitido este principio
tendremos tiempo de parar el carro

allí donde el recodo deja espacio libre
para recapacitar sobre los modos encontrados.

Las rectas y las curvas,
las bifurcaciones
los troncos derribados por el rayo
y las piedras desprendidas del barranco
cerrando el paso a nuestro paso,
pueden tener dos o más visiones
si nos apartamos
un poco
de los hechos.
Que lo nuestro sea
analizar
desmenuzar
llevar a menos.

Cambemos el lenguaje
hablemos positivo
concretemos
conozcamos de cerca la verdad
y a lo mejor
es otra
el problema tiene
una solución no vista
y podemos dormir
un rato
y serenarnos.

Madrid, 4 de mayo de 1984

Hemos de abrir de par en par los libros
hemos de abrir los campos

si de verdad queremos
romper
la soledad del mundo.

Hemos de abrir países, ciudades, domicilios,
fundir llaves y candados
suprimir fronteras, alambradas, verjas,
paredones de cemento armado,
y más allá del ecuador, meridianos y paralelos,
borrar las líneas imaginarias,
que nos separan.

Siete mil millones de humanos sobre el globo,
un globo único y experto
buscando las grandes virtudes los unos de los otros
tratando de encontrar la razón de los defectos,
tolerándolos
pasándolos por alto
hasta que resulte imposible
pronunciar palabras negativas,
hasta que no las encontremos
en nuestro interior
recién abierto.

Entonces terminará nuestro
vagar errante
nuestra colectiva soledad
al encontrarnos
con nosotros mismos
como al comienzo
nos fue dicho.

Verona, agosto de 1977

Sexto concepto

Madrid, 1985 (Tierra de labor bajo el asfalto)

P. Sevilla de Juana 1989

Valdepero Ediciones Colección Yunque de papel, 71 páginas

Dedicatoria:

A Madrid

porque nunca me ha pedido nada

ISBN: 84-87241-00—X

Depósito Legal M:12384-1989

Presentación

Entré en Madrid por la Puerta del Sol. Me trajo el tren, estación del Norte —ramal a Ópera— transbordo a Sol y Madrid entero a mis pies desconcertados. Pensión de Espoz y Mina para dormir y, para comer, las cantinas de bocadillos junto a la Plaza Mayor. Descubriendo al tiempo los teléfonos públicos de fichas y el miedo a las comunicaciones a distancia, viendo bajar las fichas a su sumidero.

Tenía diecisiete años y venía, desde el bachillerato superior en Palencia, a seguir estudiando. Desde entonces, no he estado fuera de Madrid más de seis meses seguidos

En los primeros tiempos, durante el fin de semana, subía a un tranvía que me llevaba al campo y, por la Ciudad Lineal, llegaba a los olivos de las afueras y a la tierra abandonada ya por el arado. Aventurándome aún más, a pie, alcanzaba trigales y cebadas. Ese era mi sitio.

Sin embargo, llegué a la orilla inacabada de Atocha, cuando las olas abandonaban la estación de Mediodía, atardecer de mayo. Allí descubrí el museo de El Prado y la Cuesta de Moyano, alternando mis visitas, mañanas del domingo, a ambos.

¡Oh mis viejos días! ¡Oh mis antiguos paseos! Lavapiés, Antón Martín, calles de León y Huertas. El Ateneo, mi segunda casa, cientos de tardes de lectura, el pasado y el futuro aprehendidos. El parque de El Retiro con sus estanques, prefiero el pequeño en otoño con sus tonalidades de acuarela o, acaso, óleo.

Pasaba el tiempo lento muy aprisa. En las mañanas, tuve mi primera ocupación remunerada, pagando con mi esfuerzo la pensión de la calle de El Prado, 18, frente al Ateneo. A donde volvía desde las clases de la tarde en la Universidad. Clases donde conocí a María Síntes de Olivar, a quien debo un libro de poemas, tan individualizado, que nunca escribiré.

La suerte estaba echada: Madrid era mi segundo punto de partida, tras mi pueblo.

A estas alturas del curso, en veinticinco años de estancia, Madrid me ha dado una profesión consolidada de publicitario, cuatro hijos y siete libros. Yo he sacrificado a esta ciudad mi vocación de agricultor y el gris y el pardo de El Cerrato y Tierra de Campos.

Por todo ello, dedico a la ciudad capital este libro, escrito aquí durante el año 1985, publicado ahora tras tres años de maduración.

No sé si debo mucho a Madrid y este pago será insuficiente. Mas espero poder saldar mi deuda si el futuro no nos aleja demasiado.

Algunos poemas del libro

Madrid es una mentira efervescente

una locura compartida
un anillo dorado
una vasija.

Se me sube a la cabeza en el otoño
ocres y marrones de la tarde
mañanas azules del domingo
primavera de hojas marchitas evolucionando.
Se me sube a la cabeza y me gobierna
me atenaza
compromete mis pasos
me domina.

Madrid
es una corrala grande
de tres millones y medio
de habitantes.

Canciones cortas y nieve muy escasa
chatarra amontonada en los rincones
cicatrices y heridas
laberinto con pocas soluciones.

Madrid es una gran montaña
un caudaloso río
alpinistas o náufragos
son sus individuos.

Madrid es una fábrica
una gran factoría de problemas

donde los obreros
trabajan en cadena
y a partir de la abundante materia prima
elaboran y terminan
empaquetan
y envuelven después para regalo
el problema diario
de cada ciudadano.

Madrid es un incendio inapagado
una demolición no concluida
un campo de tiro
un laboratorio de prácticas
donde humanas cobayas
son sometidas a situaciones límite
para ver cuanto aguantan.

Madrid tiene treinta barrios tristes
donde la oferta es mayor que la demanda,
pero le salva
el faro de la Cuesta de Moyano,
grandes maestros aún desconocidos
la vida llena de Louis Armstrong
un Quijote apreciado en veinte duros
Baudelaire en francés y castellano,
perdiz perdida en la tapia del Botánico
muchacha durmiendo la siesta del verano.

En mil novecientos ochenta y cinco
un arcoíris cruza la Eme Treinta
Madrid aún es posible
se sigue escribiendo poesía
cincuenta poemas por minuto

y la actividad de los poetas no decrece
se incrementa
va a más según parece.

Madrid, 1985

Música, color y bienestar

la primavera acaba de empezar
el invierno termina de acabar
la vida será más fácil desde ahora
la intemperie nocturna será breve,
la locura está de moda
se llevará esta temporada en la *soirée*,
la música se acompaña con imágenes
todo ha de ser audiovisual,
la electrónica maneja ordenadores
y los ordenadores
a poco que nos descuidemos
nos impondrán el orden,
porque los callados asienten con gestos
bajo el peso de problemas reales
y problemas inventados,
la poesía se seguirá llevando en silencio
entre cuatro o entre cuatrocientos
y la soledad marcará la trayectoria del que lee
y del que escribe
solo los que gritan están acompañados en el ágora,
sí, la poesía se llevará en los ojos
por los mismos de siempre
o por sus hijos
en un viaje bastante complicado
lleno de pausas y de sahumeros
como se lleva un cadáver

a cualquier cementerio,
el ritmo será la clave de múltiples acciones
el sustituto del equilibrio será el ritmo
el ritmo del tableteo de las bocinas
el ritmo militar del paso en el camino
el repetido son de la monotonía
de la mentira repetida hasta parecer verdad,
la cadena que nos une los unos a los otros
nos separará a los otros de los unos,
el fuego tendrá su ritmo crepitante
en hogueras al aire libre
o en viviendas inhóspitas
para combatir las bajas temperaturas de la noche,
la soledad de las ciudades desmentirá a la aurora
dejando pálida frente al crepúsculo
la belleza vacía del alba,
los tiranos que respiran ráfagas
cambiarán de lugar
siendo sustituidos por adiestrados simuladores
que lograrán engañar,
por un momento a la muchedumbre
pero estén donde estén o sean quienes sean
llevarán la muerte allá donde vayan
porque para que haya un rico
son necesarios, cuando menos, mil pobres,
mil pobres, al menos, para que exista un rico
y como siempre
la incertidumbre y el miedo
planearán sobre nuestras cabezas
quitándonos de los ojos el sueño
todo cambiará de sitio en el futuro inmediato
para volver al mismo sitio en el mediatto
todo ha de cambiar vertiginosamente

en el vertiginoso giro de los radios de la rueda
para que tenga la apariencia necesaria
de nuevo e igual
de igual y nuevo
y de esa manera
el cambio mantenido del paisaje
nos dará la sensación de avance a unos
y de continuidad a otros
pues en esa visión se resumen las miradas
del mundo y de la vida
y así quedaremos todos contentos con el presente
y esperando un mismo futuro distinto
el tiempo parecerá inmutable
sirviendo de única referencia a diez generaciones
tras otras diez
iguales o distintas,
el futuro será pluscuamperfecto
y el pretérito, como acostumbra a ser,
imperfecto de imperfección perfeccionable,
nos advertirán por señas
utilizando parábolas sabidas,
viejos símbolos actualizados
en vigor aún para unos pocos
que no debemos gastar
la broma de mal gusto
siguiendo, a nuestra edad, en la refriega,
entendiendo los hechos y juzgándolos
para relatarlos, después, a los demás
de la exacta manera en que los vimos,
debemos sonreír,
al fin y al cabo
nos dirán por señas,
música, calor y bienestar

el invierno termina de acabar
la primavera acaba de empezar.

Madrid, 1985

Rigurosos análisis modernos

han dado la razón al labrador
lo han confirmado:
hay, en este Madrid que se agiganta,
tierra de labor bajo el asfalto.

Tierra de labor de vega fértil
Paseo del Prado boca abajo
máquinas enormes buscando gas
petróleo
agua
hallaron restos romanos y moriscos
y una sustancia oscura y parda
que llamó tierra el agricultor reconvertido,
conductor de la pala
mecánica.

Tierra de labor y de la buena
más nadie le creyó y vinieron los análisis
de los que ya se conocen resultados
confirmados por París, Tokio
Nueva York y Leningado.

Quién iba a pensar que en mi mandato
dijo para sí el alcalde
se encontrara eso que llaman,
tierra de labor, bajo el asfalto.

Tierra de labor de buena calidad
cientos de hectáreas muy actas para el vino
miles de hectáreas que darán buen pan.

Una duda se plantea a los ediles,
volver a enterrar lo descubierto
y callar,
o aprovecharlo
y construir en otra parte la ciudad.

Madrid, 1985

Aiñara (Crónica de un amor inacabado)

P. Sevilla de Juana 1992

Valdepero Ediciones Colección: Yunque de Papel 94 páginas

Dedicatoria:

A LA MUJER,
IMPRESINDIBLE
COMO LA TIERRA,
COMO EL AIRE,
COMO EL AGUA
IMPRESINDIBLE.

ISBN: 84-87241-03-4

Depósito Legal: M-8302-1993

Introducción:

Un único destinatario final tiene el poemario aquí presente. Él nada me va a exigir más allá de lo entregado. Sabe de mi sinceridad. Conoce mi esfuerzo.

Me preocupa el lector para quien no trabajé. Heme aquí, por ello, ante mi décimo libro, meditando. He dormido esta noche un sueño curvo, esférico quizá. Durante él he tenido la consciencia de haber concluido mi labor. Es una sensación productora de contento. De otro modo, Penélope acaso, seguiría haciendo y deshaciendo per *saecula saeculorum*.

Pasado un tiempo prudencial desde su redacción, conseguido el necesario alejamiento, trato de leerlo como ajeno. En mi incursión, traspaso decidido el umbral. Hallo a la mujer, una y múltiple, en el trance de mirarse al espejo, entre la realidad y la imagen reflejada.

Origen de la vida y, desde ese punto de vista, diosa creadora. Y no solo por su actividad, sino por la actividad que produce. Y no solo por la perfección externa, sino por el perfecto interior o por sus potencias.

La mujer ideal, principio y medio para lograr mi dicha; vista como paraíso último y camino seguido para alcanzar el cénit, quietud apacible y volcán de sentimientos, estrella polar y ruta marina que lleva al trópico, fluido y barca, isla continente y universo autónomo, se convierte en el eje sobre el que gira el mundo. Ignoro si se puede llegar a ella sumando varias de las diversas existentes, pero sigo intentándolo.

La relación hombre—mujer, pareja extensa, es efímera. Solo temporalmente se realiza. Eso sí, con mayor dificultad y empeño que cualquier otra relación humana, porque es más intensa y espaciosa. Las crecientes diferencias en las circunstancias personales, la distinta evolución de los convencimientos, se revelan como insuperables.

El tiempo, la fecha con que se fija el poema es fundamental. Quizá lo sea el espacio del momento, pero es menos evidente. Quizá actúe como catalizador o propiciador de los hechos. La secuencia de fechas, sin embargo, forma parte del poema global constituido por el libro. Se pierden matices importantes si se ignora. El argumento narrativo,

la progresiva historia contada poema tras poema, solo se obtiene si se sigue el orden señalado.

Quise poner cosas más de interés. Ignoro si están presentes. Lo que encuentres, lector, será todo mi mensaje.

Apacible lectura y hallazgos múltiples te deseo.

Algunos poemas del libro

Año1988

Día 1 de enero

Vi al alfarero
feliz
acariciar el barro,
bregarlo
dar vueltas y vueltas
con el pie a la rueda
y modelar la arcilla con las manos.

Emergías
instante a instante
como Venus
de las ondas de tierra
nacías mujer
a mis ojos de mirada atenta.

Detuvo el alfarero la mañana
haciendo labios
lentamente, cuidadoso, encariñado,
tus labios
que no pudo hacer más finos
porque no era posible

humanamente.

El alfarero puso en tus pupilas
tristeza
oscuro cielo melancólico
brumoso mar embravecido
y secreto profundo en la mirada.

Una rosa
roja de sangre
sangre de mi herida
dejó la sangre corriendo por tus venas
y el rosado color en tu piel viva.

Mía fue la palabra que recibió el respiro
soplo vital preexistente
principio de las cosas
causa primera.
Yo te di la voz auténtica
y cambiando el sentido
transformé su lecho
labios perfectos encarnados
garganta de cisne
hombros de promesas calladas.
El barro te prestó la forma
puse yo la palabra.

El alfarero no pudo moldearte
una ciudad con ría navegable
márgenes opuestas
puente de hierro para que nacieras,
te nació en el alfar
matriz terrena.

Empezaste a andar
mujer,
creada
de una vez.
Por entre los cacharros ibas
eligiendo
en una existencia de elecciones
ánforas
botijos
jarras
vasijas.

Ropa,
un soplo de tul
ajustado
piel superflua.

El viento descubrió tus muslos
y comenzó en mí la tormenta
rayo
trueno
lluvia seca.

Lo que no perdonaré
nunca
al alfarero,
es el exceso de barro
de los extremos
diez gorriones dormidos
tus dedos.

Viniste al mundo,
te abrí la puerta

invitándote a pasar sabiendo
que venías a un hombre
cien veces mejor que yo
mil veces.

La tarde se iba carretera adelante
hacías tú el camino metro a metro
torciéndolo en curvas cerradas
abriéndolo en rectas infinitas.

Aiñara,
aunque todos te esperaban
nadie sabe que has venido
y el hombre al que fuiste designada
ignoraré tu origen
silencio tuyo
y mío.

Valdemorillo (Madrid)

Día 21 de febrero

Simplemente sucedió
que el hacedor del mundo
alfarero de la tierra
terminó su trabajo
y nos lanzó
mujer y hombre
hacia la vida.

Aiñara y yo
una tarea enorme
por delante.

Avión de Barcelona a Madrid

Año 1989

Día 20 de febrero

Donde surgen las palabras tengo
un amor de muchacha
que está creciendo.

Noches de tus ojos negros,
noche oscura
de tu pelo,
blanca tu sonrisa abierta
azules tus sueños.

Perfumes cabalgan vientos
esencias de sementera
fragancia de campo abierto
aromas que anuncian hembra.

Vivos oasis prometen
de tu piel las sendas
cálido reposo
agua, dunas y palmeras.

Suspiros que llegan
a mis oídos
tu corazón late
cerca del mío.

Dulce y agitado
salado y nuevo

el sabor de tus labios
en cada beso.

Pasión creciendo
donde surgen los amores
tengo.

Ermita de Valdepero

Día 26 de septiembre

Desde aquí
góndola que cruza
la puerta de la casa de Marco Polo
yo
hijo de la Tierra de Campos
y de El Cerrato
voluntad de hierro
hoy
otoño del ochenta y nueve
proclamo con gran solemnidad
voz de corazón convencido
que, en adelante, Añara
ha de ser mi patria
mi deidad
y mi destino.

Juro por mi sangre defenderla
con mi sangre
y dar por ella todo
honor y vida
tiempo pasado y eternidad futura.

Juro que los hijos
de los hijos
de mis hijos
adorarán a Añara
por los siglos
de los siglos.

Venezia

Año 1990

Día 6 de marzo

Pelo negro de Añara
purgatorio
París una mañana
cuerpo neto y profundo
infierno,
tarde noche en Barcelona
cristales rotos en el alma
oscuridad de Añara
su mapa sin fronteras
infinitud de sensaciones
de la tierra de labor de su piel
del surco sembrado de su vientre
colinas suaves y elegantes curvas
y las cavidades
plenas de honestidad
al alcance del deseo.

Inútil resistencia
soledad vencida de antemano,
quiero.

Santiago de Compostela

Año 1991

Día 2 de mayo

No me opondré a la muerte si me llega
dalle en sombras
afilado a conciencia
insistente pedernal
soledad de la siega.

No se lo pondré fácil
sin embargo
tendrá que ganarse mi retorno
e indemnizarme,
meses de prórroga,
sean cuantos sean,
por el perjuicio ocasionado
al interrumpir la tarea en tal encrucijada.

Me entregará razones de alto peso
en una negociación de años
mero trámite como es sabido,
habrá de rogarme en posición humilde
y esperar mi respuesta en la sala de visitas.

A su debido tiempo
ya que nada sé negar a nadie,
regazo de Aññara,
gustoso accederé.

San Sebastián

Cierre

Quiero manifestar mi agradecimiento a Odiseas Elitis, Harry Martinson, Gunnar Ekelöf, Juan Bernier, Ariel Ferraro, Pablo Neruda, Cesar Vallejo, Rabrindanath Tagore, Celso Emilio Ferreiro, Miguel Hernandez, Velimir Khebnikov, Octavian Goga, Khalil Gibran, Carmen Conde, Francscico Matos Paoli, Jesús Alonso Burgos y María Antonia Ortega, sin cuyos trabajos no hubiera sido posible este libro.

Séptimo concepto

Narrativa:

Relato breve de los increíbles sucesos ocurridos en el Principado (1982),

Pedro Demonio y otros relatos (1990)

Relato breve de los increíbles sucesos ocurridos en el Principado

P. Sevilla de Juana (1982)

Colección Gris y Pardo. Serie cuentos nº1 Libro de relatos, manuscrito en tinta marrón con 56 páginas

Dedicatoria:

A Yolanda Margarita, nacida en Nysa (Polonia) el día 27 de diciembre de 1981, a la hora del estado de sitio y del toque de queda, en el crudo invierno centroeuropeo, bajo uno de los muchos ataques al pueblo que se dan en la actualidad. P. Sevilla de Juana a30 de enero de 1982 Madrid

ISBN 84-300-6639—X
Depósito legal M-9157-1982

De este libro voy a transcribir el relato de P. Sevilla de Juana, titulado:

El regreso de Butli Nuporry

Con los pocos pesos que pudo salvar en su huida, exilio dorado, porca miseria, hambre de final de mes, colocado de vendedor estable de libros, caseta H, Cuesta de la miel, y la exigua cantidad que sus familiares de El Chaco le enviaban en concepto de rentas.

Con los escasos marcos ahorrados céntimo a céntimo, camarero en un bar griego de München, traducidos y abultados, multiplicados a pesetas, y las pocas pesetas de antes que le dieron entonces por la venta de las tierras de sus mayores, remordimiento, allá en la comarca alcarreña, no tuve más remedio, a mis hijos les dejaré otra cosa, un oficio, quizás una carrera, con las pocas pesetas ganadas día a día, hora a hora, escatimadas a la vida, quitadas al estómago, a los pies, a la cabeza, soñadas despierto, inventadas, enterradas, escondidas en viejos colchones, bajo baldosas sueltas, entre el trigo de la panera. Vigilante nocturno cuando quebró la tierra, hubo que comprar tractores y las mulas emigraron a Francia, en una fábrica del norte, más allá de la montaña. Plus de nocturnidad, de peligrosidad también, cuando aquello de los atracos y los robos.

Puso una librería. Libros, libros, libros e ilusión. La vida por fin le sonreía. Color de rosa hasta la luna en sus salidas intermitentes de entre las nubes.

Escapate, hoy toca escaparate. Una delicia. Arte, imaginación, creatividad. ¡Escapate! ¡Hoy toca escaparate! Este *bestseller* que tanto se vende, televisión, revistas, servirá para sujetar este cuaderno de poemas a cuyo autor solo yo conozco, Butli Nuporry tu Aeysy, cuánta entrega, cuánto empeño. Esta pseudo divulgación científica del

embarazo sin problemas, de la que todos hablan, servirá de soporte a estas ‘Poesías escritas por don Saturio Piedrahita Rivero, mandadas editar por doña Leonor Santibáñez de la Peña, como homenaje póstumo al esposo.’

Y si la cosa va mal, venderemos papel y lápices y gomas de borrar. Los libros de texto nos echarán una mano. Encarna, vos sabés hacerlo, vos tenés mano izquierda, sos amable. Sabés ganar a la gente. Todo irá bien, os lo prometo.

Lanzó un taco en griego, un taco suave, a su mujer, quien, al darle los libros, cayó al suelo, sin daño, *Poemas a la luz de la Luna*, de su amigo Butli Nuporry. La mujer, que estaba en el secreto, pidió perdón muy suavemente y todo fue apacible en la tarde aquella en que tocaba escaparate.

Todo menos volver al pueblo. Allí, ¿qué hacemos? ¿Me lo quieres decir? La gente que conocía estará criando malvas. Los de mi edad se fueron. Seré un extraño. Sin tierras. Renegado. No, no podemos fracasar. No, no volveremos. Dame ese, su autor es

primerizo y reuma ilusión. Además, ahora viene la Feria del libro...

Los libros, la confianza, cosas de papelería inevitables, textos de enseñanza imprescindibles. La muerte es inevitable. La realidad es la única verdad. Quiero decir que, las cosas son así y no vale dar vueltas ni lamentarse. Butli Nuporry escuchaba a su amigo librero mientras bebía cerveza blanca y dorada.

Butli estaba esa tarde íntimamente, satisfecho, feliz. Acababa de escribir un cuento y le parecía bueno. Había publicado algunos libros de poesía, editados en forma de cuadernos manuscritos, algo íntimo para los íntimos amigos, poetas como él casi todos, algún librero amigo como en mi caso. La poesía, al menos, junta a los poetas, lectura y escritura.

“Lo importante no es fabricar un avión, si no conseguir que el hombre vuele”. Esgrimió Butli como espada de ataque y defensa desde su asiento, al fondo de la sala, contra el conferenciante que el Ateneo pagó para disertar sobre metafísica.

La frase de Butli Nuporry hizo enmudecer para siempre al profesor. Eso al menos contó el periodista a sus lectores. No contó, sin embargo, la propia oposición al metafísico ni los motivos.

La sentencia fue hecha suya por más de un intelectual ‘nueva ola’ a la antigua usanza. Incluso se escuchó en la arena política, haciendo famoso a Butli Nuporry tu Aeysy más allá de nuestras fronteras. Por ello recibió cientos de invitaciones para hablar de los temas más extraños en muy diversas universidades.

En los meses que duró su gira, Butli volvía a su país con un equipaje cultural enorme, una enorme necesidad de aprender y una pequeña cantidad de dinero.

Políticos, hombres de ciencia y de letras, autoridades, profesionales de la bienvenida entre otros, el recibimiento que se le dispensó en nuestro aeropuerto fue apoteósico. Entre la multitud, tímidamente mezclados, los librereros.

La prensa destacó que el gran Butli Nuporry, rompiendo el cordón de personalidades, se abrió paso entre la multitud para abrazar a unos hombrecillos que, emocionados, estaban a punto de llorar.

El regreso del extranjero Butli Nuporry, ahora gloria nacional, internacionalmente conocido y apreciado, uno de los intelectuales más representativos del buen momento cultural de nuestro país, según palabras de uno de los preponderantes capitostes científicos y culturales, originó el desconcierto y la disputa entre determinadas esferas de la sociedad.

Las poderosas editoriales, difusoras, por los cinco continentes, de nuestra amplia aportación al orbe en los campos del humanismo y el arte, se desconcertaron. Sucedió cuando Butli Nuporry tu Aeysy manifestó su deseo de seguir editando sus libros personalmente.

Sí, sus libros iban a seguir siendo manuscritos, en forma de cuaderno, rústica encuadernación, pagados por él mismo a su imprenta de siempre.

El imprescindible sector de la distribución, responsable de poner al alcance del mayor número de personas posible, la mayor cantidad

posible de conocimiento, haciendo llegar la letra de molde impresa hasta los más apartados rincones del globo, también se desconcertó.

La razón de ese desconcierto nacía de la voluntad manifestada por el propio Butli Nuporri, de seguir vendiendo sus libros, de escasa tirada, aunque capitales para valorar la actualidad del pensamiento mundial, en algunas, muy pocas, librerías regentadas por amigos.

El desconcierto llegó a las más prestigiosas universidades, cuando Butli devolvió las misivas recibidas, rechazando una tras otra las propuestas de cátedra que le fueron hechas.

El desconcierto se apoderó del ministro de Cultura. Sucedió en el preciso momento en que iba a prender la Gran Cruz del mérito patrio en el pecho del eximio pensador, y Butli Nuporri tu Aeysy inició el siguiente alegato:

Excelentísimo señor ministro, deseo decirle que no soy merecedor de un honor tan destacado. No más merecedor que cualquier regente de imprenta. No más que cualquier librero de barrio, que cualquier maestro rural o bibliotecario de municipio. Desde luego no más que su propia excelencia, a quien condecoraría con esa misma medalla si mereciera yo tal honor y vucencia me lo permitiera.

Los sucesivos pasos, palabras y actos de Butli, no resultaron tan desconcertantes. Los medios de comunicación de masas comenzaron a tener dificultades para recordar su nombre. Tardó muy poco en dejar de interesar al público desinteresado. Por eso yo, cronista de esta historia y amigo del protagonista, debo darla a conocer hasta en los últimos detalles.

Así fue. Sencillamente, así. Butli Nuporri tu Aeysy regaló a los vecinos sus trastos, libros y enseres, comenzando a recorrer el largo camino que lleva a su aldea natal. Es cierto, llegara cuando llegara, si llegaba, pensaba asentarse en la antigua casa de su familia.

No es nada seguro, él nunca me hizo esa confidencia. Aunque, como resultado de sus muchas indagaciones por diversos estudios de caracteres indescifrables, de la América precolombina principalmente, diría yo que el país de Butli Nuporri tu Aeysy, es de esa área. Sí, es descabellado.

Así que lo descarto, es español, todo en su persona lo confirma: dichos y hechos. Ciertamente, llegará a su pueblo andando. Y, en el pueblo, a la casa de sus antepasados. El nombre usado, con toda probabilidad, es un seudónimo logrado por simple permutación de letras.

Pedro Demonio y otros relatos

P. Sevilla de Juana 1990

Valdepero Ediciones Colección Yunque de Papel 128 páginas

Auto cita:

Lo que busco aún no existe UTOPIÍA

Lo que amo ya ha muerto PASADO

Y mi corazón se desangra insatisfecho

P.S de J

Los Arroyos, El Escorial 10-11-90

Dedicatoria:

A la calle mayor de mi pueblo,

que divide el mundo en dos partes

ISBN 84-87241-02-6

Depósito Legal: M-37942-1990

Premisa

Subí a la montaña más alta de mi tierra, y resultó ser un otero. Descendí a los infiernos junto a una multitud que baja dos veces por semana. Para mantener a raya mi figura, aguanté la respiración más de diez minutos en la playa, creyéndome observado por una mujer que me gustaba.

Fueron cotas máximas, lo sé, pero jamás serán homologadas.

Y así en todos los aspectos de mi vida.

Ocho libros publicados constituyen muestra suficiente de mis posibilidades poéticas. Recibí adhesiones individuales y alguna crítica especializada del todo favorable. Y silencio, mucho silencio.

Si no han sido éxitos de ventas, he de tener en cuenta que la distribución no pudo ser la más indicada. En poesía, ya se sabe. Esta es la justificación que me entrego.

Hasta aquí he llegado. Este es un libro de relatos. Si no llega a causar un impacto, moderado al menos, en lo más profundo de tu puro corazón, lector, convencido como estoy de mi máximo esfuerzo y no pudiendo echarla culpa al empedrado, no volveré a publicar. Dimitiré. Mi escritura no estará a la venta, será solo mía. Escribiré para mí y para un reducido número de amigos. Te pido, pues, que participes en el diseño de mi futuro. Envíame tu crítica por correo dirigido a la editorial. Te daré a conocer mi decisión.

P. Sevilla de Juana

(Puedo decir, en estos momentos, que se recibieron once escritos animándome a seguir, pues lo leído les gustaba.

Como veréis, hice caso, aquí estoy y no me arrepiento).

Un relato de este libro

El coche de línea

En la Plaza sin nombre que, en Palencia, abrazan la calle Estrada y la calle Rizarzuela, junto a la Cruz Roja, el coche de línea, como un barco varado, permanecía quieto.

Pertenecía a la empresa Gómez. La matrícula baja y el diseño pasado de moda, desmentían el aspecto de nuevo que su propietario había tratado de darle con una mano de pintura reciente. Los usuarios lo habían advertido y tiraban indirectas al hijo del dueño, encargado del cobro en ruta y del acomodo. Otros dos autocares

estaban junto a él. Uno, de la empresa Herrero. El otro, iba a Báscones. Ambos eran más modernos. Los viajeros, en invierno o con frío, esperaban dentro del Bar Los Ángeles, a que abrieran la taquilla para comprar los billetes y subir al coche, pero en un día cálido, a la entrada del verano como del que estamos hablando, se entretenían haciendo una última compra o charlando

con algún conocido.

El conductor y un empleado de la funeraria Hontiyuelo subían, con gran esfuerzo y dificultad, un ataúd, para colocarlo después sobre el techo, junto a horcas de madera, hoces y diversos aparejos de segar y acarrear las nías. Cuando las últimas mujeres, cargadas con enormes bolsas y cansadas como perros, hubieron abandonado las sillas del bar, tratando de disimular el hecho de no haber pedido consumición, y cuando estuvieron trabajosamente sentadas en los huecos libres, el coche quedó completo y dispuesto para salir hacia su destino.

Completo en exceso, ciertamente, porque cuatro pasajeros tras desistir en el empeño de quedarse abajo, se encaramaron con apreciable agilidad a la baca y allí se acurrucaron entre aperos y trastos. El cobrador esperaba al parecer el momento, pues nada más instalarse los de arriba, cerró la puerta con gran alarde de fuerza y maña, quedándose de pie, graciosamente inclinado, hablando con el conductor que ya había puesto en marcha el motor.

Tras las últimas casuchas de las afueras de la ciudad, el vehículo enfiló majestuoso la carretera de Santander. Pasó sin prisas, junto al Cristo del Otero, la Cerámica y las Casillas de los Camineros y subió, ahogándose, con negros bufidos del tubo de escape, la enorme cuesta de la Media Legua.

A su vista, a lo largo de toda la carretera, los segadores que desorillaban facilitando la primera vuelta a la máquina, dejaron la tarea y se dispusieron a dar cuenta de la merienda.

La recta de Las Altas hizo confiar a los viajeros de arriba, que fueron sorprendidos por la curva en bajada de El Altillo, donde perdieron equilibrio, sentados como iban, cayendo de bruces sobre redes de esparto.

Desde la Campiña, el Pozo de la Villa o el Castillo, los chavales de Valdepero vieron llegar al Coche de Línea y, dejando de jugar, corrieron como galgos hacía el edificio del Sindicato.

Los ancianos en la, solana, frente al Camino Carrío, vieron a lo lejos la mole rojiza del Coche y, con toda la prisa que sus cansadas piernas les permitían, se encaminaron hacia el viejo caserón, parada obligatoria.

A todos les dio tiempo a llegar, incluso a las vecinas que cosían en corro en el Arrabal, pues la subida del pueblo costaba lo suyo y, a la cima, la puerta de la Hermandad, llegó el Autobús de Línea, exhausto.

Cuatro viajeros se apearon, una pareja de recién casados, formada por Pedro, antiguo pastor, y su esposa labradora, quienes volvían del viaje de novios por tierras de Valladolid y Salamanca. Una madre con su hijo pequeño que no ocupaba asiento. Tres viajeros de lo alto, una vez que hubieron ayudado a bajar un varal de acarrear y dos cajas de levadura para Diocle el panadero, pasaron a llenar los huecos momentáneamente libres.

Arriba quedó uno nada más. Un joven alto, serio, vestido de domingo, muy pálido y con gran bigote negro. Era Bernardo, el de Amayuelas, conocido en todo el contorno por haber tratado en cebada recorriendo las eras durante la bielta.

La tarde estaba pesada, como si arrastrara una gran galbana, el sol había picado desde buena mañana y la tormenta no desmentiría a los aventurados pronosticadores. Nubes oscuras iban llegando a la parte cercana del cielo desde los cuatro puntos cardinales. Un pequeño matapolvo comenzó a caer envuelto en viento, cuando el auto llegaba por El Badén, junto al letrero de Nitrato de Chile.

La señora Juliana de Villoldo, cubierta con la Pena de negro tul, llevaba al pueblo para la ceremonia del entierro, un arcón de pino con herrajes e incrustaciones, postrera morada de su esposo. Su hijo iba al lado, inútil como siempre, sin constituir siquiera compañía o alivio. Así de sola se vio en vida del difunto, porque tampoco él resolvió gran cosa. Ella hubo de decidir hasta que clase de simiente o de abono debía echarse en cada una de las tierras de labor.

Bernardo, el de Amayuelas, aguantó, tapándose con unos costales de lona, las primeras gotas. Pero cuando el matapolvo se hizo vivo aguacero, no sin ciertos reparos, levantó la tapa del ataúd, cerrada apenas con un débil pestillo y se introdujo en el refugio que el cofre ofrecía, volviendo a colocar la tapa en su primera posición. Joven alocado, mozo viejo de aceptada soltería, sin graves problemas una vez abandonada la ocupación de comprador de grano por cuenta de El Gafas, sin miedos importantes y sin más obligaciones que llevar, cada año, el heredado par de mulas desde la siembra a la siega, infantil y buenazo, se quedó, con el movimiento, dormido.

El chaparrón duró un buen rato, hasta que, disminuyendo paulatinamente su intensidad, cesó. En ese momento, dejada atrás la Cuesta de la Miel y pasada la Azucarera, donde a nadie se le notó intención de bajar o subir, se vio el castillo de Monzón en lo alto. El coche entró en el pueblo para detenerse en la Plaza Mayor, junto al bar. No era ningún secreto para nadie, que el conductor andaba en amores con la cantinera y paraba allí media hora, con la noble intención de tener treinta minutos para charlar con la moza y propiciar que los viajeros tomaran un pisco-labis, incluso alguno, bien situado en la vida, encargara un bocadillo.

Media hora es tiempo suficiente, para que todo lo que se ha de hacer en la parada de un coche de línea se haga bien. Ver quien va y quien viene. Y los curiosos lo vieron a sus anchas. Subir y bajar mercancías y equipajes. Y aperos de labranza y maletas bajaron y subieron con parsimonia. Apearse. Y se apearon los agosteros que llegaban de Vertavillo de Cerrato, contratados para los tres meses de verano, noventa días de recolección, justamente hasta el día de San Antolín comienzo de la Feria de Palencia. Descendieron ellos, tranquilamente, con sus maletas de madera. Buscar acomodo. Y los cuatro empleados de Abengoa, finalizado su contrato en la Obra del Río Carrión, destinados ahora a la montaña, subieron sus baúles con esquinas de chapa oxidada y allí, en lo alto, con gran cachaza, dos de ellos se quedaron. Quizá los menos avisados, puesto que los

dos huecos libres fueron ocupados por los que, a ojos vistas, tenían más mundo.

Tras un último beso tirado al aire, dirigido a la moza del mostrador, el conductor puso nuevamente en marcha el Auto, partiendo hacia Rivas de Campos. Los dos obreros de arriba se sentaron sobre el ataúd, uno en cada extremo y, colocando entre ellos sus fiambres, se dispusieron a merendar las sabrosas tajadas de conejo que la señora Antonia, su patrona durante cuatro meses, había preparado como despedida.

No habría pasado un cuarto de hora desde que reemprendieron la marcha, cuando, al llegar al punto donde la carretera de Rivas se separa de la de Amusco atravesando la acequia, la tapa del ataúd empezó a moverse como si alguien la forzara desde dentro. Los dos empleados de Abengoa, quizá los de menos luces de los cuatro, se levantaron entre curiosos y asustados, llevándose cada uno su fiambarrera en las manos nerviosas, haciéndose atrás y quedando en cuclillas al borde, en equilibrio inestable, temerosos y a la expectativa.

La tapa terminó por desplazarse y una mano huesuda seguida de un rostro pálido y delgado aparecieron. Los ojos atemorizados de los que merendaban vieron erguirse a una cabeza macilenta y a medio cuerpo enjuto ataviado con una chaqueta oscura de una elegancia fuera de lugar.

Bernardo, medio dormido, musitó entre dientes: ¿Ha parado de llover?

Esas palabras salidas del fondo de una boca que ellos vieron cadavérica, parecieron, no sin razón, palabras de ultratumba y reforzaron más los síntomas sobrenaturales de la repentina aparición.

Saltaron ambos desde el alto lugar en que se encontraban, sin mirar donde caían y sin importarles. La fortuna quiso que en ese momento el autobús circulará sobre el puente y que, al saltar, encontraran el agua de la acequia, uno por la izquierda y el otro por la derecha.

Nadaron, sin saber nadar seguramente y ganando la orilla corrieron como alma que lleva el diablo, ante los atónitos ojos de Bernardo, quien no se explicaba lo sucedido ni comprendía la razón asistida a aquellos dos locos para actuar como lo hacían.

Durante horas, uno por la derecha y otro por la izquierda, los fugitivos corrieron con todas sus fuerzas, a través de barbechos y trigales medio secos sin dirección fija.

Nadie los ha vuelto a ver. No se tuvo noticias de ellos. Bernardo lo cuenta en el café de tarde en tarde y algunos de los oyentes más jóvenes no acaban de creérselo.

P. Sevilla de Juana

Octavo concepto

Libros firmados Pedro Sevylla de Juana

Poesía

La deriva del hombre (2006), Trayectoria y elipse (2011), Elipse de los tiempos (2012), Brasil, sístoles e diástoles (2016) Imago Universi Mei (2018). Meus poemas essenciais (2023).

Narrativa

En defensa de Paulino (1999), El dulce calvario de la señorita Salus (2001), En torno a Valdepero (2003), La musa de Picasso (2007), Ad Memoriam (2007), Del elevado vuelo del halcón (2008), La pasión de la señorita Salus (2010), La boca del infierno (2011) Pasión y muerte de la señorita Salus (2012), Las mujeres del sacerdote (2012), , Los gozosos amores de Virginia Boinder y Pablo Céspedes (2019), El destino y la señorita Salus (2019), 24 cuentos pluscuamperfectos (2020), Amor en el río de la vida (2022), Dos días de boda en Francia (2023), Intimididades largo tiempo ocultadas (2023), Solo de voz en La Habana (2023)

Ensayo

40autores en castellano e português. Mis traducciones (2024)

Traducción.

O oração da medusa (2021) Renata Bomfim autora, Pedro Sevylla de Juana traductor al castellano y análisis críticos en los dos idiomas

En defensa de Paulino

Pedro Sevylla de Juana 2000

Excmo. Ayuntamiento de Toledo 160 páginas

Obra galardonada en los

XXV premios “Ciudad de Toledo”

Premio de novela corta

Dedicatoria:

A la calle mayor de Valdepero,

costura que une las dos mitades del mundo.

ISBN: 84-87514-51-7

Depósito Legal: CU—338-2000

Contraportada:

Paulino Gutiérrez Cortés, protagonista de esta novela, es un escritor independiente, situado, por voluntad propia, al margen de las corrientes de moda y de los círculos de poder. A lo largo de su peripécia vital ha ido perfilando una obra reconocida internacionalmente. La defensa de la libertad, de la democracia cierta, del mestizaje y de las minorías oprimidas, conforma un credo práctico donde, entre lo dicho y lo hecho, no existen resquicios. Su muerte, violenta, sorprende a un mundo intelectual que no reacciona como debe. Pasaba Gutiérrez Cortés por el mejor momento creativo y, sin embargo, debido a las circunstancias de su fallecimiento, la noticia alcanza un eco, a más de escaso, engañoso. Un grupo reducido de amigos, de procedencias

muy dispares, a quienes ha nombrado sus herederos, se propone publicar un libro que recoja tanto su vida como la esencia de su obra. Ese trabajo es el que tienes en tus manos. Muestra inconclusas historias de amor, retazos de vidas desgarradas, y personas que huyen de su propio destino. El autor, Pedro Sevylla de Juana, da cuerpo a una historia que sobrepasa su propio ámbito para convertirse en universal.

El poeta palentino, Pedro Sevilla de Juana, inicia su labor novelística con el premio Ciudad de Toledo de novela corta.

Análisis crítico de Manuel de la Puebla

Manuel de la Puebla, doutor em Estudos Hispânicos, professor de Literatura na Universidade de Puerto Rico, fundador e diretor de Ediciones Mairena e a revista Julia; é crítico, ensaísta, antologista, poeta e narrador.

Sobre Manuel de la Puebla, eu disse num artigo: «Crítico equânime e acertado, pesa e mede a obra dos outros, desejando ser pesado e medido com a mesma balança e a mesma vara. Não destaca as dimensões escassas do que julga, nem resalta as extensões excedidas, as mais favoráveis ao autor. É o conjunto o contemplado. E em sua tarefa de editor, não exclui a nenhum poeta devido a seu presente imperfeito, dando crédito às possibilidades futuras.»

En defensa de Paulino, una novela muy bien escrita.

De asunto muy humano. Más humano que novelesco, (entiéndase más verídico, más interior que espectacular). Un asunto que fluye sobre el plano de la realidad, de tal manera, que la ficción queda como opacada, latente en el subsuelo. La invención reside —libre de los brillos superfluos— en el entramado de todos los elementos: personajes, acción, temas y recursos estilísticos: enlace de los puntos de vista narrativos y el aprovechamiento de las obras atribuidas al protagonista como fuentes de información, para trazar su itinerario y caracteriza-

ción. Paulino Gutiérrez Cortés es el eje del asunto, con su biografía y su obra literaria; un asunto que no se desarrolla en orden lineal o cronológico, sino fracturado, en porciones libremente dispuestas en el tiempo y en el espacio. La estructura no responde, pues a la de la novela tradicional. Tras la presentación del protagonista y uno de los personajes secundarios, sobreviene la muerte del primero, no como clímax lentamente preparado, si no como exabrupto que obliga al lector a preguntarse ¿y ahora? ¿por qué caminos transcurrirán los hechos? Por otra parte, la vida, muerte e ideario del protagonista envuelven una facción muy amplia del vivir humano: “inconclusas historias de amor, retazos de vidas desgarradas y personas que huyen de su propio destino”, como se dice en la contraportada.

Algunas andanzas suyas están sobrepuestas a las circunstancias del autor, y también las ideas y el carácter humano y humanístico. De tal manera que, aunque el prólogo niegue el autobiografismo, las sospechas del lector, con ciertos datos del prólogo, prefieran la sentencia de Mark Twain: “No es posible que un hombre deje de comunicar su verdad a los lectores sobre él mismo”.

Y porque Paulino es observador y tiene estudios y experiencia, expone y enjuicia seriamente sobre diversas cuestiones, el libro de Pedro Sevilla, en mi opinión, queda encuadrado dentro de la categoría de novela ensayo.

El prólogo no es habitual en la novela, pero no resulta aquí del todo extraño, porque presenta algunos puntos incitantes: a) la entrada del autor en la novela con reflexiones y acotaciones sobre la parte de realidad y ficción (el grado de sugerencia que la primera transfiere a la segunda); b) la advertencia sobre los vasos comunicantes entre el autor y el protagonista, como adelanto de algunos datos biográficos de sí mismo que el lector ligará fácilmente en páginas posteriores; c) las observaciones sobre el proceso del propio novelar, con su porqué, como causa primera y suficiente.

El apego a su pueblo, a la tierra desnuda, entre el Cerrato y los Campos góticos; la evocación de la infancia y las circunstancias de

la familia, impregnadas de sentimiento, son comunes a Pedro y a Paulino. “Podía haber construido un pueblo y unas viviendas rurales para Paulino —afirma el primero— pero el cariño que tengo al mío me lleva a reproducirlo a manera de homenaje. Así que el pueblo de Paulino es claramente el pueblo donde yo nací. Sus casas son mis casas”.

Tras los numerosos viajes, lectura y reflexiones, autor y protagonista adquieren una visión de mundo; aprenden a “mirar al Universo como una unidad de la que formo parte”. (p. 10). Y en esa contemplación “pasan los asuntos como corrientes de un río y yo los tomo para ahogar mi sed”. (p. 13)

Desde esa identificación, casi en una forma lineal, se pueden consignar las inquietudes de ambos, su crecimiento espiritual y aquel “impulso profundamente sentido de atravesar una barrera, de escapar a la obligada permanencia, de sentir nuevos vientos en el rostro, de conocer la otra ladera del monte, de acompañar al río en su búsqueda del mar”— (p.22)

La *defensa de Paulino* no tiene nada que ver con un proceso judicial, al modo de algunas películas con largas escenas ante un jurado. Es, sencillamente, el itinerario de un “hombre comprometido con los valores humanistas” (p.85), con la protección del débil (p. 49). Un hombre que “desconfía de las normas por la propia naturaleza de su ser”; que es “amante de la libertad por encima de todo”. Es un escritor a quien interesa más el testimonio de la literatura: “consecuente con sus ideas, obra y vida se explican entre sí”.

Ni soñador, ni utópico. Cree, tiene confianza en el género humano. Defiende el derecho a seguir los propios impulsos en la búsqueda de la felicidad” (p.91) La acción en él es consecuente con los principios. Posee muchos conocimientos sobre muchas cosas. Pero más que conceptos, posee la sabiduría de vivir con certeza y dignidad. Opina rectamente sobre la democracia y la organización europea; la libertad, respeto y valoración de la persona. Se pronuncia contra el fraude a los derechos humanos, contra la acumulación de riqueza a costa del sacrificio y la

miseria de los pobres. Tiene, también, conceptos amplios sobre pintura y literatura; sobre el amor, la familia y las masas sociales. Síntesis del pensador y del hombre práctico, Paulino “siempre iba a más, a las razones y a los resultados” (p.96) “Seguía buscando al hombre actual, el más elevado de todos, lleno aún de miserias”. (p. 101)

Conducido por ese sentido de defensa —que en el mejor de los casos es una apología de los valores superiores de la humanidad— el autor hace de su personaje una imagen modélica, un ideal, en un grado superior, posible exceso, disculpado humanamente ya que esa imagen responde a la admiración de José, secretario de Paulino, deudor espiritual suyo. Él es quien narra los hechos y en la página 98 concentra esa visión idealizada. Basten estas cuatro líneas: “Paulino fue dueño de un mundo magnífico... Presentaba todas las facetas que conforman el brillante, diamante originario, cristalizado carbono, que el mismo talló sirviéndose de sus manos hábiles, de su aguda inteligencia, asistido por el tiempo”.

Sevilla de Juana pone en la pluma de dicho narrador principal, algunos de los requisitos que definen al buen escritor, aplicables a él mismo:

“El escritor ha de llenarse de vivencias directas, de hechos reales, de lecturas; le incumbe indagar en la vida diaria si quiere cimentar sólidas superficies a sus personajes; entornos fidedignos, circunstancias verosímiles. (p. 113)

Pedro Sevylla narra con eficiencia, como se ve en el capítulo del ahorcado, y expone con ciencia y experiencia, sin quebrar la secuencia de hechos y motivaciones. Pienso que su libro despierta más interés a los lectores intelectuales que a los buscadores de emociones fuertes, situaciones de suspenso y amoríos.

Manuel de la Puebla.

Manuel de la Puebla, doctor en Estudios Hispánicos, profesor de Literatura en la Universidad de Puerto Rico, fundador y director de

Ediciones Mairena y la revista Julia; es crítico, ensayista, antologista, poeta y narrador.

Mi agradecimiento al profesor que sabe todo lo que enseña y enseña todo lo que sabe. PSdeJ

Respecto al punto concreto de la relación del protagonista de la novela con el autor, la cercanía imaginada por Manuel de la Puebla, debo decir que, también, está muy acertado. Paulino Gutiérrez Cortés, con el nombre Cesáreo y los mismos apellidos, tomados de mis abuelos paternos, pasó a ser mi único heterónimo. Él, incluso en este libro, escribe sobre mí. Cesáreo Gutiérrez Cortés, literariamente, nació el mismo día que yo, en Valdepero, mi pueblo. Yo a las 11 de la mañana y él a las cinco de la tarde.

El dulce calvario de la señorita Salus

Pedro Sevylla de Juana 2001

Premio internacional Vargas Llosa de novela 278 páginas

Universidad de Murcia

En esta cuarta convocatoria concursaron 389 novelas de diversos países, de las que ocho quedaron finalistas. El premio fue torgado por unanimidad.

ISBN: 84-8371-218-0

Depósito Legal: MU—449-2001

Contraportada

Padre intransigente y madre resignada, los hijos tratan de conquistar un lugar a la diestra del guía, o buscan una salida personal. Pedro Sevylla de Juana dibuja nítidamente los personajes que componen la

familia de Salus: de carne y hueso, su conducta responde a la condición humana, contradictoria y zigzagueante.

El dulce calvario de la señorita Salus discurre como un río a través del siglo recién acabado. Viene de la fuerte surgida en el inicio de la segunda década, llegando hasta el presente. El cauce que conduce la peripecia se abre en la sociedad rural, dueña de una cultura muy rica; adentrándose en la urbana, absorbente; las mezcla y vierte unos aportes que participan de ambas, superándolas.

La amistad, la humillación, el orgullo, la soledad, los celos, la pasión reprimida, la venganza, incluso el amor, se dan cita en estas páginas. Original, llena de fuerza y de fácil lectura, estamos ante una novela poco común, que deja en quien la lee un agradable sedimento.

Antiguo testimonio de lectura que reproduzco debido a la satisfacción que me produjo leerlo:

“También quiero comentaros que he leído *El dulce calvario de la señorita Salus* de **Pedro Sevylla de Juana**

Este libro pertenece a un lote de libros que me regalaron en la feria del libro al acercarme al puesto de la Universidad de Murcia. Es premio de novela Vargas LLosá del año 2000 un premio que concede al parecer la Universidad de Murcia.

Es de esos libros que por el formato y la historia hubiera guardado en un rincón y nunca habría leído. Por aburrimiento y por ordenar la librería lo cogí antesdeayer, lo terminé ayer...Leí el primer capítulo y la verdad es que la historia no me interesaba demasiado pero el autor escribe de p madre, un vocabulario amplio, certero...en fín que me entusiasmó...

Tal vez la historia transcurre por lugares comunes, es decir lugares conocidos por mi... y tal vez por eso me haya entusiasmado...

El argumento?

La vida de la señorita Salus una anciana de 80 años, un argumento en principio poco atractivo pero que el autor convierte con su facilidad de lenguaje en todo lo contrario...

La página web del autor por si alguien quiere saber más sobre él
<http://www.sevylla.com/>

Es sobre todo poeta... “

En torno a Valdepero

Pedro Sevylla de Juana (2003)

Huerga y Fierro editores 216 páginas

ISBN: 84-8374-414-7

Depósito Legal: M-26314-2003

Contraportada

En torno a Valdepero Realidad y mito, a modo de las ondas que inicia la piedra lanzada al reposo del estanque, abre, en nueve relatos, nueve círculos concéntricos. Espacio y tiempo habitados por personajes universales presos de pasiones incoercibles, que tienen en común la tierra originaria, la misma que los ata, sustenta y, por último, devora. La ambición, el rencor y el afán de progreso los mueven, pero sobre todo el amor, un amor capaz de ponerlos frente al abismo y de incitarles a llegar has las últimas consecuencias. Eros y Thánatos en su más viva expresión, mostrados por medio de una prosa sencilla, pulcra y precisa que atrapa al lector, a cualquier lector.

El desvariado soliloquio de Elisa (El primer relato, íntegro)

Nieva sin ganas. Descienden los copos tenuemente sobre la oscuridad que avanza. Parsimoniosa viene andando la noche desde los cerros, y un día más pasa de largo sin que ellos se presenten. Va para un mes el tiempo ido desde que me dejaron en este caserón, donde debiera sentirme muy acompañada de no ser porque quienes lo habitan –

hombres y mujeres que no me hablan o a los que yo no escucho— ni me comprenden ni yo alcanzo a entenderlos. Y es que ya no sé qué pensar de mi cabeza: gira y gira dando vuelta a las cosas, mirándolas del revés para penetrar su secreto, enmarañándolas sin haberlas hecho mías.

Me depositaron en el vestíbulo como mantón viejo o vestido usado dejados en la prendería a la espera de ser redimidos. Cualquiera diría que no les importo ni tanto así. Cualquiera diría...; y dirán. El pueblo entero será una hablilla y murmurarán en esquinas y zaguanes: “Abandonaron a la Elisa a su negra suerte; desasistida queda en un asilo. Prisa se han dado; ayer se hicieron con su herencia y ya tienen a la anciana reclusa”. Esa será la comidilla del pueblo, ¡enredadores! Esta vez van con la verdad, pero no quita para que sean unos copleros movidos por el gusano de la envidia. Puede que Luisa sea la peor, la que mete cizaña a los otros. Porque ya ves, Fernando huye de las discusiones; y Aquilino, ni fu ni fa: es un cándido, un inocente con el alma pequeña que ni entra ni sale. Así que están los dos a lo que diga la Luisa. Pienso a Fernando dolido, y es que el muchacho me tiene ley; ¡qué buen predicador hubiera hecho!, con sus luces, de seguir a don Tirso. Deseaba mi tío dejarle la parroquia a su cese.

Diga el médico lo que se le antoje, yo sé que estoy tocada por la muerte: siento rebullir en mi interior un gorgojo que se agita como gusano en su gusanera. Sí, la pálida señora ha debido de poner lugar y fecha a mi hora. El sitio no puede ser otro que este asilo, llamado con nombres de lo más campanudos para que la conciencia de los allegados se tranquilice. Moriré, me figuro, en las escaleras que suben al cuarto; son muy pinas y un traspies a mi edad no tendría nada de sorprendente. Me encuentro achacosa y espesa como borrica trabada en la ladera del monte; no logro alcanzar las partes más altas donde crecen el espliego y la manzanilla, y si intento bajar, ruedo.

No, no quiero callarme. No hablo con usted ni con ese señor de boina; hablo sola y me cuento mis penas para hallar consuelo. Me da en la nariz que el momento de mi muerte lo ha fijado la insensible

dama muy próximo; quizá lo haya atado a la madrugada de mañana mismo, cuando descienda yo, trastabillando, las escaleras. Sí, eso; a prima hora bajo amodorrada al comedor, y mis pies no aprecian con exactitud la altura de los peldaños. No, no me callo; se me da una perra chica si usted quiere o no oírme, me hablo a mí misma y no molesto a nadie. Estaba en que sucederá mañana mi muerte; siento frío en el corazón y ese aviso no yerra. Rodaré, si no lo impide un milagro, hasta el descansillo, dándome de bruces contra el muro recién enjalbegado; y se me aclarará el rostro mientras me diluyo en la nada.

¡Qué prisa se dieron los malvados!, me digo. Marcharon a escape en cuanto arreglaron las cuentas; y ahora espero en vano que se interesen por mí. No me extraña que las murmuraciones recorran la villa; el viento las trae y las oigo muy claras. Desde la cuesta de las yeseras llegan hasta la hoz del cuérnago. Los peces lo saben y van, corriente arriba, llevando la fábula. Hablan de la anciana que dio en vida sus tierras, la casa, la tenada, el palomar cercado y el corral de las rondas: ovejas, gallinas y conejos; dicen de la boba, que entregó sus propiedades a los sobrinos y los malnacidos la llevaron a un asilo y allí la dejaron. Lo saben los pájaros y siguen su cháchara de árbol en árbol, bordeando el lecho del río. Posados en los cables del tendido eléctrico, dan aire al parloteo referido a una anciana que cometió la locura de legar en vida lo suyo, sin subrayar que deseaba permanecer en la casa hasta el fin de sus días. Las liebres corren con el chisme en los dientes, royéndolo; parten, cada una a su antojo, al encuentro de los cuatro puntos cardinales, y llegadas lo sueltan para que vaya de oído en oído y todos lo conozcan.

Nieva aún, y lo hace quedo, como si los copos cumplieran meramente con su obligación, sin poner gran empeño en cubrir la tierra. A mí, mirándola desde la galería, despojada del frío tan suyo, la nieve me parece harina, sal menuda, yeso en polvo. Es la hora de la merienda, pero aquí, con decir que cenamos pronto se ahorran el mendrugo de pan y la tableta de chocolate. ¡De qué hablo!, esa es merienda de pueblo, de cuando yo era una mocosa; han cambiado los usos y los niños comen bollitos que sus padres compran envueltos en celofana.

Si por un tropiezo se les caen al suelo, dejan que dispongan moscas y hormigas. A buenas horas íbamos a abandonar el zaraballo en mis tiempos; aun tratándose de una rebanada de pan untada con miel, limpiábamos el grueso para ir escupiéndolo con sumo cuidado los cantillos. No, no se trata de pan y chocolate; a mí, mudada la merienda en cena por tacañería, me dan un vaso de leche descremada y unas galletas carentes de azúcar: hallazgos actuales que quitan la esencia de los alimentos so capa de perseguir la salud, como si fueran a enmendar la plana a quien todo lo hizo: piedras, plantas y animales.

He de volver al pueblo durante unos días, pues temo que mis sobrinos, en su intento de adueñarse de todo, hayan dejado las alcobas manga por hombro. Nunca han podido criticar con derecho a la Elisa y no les voy a dar, a mis noventa años, motivo. Tengo que ajuarar la casa; sábanas de lienzo curado, mantas de Palencia y cobertores de abrigo saldrán de su encierro, salpicados de gastadas bolas de naftalina. Reservo aún las fuerzas precisas para alzar la recia tapa que cierra el arca de la clérigalla; regalo de bodas de mi tío el cura a mis padres, junto a los manteos de la Virgen, prendas donadas por la mujer de don Ambrosio a cambio de algo intangible y futuro, una presbiteral promesa de salvación que el mal cura no dudó en entregar por escrito. Puede parecer raro, pero sucede que mi tío Tirso obraba como dueño de la iglesia y hacía y deshacía a su antojo. Si es que aún están allí, y espingándome logro alcanzarlas sin caerme dentro —resultaría terrible quedar encerrada en tal catafalco— tomaré del interior del arcón mis mudas: camisetas, polainas y justillo; soy friolera y ninguna prenda me sobra. De buena mañana, si me acompaña la suerte y no me rompo la crisma al bajar las escaleras, preguntando a los vecinos, pasito a pasito, arrastrando las rozadas alpargatas, subiré al coche de línea que cruza la Tierra de Campos y llega hasta el confín de El Cerrato después de pasar ante mi puerta, cabe la muralla en ruinas.

Sépalo la abuela y sépalo usted, madre: Mis sobrinos me han dejado corita en medio de la plaza. Madre, entérese; entérese usted que tiene un gran corazón y amó a don Ambrosio al mismo tiempo que a padre.

Habladurías, seguro; en el pueblo todo el mundo acaba siendo familia a nada que se hurgue, y no es de extrañar que yo sea el vivo retrato del hacendado o que tomara sus mañas. Socórranme madre y abuela, vengan las dos en mi ayuda, pregonen mi desgracia. Conózcalo el mundo: Luisa, Fernando y Aquilino me despojan de mis propiedades y me enceldan en esta mazmorra. No escuche señora, que son cosas de familia las que relato. Soy moza a mis años, sí; ni tuve ni tengo marido que oponga su brazo a la calamidad, y a usted ¡qué papel se le da en este pleito! Tengo, para que lo sepa, tres sobrinos por toda familia, y ninguno de ellos me ha salido honesto; los tres han hecho su sayo tomando la tela de mi capa, y a mí el frío me convierte en carámbano.

Manuel, ¡qué bien te salió! Adivinaste la trayectoria de la bala antes de que la dispararan los rojos, y te pusiste en medio cruzándote con ella en el momento cabal. Te proclamaron héroe y escribieron tu nombre en el atrio. Me querías, ya lo creo, y mucho; lo dijiste una o dos veces nada más —eras mesurado en el habla— pero antes de tú decirlo yo lo sabía. Qué matrimonio tan raro hubiéramos hecho ahora, Manuel; sin casa, sin heredad, asilados en este refugio de ancianos, incapacitados para el amor, torpes de andadura. Tú me llevabas a las eras cuando nos hicimos novios, y una noche de domingo volví a casa convertida en mujer; milagro de tu hombría, pues al llegar a aquellos andurriales, cuando el sol agonizaba, tres horas antes, era tan sólo una mozuela de diecisiete años. Al día siguiente te dieron un fusil que disparaba muerte allá donde apuntara su caño. A ti, que te apenaban los pardaes caídos en los ardides de la chiquillería, te enseñaron a apretar el gatillo y te enviaron al frente. Desde entonces recé cada noche en la cama para que no tuviera consecuencias lo nuestro; ocurrido al amparo de la caseta de Eusebio, sobre un brazado de avena. Señora, deje de aplicar el oído que esto no le interesa; hablo con Manuel de asuntos de maridos y esposas porque en realidad soy viuda: sólo me faltó la bendición del sacerdote, mi tío, que, si bien me enseñó algunos latinajos, ciencias naturales, historia y geografía, no quiso, en cambio, absolverme del pecado de amor; un amor nacido la víspera de Reyes y martirizado en

julio de aquel año triste en el que los generales pedían al pueblo soldados. Hubo una medalla póstuma, Manuel, que no valdrá nunca lo que valía tu chaleco de pana colgado de un clavo. La guardo en el fondo del arca —sacrílego regalo hecho por mi tío a mi madre— dentro de una cajita rosa, junto a tu pañuelo blanco, aquel pedazo de tela que me diste a lavar, impregnado de tu amor, cuando la ceremonia de mi iniciación hubo concluido.

Mañana, a la crítica hora de la amanecida, saldré a oscuras de la habitación y descenderé en silencio peldaño a peldaño. Llegaré al pueblo y sacaré el ajuar del arcón de nogal con herrajes de forja —cordones trenzados y sombreros de teja— alegoría del obispo que concedió el arca al templo. Colocaré cada cosa en su sitio y me quedaré a esperarte, Manuel, sentada en la estufa recién enrojada, mirando por la ventana con la idea de verte regresar de la guerra. Limpiaré tus heridas —las mortales primero— con agua hervida en la lumbre y jirones de una sábana sin estrenar. Confesaré a mi madre que en verdad fui una pécora, que le ganó al suyo mi atrevimiento; pues si ella se dio a don Ambrosio teniendo marido, yo me di a mi marido sin serlo todavía. Me iré, ya me he determinado; en este sitio estorbo y hago falta en casa. Habrán dado buena cuenta los conejos del saco de amapolas y del canasto de mielgas, porque hace ya un mes que me vine y ellos comen sin tasa para desgastar los dientes. Las ovejas sufrirán la tortura de sus ubres repletas, y los corderos esperarán en vano que el pastor los degüelle. Rebosará de miel la colmena y al pozo se le escaparán por el brocal láminas de agua pura. Imagino a las gallinas empollando los huevos en el nidal, doce, catorce, dieciséis, olvidadas del ama. Me viene a la memoria, con hilazas de niebla, la idea de que ya nada es mío; todo se lo entregué a los ladrones que me trajeron aquí con lo puesto. Malditos sobrinos hijos de mi hermano tres veces maldito, una por cada serpiente de las tres que parió mi cuñada, la Alfonsa, quien, si el Señor es justo, a su gloria la habrá llevado, pues recibía del marido una vida de perro vagabundo: era su cena un mendrugo de pan y una patada en

las posaderas, propinada con el sano propósito de aligerarle la digestión antes de que se fuera a la cama.

Un funesto viernes, en pleno verano, el aire inclemente se llevó media aldea en su impetuoso girar: tejados, tapiales, chimeneas, bardas, ovejas y personas. Tú no estabas Manuel; sucedió el año triste en que te fuiste a la guerra de los unos contra los otros, vecinos y hermanos que se prestaban, la víspera de los primeros tiros, hoces, lías y horcas. Recogíamos la cosecha las mujeres auxiliadas por niños y ancianos, y las tormentas enseñaban sus dientes como perros rabiosos. Don Ambrosio cedió a padre un par de mulas y un obrero, de modo que cuando las lluvias llegaron el grano estaba ya en las paneras. Otros hubo a quien la suerte mostró la cara adusta y, aún en morenas, se les nacieron las espigas.

La nevada arrecia —se arremolinan los copos unos sobre otros, cuajados, densos— y el suelo se nivela con premura. En mis adentros me alegro de haber sido engendrada por el riesgo y no por la costumbre; me complace venir de la simiente de don Ambrosio, porque padre era un simple que no movía una horca sin el permiso de madre; y es más, como si supiera el hombre que de mi venida a este mundo de pecado era mero testigo, desde que tengo memoria me trató con desprecio, igual que si me aborreciera. Pienso, y no sé si será una herejía, que el caso de Jesucristo se parece al mío. Pero ¡ca!, San José era un bendito y cumplió su papel de manera correcta, apropiada a los fines del Señor.

Ignoro la forma que ha de tener el Cielo, y las hechuras con que se presentará el Infierno. No digo que no me importe, que me importa; lo que digo es que me da igual ir al uno que al otro. Los imagino lugares asentados a manera de casas muy amplias, cálida una de ellas, situada al remanso de los aires fríos, muy grata durante el crudo invierno; y la otra, singularmente fresca —interiores sombríos protegidos por jardines regados con aguas rumorosas— buena para pasar el verano; y si sucede que está vedado ir de la una a la otra cuando corresponde el tiempo de su beneficio, que más da donde me encuentre, la mitad del tiempo me sentiré a disgusto. Soy pecadora; el que juzga me dejará a

medio camino, envidiosa de los que habitan ambas mansiones, y en esa equidistancia forzada hallaré mi perpetuo penar. Ya no ordena silencio la señora que escuchaba a mi lado; es que se calló mi voz y lleva el pensamiento el discurso a su desenlace.

No, no deseo irme aún con vosotras; digo en mi cabeza a las mujeres de mi familia cuando intentan arrastrarme, cuesta del cementerio hacia arriba, con ellas. Pálidas y delgadas representan mil años, y el respirar es tan fino que apenas se percibe. Me dan escalofríos sus manos; las invade el invierno y los dedos son zarcillos de escarcha. Pretenden llevarse a la anciana en que me he convertido sin darme cuenta; tras mi aliento débil vienen, y son legión: madre, abuela, bisabuela, tatarabuela, y así hasta mil generaciones de mujeres anteriores a mí, hembras infelices golpeadas por la vida en pleno vientre, lugar angosto que hace de puerta al misterio de la procreación y a las pasiones que la propician.

Al emprender mi desbarrado palique no me importaba marcharme, pero llegado el momento me da una pereza que no es otra cosa que miedo al más allá, a lo incógnito. Percibo el desgarrar del tejido en las mangas, fibra de algodón que ya no es capaz de estirarse; siento la desunión de la urdimbre y la trama, noto que los hilos gritan con ahogo como personas en trance de pasar a otro mundo: los hacía hermanados y ya ves, ha de ser ley de vida, a la hora de la verdad cada quien se arranca de su sitio con tal de salvarse.

No, Manuel, déjame estar aquí otro rato, hasta que termine mi delirante pensar; puede que mis despropósitos me encaminen por el lado bueno. Padre viene hacia mí con ademán de castigo, y hace mención de asirme por el brazo y mostrarme un sendero que baja la escalera y se mete en lo oscuro. Don Ambrosio, que ahora es encargado de atizar los carbones del Infierno, me mira como a hija suya y me solicita asistencia: yo —que sé freír un huevo sin que se me rompa la yema, y disponer las camisas albas y planchadas como a él le gustan— podría vaciar un dedal de agua en sus labios resecos. Don Tirso, mi tío, el sacerdote aquejado de simonía, resulta ser celestial bibliotecario y afirma que ya puede absolverme; mi pecado se manifiesta menos grave de lo

imaginado, pues ha consultado los libros de Dios y lo ve todo diáfano: es el amor lo que cuenta, no lo escrito en unos impresos que cualquiera puede poner al corriente. Quisiera preguntarle si existe clemencia para la inclinación de mi madre por don Ambrosio, pero seguramente no lo ha investigado donde debe hacerse, o quién sabe, acaso no le permiten revelarlo a la hija de la interesada.

Los que me quisieron —si fue bien o mal en este instante pierde importancia— los que se interesaron por mí, idos todos ellos, puestos de acuerdo para este regreso, tiran de mis brazos, de mi cabeza, y me conducen a la madrugada, momento en que pensaba escaparme a mis labores del pueblo. Me alzan de la galería y me ponen en lo alto de la escalera empinada; parecen pretender que el peso de los años me empuje hacia abajo, y rueda de banzo en banzo como un costal de harina que toma la forma quebrada de los peldaños. Recibo una luz que deslumbra la vista y se confunde con la negrura; es curioso, cien años pensando que la muerte es lo oscuro y resulta que oscuridad y luz, al llegar al punto de saturación, son una cosa misma. Cien años intentando huir del mal hacia el bien, y resulta que en este instante postrero los opuestos se concilian: frío y calor, suave y áspero. Entro en la nada que es una quietud sacudida hasta lo imposible, la simulada en los radios de una rueda que gira sin ningún descanso. Se unen los colores en mi único iris —los dos ojos han sumado sus fuerzas, superponiéndose, coincidiendo uno bajo el otro— se funden los distintos tintes y dan un blanco purísimo que lleva el negro en su seno, reflejo de la nevada que me rodea ocultándolo todo, resaltándolo. Los ruidos se mezclan de forma armoniosa, y en esta suprema menudencia temporal oigo las músicas estelares producidas por el equilibrado girar de los mundos. Los misterios se van aclarando; no quedan tontos cuando el enigma se abre. Se amontonan los días enteros —ayer y mañana sobre el hoy— hasta que todo es un presente ininterrumpido.

Mi desvariado soliloquio alcanza la madrugada, y en cuanto advierten su remate vienen a por mí los que me precedieron en la humana cadena. No, dejadme otro rato, les digo en mi sesera a quienes me

arrastran; pero desobedecen y caminan sin pausa, guiándome, desde el enjalbegado descansillo de la escalera, al lugar sin nombre donde el tiempo y el espacio se unifican.

Noveno concepto

La deriva del hombre

Pedro Sevylla de Juana 2006
DEVENIR POESÍA 136 aginas
Número 199

Dedicatoria

A mi nieta Judith,
que aún habita el vientre de su madre

ISBN: 84-96313-35-2

Depósito Legal: M-15218-2006

Contraportada:

Habla el autor del hombre como especie, de la persona. Poeta mucho antes que novelista, para Pedro Sevylla de Juana la poesía adopta a la realidad, la amamanta, la acuna, la desnuda y la hace suya, recreándola. “Poesía es belleza y equilibrio, es síntesis y es ritmo. Poesía

es búsqueda. Poesía es progreso. Es donación, es aire, es acero, es espuma, es raíz, es vértigo”.

Persona de su tiempo, Pedro Sevylla de Juana se sabe partícula de un Universo inabarcable y, buceando en sí mismo, explora las diversas vertientes de la existencia. Quizá el tiempo y el lugar de su infancia — tierra y piedra, cereales: Valdepero (Palencia), 1946— mitificados por la voluntad escrutadora, estén en el origen de *La deriva del hombre*, término marinerico que expresa la distancia existente entre el punto de destino y el punto de arribada, entre lo deseado y lo conseguido.

Vigorousos versos batidos en el yunque de la fragua, acero bien templado y reja aguzada, el autor acopia en el presente libro el trabajo de los diez últimos años y la filosofía destilada en el alambique de la vida, sumándose a las vanguardias poéticas actuales.

Va un fragmento como muestra.

NOVENTA Y UNO

Paso franco al hombre decidido, paso al caballero de la niebla; de horizontes sugestivos, de finísimas gotas de rocío se alimenta. Su pensamiento es veloz como el relámpago, y alcanza a la flecha desbocada, espoleada y acuciada por el arco.

Las ineludibles leyes naturales y la incesante evolución de la ralea, tuvieron antes que él experimento para descollar entre las bestias.

El tiempo que le guía está hecho a mano, de empieces y remates, de minúsculos retazos: horas perdidas en los acantilados pétreos, muertas en batallas de titanes, y tiene el costo bajo del grano de arena en el desierto, de la gota de agua de los mares.

Ignorante del rumbo exacto de los tiempos, doblega el timón, rechaza el yugo, abandona la prudencia y recurre confiado a los graneros, que atesoran mermadas las reservas: catedral envanecida y abrigado puerto, arbustos, pinos, lluvia dispersa, negra oscuridad el cielo, centellas fugaces sobre la cabeza.

En inhóspitos lugares sus ojos descubren excelencias, valora en las estatuas la ausencia de un brazo, la falta de cabeza, aclimatado esplendor de los jardines, la hiedra sinuosa, el musgo de las piedras.

En el infinito espacio se adentra atraído por los astros, el corazón en la mano izquierda, la mente en la derecha, sopesando; fiel de la balanza su nariz, su boca, sus simétricos ojos, su barba hirsuta; nivelando sima y monte, hoyo y roca, aptitudes, deseos y conductas.

Duerme su intención a diurnos intervalos, de la noche hace trampa de enemigos, dientes contra lomos magullados, a órganos vitales opone los colmillos; enfrentado a la sangre que le huye, para ejemplo se sirve de sí mismo y reinventa coincidentes las costumbres.

A veces se ilusiona y descubre que la vida hasta un punto esencial de curvatura puede ser pretendida, e inconstante despoja desfiguras o apasionado de las rosas encendidas se quiebra al intentar la arquitectura.

Hace crisis su inestable resistencia con una periodicidad impredecible: desimanada brújula paterna, entrechocar de espadas concurrentes, desgarros, palabras inconexas. Agita en el cedazo de la duda, el bien y el mal mezclados, la delirante fantasía, la cordura; concediendo valor desmesurado al punto original y a la ruptura.

En el principio la oscuridad y sus misterios; después la luz que explica todo; por fin, el día y la noche sucediéndose inalcanzables y antagónicos. Caballero del otear velado, tantea su errático vagar: verde inicial, remate bien granado.

El hombre en su postrera amanecida, escucha las doce campanadas y no tiene la faena definida.

La musa de Picasso

Pedro Sevylla de Juana 2007

EGARTORRE LIBROS 208 páginas

1ª Edición

2ª Edición

Dedicatoria

A mi nieta Judith
quien el próximo mes cumplirá un año
y la sorprende todo.

ISBN: 84-87325-78-5

ISBN.13:978-84-87325-78-6

Depósito Legal: SE-1627-2007 UE

Contraportada

Premio internacional “Vargas Llosa” de novela, Pedro Sevylla de Juana reúne en “La musa de Picasso” once relatos ávidos de autonomía, fondo y forma disímiles. Yendo de lo próximo a lo lejano, espacio y tiempo, los asuntos tratados exploran la naturaleza de la persona en toda su compleja simplicidad. Lo cotidiano y lo excepcional conviven sin enfrentamientos. La violencia y el amor se combinan y neutralizan. Optimismo y pesimismo, el uno tras el otro, trazan un círculo sin término, al modo del perro que girando sin pausa intenta morderse la cola. La recreación histórica va un paso más allá de la historia, desarmándola al desmenuzar las razones que la originan. Hay poesía impregnando de rocío las páginas más duras. Y como en todas las obras de este artesano del idioma, el lenguaje, adecuado a su función, se pone al servicio de los valores humanos.

Capítulo de muestra

La musa de Picasso

Está Pablo Ruiz Picasso, párvulo, Plaza de la Merced, en Málaga, robando jirones de luz a la ciudad, como quien escamotea a la vista de la vendedora manzanas rojas, verdes, amarillas, del atestado puesto del mercado. La frutera no se inmuta porque en su abundancia es genero-

sa con la necesidad, y aquel párvulo, alimentado de luz y de líneas secantes, ha sido destinado a alumbrar el llamado Arte Moderno; corte, escisión, tajo de alfanje, a manera de salto brutal en una evolución que no va a dejar títere con cabeza, convirtiendo el presente, hecho y derecho, en picadillo.

Asiste a clase lo imprescindible para saber el origen de las cosas, los principios del hombre y la extensión exacta del Universo; recogiendo, en el ínterin, algunos de los materiales con los que, siendo adulto, jugará a reproducir lo visto, lo intuido, lo soñado, lo imposible. Colores, formas, superficies, volúmenes, energía, inspiración, equilibrio y armonía poética que caben en un pozo profundo mediado de aguas finas. Pergeña para el Arte un Nuevo Orden, dispone una Vanguardia, avienta una Estética de última cosecha; depura, doma, renueva, agita, revoluciona la Vieja Realidad.

Los juguetes del niño Picasso —un caballo de cartón regalo de su abuela materna, un parchís, testigo involuntario de alguna historia desgraciada; un rompecabezas formado por exaedros depositarios de seis posibilidades— son juguetes instructivos que entretienen desarrollando las capacidades innatas. Mas las piezas lúdicas en sus manos se hacen herramientas, materia prima de futuras creaciones, origen de mundos en mutación constante, verdad personal destinada a ser compartida; parcial, es cierto, pero asumida más tarde como propia por los coetáneos y herederos.

Picasso, infante aún, es ya un arroyo impetuoso, un torrente que se debe encauzar para que no rebose energía desperdiciándola en arideces. Corre, brinca con su perro, descubre el mar inmenso y la arena incontable, saluda a su tío, jefe de los médicos del puerto, partero de su madre cuando Pablo tuvo el antojo de nacer, onces y cuarto de la noche; y se encuentra a gusto si logra salirse con la suya y llevar adelante sus empeños. Ama y odia en alternancia a los mismos objetos, a idénticas personas; ama y odia hasta someter a unos y a otras a su inabordable tiranía. Resplandece en los dibujos la originalidad del diseño, trazos desbocados capaces de engullir la inercia de un mundo que viene de

lejos; arrasando los imperios individuales en que se sustenta, los credos más desarrollados que lo explican. Por fortuna, vigilante de todo acontecer, camina a su lado la dorada barba del padre, única imagen respetada, por cuyo solo influjo se somete a las coordenadas más estrictas.

Allí comienza una musa a seguirlo, en esas tempranas horas del primer trabajo acabado, para que se habitúe poco a poco a su compañía, a su valimiento. Procede de innúmeros artistas fenecidos, desde el original dibujante rupestre, hasta Jean—Auguste—Dominique Ingres, a quien dejó apenada el día de su muerte. Vagó casi cuatro lustros hasta convencerse del ingenio y el empuje del nuevo protegido. Habiendo decidido de manera categórica servir al niño inquieto de penetrante mirada, escolta a Picasso esa especie de sombra, que tiene mucho de humana porque en cierto modo representa la conciencia del padre, transmisora de un credo que el día de mañana formará parte esencial de su verdadero pensamiento independizado. La musa posee la clarividencia de un maestro, eterna educanda en investigaciones progresivas; la lucidez de un poeta de la expresión artística, la tenacidad de un soldado sobrepuesto a cien derrotas. Será un álter ego desarrollado en el fondo de la intimidad, dotado de criterio propio que el protegido tendrá muchas veces en cuenta. Si lo cree necesario se convertirá en censuradora, pues posee alguna habilidad para el trazado de límites, está especializada en armonizar dimensiones y sabe introducir tierra y mar en el lienzo, al hombre concreto y al abstracto. Pero no insufla ideas en las mentes cerradas, ni dicta a los indolentes el modo de ponerlas en práctica. Ha sido dotada de un talento fuera de lo común y de una pasión enorme; y los pone al servicio de cada uno de los intentos que suceden al vigésimo.

La musa vislumbra la necesidad del padre que Pablo Ruiz Picasso encubre; silueta alargada, áurea barba, modales exquisitos. A los cinco años concluye el novicio su primer retrato y, con ser de gran ayuda, determinante acaso, qué pequeño queda el gesto de don José Ruiz, llevando la mano que sujeta el carboncillo o desliza el difumino, exigiendo insistencia hasta la extenuación. Minúsculo, frente a la beligerante

actitud adoptada cuando el trabajo ha concluido. Porque el arte lo es, si exhibido sin pudor recibe las miradas ajenas; aprobación, indiferencia o rechazo. Y ahí su padre juega un papel esencial al convencer a la esposa, ama de casa renuente a la cesión de una pared estratégica. Favorece el progreso del niño la circunstancia insólita de disponer de una sala de exposiciones; y lo es el recoleto recibidor de las visitas, algunas versadas en cuestiones pictóricas. La necesidad del padre, sobrepasados los naturales afectos, en Picasso llega hasta la brumosa mañana coruñesa, momento solemne en que recibe los viejos útiles y el maletín de colores de su progenitor. “Te entrego mis pinceles”, dice la musa que dijo don José “ya puedes pintar, ahora dominas el dibujo. Pero recuerda, los pinceles son instrumentos de las ideas, de la técnica, de la intuición; ellos, de por sí, no dan cuerpo a los cuadros. Obedecen a la mano, pero la mano se somete a la cabeza y al corazón; siente, pues, y practica”.

Tras la ceremonia iniciática ya es derechohabiente; ha ingresado en el amplio círculo de artistas donde su padre milita, espacio defendido con *númerus clausus* de intrusos faltos de legitimidad. Anillo integrador de aros menores que albergan otros cada vez más reducidos. Conformado el sistema por circunferencias concéntricas, el conjunto escuda el nimbo de los que ya conocen la gloria, última corona protectora de siete artistas preeminentes. Forma parte Picasso, en la orilla aún, de la reserva cultural que crece en los momentos de libertad y progreso, disminuyendo en los períodos tristes de guerras y posguerras. Aprender es su mira inmediata y así lo expresa, aunque tan apagado que sólo la musa lo escucha; tiene intención de irrumpir, único provecho del esfuerzo y la devoción, en el recinto exiguo que incluye a El Greco, que contiene a Cézanne; relegando al término de su adiestramiento la ambición desmedida de ser uno de los siete, verdaderos genios capaces de maravillar al mundo con sus trazos; desde las cavernas hasta el límite que pongan los siglos.

La musa del pintor —hasta ahora circunscrita al cumplimiento de misiones de tutela— pretende tomar la iniciativa encaminando los pasos de Picasso adolescente. Metida de lleno en la nueva tarea, propi-

cia que, sirviéndose de tiza sustraída de las clases, dibuje el muchacho en las paredes del Instituto Da Guarda, suaves paisajes del añorado mediodía y palomas portadoras de ramitas de olivo. El trazo enérgico de las líneas que conforman las alas y el pecho, habituado a resistir las embestidas del aire, facilita la fuerza necesaria para emprender el vuelo y elevarse sobre las cosas, por encima de las ideas. Pinta Picasso, imberbe, muchachas púberes de formas caprichosas, que una vez trazadas se enamoran de él y le rinden el tributo del candor y los sueños sensuales. Porque hay en el pozo de sus ojos un magnetismo que atrae, porque se mueven sus brazos con un ademán tan decidido que da seguridad; y su testuz de toro bravo posee tal fuerza en reposo, que parece estar en disposición de defender todas las causas justas existentes en el mundo.

La musa sospecha que Pablo Ruiz no será Picasso —dueño de sí, expandido— hasta mil ochocientos noventa y siete, cuando la rebelión conquiste el último reducto sagrado, sobrepasando su estética al elegante y desenvuelto estilo del padre; cuando lo que desea ser dé un golpe de mano a lo que es, tomando las riendas. Con paso de tan enorme consecuencia, zancada debida a la madurez y a la disposición, tratará de ampliar el reducido ámbito que representan en sus raíces lo castellano, lo vasco, lo español; sin desdeñarlo, trascendiéndolo. Tomará, con ese gesto simbólico, la ciudadanía del mundo, evocadora en él, por lejano, por europeo, lo italiano de su origen. A pesar de ello, se percata-
rá muy pronto: el primitivo Ruiz y el evolucionado Picasso, coinciden en la visión de un último horizonte de líneas y colores, expresión de la Obra resultante de todas las tentativas pictóricas, de todos los estilos y tendencias. Obra o Cuadro con mayúscula, producto de los cien años de su trabajosa investigación y de media eternidad antecesora: Jan Van Eyck y la revolución oleaginoso, lo germano sobre lo latino, lo extraño por encima de lo propio, hasta las cuevas decoradas en el neolítico. “Intrínsecamente, de El Quinto Sello, de Doménikos Theotokópoulos, a las Demoiselles, hay más distancia que entre el primer cuadro de Picasso y cualquiera de los últimos, de mil novecientos setenta y dos, pongamos por caso”. Así de tajante es la musa al respecto.

Los protagonistas del cuadro *Les Demoiselles D'Avignon*, óleo sobre tela culminado por Pablo Ruiz Picasso entre junio y julio de mil novecientos siete, son, de izquierda a derecha: una mujer concebida como varón que llega del proscenio sosteniendo una cortina, personaje del que la musa explica su condición de médico en ciernes; una señorita desnuda o casi, brazo zurdo alzado, mano detrás de la cabeza; otra señorita situada al fondo de la escena, los dos brazos elevados, las manos ocultas y un lienzo que realza lo que no alcanza a cubrir y lo cubierto; un diestro marino que en un estudio previo —gouache sobre papel— lía un cigarrillo; y una mujer sentada que se muestra sin fingimientos. Personajes que hablan un lenguaje aún no formulado, sabiéndose banderas de la nueva expresión artística y verdugos de la precedente; símbolos de una proclama premeditada, meditada y, a la postre, lanzada como una jabalina sobre el buen gusto de un pasado que allí, a sus pies, herido de muerte, agoniza. Conoce la musa que lo vivido por Picasso hasta entonces, tenía como meta velada, contribuir en algún momento impreciso a la concepción de este Cuadro, y que el resto de su vasta producción pivota sobre él, incluso su obra magna bautizada Guernica.

El día concreto en que Picasso recibe de un cierto Géry Pieret el producto del provocador robo del Louvre: dos vasos ibéricos; la musa que examina el íntimo carácter del genio no está presente —raro hecho en alguien consustancial— y se pierde la íntima alegría reflejada en el espejo del rostro y el supuesto deseo de propiedad que deja entrever. Aprecia, y para el caso es lo mismo, el brillo de las pupilas codiciosas ante la máscara fang que Vlaminck dona a Derain; o un rictus complacido, brotado el día singular de principios del estío al visitar el Musée d'Etnographie del Trocadéro, cuando le es revelada toda la pureza del arte primitivo.

Los personajes del cuadro *Les Demoiselles d'Avignon*, poseen vida previa y disfrutan de una evolución que tiene mucho que ver con la marcha del hombre. Sucede a partir del verano de mil novecientos seis, cuando el artista inicia los trabajos preparatorios, encinta ya su mente

de luces y oscuridades, de las formas mórbidas que las bañistas exhiben en las playas ardientes. Maneja Picasso los pinceles como vertederas que arrancan inestimables vestigios ancestrales o tapan las semillas dejadas en el surco, próximas al arroyo que asegura el riego. Porta la herencia del pintor románico, del gótico, del hombre del renacimiento; camina avizor de todos los antecesores, bebe en sus fuentes hasta la complacencia o el ahogo; y avanza a la manera del progreso, rompiendo consigo mismo, pisando sobre los escombros de los modelos.

La musa semeja a su debido tiempo un chiquillo, un adolescente, un hombre maduro o un anciano; y con la excepción conocida sigue a Picasso a todas las partes. Observa, anota, valora y saca conclusiones, ayudada en cada momento por la clarividencia intrínseca. Rememora acaeceres remotos y va descubriendo afinidades hasta que los sucesivos cotejos se ponen de parte del presente. Mantiene la musa el cambiante ritmo seguido por el pintor, jinete Picasso hecho ya al desbocado caballo que monta, bien aprendidos los quiebros, asido a las abundantes crines. Sin deterioro del sincronismo alcanzado, al colegial Pablo Ruiz le cohibió cien veces la inevitable presencia de la musa: generosa porque carece de objetivos propios, obstinada porque en la insistencia cifra el éxito.

Siluetas recortadas en los contraluces urbanos: personas obligadas a caminar en zigzag como serpientes y callejuelas definidas por las líneas curvas de las fachadas: de la mano del muchacho que va para pintor la musa descubre Barcelona, estudia Bellas Artes en Madrid, se da de bruces en el Museo del Prado con el Giotto, los Flamencos, Goya, Velázquez, Cranach, el Greco; cura la escarlatina en Horta de San Joan y recibe el impulso derrochado por Picasso en su continuo deambular entre artes distintas: pintura, grabado, escultura, cerámica; dominador de los cuatro elementos persiguiendo la creación pura, al margen de los materiales empleados. De Altamira a la realidad virtual rastrea la musa las Edades del Hombre, hasta comprender al animal civilizado por el pensamiento, capaz de suavizar sus hábitos, desde comer congéneres hasta alimentarse en exclusiva de yerbas a punto de ser engullidas por vacas, con cuyos cadáveres se alimentarán otras yerbas.

Las barreras que a lo largo de su vida cerraron el paso al rebelde Pablo Ruiz, fueron desencadenante, al decir de la musa, de cientos de acres esbozos, cartas durísimas, manifiestos, relatos, obritas de teatro y pequeños poemas que el autor ocultaba junto a pedazos de intimidad y ensayos fallidos. En ocasiones el cerebro de Picasso se encuentra henchido de cólera divina, aquella que expulsó del Templo a los mercaderes, y haciendo suyo el Dogma del Medievo lo esgrime como espada flamígera, como tizón al rojo; y con él rasga la seda de la hipocresía e incendia el mundo acomodado que lo ahoga. Luego, los truenos agonizan, la lluvia escampa y un olor a tierra fresca invade el recinto, hasta que poco a poco los amigos se atreven a levantar cabeza.

Tanto como Barcelona le dice el París de mil novecientos a Picasso, que parte de la cervecería de “*Els quatre gats*” de Pere Romeu, refugio y escuela. Le explica lo mismo la capital francesa, pero emplea palabras más vigorosas, y su discurso acaba convenciéndolo. Las personas con las que coincide poseen un barniz de lucidez que sólo se expende en Montparnasse, y los temas de conversación siendo idénticos son más universales, más trascendentes. Si en el Paralelo el arte depende de la Vida, en el Barrio Latino la vida parece supeditada al Arte. En opinión meditada del desplazado, París es a Barcelona lo que Barcelona a Horta de San Joan.

En el Louvre se da de manos a boca con la *Coronación de la Virgen*, de Fra Angélico; *La Nave de los Locos*, de El Bosco; *La Gioconda*, de Leonardo. Admira los *Dos Esclavos*, esculturas gemelas de Miguel Ángel; los retratos que de Covarrubias pintó El Greco y de Descartes, Frans Hal. Se detiene largo rato ante el *Desnudo de Betsabé*, de Rembrandt; los *Funerales de San Buenaventura*, de Zurbarán; la *Adoración de los Pastores*, de La Tour; *Las Bañistas*, de Fragonard. Y algunas de sus preguntas estéticas reciben abundantes respuestas de Ingres, Courbet, Corot y Daumier. La existencia discurre vertiginosa en la capital del arte, y lo que allí sucede parece tener una importancia decisiva para la armonía de los mundos, lámparas colgadas de un techo oscuro y elevado. Se apasiona Picasso con el desgarrado Toulouse—Lautrec y

los impresionistas, y oye a la “Ciudad Luz” dictar principios tan claros, tan llenos, que no puede asimilar todo el contenido y ha de regresar al remanso de Málaga —donde sus raíces ahondaron durante diez años y aún son robustas— en busca de base y referencia.

Digerida ya la primera ingestión, desde la tierra inicial vuelve a la villa de París; regresa con el simple propósito de entregarse y conquistarla. A partir de ese momento el hombre supera en trascendencia a las cosas, encabeza el desfile de la naturaleza, dirige el concierto universal. Max Jacob ve, junto a la musa, como en el frío invierno de 1902, persiguiendo el calor esquivo, la estufa consume ochocientos noventa y seis apuntes que el español tomó del natural y de la memoria a partes iguales, en horas de tumultuosa iluminación. No importan las privaciones; inspira allí el aire expirado por Apollinaire y Cocteau y conoce a los surrealistas nacidos de las cenizas del dadaísmo. El tiempo camina a su costado, pero Picasso no espera asistencia del tiempo: abre veredas en selvas o pedregales, y cuando los seguidores las convierten en caminos, inicia otras nuevas. Busca sus amigos entre los escritores, y si acepta a algún pintor, como Braque y Derain, ve en ellos cualidades literarias. Y a pasos o zancadas se acerca al Cuadro.

La musa desea conocer el desgaste derivado del pretérito y la cantidad de futuro que el destino reserva al pintor; examina con ese solo objeto la calidad e intensidad de los trazos, con los cuales, como con un bisturí, Picasso disecciona los días ahíto de gloria y saturado de pigmentos. Ante un envite interesante juega todas sus cartas; una tras otra en pos del triunfo. La mujer es uno de sus motores y si alguna lo atrae, despliega su cola de pavoreal hasta conquistarla. Es animal su forma de cortejo, lleno de probadas claves primitivas que dan resultado en otras especies. Finge si es necesario y juega a ser él, desarrolla una imagen que imita a la propia, actúa el hombre. Mas si todo falla —aunque lo odia porque ataca a sus convencimientos más profundos— exhibe al artista de mérito y lo sube al desequilibrado platillo de la balanza.

En su último ensayo Matisse le muestra a Picasso la naturaleza encontrada más allá de ella misma, la material discontinuidad de las células or-

ganizadas en islas, agrupadas en archipiélago vital. Técnicas que cuentan con la complicidad del ojo para ser percibidas en toda su magnífica impureza. Y allí está la musa, menuda, modesta, con la disimulada fascinación de un chiquillo que doma un balancín, cómplice de los dos maestros que se comunican a media voz secretos enigmas, vedados al resto de la humanidad. Acerca los pinceles trocados, confunde la intención y logra otra nueva, contribuyendo según su entender a la anarquía que acaba dando de sí fingidas imágenes, sustitutas aventajadas de la realidad.

No ignora la musa a estas alturas que el óleo prefiere el lienzo de lino al de cáñamo; que la pintura, para evitar el virado al amarillo, precisa un secado de casi doce meses antes de recibir el barniz. Tal como es, experta, puede valorar los trabajos obsesivos que Picasso se toma para hacer de las “Demoiselles” el Cuadro. Durante el otoño de mil novecientos seis, sirviéndose de sus incorpóreas manos, de sus ojos transparentes, junta la musa cincuenta y ocho ensayos y los aglutina en un cuaderno: lápiz y tinta china sobre el papel de las hojas apaisadas, cosidas con un cordel y protegidas del roce por unas pastas de cartón recubierto de tela: desnudos de frente o de perfil, erguidos o sentados, en movimiento o estáticos; retratos, autorretratos, cabezas, rostros, manos, orejas, pies; y varias páginas en blanco que contienen mil proyectos aún sin concretar, los más airosos.

Kandiski, Klee y veintitrés pintores cuyos nombres o sobrenombres comienzan por Ka, como Kokoschka, son acusados de copiar a Velázquez, Vermeer, Van Gogh y otros veintidós pintores cuyos nombres comienzan por Uve. Picasso es el defensor de los copistas dado su conocimiento de los copiados; y un cuervo que abre las alas oscuras, negras de un negro azulado, rojizo y amarillento; de un negro rodeado de negro, en representación de los pintores que comienzan por Erre, Rivera el primero, se ocupa de los intereses de los copiados. Hace de juez el Sentido Común y demuestra que no hay tal plagio; pisa el carpintero las tablas de los peldaños iniciales en su intento de colocar las duelas de los posteriores, anticipados a los que alcanzan el segundo piso y el tercero.

En el acto de atravesar una laguna creativa descubre la musa al Pintor; con destreza de sicólogo descompone recuerdos que pueden servir de asidero. Tras ese fin rememora un paseo en mula desde Tortosa a Horta de San Joan; cuyo recorrido le mostró la vida y su ensayada parsimonia: desde el enjuto jefe de estación silbando sin pito la orden de salida al tren, hasta un pastor mudo que se expresaba con gestos cargados de energía, punzones las manos grabando mensajes sencillos sobre el encerado del aire.

Ofrece Picasso a los ojos verdes de Fernande Olivier la belleza del arambol, hierro y madera conjugados, en su nuevo estudio de la *rue Ravignan*. Penetra la musa tras ellos en las mágicas formas de un edificio ignorante del arriba y abajo, laberinto ruinoso y esplendente de escaleras, puertas y pasillos. En el *bateau lavoir*, nombre dado al espacio por Max Jacob, la musa vivió a sus anchas rodeada de poetas, filósofos, escultores, enredados en constantes discusiones artísticas y filosóficas, en diabólicas y angelicales avenencias.

El día en que Picasso cumple veinticinco años, se sincera con el dulce amigo Juan Gris para aligerar su íntima carga. Como el subversivo que trama arrojar una bomba al paso del rey, le avisa con voz de secreto: “El cuadro que concluyes, signado Juan Gris, alcanzará el honor de ser el último del orden arcaico;” y lo apremia, porque en solitario emprende la cruzada. Lleva él, en su interior de auténtico revolucionario, mil lienzos enroscados como serpientes y cuatro enmarcados, entre ellos están, la Mujer ante el Espejo, las Señoritas de Aviñón y el enorme Guernica, que le causa un daño atroz en la frente y en el pie derecho, puntos de coincidencia de dos esquinas.

Intentando las Demoiselles d’Avignon, el verano de mil novecientos seis, para hacer muñeca toma apuntes; uno de ellos, en gouache sobre papel, lo forman Tres Desnudos —dos mujeres y un hombre— y escribe en los márgenes frases poéticas que rompen el encanto existente estableciendo otro nuevo, entronizando la palabra como signo pictórico, acrecentándola, espigando el dibujo. Ahí se conjugan las

claves arcanas que representan el cosmos, portado —objeto de la gravitación universal— debajo de la boina, sobre las recias mandíbulas.

Toma Picasso prestados los lienzos que más lo interesan en ese instante, dominio de maestros: *El Baño Turco*, de Ingres; *Las Tres y las Cinco Bañistas*, de Paul Cézanne; *El Quinto Sello del Apocalipsis*, de El Greco; *El Desnudo Azul* —recuerdo de Biskra— de Henri Matisse; *Las Bañistas*, de André Derain, entre ellos. Acepta, también, el arte prehistórico introducido en su cabeza a través de los ojos, lucernarios inmensos; y empareja, bueyes de su carreta, la técnica aprendida con las aspiraciones que le impulsan a alcanzar lo sublime. Uncida la yunta, agradece a su padre la férrea disciplina inculcada, rigidez de normas que le ha sido muy útil. Hace meses que acarrea el caldo nutricional, veinticuatro horas diarias en los meníngeos matraces, hasta que la reacción se produce y pinta, ara, surca el mar con su cañonero y alcanza tierra firme en un esquife. Días enteros, noches enteras, fragmentos, figuras completas, ensayando, analizando, mezclando como alquimista buretas y pipetas, conjugando como músico piano y violín, rasgueos de guitarra; hasta que va saliendo el cuadro miembro a miembro, esquinas, bordes, tormento a tormento, siempre en presencia de la musa, que toma nota de cuanto ve y cuanto sospecha, para que la posteridad conozca las dificultades de ese parto. Se suceden las cuatro estaciones, frío y calor, inquietudes y certezas, y la musa comprende —lo aprecia en la amplitud de la mirada con que el pintor la contempla— que Picasso está satisfecho de esa pintura tan avanzada. En cuanto se seque y el barniz no suponga un peligro para los colores, al margen de las coordenadas conocidas, habrá de colgarse de la bóveda celeste *Les Demoiselles d'Avignon*. Ha vertido en esa pintura su acervo íntegro y puede que con ella haya logrado el Cuadro. Satisfecho de su capacidad, cree el genio llegado el momento de prepararse para el Guernica, que quizá tarde en llegar treinta años.

La musa sorprende enfermo a Picasso, úlcera abierta en el estómago, saco receptor de todos los males. Pero el doctor Guttman no ausculta la mente, asiento real de las dolencias; si lo hiciera hallaría

un virus que se debilita y refuerza a intervalos irregulares, un germen que no se puede destruir sin matar la propia vida porque es su raíz. No merece la pena levantarse en semejantes días, cuando el bacilo posee las fuerzas que arrebató; no merece la pena pintar, ni hablar con Balthus sobre pintura. “Qué sabe él, qué sé yo, qué sabe nadie del retrato; qué sabemos los pintores del aire que envuelve a las figuras, de la sangre que va y viene por venas y arterias, de los sentimientos y opiniones que anidan en cabezas o pechos, de la savia que recorre las ramas del olivo, de la eternidad que hace sensibles a las piedras; qué conoce el hombre de la esperanza del hombre, de la estrella polar que ordena el caos en cosmos frente a ella, marcando la senda a todo el universo nocturno; qué sabe nadie de lo desconocido, qué sabemos los pintores de pintura.”

En un momento de tregua determina irse a la casa de Dora Maar, situada en la Vaucluse. Llegado a Ménerbes, para calmar la opresión enciende la chimenea y observa fascinado el fuego, traza líneas móviles sobre múltiples hojas de papel, las dota de suficiente profundidad para que se perciban todas las llamas, una tras otra, una delante de otra, una al lado de otra, separadas las unas de las otras; aislándolas, individualizándolas y concediéndoles la importancia que no le dan al insistente dolor —avisador del mal como alcandora en collado— ni el médico ni los que se dicen amigos.

Disminuye su asombrosa fecundidad creadora y trata de leer las cartas de Olga Koklova: letras desiguales mezcladas sin orden ni concierto, márgenes invadidos, líneas dibujadas de arriba a abajo, expresándose en todos los idiomas conocidos por ella —ruso, español, francés— o por ella inventados, perfilando ondulaciones de naufragio que se arrastra en el desierto. Y al menos durante un segundo cree a Olga la iluminada que conoce el secreto, esa revelación vital esperada desde los cinco años, cuando expuso en el recibidor de casa su primer retrato. Allí, en los poemas que son resplandores ígneos, está ella con su sabiduría animal, con su telúrico conocimiento de las tormentas y la caña de medir los acantilados.

De improviso resuelve correr hacia la pequeña Maya, dejada en manos de Marie—Thérese Walter, quien educa a su niña para ser hija adulta de Picasso. La actitud materna lo irrita, e irritado cede al impulso de romper apuntes, incluso obras acabadas que reinicia de nuevo con furia, porque la destrucción suele apaciguarlo y el renacer dota de plectro a sus cuadros insulsos. La musa observa que Picasso, el pintor genial, se suicida y abdica en el hombre, un individuo de ferviente mirada fugitivo de sí mismo; sabe que existen estímulos a miles, aptos para sacarlo de la apatía y situarlo frente al mundo, dispuesto a modificar la órbita prevista; por eso toma nota y finge indiferencia.

Los encuentros de Picasso con Neruda comenzaron —asegura la musa— en mil novecientos treinta y cuatro, alrededores de la Casita del Príncipe, en El Escorial. Pasean solos por los jardines en animada charla, almuerzan juntos y, por separado como han ido, regresan a Madrid con sus íntimos. Poco se sabe de esta primera entrevista, propiciada por la Embajada de Chile a iniciativa del agregado cultural; la musa no reveló los asuntos tratados ni la profundidad del coloquio, tan sólo se conocen dos detalles: lamentaron la marcha insegura de la justicia social, intercambiaron libros. Picasso regaló uno de ellos a Olga Koklova, la Araucana, de Alonso de Ercilla.

Es París, sin embargo, la villa que ve nacer un profundo sentimiento entre ambos a pesar de la diferencia de edad. Ha cumplido Pablo Picasso cincuenta y seis años y Neruda es un joven de treinta y tres, vehemente y orgulloso. Pero ¿no es el orgullo la fuerza que impulsa en ocasiones al pintor? En el segundo año de la Guerra Española trabaja Neruda —recién llegado de ella— en un libro difícil y aflictivo: “España en el Corazón”. Como dos embarazadas que se intercambian experiencias, él y Picasso, que esboza el cuadro “Guernica”, agotador y doloroso, se orientan el uno al otro disolviendo dudas que van más allá del mero arte, introduciéndose en la filosofía de los conceptos. La madurez de Picasso se impone y admite Neruda sus sabios consejos como gotas de un elixir prodigioso y escaso. Son frases de amigos tolerantes las que se cruzan a propósito de los poemas que Picasso escribió

en mil novecientos treinta y cinco, tratando de llenar el hueco dejado por la pintura tras su separación de Olga y el consiguiente abandono de los pinceles. Los escritos, florecidos de ilustraciones que enriquecen, muestra con pudor de colegial al poeta consagrado, encontrando ahí el punto de equilibrio entre lo dado y lo recibido. “¡Soy un Pintor anciano y un Poeta en pañales!”, anota la musa que acertó a exclamar.

Si no busca la coincidencia con Neruda, ¿qué persigue Picasso al escoger entre sus ocho nombres el de Pablo? ¿Qué lleva a Ricardo Eliecer Neftalí a adoptar de manera oficial el nombre de Pablo en sustitución de la frondosidad onomástica, de no ser el deseo de coincidir con Picasso? Diferencias hay, seguro, en su relación; porque dos caracteres tan fuertes como los suyos por fuerza han de chocar. Los ve con sus ojos vacíos la alta cresta, férrea mirada de la torre Eiffel: pasean juntos, bien por una orilla bien por la opuesta a lo largo del Sena, discutiendo en tono amigable de política y de mujeres. Mueren los dos Pablos en mil novecientos setenta y tres, puestos de acuerdo definitivamente, después de la ausencia de trato que marca indeleble una última tarde en el Trocadèro, la víspera del viaje de Picasso a Antibes.

Desarrolla el genio mucho amor a la obra de los demás, y no es frecuente en este período de luchas cuerpo a cuerpo: recalca el tono admirativo la musa al decirlo. Los adorados en uno u otro momento forman una hilera estirada. Y no es sólo de grandes, también los menores la integran. Si se da la valía, por oculta que esté, Picasso la descubre y la pregonar. ¡Cuánto le deben los otros? Casi tanto como le adeudan las artes: la pintura en la que fue primero; la escultura, rendida como novia enamorada; y la arquitectura, que recibió esbozos de itinerarios naciendo. Eso y más se obliga el siglo: responde la musa embelesada.

Difuso evoca la musa un entierro en la Provenza, época amable de la cerámica, al que acude acompañando a Picasso. El recoleto cementerio mediterráneo, arraigado en la antigüedad clásica a través de la etimología del nombre, dormitorio; es, en efecto, lugar de descanso formado por patios ajardinados. Allí, área *non sancta* destinada a los suicidas, el pintor y su musa forman parte de un multitudinario cortejo funerario. Despide

el duelo a una joven que el cristal del ataúd permite ver: pálida novia coronada de rosas albas, velo de blanquísimo tul. Las rocas —dolidas por no poseer entre sus facultades la de ablandarse a voluntad, lecho de plumas, esponjosos vellocinos de cordero— recibieron el cuerpo empujado por la desesperación desde lo alto del acantilado. Recién salida de la adolescencia, el amor de un experimentado amator la hizo corro, rindiéndola sin condiciones. El bandido, ya casado, faltó a la cita en una ermita dispuesta para la ceremonia nupcial; y la novia, privada de la dicha y burlada, corrió hasta el despeñadero. Pretende la musa alardear del pintor interesado por lo que le rodea, pasto de su arte, en los días aquellos de Antibes, Vallauris, Mougins y Vauvernagues, cuando buscaba senderos fuera del camino, descubriendo Levens, Saorge, Breil, Lerins, Vence, Fréjus, Valbonne, Robion. Sisteron, Digne, Sourribes y muchos otros, en los que se empapó de arte románico.

Percibe la musa la tensión que Picasso origina en su entorno inmediato; sucede cada vez que el genio entra en las estancias donde otros charlan desenvueltos, incluidas sus mujeres o dilectos amigos. Es el revisor del tren que sorprende a los viajeros sin billete; la autoridad central visitando de improviso a los delegados de provincias. Olga escapa a este influjo, ella actúa con la indiferencia deseada por el propio pintor.

Habitan la memoria de Picasso dos viajes significativos; uno de ellos a Polonia, motivado por el Congreso de la Paz; y el otro a Rusia, llamado por los expositores de su obra en Moscú. Esas aproximaciones representan dos oportunidades de visitar Leningrado. Medio en broma, cumpliendo el arcaico ucase del zar Pedro I, el genio entrega a los mandatarios de la ciudad una piedra añadida a su equipaje, canto rodado con forma de madre que abraza a su hijo, recogido en Málaga durante su última estancia. En el centro de la urbe, a orillas del Neva, en el antiguo Palacio de Invierno espera el Hermitage: lienzos, esculturas, grabados, monedas y un variopinto muestrario de diversas culturas. Ocho días ocupa el periplo, decidido de antemano según sus preferencias, y una infinidad de anotaciones y multitud de apuntes

dan fe del aprovechamiento. Acompañado por la musa recorre luego la ciudad: parques, castillos, museos y palacios, dedicando unos días a conocer alfares de porcelana, cuyos métodos enlazan con los empleados por chinos y sajones.

En su fecunda madurez recibe Picasso montañas de testimonios en todos los idiomas: libros de arte, novelas, revistas, ensayos y documentales que lo tienen como objeto de su redacción o hablan de él en alguno de sus capítulos. En caso tal, muestran, mediante un papel doblado, las páginas concretas. Junto al llamado “Andén de la Estación”, único lugar de la casa donde la convivencia se hace posible, se va acumulando un variopinto muestrario que espera la mirada crítica del interesado. Sabe la musa que el Genio, vivo, se ha convertido en un valladar y que, muerto, desencadenará un torbellino de acciones, de información, de estudios, de homenajes; y oye musitar con voz ambigua a los otros, a los sufridos oponentes, a quienes esperan que la sede del dios quede vacante: “Picasso, siempre Picasso; como si todo en él empezara, como si todo en él concluyera.”

En verdad es así; quien venga detrás, si quiere hallar el espacio exacto de la pintura, habrá de subir al desván de la improvisación o bajar al sótano de las raíces. No recuerda la musa, sin embargo, haberle oído pronunciar esa frase tan divulgada: “yo no busco, encuentro”. Picasso es pródigo en dichos de fuste y no necesita atribuciones espurias. Los chistes, las anécdotas graciosas, las humoradas al hilo de la acción mendeanean en sus charlas, hasta que una ventolera de malhumor arrasa todo vestigio de mansedumbre.

Ha ido la musa viéndole atesorar minúsculos sobrantes, objetos remanentes del quehacer cotidiano —un cordón de seda, una medalla hallada en la calle, botones de nácar, imperdibles— a la espera de descubrir su posterior utilidad. Así, la memoria del rayo que mató en Horta de Sant Joan a un anciano y a su hija, se hace presente, cuando, diez, veinte, treinta años más tarde se enfrenta Picasso a la carencia de luz en un retrato de hombre, convirtiendo su trazo sombrío en pincelada resplandeciente. Ignora lo que va a aflorar al situarse frente a un

lienzo en blanco; son las primeras líneas las que sugieren el camino a las siguientes y la brochada inicial la que llama a las otras. En los veinte años que dura su atardecer, consciente de que ya no es vanguardia, concluida la pintura juzga incompleto el trabajo a sabiendas de que está terminado. En esos momentos de fragilidad emocional desconfía de sus fuerzas, de los logros conseguidos por su dedicación, pero está convencido de haber visto el Cuadro de cerca, de haberlo tenido varias veces en el extremo untuoso de los pinceles, al alcance de los dedos. La musa, avezada a cotejos difíciles, conocedora de cada palmo de la obra de Picasso, está persuadida: en la Exposición Última, organizada con ocasión del Juicio Final, habrá dos cuadros del genial pintor. *Demoiselles* y *Guernica* formarán su aporte, considerándose el resto repetición o ensayo. Porque si al *Guernica* le falta color según los detractores, le sobran fuerza e ingenio, desborda comunicación y energía. Constituye en sí mismo un moderno anuncio publicitario, el cartel de una valla pacifista, un grafismo sublime que incita a la paz más y mejor que la suelta de miles de palomas.

Rugen pesados los aviones repletos de bombas y dejan caer a intervalos medidos su mortífera carga. Todo en el suelo se quiebra a la llegada de la potencia explosiva, todo se deshace. Piedras, plantas, animales y personas diluyen su existencia. Hay un clamor que es rugido, bramido animal, desgarrar de vísceras humanas, desgajar de troncos, fundir de órganos. Y el Pintor, que acumula la rabia de todas las heridas, pinta los horrores que siente ante las guerras. Es Picasso un prodigioso creativo en el *Guernica*, y nada que se acerque a ese encargo se ha pintado después. Ningún original salido de las afamadas agencias de publicidad convence tanto. El mensaje del tarjetón postal explota en todos los corazones.

Llega la Navidad de mil novecientos setenta y dos por sorpresa, y la musa descubre a Picasso aterido, un cuerpo debilitado que si se mira en el espejo no se reconoce: facciones afiladas y ojos crecidos. Regresa a su mente el recuerdo de lo ya olvidado, detalles sin importancia de la época moza, adolescencia, niñez. Valora lo trivial y cotidiano como

nunca ha hecho y percibe en los objetos de su pintura una fuerza interior que alimenta la energía de sus brazos. El genio trabaja con el ímpetu del que anhela hermohear el juicio merecido a la Historia, con la intensidad de quien desea desembarazarse de cien cuadros que aún bullen en su cabeza.

—Mientras yo duermo, tú velas; no creas que no me doy cuenta.
—Dice Picasso a Jacqueline, que ocupa, ya sin reservas, el inmediato territorio materno.

—Si cierras los ojos permanezco inmóvil para no incomodarte. Espero con ansia tu próximo respiro, y no sabes lo que me tranquiliza notar la llegada del aire a tu pecho, ver que se hincha y afloja a intervalos regulares como un fuelle manejado por manos experimentadas. Debo estar alerta para prevenir cualquier retroceso. —Añade ella a modo de tímida confidencia.

—¿Cuándo descansas?

—No pienses que todo es vigilia; a veces el sueño me vence.

En la primavera del setenta y tres, como gotas iniciales de una tormenta, van llegando visitas al Mas Nôtre Dame de Vie, en Mougins. Gertrude Stein hace de avanzadilla, y su singular presente, piedra sobre piedra, es la iglesia de Santa María de Tahull, incluido el Pantocrátor. La sigue Pablo, hijo del pintor, que descubre bajo el brazo una gavilla de rayos solares filtrados por las vidrieras góticas de León y Chartres. Pignon, portador de una talla del Perú precolombino. Sabartés y un relieve micénico. Mondrian, abrigando en el pecho un ejemplar de “Rayuela”, llega con la Maga y Cortázar. El abogado Schneider cabalga un toro de cinco años que luce seis banderillas en lo alto de la cruz. Elitis y Alberti, estopa encendida y violín afinado, llegan conversando acerca de un artículo de la revista “Verve” —mil novecientos cincuenta y uno— en cuyas páginas el griego compara al pintor con Alejandro Magno, pincel en vez de espada. Y por último Hélène, que guía un Amor niño sonrosado.

En la sala contigua a la alcoba oscura, residentes y visitas esperan sentados en rueda y hablan bajo. Algunos rezan, otros maldicen la de-

bilidad de la vida, tan cargada de muerte que la desnivela. Ofrendan los presentes traídos a una deidad abstracta que ninguno nombra. Desean oponerse a la enfermedad y a la muerte, antropomórficas ambas, guerreras de negra armadura y espada flamígera; tratan de oponerse, pero ignoran como se activa el resorte que alza el puente levadizo y cierra la puerta de entrada en el cuerpo inerme.

Sobre el *ara pacis* del lecho, recoge Jacqueline en sus labios de los labios amados el último suspiro. Consume Picasso su agonía y la musa, dotada acaso de eternidad, le cierra los párpados y se dispone a vagar sobre las ciudades y los campos, iniciando la búsqueda de un artista de estirpe, renovadas inquietudes y voluntad indómita, a quien prohiñar.

Décimo concepto

Ad Memoriam

Pedro Sevylla de Juana 2007
EGARTORRE LIBROS 258 páginas

Dedicatoria

A la generación de mis nietos
que deberá hacer y exigir mucho más que la nuestra
para reducir las crecientes diferencias sociales

ISBN: 10: 84-87325-86-6

ISBN:13: 978-84-87325-86-1

Depósito Legal: SE-3661-2007 U.E.

Contraportada

Ad memoriam, desarrolla de principio a fin la vida de un pensador, y es por tanto una biografía; pero analiza su obra, y en ese concreto aspecto pertenece al ensayismo. Pedro Sevylla de Juana cuenta en este libro, una historia de rico argumento dotado de intriga, y por ese lado es una novela. Biografía, ensayo ficción o novela cultivada, el autor

somete al análisis filosófico las principales interrogantes que abre la existencia a quien busca explicaciones, y al examen literario aspectos fundamentales de la creación y la lingüística.

Poeta y narrador, nacido en Valdepero (Palencia) en 1946, Pedro Sevylla de Juana utiliza al protagonista para explicar su propia visión del tiempo que le ha tocado vivir. Beligerante con la creciente desigualdad económica, cercana a los límites insoportables; los principios desarrollados por el autor en su obra: la justicia social distributiva, el hombre en busca de acomodo sin hallar fronteras, la bondad del mestizaje y la defensa de la naturaleza libre, adquieren en este trabajo la máxima expresión.

El amor, más que eso, la convivencia de dos personas que quieren estar juntas, aunque, sin dejar de ser ellas mismas; las dificultades que plantea la persecución de ese equilibrio inestable, la cotidiana reconstrucción del edificio derrumbado cada día, forman el carril que sigue la trama. Geografías diversas de un mundo en agitación constante, dan la mano a espacios concretos, aldeas minúsculas, donde las raíces del viajero siguen ahondando. Razones y emociones, lógica e impulso, actúan unidos, superpuestos, enfrentados; desarrollando conductas que sorprenden a la voluntad.

Muestra:

Donde Cesáreo deja constancia de sus convencimientos en materias principales.

(En mil novecientos setenta y uno, un editor mexicano, acaso de segunda fila, estimó conveniente publicar una guía de los autores de expresión castellana representantes del momento cultural. Buscaba, creo, una forma de orientar a sus lectores que, en añadido, favoreciera el negocio. Solicitó a mi padre unos folios destinados a ilustrar el análisis de su obra que el manual incluía; y de aquel compendio he sacado las páginas que a continuación expongo, las mismas que él envió).

Avanza el mes de abril y llueve con tiento; debido al refugio prestado por el alero, son gotas indirectas las que llegan al cristal desde el alféizar. Dividida la masa, su finura crece; y necesitadas del peso de otras se deslizan con lentitud a la espera de compañía que haga su ruta. La temperatura es algo fría, impropia de la época: principios de noviembre parece. El día posee un color gris e invita a la escritura densa y meditada.

Aunque sea tan sólo respuesta a una hipotética pregunta que algún lector se haga, o testimonio destinado a los amigos, aquellos a quienes me debo; aunque su utilidad no pase de mi entorno cercano; creo positivo fijar al papel –razonado hasta agotar la capacidad lógica– mi pensamiento sobre los asuntos de médula y contenido, los que se reclaman transcendentales. Hablo de cuestiones que revolotean alrededor de la existencia, viniendo de antes y con expectativa de ir más allá. Cabe pensar que, siendo el Universo materia y energía, susceptibles ambas de pasar de un estado al otro, finito añadido o restado al infinito sin producir crecimiento ni merma; la materia, limitada y efímera como la conocemos, nació de la energía inacabable.

Cabe pensar que, el Creador, preexistente, hizo punto de partida universal de su sola esencia; energía eterna e infinita la divinidad matriz, susceptible de transformarse en materia inestable sin detrimento de sí misma. A la forma de ser y comportarse de ambas llamamos leyes naturales, y creación al momento inicial de la metamorfosis. Cabe pensar que el hombre está constituido de ese material transitorio, carente de voluntad e inteligencia; y de energía, divino ingrediente libre de servidumbres. Algo de sensatez poseerá esta teoría si ha llegado hasta ahora y continúa extendiéndose.

A pesar de todo alcanza mi magín a formular preguntas, pues abren nuevas incógnitas retrasando la aceptación de conclusiones. Se muestra capaz de concebir eternidad e infinitud, de modo que acepta esos extremos, sólo porque está cansado de ir tras los límites sucesivos del aquí y ahora y desea librarse de la angustia provocada por la permanente persecución de los confines del Universo. No obstante, tiempo y espacio, tampoco puede mi cerebro aceptarlos inacabables: la suma

de elementos finitos es finita. Y en esa encrucijada mi inteligencia se queda perpleja un buen rato sin saber que camino tomar.

Para mayor complejidad, en opinión de muchos, esa energía de origen divino nos hace a los humanos discordantes con el resto del cosmos. Es más, nosotros, personas de cualquier condición: ignaros e instruidos, menesterosos y acaudalados, según ellos estamos por encima de monos, álamos y piedra imán. Dándonos verdadero fundamento, envolviendo la carne, penetrándola; aletea lo que llaman, desde un punto de vista religioso, el alma: soplo vital que confiere a los seres humanos disposiciones contiguas a las del Creador. De esa alma intangible, de su naturaleza, cometido, potencias y necesidades; de esa entequeia vaga hago el quid de la cuestión. Conciliando en sí misma los contrarios, ha de poseer el alma capacidad de sufrimiento y de goce, para padecer o gustar los premios y castigos eternos que la lleguen según merecimientos.

Me distrae una avecilla minúscula, poco mayor que un abejorro, menor que un gorrión; amarillenta, verdosa, rojiza, de alas breves y alargado pico. Es posible que haya escapado de una jaula vecina. Puede que esperara algún descuido, cuando hace un rato la joven que mima su cárcel añadía alpiste al cuenco mermado. Se posa buscando un refugio momentáneo a la lluvia que cae sin resquicios y –al percibir el movimiento de mi cabeza, quizá la cambiante atención de mi mirada– reanuda el torpe aleteo sin claro objetivo.

¿Tiene alma el esclavo? Me hago esta pregunta, insensata en apariencia, porque, supuestos en la persona el conocimiento bastante para decidir sin errores –que no se da siempre como es bien sabido – y el propósito preciso de llevar o no las decisiones a efecto, la clave viene a descansar sobre la tan traída y llevada independencia, verdadero ídolo de la juventud humana. Conquista del individuo y de los pueblos, aparece constreñida sin ambigüedades que induzcan a la confusión. Restringen autonomía las normas sociales, reduce el instinto animal que conservamos, fuerza incontrolable en su actuar reflejo; y

la razón resta, ya que transita carriles tirados a su paso, facultad del cerebro movida por estímulos ajenos a la voluntad.

La lluvia declina su sencilla labor hasta llegar a la quietud completa. Sin refuerzos, se van evaporando de manera imperceptible las gotitas que salpican el cristal y, a su marcha, dejan trazas del polvo que vino en ellas diluido, carbonato cálcico o alguna sal hermana. Y si después de su constante ceder, quedara de la independencia sólo una huella tenue; si a la postre no fuera otra cosa que agua disipada; ¡ay!, entonces, mi corazón y mi cerebro, confabulados en su búsqueda y defensa, ¡cuánto sufrirían! Debido a que el alma, falta de independencia, no puede ser juzgada; el premio o el castigo perpetuos se hacen imposibles, y en contexto tal, la condición de eterna reclamada para el alma carecería de sentido. Voy un poco más lejos; fallida su eternidad, en hálito vital se queda, común a plantas y animales. Me compadezco a menudo de los minerales; distante yo de la razón sin duda, pues son imprescindible suelo y conveniente alimento de bichos y matojos. Finalizado el chaparrón, la avecilla de húmedas y pesadas plumas, a duras penas encuentra el camino de la jaula vacía. La joven cuidadora celebra sonriente su regreso. No cierra la puerta de golpe; confiada, parsimoniosa, empuja despacio la reja hacia su ajuste, deleitándose. De suceder así, de discurrir por este lecho el río de la vida, que lo dudo; la verdad tan buscada, el Demiurgo, necesario creador de las cosas, redactor meticuloso de las leyes naturales, termina ahí su tarea. Ya no es definidor de bondades, ya no es juez, ya no clausura el círculo infinito y eterno. Se quedan en poco las teorías tejidas a su alrededor, las mismas que explican la divina sustancia milímetro a milímetro. Las creencias y el intelecto son contendientes en el continuo transitar de los días. Dispara el credo salvos que no dan en el blanco ni en las inmediaciones. Dardos lanza la inteligencia que atinan en el centro de la diana equivocada. Si Dios existe, el hombre no es libre; como yo soy libre, Dios no existe: dice el anarquista agrandando al hombre que las religiones empequeñecen. Si Dios se ocupa de todo, convertido el hombre en simple instrumento

movido por la pieza anterior, su única satisfacción estribará en facilitar sin fallos el movimiento a la pieza siguiente.

Soy un buscador de partes para hacer con ellas el todo. Divido los pedazos grandes hasta conseguir partículas asequibles a mi capacidad reducida. Mi terreno de búsqueda es el mar; allá donde llegan los rayos de sol llego yo apresando irisados reflejos, el pigmento mínimo del menudo coral que, unido a miríadas de minúsculos hermanos, forma enormes colonias y la gran barrera de arrecifes. Mi campo de batalla es la tierra, comprometida con el futuro a través del esperma y las esporas, por medio de la selección y el crecimiento. El lugar de mi aventura es el aire, las corrientes que impulsan mis alas hacia arriba, a la conquista de los mundos y de los espacios interestelares. Yo soy el hombre y mis manos unen los mimbres en cestos, los cantos en catedrales y la tierra en diques que sujetan el agua; abren mis manos canales que riegan los campos sedientos, pescan peces huidizos y los llevan al mercado en un cesto de mimbres. Yo soy el hombre, y en el altar de piedra, mis manos sacrifican una gacela inocente al deletéreo dios de la vida.

Del elevado vuelo del halcón

Pedro Sevylla de Juana 2008

Incipit Editores 396 páginas

Dedicatoria:

A los hijos de mis hijos

la renovada esperanza

ISBN:978-84-8198-767-6

Depósito Legal: M-25379-2008

Contraportada:

Del elevado vuelo del halcón, decimoséptimo libro de Pedro Sevylla, es una novela moderna, deudora, tanto de las narrativas europeas como de las americanas. El refugio atómico del dictador, la confluencia de culturas muy diversas y la terrible realidad de África son asuntos que circundan la trama y sujetan el argumento. El protagonista, alto ejecutivo de una gran empresa, es expulsado de su elevada posición por los compañeros. La esposa, suelo y techo familiar, trata con todas sus fuerzas de empequeñecer el daño. El entorno cercano, sometido a la complejidad de las relaciones humanas, acelera o retrasa el proceso. El arte se hace tabla de salvación para el náufrago; pero las enfermedades, psique y soma, secuestran la voluntad y el entendimiento, haciendo del enfermo la sombra de lo que fue, un halcón con las alas extendidas sobrevolando montañas, valles y llanuras. La indagación en la existencia y sus circunstancias, en las personas y su manera de ser; el análisis de la vida en pareja, de la educación de los hijos o de la lucha contra la dificultad; se llevan a cabo de manera pausada, a poquitos, trascendiendo experiencias útiles.

El lenguaje cuidado y ágil, las bellísimas metáforas, la progresión narrativa y las intrigas que toman el relevo de las ya resueltas, consiguen que la lectura resulte placentera y cargada de interés.

Un capítulo de muestra

Capítulo I

Huye Juan Frías de sí y considera amigo al tiempo huero, a los días incapacitados para producir noticias, relojes sin números ni rayas de las horas, manecillas iguales en anchura y longitud; busca la oscuridad diurna, el silencio estático y la soledad. Con abulia de alienado gira el afligido en torno al ojo del huracán, zigzagueante fuerza, espiras y más espiras, viento que no encuentra la puerta de escape. Madrid

bulle a sus pies, los alrededores hasta donde alcanza la vista; cuerpo y espíritu fundidos, amalgamados en miscelánea confusa, mano y convencimiento infundado, brazo y esperanza carente de objeto. Voltea sin miramientos su intimidad replegada, encogida, metamorfoseada; y la terraza del alto edificio se hace atalaya de vigilante o plataforma de suicida, punto de arranque de la metempsicosis. Se llama Juan y, en este instante, rechaza los apellidos que concretan y explican su vida anterior; una vida llena, satisfactoria: espejismo quizá, ilusión sensorial que la acerca al modelo perseguido.

Ha subido al terrado sin intención precisa, y desea estar solo porque cree que su daño viene de fuera. Allí, junto al símbolo de la empresa moldeado en plástico rígido y acero inoxidable, su deseo de huida alcanza un vasto territorio que comienza en las difuminadas laderas de la madrileña Sierra Norte y tiene su término en lugares y personas de nombres mitificados por él, en plantas y piedras, en objetos: Nínive, Praxíteles, Tenochtitlán, ornitorrinco, Krakatoa, hoja lanceolada, rosa del desierto, el Santo Grial, Marco Aurelio, piedralípes, Olimpo, Isla de Negros, Sakuntala, Fusiellos. Una hora después, ganada o perdida con apática indiferencia, regresa Juan al despacho que debe abandonar, terreno propio cedido sin lucha. El ventanal le muestra un cielo azul impassible ante los problemas humanos, preocupado por las intenciones aviesas de una nube fusca que inicia su andadura allá en poniente. Ni las vías de la estación de Chamartín, ni las torres inacabadas de la plaza de Castilla o los elevados edificios de Azca han modificado su aspecto; no se han entristecido un ápice al conocer la desgracia, exhibiendo una displicencia rota por la percepción de inmundicias desparramadas sobre el suelo próximo.

En este Madrid amable que la competitividad hace inhóspito, a más del tirón de su vela como sucede en la extensión marina, debe aguantar cada palo el embate de las otras, perseguidas por las mismas entelequias. Viste Juan un traje de pura lana virgen comprado entre Sol y Callao en una tienda de tres plantas; un terno gris marengo de confección, terminado a medida por un sastre de origen cantonés que llegó

a España hace una eternidad. Lo estrenó en la convención sectorial de septiembre, llevándolo con soltura; rasgo personal despreciado por la estadística que suma su despido a los cientos producidos el mismo día, biografías dispares y dispersas coincidentes en los listados de la administración.

Su infortunio no es único; lo sabe el interesado y saberlo no endereza el ánimo amorfo, áfono, descolorido. Sufre su amor propio el cataclismo desencadenado por el Director de Personal —compañero de promoción que porta a las espaldas una trayectoria paralela a la de Frías— cuando, dos viernes antes, el concreto día ocho de diciembre, por nota interna le comunicó como si se tratara de otro, que el Comité Ejecutivo, en reunión extraordinaria, había acordado el cese de Juan Frías Blanco, Director Administrativo a la sazón, quien causaba baja en el puesto y en la empresa debido a necesidades organizativas. Como si se tratara de otro, como si le hiciera una confidencia de amigo se lo dio a conocer. ¡Cobarde! El colega ingrato leyó a Juan una misiva distante, hecha oficial por su propia rúbrica, sustituta de la comunicación oral —palabras propias o ajenas, tanto da— que el apocado rehúye. Reemplaza a Frías un pipiolo llamado Francisco González, que dada la corta edad —treinta y cinco años— y los abundantes títulos obtenidos, no puede haber acumulado mucha experiencia. Pero qué importa, de los errores aprenderá. Se han dado prisa en tapar el hueco: a rey muerto, rey puesto. Acaso, al contrario, porque la premeditación es un hecho indiscutible: seleccionado a hurtadillas el heredero en el exterior, pudieron destronar al reinante.

Va Juan tras su cese y no encuentra las razones que lo apuntalan; según se desprende de los hechos, tanto la lógica como él, faltaron a la reunión del Comité Ejecutivo. Sus compañeros evitaron ambas presencias incómodas. De modo que es inútil buscar las razones; no hay. Eso sí, existen motivos suficientes que el perjudicado conoce. Su constante resistencia a los manejos del Consejero Delegado, neto espíritu de la ambición, deseoso de ocupar el sillón de Presidencia. El desacuerdo con las bajas forzadas del personal de más de cincuenta años o

incómodo para sus jefes. La reiterada negativa a firmar actas, informes y balances contrarios a derecho. El rechazo a las prácticas de engaño contable, escamoteo de expedientes, encubrimiento de hechos sujetos a informe y la más próxima, evasión de impuestos. Faltas, incluso delitos, de clara consecuencia penal; que no ha secundado por puros principios éticos, antepuestos al progreso en la carrera profesional o al agradecimiento.

Es terreno de la sicología, pero puede que la voluntad indomable de Juan compense el defecto anatómico innato: mano izquierda raquílica, tres dedos mínimos en lugar de los cinco bien desarrollados —activos, prensiles, pulgar opuesto— que de suyo tienen las personas; tres esbozos dactilares que rompen la simetría corporal y establecen una individualidad reconocible. Y ahora se hace vitriolo en su herida la insinuación velada que sitúa la razón del despido en la edad —dos años mayor que la del comunicante— y en la carencia física, realidad inocua desestimada durante veinticuatro años de ejercicio elogiado. Esa maliciosa alusión a dos circunstancias que reconoce propias con orgullo, se convierte en el cuchillo que más profundo penetra en su corazón. La malformación congénita y la experiencia adquirida, señas de identidad que apadrina dándoles su nombre, destacándolas ante los demás, son puestas a modo de pantalla, acusadas de proporcionar causa bastante al despido. Resultan incapaces los autores de expresar el porqué verdadero; y ese encogimiento, ese sonrojo, utilizando una ambigüedad que impide el amparo, garfea en las entrañas de Juan y tira de las vísceras con la codicia de un carnívoro hambriento.

Una vez superada la insidiosa etapa de la niñez, la circunstancia adicional de la mano disminuida jamás fue usada en su contra. Por lo común, las personas, compadecidas, asumen una actitud de colaboración tácita. Esperando su paso ante las puertas imaginan prestarle un servicio obligado, al compartir con él la carga de objetos creen realizar una obra de caridad; auxilios que acepta por no desairar a los que se conmueven, consciente de sobrarle tales ventajas en la marcha normal de los días. El dolor derivado de la destitución —tiempo y espacio

recién condensados— se añade al producido por las muertes cercanas. La de su madre en primer lugar, saya amplia y moño en el cogote, la buena señora Octavia. Sangre infectada, células que fenecen exterminando a las cercanas por contagio, agonía ávida del agua que Juan dosificaba ignorante de la gravedad del mal. Llegó tarde el nombrado especialista, catedrático de la universidad vallisoletana, eminencia que hubiera puesto en claro las cosas corrigiendo a la Naturaleza. De nada sirvieron los estudios cuantiosos, interminables; ni las decenas de volúmenes escritos por él, cuajados de hallazgos; porque la presencia de vecinos cariacontecidos —arremolinados ante la puerta abierta de par en par— le anunció de manera evidente que la desgracia se había adueñado de la casa. O la temprana partida del hijo mayor, inesperada, horas antes de su boda. Accidente de coche derivado de la excesiva potencia del motor y el pésimo estado de la carretera; tramo de curvas peligrosas que el mejor amigo embestía diestro hasta cometer el primer error. Factores hechos confluír al azar con otras circunstancias tan dañosas como el uso de ruedas lisas, carentes de agarre, y la realización de un adelantamiento pasando por encima de la resbalosa línea continua pintada en el suelo. Ingredientes, todos ellos, combinados en presencia de un catalizador: la euforia que la despedida de soltero propiciaba. Irreparables como son, ambas desgracias ahondan en Juan la herida abierta, para que penetre el dolor del despido y sume. Se ayudan de otras menos evidentes o más morosas; como la que afecta al padre, el señor Miguel, suavizada por el temperamento afable y el optimismo. Tras dejar el pueblo recorre el anciano a su pesar días iguales, quietos, esperando el viento que hinche las velas de su barca; perdiendo jirones de ilusión desde el infausto momento en que enviudó, ya con la daga en la espalda de la pérdida de su nieto querido, muchacho de conducta ejemplar en quien había depositado sus ilusiones. Se niega a ingresar en una residencia de viejos niños, como él dice, y va dando tumbos de la casa de Juan a la del hermano, donde las nueras, animosas y cordiales, buscan en el calendario un equilibrio para él doloroso.

Forzado el abuelo a cambiar de barrio y familia y, en clara consecuencia, de costumbres y normas —como si de distintos estados federales se tratara— escinde en dos la memoria de los actos y la rutina de su comportamiento. Así es: sal derramada sobre la carne viva, al dolor de las imborrables ausencias y las presencias difíciles, se añade en Juan Frías el daño íntegro de su injusto cese. Sin pretenderlo, es Juan uno de los últimos en abandonar el edificio. Quiere dejar los asuntos en orden y dar fin a lo empezado; hilvanando en la medida de lo posible el cierre provisional de gastos e ingresos, las cifras aproximadas del balance: parca rendición de cuentas y ayuda mínima al sucesor. Por ello da ocasión de cortesía a quien quiere tenerla. Tratando de no coincidir, van llegando unos y otros a intervalos medidos, para decirle sin las palabras precisas o con ellas ensayadas lo mucho que lamentan la iniquidad. No, ellos no, ni uno siquiera de los de arriba; los imagina Juan aislados en la ciudadela de marfil como de costumbre, al remanso de alguna coartada hecha a base de retazos de ordinariéz y cortedad de miras. Dan vergüenza y pena: piensa.

Retirar de la mesa de trabajo y de las estanterías las pertenencias, produce un efecto desproporcionado, muy por encima de lo que cabría pensar; y se entiende, pues constituye el primer acto en que la idea abstracta de la despedida toma cuerpo. El directivo jovial, envejecido de la noche a la mañana a los cincuenta y dos años, dispone en una caja de cartón, a medias ornato e instrumento, el conjunto de pluma, bolígrafo, cartuchos de tinta y regla milimetrada, juego de escritorio de plata o plateado que ordena una bandeja de caoba con los equivalentes huecos. Convirtió en símbolo de la posición alcanzada ese regalo suntuoso, al ser el más caro de los recibidos y guardar grata memoria del munificente. Añade libros profesionales, alguna novela o reunión de relatos con dedicatorias manuscritas y fechas indicadoras de épocas de agradable normalidad. Autores descubiertos con gozo: José María Requena, Panait Istrati, Bruno Schulz, Pedro Gómez Valderrama, Antonio Muñoz Molina; de quienes sospecha una coincidencia que excede la lectura sucesiva de sus textos, próxima a la comunión de in-

quietudes por el paso de la gente a través de la geografía hostil y de la sociedad adversa. Al lado deja una bolsa de aseo, continente del cepillo destinado al cuidado dental, de la complementaria crema, de una pastilla de jabón alojada en funda de carey, que a pesar del largo encierro exhala un fresco aroma; y de un frasco de colonia cuya publicidad —desmentida por la propia experiencia— promete convertir al consumidor en irresistible imán para las mujeres. Acomoda en una esquina de la caja, ya más que mediada, un estuche forrado de tela que exhibe orgulloso las iniciales J y F bordadas a mano; arquilla donde guarda la máquina de afeitar eléctrica destinada a procurarle un nuevo apurado al atardecer, la escobilla de cerdas que elimina del depósito los restos de barba, y un tubo de crema balsámica recomendada por nueve de cada diez dermatólogos para templar la piel enrojecida. Al lado agrega un pulverizador de líquido quita manchas, el cepillo que desprende el polvo seco de los tejidos tratados, y un sobrecito de costura recogido en un hotel de cuatro estrellas en Palma de Mallorca.

Envuelto para su salvaguarda en las páginas publicitarias de periódicos atrasados, deposita con delicadeza un estilizado pez de cristal, procedente de Murano, que alguien le trajo tras pasar unos días en Venecia. En otra caja de mayor tamaño, entre burbujas de material plástico sitúa la cafetera, el cable arcaduz de la energía y las tazas de porcelana china separadas de los correspondientes platillos; elementos esenciales en el ejercicio de la hospitalidad debida a las visitas. Introduce una talla de madera policromada, cuyo argumento es un encorvado anciano oriental, vivarachos ojos rasgados, extraño gorro, que abraza con profundo sentimiento de propiedad dos patos o aves semejantes, al que por ello Juan apellidó, pensando en la célebre novela, “el hombrecillo de los gansos”. Van a continuación dos cuadros de superficie mínima, pintados por su propia mano cargada de entusiasmo, de los que nunca quiso desprenderse. Recogen la fachada de la casa del pueblo donde nació, Husillos, próximo a Palencia; y el corral de las gallinas desde el portón trasero. Ambos copiados de la imprecisa memoria. Añade papeles cuajados de ideas, ejes de algún proyecto de

realización acariciada, anclado desde hace tiempo en el fondo de los archivos a la espera de la oportunidad que lo pusiera en práctica.

Cubriendo sus efectos personales extiende la chaquetilla de punto y la bufanda inglesa, banda de lana que envolvía su cuello cuando, terminado el horario general, trabajaba solo y la calefacción, ya apagada, no podía evitar el estremecimiento y la desazón. La dejaba con frecuencia en el perchero aparentando olvido, pues quería exhibirla sobre la chaqueta de punto tejida por Amelia, obligándola a entrar en una competencia favorable a la habilidad de la esposa. Prendas cálidas, tapabocas y chaquetilla, encargadas de suavizar las prolongadas esperas, la estancia indefinida al pie del cañón por si lo llamaba el Presidente. Permanecía pensando nuevas maneras de actuar, haciendo números, resolviendo problemas aún no planteados, arrojando tiempo al abismo, horas y horas sacrificadas al insaciable ídolo de barro recubierto de oropel al que se había consagrado.

Llega, mediante tan ordenado acopio, a la conciencia de haber estado respirando una atmósfera propicia, favorecida por objetos entrañables que daban al despacho su carácter personal, la sensación de propiedad consolidada, castillo inexpugnable al fin asaltado. Así que no puede evitar sentirse como un asediado rendido a la felonía, un socio cedido a precio de saldo al adversario por los propios asociados; un simple participante en el juego de los naipes, perdedor de la última mano, la que completa la ruina, descubriendo en ese trance las cartas marcadas del oponente. En meros términos zoológicos y selváticos, se siente una ingenua gacela criada en cautividad, privada de la capacidad de adaptación al medio, carente de visión anticipada de las asechanzas, sobre la que salta un león o dispara un cazador ventajista. La secretaria, a quien se ha ido haciendo con el paso inadvertido de los años, entra a despedirse. Su hija pequeña padece una rara enfermedad del corazón. El marido viaja sin des canso representando a una fábrica especializada en accesorios del automóvil. Ella, por tanto, mujer de bien demostrada fortaleza y alejada de la sensiblería. Aun así, se demuestra incapaz de evitar el sollozo contenido. Sucede en el último minuto, al término de

la recogida de los objetos, cuando baja con Juan hasta el coche llevando el postrer paquete, un sobre grande repleto de tarjetas postales y recortes de prensa relativos a lo que fue una actualidad escalonada y, en apariencia, progresiva. El abrazo, que humedece con lágrimas las mejillas de ambos, reconoce y define la humanidad del trato recibido. Entendiendo las necesidades disculpó Juan retrasos y ausencias, y aceptó un horario supeditado a las hijas, a la doble función de oficinista y ama de casa, forzada a un quehacer sin término. El jefe tolerante recibe las muestras de aprecio con un franco estremecimiento interior, repetido al cruzar la verja que bordea la Avenida de Burgos. No se haga reproches, es sólo el precio de la dignidad: musita la mujer entre dientes cuando el conductor baja el cristal de la ventanilla para desearle un futuro hecho a la medida de sus deseos.

Barrio de Pacífico, distrito municipal de Retiro, avenida de la Ciudad de Barcelona, manzana de viviendas con patio ajardinado y piscina rodeada por un seto de laurel, pérgolas recubiertas de madreselvas y rosales trepadores, pajarillos, palomas. Con la mente en blanco sale Juan del habitáculo del ascensor, permaneciendo unos minutos largos ante la puerta de la residencia familiar— Cuando introduce la llave equivoca da se convierte en hierro candente la carga que trae. Repite intento, abre, penetra, cierra, cruza el vestíbulo, sigue pasillo adelante y deposita una caja bajo cada mesita de noche, cajones flotantes, en el interior de una alcoba con paredes enteladas de color salmón, donde la cama de matrimonio se adueña del espacio principal. Sentado Juan en el lecho va buscando sitio a elementos de memoria de los que desea desprenderse. A los cuales, en contradicción flagrante, se ase como a tabla de naufragio. Los suyos, esposa e hijos, por suerte, han salido; no sabría cómo afrontar el encuentro. Desasida la botonadura, viste aún el gabán. Observa el crucifijo protector del tálamo como si lo acabara de descubrir; fijándose al instante en el espejo, subido dos palmos sobre la cómoda, que recoge en su bruñida superficie el ángulo recto de pared y techo y la puerta entreabierta del cuarto de baño.

Acaba el amargo veintidós de diciembre y la Navidad, pavo real fatuo, no osa desplegar la cola en la casa. El que fue hogar industrial parece vivienda deshabitada, cobijo del polvo que cubre las áreas receptoras. En dos anillos concéntricos se despliegan la tristeza y la fiesta; el primero íntimo, denso: piel áspera, dogal opresor, cilicio de espinas abrazado a la cintura; el segundo —músicas y luces multicolores que invaden las calles, los portales, las escaleras y las viviendas contiguas— ajeno, sutil: finísima cuchilla que secciona la piel dañada de la herida. El ambiente festivo asedia a la aflicción —anómalo catarro estival— relegándola al rincón oscuro del cuarto trastero donde se hace fuerte. Agoniza el año y, con él, una forma de vida ancha, larga, alta: capaz. Fuera o no aparente el contenido, aire o humo según la crítica extrema, reemplazarlo por otro que empuje las paredes dando sensación de crecimiento, va a resultar sendero cuesta arriba. Mientras tanto, por si ayudara, trata la víctima de diferenciar el propio despido de sus efectos inmediatos; porque encontrándose causa y consecuencia tan próximas, puede que la resultante no sea la suma de ambas sino su producto o su potencia. Obedece a ese intento reductor del mal la búsqueda de asideros que Juan emprende.

Lo cierto es que pasa las noches en blanco girando sobre un eje inestable, y atados al cerebro con hilos oscuros percibe los malos pensamientos. Los imagina temerosos de una expulsión horizontal, a modo de asientos colgados del techo giratorio en una vertiginosa atracción de feria. Se acerca agotado a la enemiga madrugadora y entre densas brumas, dormido a medias —rocío sobre la frente enfebrecida— convoca su memoria la imagen del primer amor, ejemplo de lo limpio, de lo sencillo, de lo puro. Era verano, andaba el estudiante Juan preparando los exámenes de la reválida correspondiente a cuarto curso, y acudió a las lecciones de un profesor de repaso —alrededores de la catedral en Palencia: travesía de Antonio Maura— buscando el aprobado. Allí encontró, también alumna suspendida, tímida, ajena a aquello que mancilla la inocencia, a una muchacha preciosa y diligente de largo nombre: Ana María Inmaculada. *El Hombre que fue*

Jueves, Las paradojas de mister Pond, Alarmas y Digresiones, La Esfera y la Cruz, El Candor del Padre Braun, Ortodoxia, La hostería volante, iba el muchacho prestando a la lectora; y en las páginas cómplices del admirado Chesterton, numeraba apenas ciertas palabras en un orden constructor de las frases que su parvo atrevimiento permitía: elogio, amor, ideas, pensamientos. En los libros que ella retornaba leídos, sustituían nuevos números a los borrados: elogio, amor, ideas, pensamientos. Los separó septiembre. Contribuye el transcurrir del tiempo a ennoblecer los hechos pasados, y en los presentes instantes, que Juan sospecha deseosos de hallar en su pecho albergue duradero, reclama el cariño y la belleza, la casta ingenuidad y la rectitud de sentimientos, revelados aquel verano de repasos, por la muchacha que descubrió en la lectura una actividad apasionante. Y cuando el alba se abre con la esmerada dedicación del capullo que va haciéndose flor, llega la femenil presencia a consolar su des consuelo inconsolable.

Undécimo concepto

La pasión de la señorita Salus

Pedro Sevylla de Juana 2010

BuboK Publishing 206 páginas

Cita:

La soledad contempla el desfile de la vida
desde su castillo interior.

(Cesáreo Gutiérrez Cortés)

Dedicatoria:

Para a língua portuguesa, minha segunda pátria

ISBN: 978-84-9916-595-0

Depósito Legal: M-12950-2010

Sinopsis:

La pasión de la señorita Salus, es continuidad de la novela *El dulce calvario de la señorita Salus*, galardonada por unanimidad del jurado con el Premio Internacional Vargas Llosa de novela, entre 368 origina-

les presentados desde todo el mundo.. En ella Pedro Sevylla de Juana analiza los conflictos internos de la protagonista, la lucha desesperada entre la verdad y la simple apariencia, entre lo divino y lo humano.

La pasión de Salus tiene un doble sentido, el sentido religioso de la inmolación divina, y el mundano de la sensualidad y del amor carnal. El autor, experto creador de personajes femeninos, da vida en estas páginas a una mujer que, rodeada de peligros, se enfrenta cada día a sus contradicciones. La amistad, la humillación, el orgullo, la soledad, los celos, el deseo de venganza y varias facetas del amor, se dan cita en estas páginas.

Original, llena de fuerza y dotada de un lenguaje preciso y sencillo, estamos ante una narración poco común, que deja en el lector un perdurable sedimento.

Trayectoria y elipse

Pedro Sevylla de Juana 2011
Bubok Publishing 194 páginas

Cita:

Si la poesía no nos da lo que nos hurtan,
nos hurta algo de lo que nos dan

Cesáreo Gutiérrez Cortés

Dedicatoria:

Al equilibrio, a la armonía y a la felicidad
mis perseverantes búsquedas.

ISBN: 978-84-9981-645-6

Depósito Legal: M-18767-2011

Contraportada:

Poeta mucho antes que novelista, para Pedro Sevilla de Juana la poesía adopta a la realidad, la amamanta, la acuna, la desnuda y la hace suya, recreándola. Escribe el poeta: Poesía es belleza y equilibrio, es síntesis y es ritmo. Poesía es búsqueda. Poesía es progreso. Es donación, es aire, es acero, es espuma, es raíz, es vértigo.

Hombre de su tiempo, Pedro Sevilla de Juana se sabe partícula de un Universo inabarcable, y buceando en sí mismo explora las diversas vertientes de la existencia. Quizá el tiempo y el lugar de su infancia — tierra y piedra, cereales: Valdepero (Palencia), 1946— mitificados por la voluntad escrutadora, estén en el origen de “La deriva del hombre”, término marinerico que expresa la distancia existente entre el punto de destino y el punto de arribada, entre lo deseado y lo conseguido.

Vigorosos versos batidos en el yunque de la fragua, acero bien templado y reja aguzada, el autor acopia en el presente libro el trabajo de los diez últimos años y la filosofía destilada en el alambique de la vida, sumándose a las vanguardias poéticas actuales.

Epílogo:

Buscando una luz que eternos enigmas esclarezca,
en el fondo incontable de la Biblioteca Nacional,
hallé inconcluso el Poema
que escribe sin descanso la vieja humanidad.

Hembra o varón emergidos de la bestia,
vigorosa mocedad, vejez pausada,
cada uno de los múltiples poetas
lanza un grito de esplendor incandescente
o un vagido de amortiguadas tinieblas,
añadiendo al conjunto
sus líneas incompletas.

Contradictorios versos del hombre confundido:
en algunos duerme la madre,
otros muestran afilados los cuchillos;
los más liberan breves vuelos de plácidas palomas,
y en las excepciones culebrean serpientes de extravío.

Hay cantos humanos atribuidos a Whitman,
americano del Norte como Eliot y Pound;
al sureño Neruda, al español Machado,
a un griego llamado Odiseas, a Yeats el irlandés;
a Ekelöf el escandinavo,
a los franceses Rimbaud y Baudelaire.

Hay poemas que dicen todo de los caminos borrados,
de los pasos perdidos,
firmados por Vallejo, Hierro, Maiakovski,
Apollinaire y Darío.

Palabras que resuenan en la bóveda del cielo,
escritas por Pessoa, Rilke, Aleixandre;
Thomas, Hugo, Lorca,
Juan Ramón o Montale.

He leído en Gilgamesh, Mahabharata y Ramayana,
profundos y espléndidos pasajes,
que continúan su relato en la Biblia o en los Vedas
y en las inmortales
epopeyas de Homero,
Virgilio y Dante.

A esas piezas bendecidas
se arriman trozos ilegibles, confusos, sin misterio;
alejados de la belleza,
a la emoción ajenos.

Pero basta examinar con atención
el prolongado Poema,
de arriba abajo
y de izquierda a derecha,
para conocer el caminar errante de la tribu, el zigzaguo,
la desencantada huida
y el esperanzado regreso.

Yo añado estos versos a los tuyos,
escritos en papel pautado,
en los blancos muros,
en el agua clara y en la suave arena;
para alargar el Poema interminable
que escriben los poetas,
conocidos y anónimos de todos los tiempos,
de todas las razas y creencias.

PSdeJ

La boca del infierno

Pedro Sevylla de Juana 2011
Bubok Publishing 2011 252 páginas

Cita:

La mañana no llegará
hasta que el ayer haya concluido.
(Cesáreo Gutiérrez Cortés)

Dedicatoria:

A la vida, escuela, promesa y acicate

ISBN:978-84-9981-845-0

EAN Pdf: 978-84-9981-846-7

Depósito Legal M-24589-2011

Vicisitudes de este libro contadas por el autor

Años después de escrita la novela, tuve el capricho de recorrer algunos de los escenarios donde se desarrolla el argumento. En el camino hacia Valencia de Alcántara y Portalegre, paré en la acogedora ciudad de Cáceres; primera parte de un periplo que redondearían Elvas, Badajoz y Mérida. Era el primer viernes de febrero, y paseaba yo por el Parque del Príncipe disfrutando de un sol tímido. Se efectuaba una plantación popular de fresnos y, en el magnífico espacio ajardinado, hallé a una pareja joven ayudando a dos pequeñuelos a sujetar un plantón para rellenar de tierra el hoyo de acogida. Adoro a mis tres nietos, Judith, Óscar y Sérgio; y esa tierna escena familiar me los recordó. Entablé conversación con el varón, a propósito del carácter educativo dado por ellos a la jornada. Era el padre. Hicimos buenas migas y acabamos intercambiando experiencias vitales.

Así supe que a los treinta y tres años es profesor agregado, prepara oposiciones y da clases de Literatura Ibérica en la Universidad de Extremadura. La licenciatura fue creada recientemente y él colabora explicando la aportación al acervo común de escritores muy variados, desde López Prudencio y Nicolau Saião, a Juan Marsé y Cervantes o Eça de Queiroz y Camões. Un año antes había dedicado un mes entero a hablar de uno de mis escritores de culto, José de Espronceda, con ocasión del bicentenario de su nacimiento en Almendralejo. Pueblo, también, Almendralejo, de Carolina Coronado, una mujer cuya vida y obra me siguen admirando.

Casé joven, dijo mi interlocutor. Mi mujer, Raquel, ya me ha dado dos hijos. De rostro y maneras diferentes, Benjamín y Rubén en ese preciso momento entregaban con su madre las palas a los operarios. Se acercaron a nosotros, hizo él las presentaciones y, como pidieron

oblas los infantes, Raquel los llevó hasta el barquillero que hacía girar la ruleta del tambor.

Quedamos solos de nuevo. Hablamos de literatura y de la vida a partes iguales, entremezclándolas. Su única hermana, un poco alocada, lleva años de acá para allá recorriendo América tras un amor intermitente. Su madre, sombra acaso de lo que fue, vive sola, retirada del mundo en una Masía del Ampurdán, resto de las propiedades de la familia. Mujer fuerte no hace tanto, pasa los días llorando la ausencia del marido, muerto y enterrado en el cementerio nuevo de Badajoz. Raquel es hija de unos rentistas, a quienes varios golpes de fortuna sacaron de la penuria. De formación empresarial, dirige ella una compañía dedicada a la exportación de productos extremeños: alimentación y artesanía, sobre todo. Gana un buen sueldo, al que suma sustanciosas primas de desempeño. Él aporta su salario y lo que gana escribiendo; nada apenas. El cuñado busca hace tiempo editor para varios tomos de una historia global de la arquitectura.

La novela desarrolla un argumento imaginado en todos sus matices. Invención pura, me decía orgulloso. El título, *La claveguera*, iniciaba una primera versión de ciento cincuenta páginas. Añadí contenido y se llamó *La vaca ciega*. Sumó episodios y el título pasó a ser *La boca del infierno*. La novela, así publicada, gozaba de calidad literaria e interés humano al decir de lectores de fuste.

Estaba yo seguro de haber imaginado el argumento de alfa a omega, hasta que conocí a la joven pareja y a sus hijos. Los nombres, las circunstancias de su existencia, incluso las intenciones manifestadas o la forma de expresarse, me llevaron a la confusión. Así que, opté por reescribirla, sumando y restando hasta llamarse *Las mujeres del sacerdote*. Así la publiqué y, sobre el mismo asunto, existen dos versiones diferentes.

Pasión y muerte de la señorita Salus

Pedro Sevylla de Juana 2012

Bubok Publishing 2012 Tercera Edición 204 páginas

Cita:

Lo esperado se retrasa, lo inesperado sucede
(Cesáreo Gutiérrez Cortés)

Dedicatoria:

A la pasión,
que todo lo impulsa y acelera.

ISBN papel: 978-84-686-0787-0

ISBN ebook: 978-84-686-0788-7

Tramo final como muestra

Estaban presentes en el templo los conocidos de Encinas de Esgueva y Valladolid, de Medina del Campo y Salamanca, sumados a los vecinos de los barrios madrileños donde Salus residió a lo largo de los años. La acompañaban los amigos de los padres y hermanos; los compañeros de sus diversos trabajos, en los que se mostró en extremo cumplidora y fiel; quienes tuvieron relación directa o indirecta con la finada y muchos otros que apenas oyeron alabar sus virtudes: honradez, modestia, y templanza. Sí, habían de estar presentes todos ellos, unidos por el deseo de tributar un merecido homenaje a la señorita Salus, para que se viera el templo tan atestado, de forma que los últimos en llegar abarrotaran las puertas abiertas, desbordando las aceras. Es posible que no vinieran de lejos, ni movidos por las esquelas publicadas en las poblaciones testigo de su itinerario. Quizá se tratase sólo de curiosos que escucharon, al pasar, los gregorianos cantos, en un momento quizá irrepetible; pues los discos grabados por los monjes de Silos, puestos de moda, se vendían a lo ancho del dilatado mundo.

El caso es que no se vio en el barrio funeral más numeroso, a no ser el de algún personaje de fama extendida. Si la señorita Salus pudo contemplarlo desde algún lugar del Cielo, si desde el Purgatorio le permitieron, como un favor, ese privilegio, será feliz durante los siglos de los siglos.

Dando mayor aplicación a los veneros recibidos, mandan colocar la lápida de mármol rosado, que es un sol naciente para el lúgubre cementerio cuando su bruñida superficie refleja los rayos primeros del día. El breve epitafio gravado, sentencia inspirada y solemne, comprometida con la causa eterna, posee la virtud de fijar la piedra a la tierra, pues de otro modo se iría elevando hora tras hora hasta alcanzar el cenit y desaparecer por el poniente.

Ordenan, padre e hijo, las misas repletas de cánticos tristes, salvoconducto del alma en la encrucijada fronteriza que da entrada a la Gloria; y redoblan el esfuerzo puesto en los pleitos, persiguiendo a los malvados violadores de la última voluntad de las desdichadas hermanas. Todo se hace como ella quería, y los ahorros íntegros se emplean en su beneficio. Sin embargo, las dos personas que recogieron su cuerpo exánime del lugar de expiración –Alberto y la vecina— no fueron conscientes de la equimosis rojiza aparecida en las plantas de los pies y en las palmas de las manos; y a Salus hubiera satisfecho saber que existían testigos del prodigio. Tampoco apreciaron el gran parecido de la mujer que tomó en sus brazos el cadáver, con la señora Beremunda, la madre mesurada; nariz, ojos, labios, perfilados por idéntico dedo; frente ancha hasta llegar a un cabello de nieve y ceniza. No, no se dieron cuenta, en suma, de que estaban pasando ante las últimas estaciones del vía crucis, las que dan fin a la Pasión soportada por ella, las que agotan el dulce calvario que ha sido la existencia de la señorita Salus.

Elipse de los tiempos

Pedro Sevylla de Juana 2012

Bubok Publishing 220 páginas

Cita:

La ilusión vive una calle más allá de la ilusión,
por eso llega un poco más tarde.

(Cesáreo Gutiérrez Cortés)

Dedicatoria:

Al presente,
dragón inmortal que se alimenta de futuro
y, al digerirlo, lo transforma en pasado.

ISBN: papel: 978-84-686-0970-6

ISBN ebook: 978-84-686-0971-3

Contraportada

Realidad, imaginación, sensibilidad, sentimiento y reflexión: *Elipse de los tiempos*, muestra el avance de la poesía de Pedro Sevylla de Juana, desplegando todo el espectro de su robusto y variado cromatismo. La concepción del Universo del que forma parte como animal poético, es el punto de partida de su rico ideario. El ser humano, en este su vigésimo primer libro, se hace nexo de unión con el cosmos interrogado e interrogante. Traducciones a otros idiomas ayudan a universalizar su poesía.

Ignora Pedro Sevylla, si quien le hizo el regalo fue Bécquer. O empezó a escribir movido por Machado, Lorca, Darío, Vallejo y Neruda; tan distintos y tan suyos. O por Juan Ramón, atrincherado en la pureza esencial. Aunque puede que el mérito fuera de Miguel Hernández, y de la vida que le ahogó el corazón al respirar tierra húmeda y germinada. O de Góngora, portador de la belleza en fardos sobre el hombro. Lo ignora, porque la poesía le llegó muy de mañana. Asperjaban esplendor sus ojos sobre la amanecida, cuando los extraños se metieron en sus versos: Tagore, Elitis, Maiakovski, Byron, Yeats,

Witman, Eliot, Blake, Martinson, Ekelöf y Lundkvist; acompañados de Apollinaire, Rimbaud, Pessoa, Baudelaire, la Kazakova, la Wine y Leopardi. Contribuyeron todos, acaso, a que sus poemas sean como son; pero la poesía estaba ya en la vida destapada a derecha e izquierda, a ras de suelo o en lo alto.

Pletóricas y encogidas, descubrió a las personas en el espejo, en la escuela, en el internado, en la calle, en los trabajos y en los viajes. Fue entonces cuando su poesía se puso al servicio del hombre: tierna y desgarrada. Los seis mil versos que componen *Elipse de los Tiempos* son el resultado de todo lo vivido, de todo lo leído, de todo lo escrito.

Las mujeres del sacerdote

Pedro Sevylla de Juana 2012

Tu es sacerdos in aeternum secundum ordinem Melchisedech
(Del himno para la ordenación sacerdotal)

Bubok Publishing 246 paginas

Citas:

No hay nada más sospechoso de falsedad
que lo evidente

La vida:

laberinto, escuela, promesa y acicate

(Cesáreo Gutiérrez Cortés)

Dedicatoria:

Milagro del amor y el sacrificio,
a mi nieta Adriana, que nacerá en diciembre.

ISBN papel: 978-84-686-1781-7

ISBN ebook: 978-84-686-1782-4

Contraportada:

Para Pedro Sevylla de Juana, quedar finalista en el premio Ateneo Ciudad de Valladolid, significó el inicio de *Las Mujeres del sacerdote*. Durante cinco años trabajó en el texto, modificándolo y enriqueciéndolo hasta convertirlo en la espléndida novela que es. Su vigésimo segundo libro, narra una historia cronológica, geográfica e intelectualmente fronteriza. Se desarrolla la trama en los días festivos de una Semana Santa de finales de siglo, y sucede en la raya de unión entre España y Portugal, una dehesa ribereña del río Gévora o Xévora. En ese espacio y en tal tiempo, los anfitriones y sus invitados ven como los acontecimientos irrumpen en sus vidas, gobernándolas. Los menestrales, autóctonos y emigrados, completan un grupo humano que bien pudiera representar a la sociedad actual.

Las mujeres del sacerdote constituye un estudio sicosociológico y costumbrista, en el que la tierra extremeña, flora, fauna y cultura, juega un papel fundamental. Las pasiones ocultas afloran en ese particular escenario, impulsando a los protagonistas a romper los convencionalismos más arraigados. El amor y la muerte hacen acto de presencia persiguiéndose, justificándose, llevando la acción a la tragedia.

Pedro Sevylla de Juana es, a más de narrador, ensayista y poeta; y poesía e investigación elevan y suavizan el tono del discurso, poniendo el lenguaje, preciso y lleno de belleza, al servicio de los valores humanistas. Todo ello hace de la novela una pieza importante de la nueva narrativa, la que pide fondo y forma, continente y contenido; forzando el concepto de novela aún vigente, evolucionándolo y completándolo.

Como muestra

El capítulo Primero completo

Se llama Herminia. Nombre que dejó de oírse hace tiempo en el ambiente burgués de Barcelona: familias cerradas que se saben obra

del esfuerzo y las circunstancias favorables. Núcleo trabado de apellidos viejos, reiterados con verdadera insistencia, que explican la particular posición de las ramas respecto al tronco. Para los de casa es Mina, pero sus amigos, y los tiene a decenas, la llaman cada cual a su modo: desde Abella, abeja en castellano; a Burbuja, Bombolla en catalán. La Nena, dice Cristóbal con un cariño evidente; y Herminia aprecia el tono y el apelativo. Dotó la naturaleza a la muchacha de una habilidad prodigiosa para los trabajos manuales, y de ingenio e inventiva sobre lo que se considera normal en la gente de su entorno. El ejemplo de Mercedes logró acercarla sin prejuicios al trabajo; de modo que, a los dieciséis años, motivados por la excelencia de las notas, recibía elogios y predicciones favorables.

Sus padres edificaron el mundo de la adolescente dentro del suyo. Por lo que a esa edad temprana exhibía un deseo imperioso de romper las paredes, agobiantes por cercanas e ineludibles. En el mundillo joven desparramaba sus afectos, manteniendo a los mayores a considerable distancia. Obraba como si el Universo estuviera formado por dos únicos planetas, viajeros a través de los espacios interestelares. Uno de formación reciente —valles profundos y montañas elevadas— poblado por muchachos de su misma edad. El otro, muy experimentado: rocas descompuestas y altitudes erosionadas; habitado por personas mayores. Entre ellas Mercedes, madre amantísima; y Cristóbal, padre tolerante; que confiaban a sus brazos la tarea de dar alcance al primero. Remaban en la corriente gaseosa buscando un acercamiento que les permitiera permanecer junto a Mina; y la niña, ayudada por los compañeros —abella, estel, bombolla— batía los remos tratando de lograr una autonomía imposible. Se demostraban parejos los deseos de escape y las fuerzas de atadura; de manera que equilibraban la persecución, y ambos mundos se mantenían a una distancia razonable.

Algún indicio proporcionaba el estudio de las similitudes al que se aplicaban las voluntades paternas, dificultoso examen de los compañeros de aula y los amigos del barrio, uno a uno y en grupo. En sí mismos continuaron la búsqueda esclarecedora del misterio, en su propio interior

transformado, emulsión impresa de la memoria antigua. Lo que ellos creían ser a la edad de la hija escrutaron. Indagaron en los testimonios de adolescentes crecidos en cualquier lugar y época, en los ensayos escritos por investigadores. Iban tras el quid aclaratorio del comportamiento gregario, de esa sociedad joven e impenetrable, del recelo opuesto a los adultos: maestros, padres, parientes y vecinos. Atrincherados en la habitación, los muchachos de hoy afirman estudiar, escuchar música o redactar un periódico según los dictados de los profesores. La realidad los ve aislarse en una república propia, para la que emiten moneda de curso legal, objetos de trueque que ellos valoran: historietas dibujadas, carteles provocadores, discos musicales, prendas raídas. Exigen pasaporte a quien sobrepase los veintidós años de edad, y el conocimiento del santo y seña en vigor. Hablan una jerga tornadiza que no acaban de dominar, y toda su inquietud estriba en mantener vivo el derecho de pertenencia al grupo, siguiendo el avance de las condiciones de integración. Incomodísimo ejercicio que, de repente, abandonan.

Analizaban los padres el indumento de los colegas de Mina, la forma de peinarse; porque han hecho estandartes los jóvenes, signos excluyentes, de prendas y peinados. Llevó Mercedes a Cristóbal a una reflexión que podía develar el secreto: Nosotros, adultos, les hemos enseñado el rito; de nosotros han aprendido a cerrarse. Es cierto, desaprueban el proceder inconsecuente que nos resulta tan querido, y el decir cotidiano cargado de tópicos y frases vacías. Se manifiestan cohibidos en nuestra presencia de jueces, hacen oídos sordos y, si pueden, nos esquivan. Somos injustos con ellos: alegando incompreensión, asegurando que lo suyo es el juego y la broma, no les hacemos partícipes de las inquietudes. Son cosas de adultos, nos oímos decir, dejándolos al margen, sin conciencia de estar obrando mal.

La conducta de Mina es imitación o rechazo de la que ve en las llamadas personas mayores; puede que Mercedes desentrañara con su conjetura el enigma. Gaietà, sólo dieciocho años, y su madurez semeja la de un anciano. Es fácil percibir que se toma la aparente realidad en serio. —¡Domesticat!, ¡sotmès! —le dice la hermana

crecida a su costado; un solo rodrigón los preserva erguidos y el mismo alcorque calma su sed— amansado, domado, vendido. — Así enreda Mina, quien lo presente de los padres sabiéndolo suyo sin mengua. Gaietà, dispuesto a dar por ella la vida, no es capaz de acompañarla si ha de abandonarlos. Su ánimo se esfuerza hasta el límite; desde la hermana a los padres alarga los brazos y, desgajándolos de su estribadero en los hombros, no logra hacerse vínculo firme y durable.

—Què dius noia?; soy dos años mayor que tú, tengo amigos con los que me entiendo a las mil maravillas, y lo sabes. Pero eso no impide que vea al pare y a la mare persiguiendo nuestro bien al ir tras el suyo.

—Ja.

Dice eso Mina, y el monosílabo alberga la negación de la conformidad más allá de la duda.

Un método destinado a la prolongación de la humanidad, explicó Cristóbal a sus hijos, niños listos de diez y doce años, utilizando un símil que, por cercano, creyó comprensible.

Decía: “Imaginad un pino del que penden piñas a punto de madurar. Sabéis que, llegado el momento, se abrirán las uñas para lanzar los piñones a considerable distancia. Caídos en tierra, con ayuda de la humedad, originarán nuevos pinos capaces de continuar el proceso. Vuestra madre y yo, somos, en tal caso, una de las piñas que liberan sus frutos propagando la especie. Vosotros, flamantes eslabones de la cadena humana, nos sucederéis en la tarea”.

Lo entendían, Cristóbal sabe que lo entendían; pero ¿no hubiera resultado más sencillo abordar, sin escamoteo alguno, la reproducción de las personas partiendo de la pareja y su propia sexualidad?

Mercedes debió de hablar con Mina de mujer a mujer, porque el día que descubrieron a la hija abrazada a un muchacho mayor, contestó al aviso del marido: ¡déjala!, conoce bien la línea que no puede cruzar.

Gaietà hubo de aprender por su cuenta tan espinosa cuestión; pues Cristóbal se quedó sin palabras cuando se disponía a prolongar la charla científica.

Los amigos, compañeros de barca sobre el mar en galerna, ataban los cabos sueltos exagerando la picardía del proceso.

Mina está convencida: la adolescencia y la juventud serían más sencillas si no las enmarañaran los padres. Con el fin de proteger la dicha y la inocencia de los hijos, retrasan su entrada en el universo de los adultos, territorio inicial de colaboración, donde unos y otros podrían entenderse.

Deseaba Mercedes, cuando estaba en edad de concebir, sobre todo lo demás una hija; incluso por encima del hijo que ya tenía. Pero su único parto se complicó de tal manera, que el médico se vio obligado a suprimir órganos esenciales para el hecho milagroso de la concepción. La esposa lloraba su dicha de madre de un niño hermoso, porque no podía darle una hermana. Cristóbal, desconocedor del modo de negar un solo capricho a Mercedes, se encontró ante una petición de lo más razonable. Una hija, sí; y con prontitud. Convenía que se criaran los hermanos a un tiempo y crecieran unidos, de modo que la adopción de la niña pasó en un suspiro de simple aspiración a actividad perentoria. La solicitud de Mercedes llegó a Cristóbal por conducto de ese modo tan suyo de decir las cosas. El tierno tono empleado en sus ruegos hacía que, en ella, la entonación fuera lo mejor del argumento. Su decir era tan persuasivo como la tesis más elaborada. La manera, la forma, incluso sin fondo, se lo decían todo al marido; y tan claro que no seguía inquiriendo razones. Pretendía ella lo imposible, lo mencionaba, y él tomaba ese imposible de las fosas abismales, de las altísimas estrellas, y lo ponía a disposición de la mujer. Lo miraba, y él, adivinando la orden contenida en la mirada, la cumplía. Le dirigía la palabra, y se disponía él a proyectar las cruzadas más expuestas. Sonreía la mujer, y un mar atrapaba al compañero en las aguas ricas de corales y peces vistosos, un viento alzaba el corazón junto a ingravidas cometas. Y si pronunciaba su nombre empleando ese son, el aire cumplido de oxígeno insuflaba felicidad al pecho masculino. Asentaba el nombre de Cristóbal en los labios, y su nombre era él saliendo de la voz femenina, siendo creado en ese instante por la palabra recién pronunciada.

Miles de años después de haberla conocido, gastaba aún el primer día de una eternidad sin fronteras. De forma tan sugerente acertó a pedirle Mercedes una hermana para el hijo, pues ella era incapaz de engendrarla; y el marido removió cielo y tierra para satisfacer esa exigencia lógica.

Al lado de la maternidad existe todavía un convento que acoge tras el parto a las madres sin recursos; ni la urbe ni el año dirán Mercedes y Cristóbal por no comprometer a la monja que entendió su problema y se propuso ayudarlos. Hizo falta dinero y no revelarán el monto; podían pagarlo y la cuestión terminaba. Se avino a razones la madre de la criatura, y pudieron llevar a casa a una niña rósea, que se asemejaba a Mercedes en las sedosas mejillas y en los labios finos; pudieron llevarse a una niña que de Cristóbal recogía la nariz un poco achatada. Era la viva imagen de los padres de acogida y aceptaron que llegara por esa vía; pues los caminos del Señor son enigmáticos e intransitables para el hombre. Sirvió a sus fines una madre soltera que huía con lo puesto. Tras ella, persiguiéndola; vieron marchar a la penuria, a la sinrazón y a la injusticia; soldadas la una y las otras, dándose, potenciando estorbo y freno. Pero qué podían hacer ellos, tan débiles en su anhelo, tan necesitados de niña, tan contentos de tenerla.

Les hubiera gustado, eso sí, que el dinero entregado a la religiosa fuera punto de partida de una vida quieta, de los días en calma buscados por quien, ignorante del lugar en que el reposo se asienta, había de llevar siglos buscándolo. De una joven escapada de cuantiosos peligros se sirvió el Señor para darles la hija, la hermana con quien Gaietà crecería hermanado. Hubieron de ponerle Herminia, siguiendo un deseo dicho por la madre de la niña a la monja. Se llamara ella así o alguna abuela, su mejor amiga o alguien que la trató como las personas de bien tratan a los necesitados; el caso es que pudiendo incumplir el compromiso no lo hicieron, y ahora la nombran Mina. Miracle tenía pensado Mercedes para la neófita, y complacía el nombre a Cristóbal por resultarle lógico, pues de un milagro proviene. Miracle, y todo estaba dicho: pasado, presente y futuro. En el largo tiempo transcu-

rrido, más de tres lustros, no fueron capaces de elaborar una explicación suficiente para un patronímico que en las familias de Cristóbal y Mercedes no existe. Procedente del dios griego Hermes, mensajero del Olimpo; relativo a unas piedras sagradas, un voto hecho al cielo a cambio de un favor de los grandes; no, nada de eso: un capricho de madre que acechaba ese gusto ignorando el porqué.

Doncs vagi!: decía al oírlo la hija sorprendida: ¡Pues vaya!

Vienen del campo, llegan de la tierra madre. Arcilla de la península o isleña lava volcánica, Mercedes y Cristóbal son los ricos sedimentos de la corriente de precursores que aportó un bagaje abultado; y ambos pretenden que sus vástagos sean los destinatarios de esa herencia acrecentada por ellos. Vienen de los llanos y de las laderas, llegan de la incertidumbre campesina que sujeta la realidad con alfileres. Cristóbal era hijo único de una mujer resignada, capaz de sufrir sin queja el repertorio completo de las enfermedades mal llamadas femeninas. Al fin, por descuido de los médicos, la mató un carcinoma del cuello uterino. De ahí la reacción visceral del hijo contra galenos, padecimientos y muerte. El padre era un viñatero canario que quiso cumplir en Cataluña el viejo sueño de plantar un viñedo en Burdeos. No eligió Girona en virtud de una casualidad dirigida por el azar; fue un primo hermano, llamado a la carrera castrense y destinado en la propia capital, quien le señaló el lugar exacto del Baix Empordà donde podía prosperar el intento.

Llegó el padre de Cristóbal al poco de enterrar a la esposa, cuando el hijo de ambos acababa de dejar el sacerdocio y se empleaba en un colegio como profesor de religión y latín. Conoció el hombre las viñas de Banyuls a más de las situadas en el Penedés y el Priorato, y estuvo de acuerdo con el militar. Inició lo que bien podía parecer una quimera de recién llegado, desconocedor del terreno; y con palos franceses y fórmulas canarias plantó un viñedo que daba un vino distinto a los otros, merecedor de una imposible denominación de origen específica. Las tres hectáreas de tierra iniciales se demostraron muy apropiadas para los grandes tintos; y el sueño de pionero fue

concretándose cuando a su viña la siguieron otras y su manera de hacer tuvo eco.

Así fue como Cristóbal, alto, delgado y bien parecido, hartado de repetir una y otra vez las declinaciones y de explicar el misterio de la Santísima Trinidad a niños de doce años que pensaban en el juego; llamado por el padre, llegó dispuesto a ayudarlo. Colmada la ilusión, tanto tiempo mecida, no tardó el incipiente anciano en morir, convirtiéndose al ex cura en dueño de una explotación próspera que ya dominaba. Debido a las circunstancias favorables coincidentes en su persona, Cristóbal empezó a prestar atención al espejo colgado en la entrada de la masía, mirándose al salir para dirigirse al pueblo o al entrar de nuevo. Mercedes, en el reparto de señas de identidad, estaba destinada sin duda a ser yegua; pero un trastoque de claves y documentos, aceptado por el destino para que interviniera en la vida de las otras especies, hizo de ella mujer de carácter. Debió estudiar en la Facultad de Veterinaria para cumplir parte de tal designio, pero los rígidos tiempos de su adolescencia y primera juventud, no favorecían la existencia de padres que aceptaran esa profesión para sus hijas. Amaba Mercedes lo natural y la naturaleza la retribuía: tierra, plantas y animales se entendían con ella en un idioma que la muchacha incorporaba al humano. Por eso, siendo los padres propietarios de una granja y de un alfar, Mercedes seguía un impulso irrefrenable y a la menor oportunidad se iba a la granja.

Conquistar a Mercedes resultó tarea muy ardua para el inexperto Cristóbal: bella, acomodada y despierta, la pretendían candidatos solventes. Un muchacho de la abogacía y otro de la milicia esperaban su decisión; y más de un propietario estable. Pero no amaban como ella los tres reinos naturales: eran incapaces de abandonar el lecho de madrugada para atender partos de ovejas y vacas, incapaces de fijar durante horas la mirada en las plantas por el simple gusto de verlas crecer, incapaces de escudriñar en el color del ocaso la lluvia o el bochorno del día siguiente, incapaces de entender las leyes físicas que rigen el comportamiento de los minerales. Sí, eran negados para lo de ella. Mercedes incorporó esa circunstancia a su juicioso cotejo, muchos confundidos

ante la elección. Un arroyo en arco que llegaba al lecho del río con su tributo pequeño, hacía de frontera entre la finca de ganado perteneciente a la familia de Mercedes y el viñedo del padre de Cristóbal. Eran dos terrenos circundantes de sendas masías, separados del Daró por una frondosa arboleda. El mermado caudal del regato, acumulado en una presa que ensancha el cauce y lo ahonda, fertilizaba en la granja un ribete sembrado de alfalfa, y en la viña una huerta que daba para el gasto diario y un sobrante destinado a la venta.

Durante las vacaciones de verano, buscando pasatiempo y a la par la satisfacción de ser útiles, coincidían regando alfalfa y hortalizas en días ardientes. Ella realizaba tareas que en muchachas tan finas eran impensables por aquel entonces. Guantes de goma protegían las manos, un pañuelo resguardaba su cara de los efectos nocivos del sol; puede que la ocupación redujera el encanto femenino, pero a Mercedes no le afectaba la merma ni pizca: poseía sobrante. Observaba Cristóbal las evoluciones de la chica, los movimientos destinados a abrir más de lo convenido su compuerta. Apreciaba el muchacho la naturalidad mostrada al concederle una mitad reducida del agua sobrante. Mercedes sisaba y él, que hubiera regado las tierras de la muchacha antes que las propias, permitía con orgullo la sisa. Le birlaba parte del líquido y ese logro hacía felices a la tomadora y al despojado.

Cantaba Mercedes como una sirena y, para escucharla sin el riesgo desprendido del antiguo mito, hubo de trabar sus pasos Cristóbal introduciendo los pies en el limo hasta las rodillas. Hablaron de la exigua corriente del arroyo, de la lluvia escasa, de las tormentas, de la erosión, de la feracidad de aquel pago, de la oportunidad de la siembra, de los cultivos más favorables, de las cosechas inciertas. Hablaron de los animales domésticos, de los salvajes, de su incesante reproducción, de su ir y venir con un sentido de continuidad y progreso. Hablaron del ser humano, animal emancipado de cuantiosas servidumbres, cuya pérdida de entendimiento con el resto del cosmos lamentaban. Hablaron de la especie, del hombre y la mujer, de su enredada complementariedad; y hablaron de ellos mismos. Sus colores preferidos eran

el verde y el ocre, la materia apreciada el ámbar, el cielo de ambos venía a ser uno azul rasgado de blanco; la forma geométrica la elipse, los animales de traza mejor conseguida, caballo y delfín. Había ejercido de sacerdote Cristóbal, apartándose al poco del sagrado ministerio; y ella se rompió por dentro al enterarse. Ahí enmudecieron las confesiones mutuas; callaron movidos por la acción de un seísmo volcánico.

Sí, era cierto; fue cura. En nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, perdonó las faltas a los que se arrepiñaron. Consiguió acristianar a los hijos de los incrédulos. Equilibró las necesidades de quienes le pidieron ayuda; y se sintió gigante al levantar sobre la cabeza a Dios en forma de hostia consagrada. Sol naciendo de las olas en el mar que rodea a su isleta, y él, otro Atlante. ¿Por qué había de avergonzarse?, se atrevió a preguntar. Hasta pasados unos días larguísimos de mudez total e intencionada, no liberó Mercedes borbotones de anécdotas relativas a su estancia en el colegio de monjas. En ese torrente confidencial hicieron acto de presencia tímidas alusiones al carácter exigente del padre. Talante que llevaba aparejado el perjuicio grave de volver exigente a Mercedes; primer y único reconocimiento del hecho propio negado en adelante. Confesión que dio pie a Cristóbal para manifestar lo sustancial del seminario, de su ordenación, del año de apostolado parroquial. Apareció la devoción materna que hizo seminarista al muchacho para salvarse ella mejor, para ser envidiada por las otras madres, para salirse a ratos de los persistentes sufrimientos físicos. Fue incapaz el hijo de enfrentarse, y ella lo empujaba hacia dentro de las tapias del seminario menor. Era Cristóbal valiente —no existía muchacho de su edad que se le impusiera por la fuerza, ni educador dotado para doblegar su voluntad con castigos— y la primera noche de cada período escolar había de esforzarse en la sujeción de unas lágrimas llamadas por la añoranza de la forma de vida abandonada. No supo oponerse a aquella mujeruca de hierro flexible, y ella murió viendo realizado el gran sueño.

Una vez enterrada pudo Cristóbal escapar a su influjo, y dando por cumplida la obligación filial, pidió al obispado la dispensa alegando el cerco sufrido. Mercedes entendió las razones del seminarista para con-

cluir los estudios, y las del pastor de almas para abandonar a sus ovejas espirituales; viniéndole al presente la soledad del dormitorio compartido con cien compañeras. Aún se veía escondiendo bajo la almohada el llanto enmudecido, adolescente obligada a arrinconar los afectos agarrados al corazón. Fundada en la triste experiencia, ambos tomaron la misma resolución irrevocable: sus hijos iban a crecer guiados por la familia en lugar de hacerse mayores recogidos en un internado. A poco que ellos pudieran, no se encargarían de la educación infantil un sacerdote erigido en falsa figura paterna o una monja en trance de avivar la inclinación maternal reprimida. Sabían de fobias y filias transmitidas por mentes enfermizas, capaces de poner intención en la transferencia. Lo habían vivido y, sabiendo la antelación con que obraban, echaron mano de la memoria para encarar el futuro aún lejano. Profesores injustos salieron a relucir, notas puestas al azar sin dar importancia a los conocimientos, devociones y rechazos participando en la sinuosa marcha de los estudios, desilusión y abandono antes de llegar a la meta. Ambos prometieron dejarse aconsejar de libros adecuados y especialistas en la formación de infantes, porque las familias propias habían demostrado una ineptitud negligente en cuestión tan esencial.

Curaron pronto de espanto, ella del sufrido al saber lo del sacerdocio aceptado primero y abandonado después, y él, del temor a ser rechazado precisamente por haber desertado del sacerdocio ya asumido. Allí, al pie del surco, sucedió; y entre besos torpes y caricias sabias, se refirieron a las diversiones perdidas y a los quehaceres fructíferos, al azar caprichoso y a las apetencias de felicidad. De la manera íntima en que uno se habla a sí mismo, se contaron proyectos que no habían dicho a nadie. Él estuvo a punto de exponer su fantasía de entonces al análisis femenino; ese ideal tan acariciado de llevar el vino y las hortalizas de sus cosechas crecidas a cualquier rincón del Ampurdà, de Cataluña, de España y del mundo. Furgonetas, camiones, trenes, barcos y aviones transoceánicos serían los medios de transporte. Pero, pensando en ella y en la total coincidencia deseada, dibujó una finca donde pudiera cerrar el ciclo la naturaleza; una tierra preparada para que las

hierbas dieran pasto a los animales y éstos fueran aliados del hombre en los cultivos, a la antigua usanza. Autosuficiente sería y feliz con su esposa, si su esposa resultara ser ella porque ella lo quisiera.

Con ese boceto se postuló como marido y desbancó a los oponentes que dominaban el futuro y a los que sabían el pasado al dedillo, a quienes explicaban parajes que sólo ellos conocían y a los que señalaban los caminos trillados. Pudo expulsar a los pretendientes de aquí y de allá, pobres y adinerados, sabios e ignaros, bellos y feos; porque teniendo ellos un propósito firme no ponían a Mercedes al frente sin ambigüedades.

Duodécimo concepto

Brasil Sístoles y diástoles / Brasil Sístoles e diástoles

Pedro Sevylla de Juana 2016

Editorial Verbum 300 páginas

Poesía bilingüe en castellano e português

Doble entrada, una portada para cada idioma hacia el centro.

Cita:

Matéria e energia, em sua cópula engendraram

Sístoles e Diástoles:

O primeiro hálito de vida.

PSdeJ

Dedicatória:

Dedicado a Ester Abreu, admirável pessoa;

e aos amigos de língua portuguesa

I.S.B.N.: 978-84-9074-351-5

Depósito Legal: M-13102-2016

Definição do Brasil, feita por Pedro Sevylla de Juana

“Isto que vejo, tão complexo, tão exuberante, tão diverso, tão pobre, tão rico, tão escuro, tão colorido, tão árido, tão fértil, tão débil, tão forte, tão violento, tão terno; isto e mais: um conjunto de energias que somam e restam, um enigma intrigante que devo interpretar por mim mesmo; todo isso e bem mais, que não vou compreender nunca, é BRASIL”.

Anotação do autor:

A minha poesia nasceu do impulso do leitor e escritor que ia sendo. No princípio foi o verso; e em contato com a realidade, o verso se fez prosa. A prosa primeira foi prosa poética; e o passo do tempo, com sua insistente roça, fez dela contos, ensaios e novelas. Mas na profundidade da mente, o verso dormitava. Cheguei ao Brasil, a sua literatura originária e modernista, regressou o verso, e três anos depois se corporizou este livro. O português que utilizo na tradução, é solto, ágil e tão livre como Brasil o aceita, como Brasil o quer. Conheci a Francisco Aurelio Ribeiro na sede do Instituto Histórico e Geográfico do Espírito Santo, em Vitória ES. Pronunciava ele uma palestra, onde fazia uma análise crítica da obra dum prestigioso poeta. Ali percebi sua capacidade de síntese e análise, sua olhada certa e a expressão ajustada à realidade contida nos poemas. Encontrei—o de novo na Academia Espírito—santense de Letras, onde presidia uma sessão de trabalho com vários académicos. Trabalhador consciencioso, intelectual sólido, pessoa singela, culta e cabal em todos os aspectos. Li, depois, o seu ensaio sobre uma novela publicada com sucesso. Nesse trabalho estuda a obra em seu contexto de género literário, e no espaço e tempo abarcados pelo argumento, estilo e pensamento. Compreendi então, que Francisco Aurelio devia escrever o prólogo do livro que estava terminando. Pedi-lhe o favor e aceitou, e aqui está o resultado:

Prefácio

Pedro Sevylla de Juana, escritor espanhol nascido em Valdepero, província de Palência, na Espanha, me pede para fazer o Prefácio para seu mais recente livro, esta obra magistral “Brasil Sístoles e Diástoles”, que tendes em mãos. “Sístoles e Diástoles” é uma obra híbrida em todos os sentidos, pois mescla espanhol e português, poema e prosa, filosofia e literatura, realidade e imaginação, subjetividade e objetividade, individualismo e socialismo. Pósmoderna em sua essência, apresenta a inquietação própria de nossa época, o deslocamento clássico de estilo, “em que o individual e o coletivo, o expressivo e o linguístico, o mimético e o abstrato conheciam um relativo equilíbrio” (cf. SUBIRATS), no ecletismo linguístico e temático em que se estrutura. Na primeira parte, “Sístoles”, constituída de 16 poemas em tamanhos diversos e um texto em prosa poética (“A visita do Deus”), o poeta busca recriar o que chama de “movimentos sistólicos (que) concentram o universo, desde um instante anterior ao ponto de não volta na expansão, até conseguir que toda a matéria e a energia toda ocupem um espaço mínimo”. Assim, os poemas iniciais têm uma marca filosófica do princípio gerador do universo e seus títulos dialogam com o conteúdo ontogênico dos seres: “O homem essencial”, “O primeiro princípio”, “A humanidade e as suas coisas”, “O mito da amada”, “O triunfo da primavera”, “O jogo da vida”, dentre outros.

O que caracteriza a poesia essencialmente como gênero literário é a sua natureza mimética (Platão e Aristóteles), ética (Horácio) e estética (de Vico aos nossos dias). Como “Vida é obra, e obra é vida”, a poética de Pedro Sevylla de Juana aglutina todos esses elementos. No primeiro poema, por exemplo, há a temática da criação do homem, o que remete ao mito bíblico, sob uma perspectiva socializante: o homem é fruto do trabalho de Deus, pão cuja única diferença é a cor/crosta, cuja substância não varia. Esse homem criado por Deus luta com a natureza e cria os rituais de celebração, as leis e os ofícios, “a organização social, a administração da justiça, a liberdade de eleição e a igualdade na linha

de partida” (“O primeiro princípio”). E assim surgem a família, os clãs, as castas, a humanidade, a hierarquia, o comércio e o preço das coisas. O poeta/profeta, no entanto, alerta em dicção profética: “Mas se queremos que a gente modifique sua maneira de ver as coisas e avalie atributos primordiais como a beleza das linhas, a utilidade prática, o som do vento ao abraçar sua superfície, a suavidade do tato, a natureza da substância originária, devemos tirar o preço que um dia se pôs às coisas” (“A humanidade e as suas coisas”). Pedro Sevylla de Juana vai elaborando sua poética e reconstruindo em cada poema elementos dos textos bíblicos, do Gênesis ao Apocalipse, revelando—nos que não são as coisas, por si mesmas, que provocam o ser humano, mas os aspectos transitivos das coisas, através dos quais elas se materializam e se manifestam, provocando nossos sentidos, nossa sensibilidade ou nossa consciência.

Em alguns poemas, há o predomínio do eu, da subjetividade, “O rebanho ao que pertencço”, “O economicismo e eu”, em outros, é explícita a preocupação com o outro, o olhar sobre o mundo: “Fome”, “As mães famintas”. A primeira parte encerra—se com um texto em prosa poética, “A visita do Deus”, que trata da criação do elemento divino e de suas repercussões entre os homens. Texto mitológico, onírico, apocalíptico, estranho como o próprio homem, o único animal realmente fantástico segundo Sartre, pelo uso da imaginação. A segunda parte, “Diástoles”, que, segundo o autor, é “tendência centrífuga cujo ponto extremo resulta impossível de manter no tempo sem escapar à lei da Gravitação Universal, momento no que se iniciam os movimentos sistólicos de concentração. E assim uma e outra vez”, o poema inicial é “Vida é obra, obra é vida”, que tem como tema a professora e escritora brasileira Ester Abreu Vieira de Oliveira. Não por acaso, o poema está no centro da obra e inicia o segundo movimento da obra de Pedro Sevylla de Juana em que português e espanhol se amalgamam como no princípio dos tempos em que era uma e mesclada. Os outros poemas 22 23 “A vitória do desejo”, “O sonho do escravo”, “A eterna fugacidade”, “Transparente confusão” e outros

tematizam figuras, imagens, recorrências de dois mundos, Europa e América, de dois tempos, passado e presente, de dois enfoques, o eu e o outro, não fosse toda a obra de Pedro Sevylla um duplo, sístole e diástole de dois mundos, o real e o imaginário.

Belo exercício de metalinguagem pode ser lido no texto poético, reflexivo e filosófico sobre os “Trabalhos do Tradutor”, uma verdadeira aula de como se fazer um poema sobre as dificuldades de se traduzir um poema de outra língua, tema pouco usual na poesia. Também em “O meu sonho sertanejo”, uma excelente contribuição à leitura da obra de Manuel Bandeira, um dos maiores poetas do Modernismo brasileiro. Em “O último clochard sobre a terra”, Pedro Sevylla homenageia o homem simples, filosófico, desapegado de bens materiais, que escolheu uma esquina de Villeneuve sur Lot, na França para viver seus dias, enquanto em “Solta de pombas”, os homenageados são os poetas líricos de lá e de cá: Joaquim Machado, Cecília Meireles, Castro Alves. Em “O rosto desvelado”, o poeta encontra no amor “O rosto do universo” e em “Morri”, que pretende ser seu último poema, póstumo, faz a síntese entre as imagens de Brasil e Espanha, de sítios históricos e imaginários, de pessoas, sentimentos e coisas de ambos os mundos, uma supra realidade só possível pela imaginação e pela paixão. Nele o autor se permite sonhar uma saída para o Brasil, a mesma cruz delineada por Gilberto Freyre: “equilíbrio harmônico, conjugação ajustada de elementos múltiplos. E o equilíbrio instável e ativo, recomposto depois de cada dispersão”. Após mais dois poemas antológicos, repletos de referências intertextuais, “Um passeio pelo campo—santo” e “A lei da Gravitação Universal”, chega—se, com pena, ao texto final “O elevado voo do veleiro” e como um novo Rimbaud somos levados pelas velas da imaginação do poeta e nauta Pedro Sevylla de Juana a singrar os mares da pura poesia. “O papel do poeta é inventar a poesia”, disse Suhamy, e assim o faz Pedro neste seu último poema, segundo ele, gestado por seu iberismo cultural, seu universalismo, que o levou a buscar as fontes de sua poesia em terras de Espanha, Portugal, França e Bahia. No entanto, foi o Espírito Santo, a

terceira pessoa da Santíssima Trindade, que nomeia nosso estado, nas montanhas capixabas, que lhe veio o sopro inspirador para criar o barco da “Nova Era”. Pedro, espero que os leitores de seu magistral livro gostem tanto dele quanto eu, e que saibam ver e sentir nele muito mais do que consegui expressar nestas linhas introdutórias. Um forte abraço do Francisco Aurelio Ribeiro (Professor e Doutor em Letras. Presidente da Academia Espírito—santense de Letras) Vitória do Espírito Santo, fevereiro de 2016.

Imago Universi Mei

Pedro Sevylla de Juana 2018

Los Libros de la Frontera Colección de Poesía El Bardo

430 páginas

Cita:

La poesía es la salida que la persona da a su laberinto
(Cesáreo Gutiérrez Cortés)

Energía y materia
pensamiento, palabra y acción
destreza y esplendor
tiempo y tierra.
PSdeJ

Dedicatoria:

A las hembras de todas las especies: arranque y empuje de la Vida.

ISBN: 978-84-8255-173-9

Ebook: ISBN 978-84-82551753

Depósito legal: MA—939-2018

Nota del autor:

Somos hijos de un pretérito, que es el de la humanidad entera y el del Universo al completo; de una evolución producida siguiendo reglas naturales, en las que el acaso desempeña un papel esencial. Imago Universi Mei es el resultado de sesenta años de trabajo: vivencia, lectura y escritura. Se trata de una selección revisada de mis primeros libros, y una reescritura de los últimos. Lo forman ocho poemarios que difieren de los libros publicados individualmente, pues, aunque he procurado seguir en su progresión el orden temporal, hay fusiones y modificaciones que lo convierten en un libro único, recién acabado, obediente a mi ética y estética actuales. Complementando la poesía van algunas críticas, recibidas tanto en España como en Iberoamérica, y una cronología, firmada por el heterónimo Cesáreo Gutiérrez Cortés, nacido él como personaje en el ensayo *Ad Memoriam*, de 2007.

Algunos poemas de Imago Universi Mei, con la traducción al portugués que no está en el libro.

Mi mar de piedra

Escollo rodeado de fanegas de vida,
atolón ceñido por movedizos brazos
que mecen la imagen cristalina
de los hipocampos machos
incubando huevos de mil hembras tímidas;
en la planicie densa, en la meseta dura
en las laderas que circundan esta tierra mía
encontró el mar su sepultura.

En este páramo de sólidos cimientos
—astillero de varados navíos
cantera abierta de románicos templos

góticos castillos
palacios solariegos
campo de pedruscos blanquecinos
hubo empinados oleajes allá en el pleistoceno.

En esta piedra alta,
en esta altura pétrea
se enterró un mar cargado de sustancia,
océano de vida alargada en treinta
centurias y más de mil audacias.

Bajeles y goletas
hubo galernas y naufragios,
percibo aún las quillas hundidas en la niebla
sombra prieta de encinares cuajados
monte bajo de liebres y culebras.

Camino a tientes entre las turbias olas
espumas que enyesan la tierra de labor
y agitan indómitas palomas.

Mi boca hambrienta de esturiones y merluzas
da salobres mordiscos de amapolas,
dientes que ponen la intención en la captura
y escondidos en el beso te devoran;
mar interno, mar de altura
amante inmensidad inquieta y mórbida.

Trigales encañados te agitan de vaivenes
cuerpo de mujer, tibia humedad,
vegetación activa
ondas, mareas y corrientes
tantas y tantas veces repetidas.

Las estrellas de mar son ondeantes
estrellas vespertinas
y las redes se inflaman de bocartes,
doradas espigas
ortigas, tomillo, rape,
nenúfares flotantes y sirenas dormidas.

¡Es mi tierra!, exclama mi garganta muda
y aquí, precisamente en estas rocas,
en mi desierto de espinas maduras,
durante milenios no olvidados por mi larga memoria
hubo baños tibios y doncellas desnudas.

Mis líquidos orígenes, mi casta de marino
descubro en el cuenco inundado de las manos
caldo de cultivo en minerales rico
tabón compacto o disgregado
gozoso de pestañas y de cilios.

¡Oh! mi mar de tierra
cuánto arado te rasga,
y qué somero penetra.

¡Oh! mi océano de piedra agraz
cuánto hálito hace falta para segarte
cuánto anhelo de eternidad
para arar tus campos abisales.

Valdepero 1962

Meu mar de pedra

Escolho rodeado de vida,

atol cingido por movediços braços
que mexem a imagem cristalina
dos hipocampos machos
incubando ovos de mil fêmeas tímidas;
na planície densa, na meseta dura
nas ladeiras que circundam esta terra minha
encontrou o mar a sepultura.

Esse páramo de firmes fundamentos
estaleiro de varados navios
canteira aberta de românicos templos
castelos góticos
palácios solarengos
campo de calhaus embranquecidos
teve marulhos elevados lá no pleistoceno.

Nesta pedra alta,
nesta altura pétrea
se enterrou um mar carregado de substância,
oceano de amplíssima existência
em mais de trinta centúrias alongada
e escondidas em memórias e lendas
incalculáveis façanhas.

Baixéis e goletas,
houve galernas e naufrágios,
percebo ainda as quilhas afundadas na nevoa
sombra preta de azinhais coalhados
monte baixo de lebres e cobras.

Caminho eu entre as turvas ondas
espumas que engessam a terra de labor
agitando as pedras indómitas.

Minha boca faminta de esturjões e merluzas
dá salobres mordidas de papoilas,
dentes que põem a intenção na captura
e escondidos no beijo te devoram;
mar interno, mar de altura
amante imensidade inquieta e mórbida.

Granados trigais te agitam em vaivéns
corpo de mulher, humidade tibia,
vegetação de ondas, marés e correntes
tantas e tantas vezes repetidas.

As estrelas de mar são onduladas
estrelas vespertinas
e as redes se enchem e se inflamam,
com anchovas, bacalhaus, douradas espigas
ortigas, tomilho, sardas
nenúfares flutuantes e sereias dormidas.

É minha terra! Exclama a garganta muda
e aqui, precisamente nestas rochas,
em meu deserto de espinhas maduras,
durante milénios não esquecidos pela longa memória
houve banhos túbios e donzelas nuas.

Minhas líquidas origens, minha casta de marinho
descubro na tigela inundada das mãos
caldo de cultivo em minerais rico
torrão compacto ou disgregado
gozoso de flanges e de cílios.

Oh! meu oceano de pedra mãe
quanta brisa faz falta para segar—te
e quanto anseio de eternidade

para arar teus fundos abissais.

Oh! meu mar de terra
quanto arado te rasga,
e que pouquinho penetra.

El Escorial 2016

Experiencia vital

Nací de la tierra, del agua, del viento,
del cálido sol de mediodía;
nací de la voluntad, de la esperanza,
del perseverante amor a la vida.

Para comprender los entresijos del mundo
adelanté un mes mi nacimiento.
Llegué inmaduro, falto de cocción, un poco crudo.
No supe esperar el tiempo necesario
que el ejercicio ha ido estableciendo en los procesos
y no lo remediaron los fracasos.

Observando el semblante de los charcos,
mirada puesta en los cristales,
aprendo mi aspecto de animal humano,
complejo laberinto de cenizas y murallas,
desde la roca gastada que hace el pecho,
hasta el cartón disimulado de la espalda.

Tan alejado de las fórmulas didácticas,
tan acerbo llega a ser mi adiestramiento,
colegio La Salle, Hermanos de las Escuelas Cristianas,
que ahoga en mi pecho el sentir sincero,

borra el candor de la mirada,
sala la ribera fértil donde arraiga el intelecto
y extirpa el afecto incorporado a las palabras.

Afirman los pedreros las calzadas calizas:
vara larga del martillo
lanzando esquirlas;
humanos golpeados devolviendo
los golpes recibidos de la vida.

Acorazada de ilusión,
pletórica de miedos,
la experiencia de los míos rezuma realismo,
y saben que solo con esfuerzo
se da forma al destino.

Los acontecimientos más notorios, ¡qué sutiles!
—niebla, etéreo tul— ¡qué breves!, ¡qué imprecisos!;
no conozco aún los detalles
y ya el meollo olvidado.

Tanta sed ahoga mis cultivos
que doy nombres de agua a las peñas
a las tierras cuarteadas por el estío
a las raíces reseca.

Hierro sometido al vivo fuego
yunque y martillo
se afana en la fragua el herrero.

La luminosidad inmaculada del ambiente,
me permite visiones ignoradas,
y lontananzas diviso sorprendentes.

Avanza en caravana lo existente,
buscando la igualdad con un rasero
que todo lo torna diferente.

Emoción y lógica caminan juntas
—humanas complementarias facultades—
codo con codo por valles y llanuras,
y mi interior resulta invulnerable.

A veces el pensamiento parece tomar la delantera,
hasta que el sentimiento avanza decidido
alcanzando una ventaja manifiesta.

Desde lo alto del pico Taragudo
—de todo lo existente punto de partida
bajando del monte veo el futuro.

Observo rendido la agonía
de la cultura rural equilibrada,
arraigadas costumbres campesinas,
vencidas por la actividad industrial y ciudadana,
más fuerte, más eficaz, menos ingrata;
y guardo las imágenes postreras,
honda raíz, tibia nostalgia.

El milagro tantas veces repetido de la vida,
el reposado surgir del agua en los claros manantiales,
las leyendas y las rimas,
soledades.
el padre Duero, el romancero gitano,
y las cárdenas encinas
en la trova gozosa y dolorida me iniciaron.

Sin abandonar mis quehaceres me convertí en poeta,
y musa me dictaba loas dulces, amargas elegías;
versos formados de pétalos de rosa y humanas calaveras,
principios dispares que enmarcan biografías.

Poemas y relatos componen mi propósito;
palabras trabajadas con la obstinada insistencia
de quien rotura un viejo soto,
pensando en las generaciones venideras
más que en beneficio propio.

Valladolid 1967

Experiência vital

Nasci da terra, da água, do vento,
do ardente sol de meio—dia;
nasci da vontade, da esperança,
do perseverante amor à vida.

Num afã talvez insatisfeito
de compreender os segredos do mundo
adiantei um mês meu nascimento.
Cheguei um pouco cru,
falso de cocção,
algo imaturo.
Não soube esperar o tempo necessário
que o exercício tem ido estabelecendo nos processos
e não o remediaram os fracassos.

Observando o semblante dos charcos,
nos cristais a mirada posta,
aprendo meu aspecto de animal humano,

complexo labirinto de cinzas e de rochas,
desde a pedra gastada que faz o peito,
até o cartão dissimulado das costas.

Tão afastado das fórmulas didáticas,
tão acerbo chega a ser meu adestramento,
colégio La Salle, Irmãos das Escolas Cristãs,
que afoga em meu peito o sentir sincero,
apaga o candor da mirada,
salga a ribeira fértil onde arraiga o intelecto
e extirpa o afeto incorporado nas palavras.

Afirmam as calçadas os pedreiros:
vara longa do martelo lançando esquirolas;
humanos golpeados devolvendo
os golpes recebidos da vida.

Couraçada de ilusão, pletórica de medos,
a experiência dos meus ressuma realismo,
e sabem que só com empenho
se transforma o destino.

Os acontecimentos mais notórios, que impactantes!
—Nevoeiro, etéreo tule— que breves! que incertos!
não conheço ainda os detalhes e já o miolo esqueço.

Tanta sede afoga meus cultivos
que nomeio com nomes de água as penhas
as terras rachadas pelo estio
as raízes ressecas.

Bigorna e martelo
ferro submetido ao vivo fogo
se esforça na frágua o ferreiro.

A luminosidade imaculada do ambiente,
me permite visões ignoradas,
e lonjuras diviso surpreendentes.

Avança em caravana o existente,
procurando a igualdade com a rasoura
que todo o torna diferente.

Emoção e lógica caminham juntas
—humanas complementares faculdades—
mão na mão por vales e planícies,
e meu interior resulta invulnerável.

Às vezes o pensamento parece tomar a dianteira,
até que o sentimento avança decidido
atingindo uma vantagem manifesta.

Observo rendido a agonia
da cultura rural equilibrada,
arraigadas práticas campesinas,
vencidas pela atividade industrial e cidadã,
mais forte em aparência,
menos eficaz, mais ingrata;
e guardo as imagens postremas,
funda raiz,
nostalgia tépida.

O milagre tantas vezes repetido da existência,
o surgir da água nos mananciais claros,
solidões, as rimas e as lendas,
pai Douro, o romanceiro cigano,
e as azinheiras cárdeas
na trova gozosa e dolorida
me iniciaram.

Sem abandonar minhas tarefas me converti em poeta,
e musa ditava loas doces, amargas elegias;
versos formados por pétalas de rosa e humanas caveiras,
princípios dispares que enquadram biografias.

Poemas e relatos compõem meu propósito;
palavras trabalhadas com a obstinada insistência
de quem ara e repovoa um velho souto,
pensando nas gerações vindouras
mais que no benefício próprio.

El Escorial 2016

La palabra es arado, yunque y palanca

Soy lapislázuli oculto en las entrañas de la tierra,
serpiente abrazada al tronco de ébano,
puerco espín, espléndida azalea,
arena integrada en el hormigón de los cimientos.

Efímera flor,
agua en la hondura del pozo,
avara y generosa criatura,
ejercicio mental, carácter sólido,
que libera la energía de las dudas
modeladora del cosmos.

Campesino nómada de la papa y la mandioca,
de la vaca, el cerdo y el cordero;
ciudadano de centros industriales,
nacido de la mezcla de culturas y progresos,
mestizo de permanente mestizaje,
de la concordia huésped
de la libertad amante.

Arado, yunque y palanca
de labios de la madre
recibí la palabra.

Mensajero fiel al recado recibido,
la palabra cumple la encomienda
de nombrar lo existente y existido;
acaso de inventarlo o recrearlo,
palpable y etéreo,
real o imaginario,
en un presente sin límites
que abarca el futuro y el pasado.
Parameras del sediento Valdepero,
en primavera sólo florecen las palabras:
voces de secano, mucha profundidad y poca altura
llanas,
agudas.

El viento impregna de polen las palabras;
y los signos, inertes,
con ayuda de la voz surgida en la garganta,
se activan,
se vuelven acantilado abrupto frente al mar
orilla cercada de moribundas olas
pez que perfora las aguas atraído por el anzuelo sin cebo
mano de amante peinando inmensidades mórbidas
desnudando finísimos cabellos.

Palanca que mueve multitudes a la acción desaforada,
arenga arrojada sobre anónimas conductas,
reivindico la palabra de los múltiples idiomas,
con hechos la defiende de infundios y calumnias.

Dúctil y maleable la palabra es inocente, es pura;
modifican su sentido iluminados caudillos,
fanáticos sacerdotes,
defensores de patrias atrincheradas
e intransigentes dioses.

Las palabras identifican lo ignorado
lo fijan al espacio tiempo
y se convierten en brebaje exaltador de ánimos
en bálsamo que apacigua las violentas sacudidas
del seísmo interior de los humanos.

La palabra dicha es un son efímero
la palabra escrita es un leve trazo;
sin embargo, por la palabra se mata
por la palabra se muere, sin embargo.

Tierra de Campos, agosto de 1973

A palavra é arado, bigorna e alavanca

Sou lápis—lazúli escondido nas entranhas da terra,
serpente abraçada ao tronco de ébano,
porco—espinho, esplêndida azaleia,
areia integrada no cimento armado.

Efêmera flor,
água na fundura do poço,
avarenta e generosa criatura,
exercício mental, carácter sólido,
que libera a energia das dúvidas
modeladora do cosmos.

Camponês nômade de batata e mandioca,
da vaca, o porco e o cordeiro;
cidadão de centros industriais,
nascido do acordo de culturas e progressos,
filho de miscigenações estáveis,
da concórdia hóspede
da liberdade amante.

Arado, bigorna e alavanca
de lábios da mãe
recebi a palavra.

Mensageiro fiel ao recado recebido,
a palavra cumpre a encomenda
de nomear o existente e existido;
acaso de inventá—lo ou recriá—lo,
palpável e etéreo,
real ou imaginário,
num presente sem limites
que abrange o futuro e o passado.

Páramos do sedento Valdepero,
na primavera, somente florescem as palavras:
vozes de estiagem, muita profundidade e pouca altura
planas,
agudas.

O vento enche de pólen as palavras;
e os signos, inertes,
com a ajuda da voz surgida na garganta,
ativam—se, se encendem,
escarpa ferida pela força da água
beira cercada de moribundas ondas

peixe perfurando as águas trás o anzol vazio
mão de amante penteando imensidões mórbidas
despindo cabelos finíssimos.

Alavanca que move multidões à ação desenfreada,
arenga lançada sobre anônimas condutas,
reivindico a palavra das múltiplas falas
com fatos, eu defendo—a de mentiras e calúnias.

Dúctil e maleável a palavra é inocente, é pura;
modificam seu sentido iluminados caudilhos,
fanáticos sacerdotes,
defensores de pátrias entrincheiradas
e intransigentes deuses.

As palavras identificam o ignorado
fixando—o ao espaço tempo
e se convertem em poção exaltante de ânimos
em bálsamo que aplaca as violentas sacudidas
do terremoto interior nos humanos.

A palavra dita é um som efêmero
a palavra escrita é um leve traço;
No entanto, pela palavra se mata
pela palavra se morre, no entanto.

El Escorial, agosto de 2019

Los gozosos amores de Virginia Boinder y Pablo Céspedes

Pedro Sevylla de Juana 2019

CALIGRAMA

Penguin Randon House 368 páginas

Cita:

ascendente.

catarata

una

es

El amor

(Cesáreo Gutiérrez Cortés)

Dedicatoria:

A los amantes disímiles emparejados por la vida,
y a quienes habitan oasis de felicidad descubiertos en un espejismo.

ISBN: 9788417856137

ISBN eBook 9788417856595

Sinopsis de Los gozosos amores de Virginia Boinder y Pablo Céspedes

Pedro Sevylla de Juana recibe el encargo de escribir una novela con las cartas electrónicas cruzadas entre dos amantes virtuales. La mujer que contrata su pluma, pretende dar a conocer la historia de amor que ha sorprendido, ejemplar en varios aspectos. La novela recoge la excitante coincidencia virtual de Virginia, 44 años, y Pablo, 61; él en Roma y ella en Barcelona y Palma de Mallorca.

Virginia, antigua alumna en un curso de redacción impartido por Pablo, convoca, quince años más tarde, a quienes fueron compañeros de aula. En el encuentro conmemorativo, Virginia charla con el admirado profesor; comenzando entre ambos una intensa relación epistolar.

Lázaro se propone ayudar a Virginia a recuperar la autoestima, el amor del marido y a progresar en el trabajo empresarial recién iniciado. Los correos electrónicos que se escriben con ocasión del encuentro y de la ayuda, van derivando en cartas de amistad y amor que complementan frecuentes llamadas telefónicas.

Los gozosos amores de Virginia Boinder y Pablo Céspedes, vigésimo sexto de los libros publicados por Pedro Seyylla de Juana, cuenta las biografías de Virginia y Pablo, pobladas, en cierto modo, de personajes arquetípicos. Además, es un ensayo sobre el amor, el placer, el matrimonio, la pareja, la sociedad y la vida necesitada de amor. Teoría y práctica engarzadas, superación, igualdad de trato y admiración mutua, dentro de la crónica de los mensajes electrónicos intercambiados.

Profesor, padre, amigo y amante, Pablo encuentra en Virginia una mujer apasionada que, amando al marido, se entrega a él en cuerpo y alma. La pasión se desborda, y viven en perfecta simbiosis una historia vital, vigorosa y trascendente, cortada de manera abrupta. Según se dice en el prólogo, “El lector debe ir más allá de los juicios morales y de las convecciones sociales, para penetrar en los arcanos de la pasión, del deseo, de la entrega, de la seducción y del amor. El amor, de todos los mitos el más bello, y de todas las realidades la más cierta”.

Prólogo

Oír sirenas La mirada crítica de Renata Bomfim.

Los versos del poema *Ouvir estrelas*, de Olavo Bilac, vate brasileño, hechizan a los lectores. La obra de Pedro Seyylla está hecha de esas materias: belleza y asombro; pero sólo el lector más despierto podrá escuchar el hondo canto que viene de las profundidades del texto, y oír a las

sirenas. Esta novela consecuente perturba la posición del sujeto contemporáneo, vaciado de las verdades absolutas, siempre en búsqueda y en vía; Ulises tras la única verdad capaz de salvarlo, el Amor: de todos los mitos el más bello, y de todas las realidades la más cierta.

Virginia y Pablo, los afortunados protagonistas, viven vertiginosamente una historia de amor furtivo que es ejemplo de simbiosis vital: *En cada rincón de nuestro hogar, en cada momento somos capaces de crear un ambiente de sosiego, de armonía, de amor... de esos que siempre hemos buscado y alguna vez nos ha parecido encontrar. Trato de ser didáctico contigo para que me entiendas, trato de aprender de ti para entenderte. La voluntad de entendimiento nos une.*

Pedro Sevylla de Juana escribió una novela sensual, pero también una crónica y un ensayo que rocían de cariño, poesía y belleza las dificultades de la vida diaria. La relación de pareja aquí tratada, se revela real, aunque sea virtual; y muestra el gran poder abrasivo de la palabra: *Abí destaca el efecto de la palabra enamorada, el brillo del deseo que impregna la palabra. El efecto supera la realidad, porque la imaginación multiplica, potenciando, el alcance y la eficacia.*

Penetrar en la intimidad de los amantes, sondear sus sueños y fantasías, conocer las flaquezas y facultades, es recibir una lección sobre la autenticidad del amor, *ese não querer mais que bem querer*, cantado por Camões.

¡*No sabes cuánto ansío la llegada del futuro!* Esta frase, dicha por Virginia a Pablo al inicio de su correspondencia, resume la actitud humana más extendida en nuestra época. La espera, cuando no esperanza, de un tiempo que consolidará lo conseguido o traerá algo mejor. El futuro se ha idealizado de tal modo que para muchas personas se ha convertido en motor existencial.

Pablo responde al instante: *No; el futuro no existe. Conocer la inexistencia del futuro me ha aligerado de nihilismo cargándome de fuerza.* Hay una minoría social que comparte la visión de Pablo. Todo hay que hacerlo ahora, y tenemos que hacerlo nosotros. Nada lograremos mañana si no lo hemos propiciado hoy. Esta visión, claramente icono-

clasta, es un motor existencial más eficaz que el otro y, sin pretenderlo, facilita la llegada del futuro que muchos esperan.

Pablo es el antiguo profesor y el actual maestro, persona que ha vivido y viviendo aprendió sobre las relaciones personales. Y explica a Virginia que el amor y la amistad son una misma cosa: *Socialmente hablando, amor es el afecto cerrado y exclusivo; y amistad el afecto sin márgenes, el que se puede y se debe compartir. Error claro, existen las personas, y las relaciones afectivas son personales. Es cultural el prejuicio y la división por sexos. Está permitido amarse a las parejas formadas por macho y hembra. Entre machos o entre hembras sólo es posible la amistad. Y todo por separar el amor del sexo. Y todo porque el sexo, salvo en circunstancias muy concretas, fue considerado pecaminoso.*

Para Virginia, Pablo, además de manantial de placer, es el oído amoroso, el apoyo que ella necesita, el guía certero, un puerto en el dilatado océano de la soledad:

Ahora tengo un ratito de libertad, Marc y los niños ante el televisor. Me gustaría estar contigo escuchando tus cosas del día, contándote mis cosillas en el sofá, amándonos luego y durmiendo abrazados hasta la madrugada.

Concretar la identidad personal del otro es una constante humana en todos los tiempos, entre ellos también ocurre: *Preguntas quién soy, mi querida niña: yo soy lo que tú creas que soy. Seré quien quieras que sea.*

Gran intuición, vitalidad desbordante, amante de la libertad, la belleza y el placer: nada humano me es ajeno.

Tú eres la continuidad de mis días, el devenir incierto. Eres mi musa y mi paradigma, mi colibrí, mi Edelweiss, mi corza alígera, mi dulce pájaro de juventud. Sin ti, mi primavera perpetua, los días son grises y fríos.

El lector debe ir más allá de los juicios morales, y de las convenciones sociales, para penetrar en los arcanos de la pasión, del deseo, de la seducción y del amor: laberinto del que nadie sale como entró. Pablo pertenece a ese pequeño grupo de personas que desciende al ardiente crisol de la felicidad, para recoger la parte que en derecho le corres-

ponde. Virginia es Penélope para Pablo, y la sirena que dirigía el coro, cuando, atado al palo mayor de su barco, escuchó su canto irresistible.

La pasión en la novela llega apremiante, es el *hic et nunc*, el aquí y ahora del deseo de amar. Algo así reflejan estas líneas:

Música de fondo tuya y mía, cánticos, el tiempo nocturno, el rumor del mar, nuestros latidos, nuestras manos y la entrega emocionada. Rozo la palma de mi mano con la tuya y el sentimiento florece luminoso. Me entrego en el mejor de los besos, el más fresco y el más intenso.

La búsqueda de la libertad amorosa llevó a la pareja virtual a crear un mundo singular: *Debo decirte que nuestra casa tiene una particularidad: se puede trasladar de un lugar a otro. Y una limitación que no resta: estará siempre al borde del mar. El paseo llega desde la portada a la arena de la playa o a las rocas de los acantilados: enfatiza Pablo, y Virginia confirma: Nuestra casa es amplia y luminosa por fuera, y por dentro sorprendente, inesperada. Estoy muy contenta, tanto que gritaría Tu nombre a los vientos para que lo llevaran allá donde lleguen.* Unión tan fértil que llega a generar una hija virtual: Aurora Céspedes Boinder.

Virginia Libre, residencia virtual de la pareja, es una isla en el mar de los conflictos humanos, un oasis en el desierto de las dificultades cotidianas: *un terreno de libertad, donde cada uno puede expresarse, no solo como es, sino como desea ser: expresa Virginia. En casa hay estímulos. Alegría de vivir, optimismo, solidaridad, arte, música, literatura, pensamiento, amor y erotismo. Toma un poco de cada cosa; es el equilibrio el que proporciona la felicidad: Dice Pablo.*

En este espacio tan privilegiado: *palpita un sentimiento común de admiración, respeto, deseo, estima, amor, amistad, atracción y vértigo.*

Y ellos se saben esposos eternos: *de una eternidad que ha de durar mientras el amor y el deseo duren. Son desemejantes y lo aceptan: Mi campo de investigación es amplísimo, el cosmos en toda su magnitud. El tuyo se centra en lo doméstico, en el entorno cercano. Abarcas menos, sí, conforme; pero lo percibes con una precisión mucho mayor. Luego, extrapolando y generalizando, llegas adonde yo llego.*

Presentan personalidades disociadas: *Se me duerme el padre y despierta el macho, el amante. Te pones asertiva y sale el maestro a enseñarte. Soy todos porque tú eres todas. Eres todas porque yo soy todos.*

Pablo ama a su esposa Amanda, la entrañable Maga: *heredera de indígenas tupiniquim brasileños y continuidad de la vida; es animal, vegetal y mineral; es fuego y es aire. Es la naturaleza, lo palpable y lo etéreo.*

Virginia ama a Marc, su esposo, desde la época universitaria: *me gusta... y más que gustarme me atrae de una forma visceral. Es un imán para mí.*

La amistad de Amanda con Mona Baccio revela la fuerza de la historia, capaz de unificar amor y amistad en un único sentimiento.

Pablo y Virginia encuentran en el otro el estímulo amoroso, el deseo fuerte y la acogida sexual que no encuentran en el matrimonio, y en su entorno configuran una nueva realidad física e intelectual: *El placer debe ser el estribo, nunca el caballo. Me gustaría estar contigo en la cama, abrazados, escuchando tu voz mimosa, que alcanza así la verdadera profundidad. Hay literatura en lo que escribimos; y eso puede engañarnos. Los poetas somos el centro del cosmos, y desde ahí lo vemos todo, y lo explicamos. En mi caso, además, la novela me tiene rastreando como investigador, analizando como psicólogo, trabajando al pie de los hechos como sociólogo, y hurgando en el pasado como arqueólogo.*

En el juego amoroso, el ser humano utiliza múltiples máscaras y, más que ocultar, revela su posición precaria, marcado por la finitud, ser que no posee atributos divinos, y que para alcanzar el infinito necesita el concurso de otro ser:

Anoche, en mi soledad habitual, me abrazaste y mimaste; besaste mi cuello y mi pelo y, después de gozar, me dormí en tus brazos.

Pedro Sevylla nos da a conocer cosmos que sólo los poetas son capaces de crear y organizar, mundos multidimensionales, en los que la flaqueza humana se transforma en energía, y los valores de amistad y generosidad superan a las mezquindades de la convivencia diaria:

Se trata del exoplaneta Gliese 581g, el más acogedor del Universo. A él iremos. En él se vive eternamente y la felicidad es el estado natural

de las personas. No hay fábricas, hay artesanos. No hay tecnología, hay manualidades. Su cielo es atmósfera de aire limpio y nubecillas formadas por minúsculas gotitas de maná. El aire las lleva en suspensión y alimentan a personas, animales y plantas.

Hay una frase de Pablo a Virginia, que cualquier mujer quisiera oír salida de la boca del hombre, sea padre, amigo, marido o amante: *Mi niña, lleva el timón de tu vida, que yo remaré mientras quieras.* Remo y timón son herramientas de ambos, lo saben, pero en la actitud de donación está la clave de la relación de pareja.

El autor no es un simple elemento del discurso; desempeña, además, un importante lugar expresivo en la obra: *nos convida a embarcar en el vuelo de seu veleiro de papel para ouvir, ver e apalpar as estrelas.*

Dentro de Virginia Libre, los protagonistas viven, en plenitud, su pasión como una vertiginosa carrera de obstáculos que los hace sentirse vivos, activos, dinámicos y esforzados, unidos físicamente siguiendo el impulso de la imaginación.

Al lector, explorador inteligente y arriesgado, puedo decirle que en esta novela encontrará, además de los explicados, otros muchos elementos de gran interés para el camino sinuoso de la vida.

Professora Doutora Renata Bomfim

Es profesora universitaria, maestra y doctora en Literatura Comparada,. Es miembro del Instituto Histórico y Geográfico de Espírito Santo (IHGES) y Presidenta de la Academia Feminina Espírito Santense de Letras (AFESL). Autora y promotora desde 2007 de la Revista Literaria letrafel.com Publicó los libros: *Mina* (2010), *Arcano dezenove* (2012), *Colóquio das árvores* (2015) y *O Coração da Medusa* (2021) bilingüe en português y castellano. Activista cultural y ambientalista, es Gestora y propietaria de la Reserva Natural Reluz, donde preserva la flora y la fauna de la Mata Atlántica, siendo, también, Directora Técnica de la Asociación Capixaba de Propietarios de Reservas Particulares del Patrimonio Natural (ACPN).

El Destino y la señorita Salus

Pedro Sevylla de Juana 2019

Editorial Caligrama, Penguin Random House 312 páginas

Cita:

«Quiero dar a conocer los prodigios que se observaron en el cielo tres días antes de los idus de octubre. Si alguien me preguntara la fuente en que bebí la noticia de aquellos hechos, la intuición, responderé, ayudó al pensamiento; la memoria lo trajo a colación para entregárselo a la capacidad narrativa».

Pedro Sevylla de Juana

Dedicatoria:

A mis padres,

que en la niñez me llevaron de la mano adonde yo quise ir.

ISBN: 9788417915537 /

ISBN eBook: 9788417915919

Contraportada:

Vigésimo séptimo de los libros publicados por Pedro Sevylla de Juana, *El destino y la señorita Salus* es la redacción definitiva de la obra galardonada con el Premio Internacional Vargas Llosa de novela.

Los creyentes no ven contradicción entre el examen de conciencia que la anciana señorita Salus va haciendo a intervalos, muy crítico con su propia conducta, y el convencimiento de salvación eterna. Ya que, arrepentida de todo corazón en los últimos instantes, será perdonada como cualquier cristiano. Sabe que es una mujer normal, pero cree ser elegida para repetir la pasión de Cristo, resurrección añadida, porque eso es lo que promete el Maestro para quien lo ame y decida seguirlo.

Los incrédulos piensan que las lecturas de los textos sagrados —San Agustín, San Francisco de Sales, las Epístolas, los Salmos y los Evangelios— iniciadas y repetidas por Salus con una complacencia semejante a la hallada por Don Quijote en los libros de caballería, producen en ella un efecto de confusión parejo. Y se preguntan: ¿hasta qué extremo puede llevar la lectura literal de los textos sagrados a una persona carente de reflexión y afianzada por entero en la fe?

Queda el lector, conocedor de todos los hechos e intenciones de la protagonista, la facultad de juzgarla.

Prólogo

Vida muerte y resurrección

Por Cesáreo Gutiérrez Cortés

La novela

Escribió Séneca: «Erramos pensando en la muerte como obstáculo. No tenemos en cuenta que la muerte es el definitivo puerto de arribada. Morir más pronto o más tarde carece de importancia. Lo único que de verdad interesa, es morir bien». Y ese bien no es otro que el deseado por cada uno. A este pensamiento me atengo desde que el final de mis días aparece diluido en el horizonte cercano.

El Destino y la señorita Salus, tomado como libro único, me plantea diversas incógnitas de las que quisiera abordar alguna. En primer lugar, la consideración como libro religioso de la novela protagonizada por una mujer piadosa. ¿Es este un libro religioso, *stricto sensu*? Trata en profundidad aspectos cardinales de la religión y, en ese sentido, es un libro religioso.

Sin embargo, no es un análisis crítico cuyo objeto sea la religión en sí misma. Al menos, no lo es del todo. Entiendo que el estudio global sobre el fenómeno religioso, causa y consecuencia de las civilizaciones que se sucedieron, por inabarcable no se ha escrito ni se escribirá nunca; ya que sería la historia completa de la humanidad.

Partiendo del concepto religioso tal como lo entendemos, siguiendo por la persona y su necesidad de guía y trascendencia en cada sociedad, avanzando por las religiones nacidas y extendidas a través de los tiempos en las grandes aglomeraciones humanas, el trabajo llegaría al estudio de las coincidencias y divergencias de las religiones monoteístas, mayoritarias en la actualidad. Desde ahí, trataría de conocer en qué medida satisface cada una de ellas la necesidad religiosa, poca o mucha, de las personas. Seguiría por la función social desarrollada tanto en lo concerniente al grueso de las poblaciones como a sus dirigentes, teniendo en cuenta que todo ello podría estar integrado en una fórmula matemática, quizá la ecuación de la relatividad general para el movimiento del universo. Demasiado, pues, el todo; vayamos a las partes.

Aunque hemos de reconocer que, si recopiláramos todos los escritos donde, parcialmente, se ha desarrollado la cuestión, encontraríamos multitud de lagunas o desiertos. Y, en ese sentido, *El Destino y la señorita Salus* disminuye el tamaño de lo ignorado, al menos en una bocanada de agua o en un puñado de arena. Veo en ella una novela original y provocativa que analiza hasta el mínimo detalle los pensamientos y los actos de una mujer singular, dándonos a conocer el efecto de la religión en una persona como muchas otras.

La segunda de las incógnitas que me plantea el libro es la razón del autor, poco o nada practicante por lo que sé, para escribir un argumento de estas características concretas. Parto de una base sólida. Sé que, por su formación y educación, Pedro Sevylla de Juana posee sustento religioso suficiente, tanto en la parte teórica como en la práctica. Interno en un colegio religioso dirigido por una congregación de frailes de origen francés, pasó en el internado siete años de su vida.

No fue un periodo de tantos, pues ocurrió de los nueve a los diecisiete años: niñez, adolescencia y primera juventud. Y no se trataba de una época cualquiera, pues sucedió de 1955 a 1962, lapso que, en el país, fue el tiempo de una dictadura; una autocracia —raíz, tallo y ramas— dotada de fortaleza. Tiempo de dirigismo global, cuyo efecto se incrementa progresivamente desde la cúpula de partida hasta llegar

al pie. Es ahí, en el tramo inferior, espacio y tiempo propicios, donde actúa con mayor exigencia.

Encaminar la educación de la infancia y de la adolescencia representa, además de dominar el presente, asegurar el dominio del futuro. En aquel transcurso, la diferencia entre la educación de un colegio de frailes y la de un seminario sacerdotal era de extensión exclusivamente, no de intensidad. Tentación, pecado y castigo tenían en ambos la misma consideración. La dirección espiritual alcanzaba los más estrechos rincones de la intimidad: Dios lo ve todo, de día y de noche, en cualquier espacio. Y conoce, incluso, nuestros más ocultos pensamientos. Los frailes también contaban con una red de acusas envidiosos y confidentes premiados. A los diecisiete años, menor de edad, por tanto, llegó Pedro Sevylla de Juana a Madrid para seguir su formación. Fueron solamente unas horas de tren, un tiempo que no se le hizo pesado ni aburrido.

Con la nariz pegada al cristal estuvo esas horas viendo pasar, pueblo tras pueblo, los pequeños núcleos de población y las tierras de labor de cultivos cambiantes. Todo ello bajo un cielo azul que perdía intensidad al cubrir las montañas. Fueron unas horas bañadas de incertidumbre porque intuía que su vida iba a dar un vuelco vital. Al despedirse de sus padres y quedarse solo en la gran urbe, mientras descubría lo nuevo subido a lomos de lo viejo, comprendió que su vida estaba siendo ya muy diferente; todo lo diferente que él estaba dispuesto a admitir y soportar.

Asfalto y edificios salpicados de árboles y arbustos cautivos y un enorme trajín de vehículos y personas circulando en forma de caos ordenado: eso vio en la primera mirada. Cruzó de un salto la valla existente entre los estudios de ciencias y los de letras y, además del latín que ya conocía, penetró en el griego y, como consecuencia, en los autores clásicos y en la filosofía.

Poco después, a los dieciocho años, comienza a trabajar en el Centro de Proceso de Datos del Ministerio de Hacienda, con sede en la calle Montalbán, junto al Parque de El Retiro. Lo que le lleva por proximidad a alojarse en una pensión de la calle del Prado, situada frente al número 21.

En ese número y en esa calle concreta abre sus puertas el Ateneo científico, literario y artístico. La institución, de carácter privado, fue fundada en 1835 por personalidades imbuidas del más puro espíritu romántico liberal. Teniendo a Larra como primer socio y a Azaña como prototipo de ateneísta, del Ateneo saldrían hasta dieciséis presidentes de Gobierno. En su biblioteca, una de las mejores dotadas de España, Pedro Sevylla pasa algunas horas de lectura casi a diario.

Como vemos, del pueblo de nacimiento, pasando por la pequeña capital de provincia, llega a la aglomeración ingente de la capital del país. Experiencia y aprendizaje logrados en un recorrido que, en cierto modo, recuerda al de la señorita Salus.

Por otro lado, inició mi amigo la escritura de esta obra al llegar a los cincuenta años, cuando ya contaba con once libros publicados, aspecto que suma o potencia. De modo que, para cerrar mi incógnita, concluyo: pudo escribir la novela, quiso hacerlo y lo hizo. Aunque es necesario añadir que ese «lo hizo» tardó veinte años en completarse.

Si la evolución es desarrollo y el desarrollo completa proyectos, *El Destino y la señorita Salus* alcanza el culmen de la novela que, con el título de *El dulce calvario de la señorita Salus*, proporcionó a Pedro Sevylla de Juana durante el año 2000 el Premio Internacional Vargas Llosa de novela. Es de destacar que fueron trescientos sesenta y ocho originales, de muy diversos países, los que optaban al preciado galardón. El jurado anunció que el premio fue concedido por unanimidad de sus miembros.

Publicadas por la prensa, guardo las fotos hechas en la entrega de la distinción, efectuada en la sede de la propia promotora, la Universidad de Murcia. En ellas, Mario Vargas Llosa, quien aún no es premio Nobel, tiende el reconocimiento documental y un ejemplar del libro con la tinta ya seca a mi amigo Pedro, el autor. También aparece Vargas Llosa aplaudiendo al premiado junto a las autoridades académicas y al patrocinador económico.

Muy próxima, en el quiosco de ese mismo día podía leerse la noticia de la renuncia de Álvaro Vargas Llosa como asesor de la campaña de

Alejandro Toledo, candidato en las elecciones generales de Perú de 2001. En los actos posteriores a la entrega pudo verse a Mario Vargas Llosa muy afectado. Álvaro aseguró haber perdido por primera vez el apoyo de su padre, quien, habiendo sido candidato a presidente en las generales de 1990, de las que salió derrotado, decidió seguir apoyando en esos días a Alejandro Toledo, triunfador dos meses después.

En sus inicios, trataba la novela de una historia completa si nos atenemos al proceso natural de las personas: un siglo entero de peripecia vital por la España cambiante. Aunque, recibiendo más aportaciones argumentales y poniendo el énfasis en la vida de sacrificio, titulada *La pasión de la señorita Salus*, en 2010 volvió a publicarse. Se editó de nuevo dos años después con el énfasis de la escritura puesto en la muerte, esa perra rabiosa que muerde a los débiles. El título de entonces fue *Pasión y muerte de la señorita Salus*. Tras la muerte, poco más podría añadirse. Frase que sería cierta si la señorita Salus no fuera quien fue, pues, en ella, la resurrección y la subida a los cielos superaban a la muerte y la vencían, dando fin al proceso de pasión religiosa iniciada a imitación del Maestro.

Veinte años de trabajo intermitente han dado, en opinión del autor, la contundencia, la belleza y la enseñanza que ahora se encuentran en la obra.

Pensé, al leerla por primera vez, que Pedro Sevylla de Juana había creado el arquetipo de mujer piadosa. Y pensé algo más, pues la persona desarrollada en la novela, a fuerza de leer libros religiosos parecía haber acabado con la sesera un tanto reblandecida.

Recordemos que eso es lo que ocurrió a don Quijote con los libros de caballería. Pero no, no era así. Si bien se trataba de un arquetipo, no era una simple recreación gráfica o literaria. Se trataba de una mujer de carne y hueso. Sí, de una anciana a quien el lector toma cariño al verla caminar despacio, respirando de manera forzada y con el gesto fruncido en las cuestas, sonriente en el cómodo camino de regreso. Pálpito y emoción, volitiva hasta más no poder, su voluntad remaba a favor y remaba en contra de la corriente. Satisfacción y desasosiego por igual aprovechables: una, en lo inmediato; el otro, en lo lejano.

Acababa el siglo XX y comenzaba el XXI en los días de la publicación. Saudade, nostalgia, añoranza de su persona y de la conversación sin bordes ni techo; hice lo imposible por ver a Pedro, tratando de conciliar mis viajes con su lugar de estancia temporal. Fue en Barcelona donde nos encontramos. Mi guía, él, en una ciudad que conoce, vive y ama. En ese mismo espacio debía yo indagar sobre Gaudí para una serie de artículos que vieron la luz en revistas internacionales destinadas a viajeros.

El argumento esencial y primitivo de la novela llegó al autor desde la realidad cercana: calles frecuentadas de una misma ciudad, configurando la mujer a una señora verdadera, en cuyo interior vio a Salus como Miguel Ángel vio la Pietá dentro del bloque de mármol. No sé si fue una labor de escultor la que realizó Pedro Sevylla quitando trozos sobrantes cada vez más pequeños, pero, si sucedió así, su labor escultórica continuó una vez publicada la andadura vital con la que este libro acaba.

Aquí está, por tanto, la señorita Salus, pulcra y definitivamente esculpida. Y aquí está, lector, el proceso que el tiempo llevó a cabo en la mente del escritor en su viaje tras las sucesivas reencarnaciones de la protagonista. Al fin dio con la Salus que sufre en sus carnes, en sus intenciones y deseos la pasión, la muerte y la resurrección, a imitación de Cristo; y la subida a los cielos, a imitación de la Madre.

Proceso que entendió prometido en los libros, en las enseñanzas maternas y en los testimonios de los grandes maestros y profetas.

Esta redacción última y definitiva, titulada *El Destino y la señorita Salus*, expande, en cierto modo, el sentido de la novela, llevándolo a extremos poco habituales por extraordinarios. Ciertamente, al principio, la señorita Salus se muestra beligerante con las incongruencias de la religión. No obstante, a medida que van pasando las horas de meditación en la soledad de la bañera, se percibe en ella un paulatino intento de suavizar el modo de ver los desacuerdos. Cada día supera la supuesta contradicción existente entre el examen de conciencia que va haciendo a intervalos, muy crítico con su propia conducta, y la esperanza de salvación que lleva al goce de la vida eterna.

Sabe que es una mujer como las otras en cuanto a las caídas confesadas, pero se esfuerza día tras día por mejorar su conducta, incluso su forma de ser. Las lecturas de los textos sagrados, principalmente: san Agustín, san Francisco de Sales, las epístolas, los salmos y los evangelios que inicia y repite Salus con una satisfacción parecida a la hallada por los místicos, producen en ella un efecto desigual.

Sin embargo, su postura ante la pasión y la muerte de Cristo está avalada por las lecturas, pudiendo hacerse común a todos los cristianos, católicos o no. Extensión que no resta un ápice a su particular circunstancia.

Existe un tramo final dedicado a la resurrección y la ascensión a los cielos que no corresponde ya a la meditación de la anciana porque ha muerto, pero sí a su intención. Lo escribe el nieto de la amiga Agripina basándose en la trayectoria de Salus y en las expresiones que él mismo la oyó pronunciar, unidas a las encontradas en las cartas que su abuela fue recibiendo a lo largo del tiempo de separación. Haciéndose eco, además, de lo que Cristo expresa en los evangelios acerca de la resurrección de todos los que crean en Él.

Hay una diferencia que no es poca cosa: ella sube al cielo por ascensión y son los ángeles quienes la elevan, lo mismo que a la Virgen María; Jesucristo, según sabemos, subió por sus propios medios. Es la llamada ascensión.

La señorita Salus se hace piadosa por influjo de su madre, apoyándose a diario en el ejemplo materno. Lee los textos sagrados persiguiendo al mismo tiempo la conversión del padre. Es la figura paterna, la de un descreído que conduce a la familia como a una tropa militar o a un rebaño de ovejas: reparte humillaciones, sopapos u otros castigos si lo considera necesario.

La hermana mayor pretende ser la encarnación del mal. Incluso llega a presumir de prender la mecha en la casa de los abuelos cuando, en el incendio que la alcanza, muere la envidiada hermana pequeña. El recorrido completo de los recuerdos, desde el nacimiento en el área campesina hasta la muerte, muy mayor, en Madrid, pasando en esa ciudad la guerra, dura casi un siglo.

Personajes hechos a vivir a mordiscos, que no intervienen más que en la demanda ante el juzgado, ladrones de la voluntad y del patrimonio de sus hermanas, son los que fuerzan el carácter de Salus hasta el rencor extremo, excepción residual de su permanente enmienda. Esta sería mi apreciación comparativa. Hay más referencias a los textos sagrados en la nueva versión, además de la añadidura de los capítulos finales y las modificaciones del lenguaje en todo el texto.

La idea principal que engloba el argumento y la peripecia desarrollada recoge la realidad del pasado, del presente y las expectativas de progreso. También la forma de concebir lo venidero, partiendo de un pasado que va mejorando el presente para alargarlo hasta coincidir con la eternidad.

El Destino y la señorita Salus es una carretera bien afirmada: piedra y arcilla mezcladas y compactadas, donde cada página tiene su justificación. Causa y consecuencia forman unidad, siendo, con reiteración, intercambiables.

Al leer la novela, los creyentes no hallarán contrasentido entre el recuento que de la naturaleza de sus actos hace la señorita Salus, y el convencimiento adquirido de salvación eterna.

Y ello es así porque, arrepentida de todo corazón en los últimos instantes, será perdonada como cualquiera de los fieles. Está convencida de ser una persona como muchas otras, pero cree haber sido designada para repetir la pasión de Cristo, resurrección añadida, porque eso es lo que asegura el Maestro a todos los que le amen y sigan. Algo tan sencillo o dificultoso como lo que ella intenta cada día.

Los lectores, incrédulos, pensarán que las lecturas de los textos sagrados, iniciadas y repetidas por Salus con una complacencia semejante a la hallada por don Quijote en los libros de caballería, producen en ella un efecto de confusión parejo, por lo que se preguntarán: «¿Hasta qué extremos puede llevar la lectura literal de los textos sagrados a una persona carente de reflexión y afianzada por entero en la fe?». Hay, pues, en el libro, materia de interés para cualquier lector, sea cual sea su manera de pensar.

Decimotercer concepto

24 Cuentos pluscuamperfectos

Pedro Sevylla de Juana 2020

Caligrama Penguin Randon House 354 páginas

Cita

Todo tiende al orden, todo tiende al caos;

y el leve peso de un grano de trigo,

lleva la indecisa balanza

al súbito desequilibrio.

IMAGO UNIVERSI MEI

Dedicatoria:

—A Ana María, compañera de clase en el verano de los catorce años

—A Cordero, un gato que quiso aprender de mi cuando ya aprendía de él

—A Amanda Meira, personaje de *Los gozosos amores de Virginia Boinder y Pablo Céspedes*

—A los lectores ibéricos e iberoamericanos

ISBN: 9788418152023

ISBN eBOOK: 9788418152566

Dos cuentos de los 24 que componen el libro

H.— *Amanecer en seis momentos*

1— Hic et nunc, llegan en vuelo especial desde los Estados Unidos, casi un centenar de personas bulliciosas. El aeropuerto de Vigo los recibe hoy, doce de abril, tras una breve estancia en la capital del reino. Se acercan en autocares a Baiona, a la bahía, al monte Boi, al Parador de Turismo. Son vendedores de frutas y verduras de la Baio Supermarkets Chain, organización que salpica de tiendas el país de una costa a la otra y desde Canadá hasta México. Un emigrante natural de Galicia, Pepiño, patrono de cincuenta mil personas, es el artífice de tamaña empresa; obra de un tercio de siglo de trabajo y economías. Jóvenes, simpáticos, alegres, sencillos y bulliciosos, los recién llegados se muestran despreocupados y optimistas; cinco o seis de ellos, mayores que el resto, por mimetismo, por comodidad o porque así lo sienten, se suman al disfrute del momento sin reservas. Ganaron cada uno en su Estado la promoción anual de venta de patatas gallegas, los célebres cachelos, vigente en toda la Federación. Si su número supera al que cabría esperar de lo dicho, se debe a que los Estados mejor surtidos de establecimientos aportan dos o más vencedores.

Relajan de este modo la tensión alcanzada en el desarrollo de la tarea. Han pasado trescientos sesenta y cinco días persiguiendo objetivos escurridizos. Semanales primero, mensuales y trimestrales después; ilusión trasladada de uno a otro que se convierte en anual por simple acumulación. Europa y el país pórtico, origen del producto extranjero cuyo consumo estimulan, ejercen un poderoso atractivo para ellos, que han sido informados de los tópicos más extendidos por carteles fijados a las paredes de la sala de descanso, por folletos turísticos compañeros de todas las comunicaciones interiores y por la palabra de los jefes de tienda hasta el momento mismo de su partida. Desea el presidente, Mister Baio, don José Baio Ferreiro, que conozcan la tierra galaica de un extremo al otro antes de visitar las grandes capitales.

Por razones entendidas en cuanto se descubren la natural maravilla del sitio y la magnífica obra humana, fue elegido como marco para celebrar la convención el Parador de la localidad pontevedresa de Baiona. A mitad de trecho entre pazo señorial y castillo palaciego, mezcla bien conciliada de ambos, el conjunto hostelero se alza allí donde la tierra celta pasa a ser agua atlántica, a dos zancadas del Club de Yates y de media docena de playas.

Su director, César Álvarez, de cincuenta y seis años, alto, distinguido, un hombre del terreno conocedor de la comunidad gallega, no cabe en sí de satisfacción. Propicia tal estado de ánimo, a más del negocio en ciernes, la llamada personal, hecha desde su cuartel general en Chicago por Pepiño, compañero de escuela y juegos infantiles. No es que tenga en poco la promesa de beneficios que representa una semana de estancia de tan nutrido grupo, en temporada baja para mayor ayuda; no, no es eso; sucede que valora las relaciones personales muy alto, y su amigo, ejemplo y referencia de todos los emigrantes, es una personalidad entrañable. Ligado a la casa, asistió a la inauguración del parador en el sesenta y siete y ayuda a Baiona en cuanta obra pública se concibe, ya sea el ajardinado de una plaza, la restauración de la iglesia o la dotación a la biblioteca de muebles, aparatos y libros.

Pide Pepiño a Cesar que no haya carencias para sus empleados, y que se atenga en todo a lo dicho por Gladis, la persona de su total confianza que dirige el grupo. Un solo problema enturbia y disminuye su entera complacencia: la cuestión, nada baladí, del “vespertino amanecer”. La guía, portavoz y traductora, es una huérfana de emigrantes mexicanos germinada en la tierra prometida. Arrogante hasta un milímetro antes de la insolencia, ella, en un español artificial prendido con alfileres, le pide, a manera de orden la visión de un “fascinante amanecer” para la tarde del último día, minutos antes de marcharse, broche de oro de la Convención. Nota Álvarez el imposible, claro que lo nota, pero lo piensa capricho de adinerados. Por otra parte, ¿quién cuestiona las palabras de mujer tan imperativa?, ¿quién las pone en duda o pide explicaciones añadidas? Nadie en su sano juicio lo intentaría.

2— Podía haber sido virada a sepia, pero no; la fotografía que cuelga de la pared en el vestíbulo es simple y llanamente antigua. Debió de ser tomada al poco de la inauguración, principios de siglo acaso, pues aparecen guirnaldas de flores enmarcando la puerta y de las balconadas cuelga ramaje dispuesto con gusto. El fotógrafo estampó su nombre en la parte inferior izquierda, subido al domicilio del estudio, una calle popular de Vigo. No se aprecia la fecha por más que los ojos busquen, o nunca estuvo o, impresa con tinta fugaz, terminó por borrarse.

Poco ha cambiado, sin embargo. Quizá el entorno inmediato, un suelo de tierra después asfaltado y el trazado irregular de las aceras, ahora rectas y embaldosadas con azulejos en forma de rombo. El edificio permanece como en los primeros tiempos. Dada su ubicación, en una ciudad pequeña donde escasean las grandes construcciones, su tamaño relativo es considerable. Forma una manzana completa, salvo lo que resta el mínimo espacio que, en la fachada posterior, ocupa la tiendecita de golosinas. No es más que una excrecencia adherida como un hongo al tronco de un chopo, pero congrega allí a la bulliciosa chiquillería del colegio cercano en las numerosas horas de asueto. Intentos de compra hubo ante la viejita que despacha, propietaria única carente de familiares, pero infructuosos, dado su carácter independiente.

El caserón se alza pétreo, recortando su silueta gris granito sobre el fondo diluido del cielo turbido. El interior semeja un teatro por la disposición de sus salas repletas de estanterías. Forman ellas palcos alrededor del centro diáfano, meollo convertido en patio de operaciones iluminado por una claraboya que, diez o doce metros arriba, es el cielo cambiante. Abunda en esa apariencia de escenario el entarimado de roble, poco frecuente en este tipo de negocios; jamás renovado a pesar de que el barniz perdió su brillo y consistencia.

El espacio recibe los cachivaches más dispares que un coleccionista activo puede reunir en su prolongada existencia. Sorprendentes hallados uno a uno: máscaras rituales de tribus indígenas de Kenia y Canadá, un arpón desprendido del acerico viviente que era la ballena Moby Dick, la flauta de Hamelin, la Espada que el padre de Bernardo

del Carpio insertó en la piedra del castillo de Valdepero, un cedazo utilizado por los buscadores de oro en los Urales, el yelmo de don Quijote, dos cabezas de hombre y una de mujer reducidas por los jibaros ecuatorianos: impresionantes hasta el sobrecogimiento descubriéndolos reunidos.

A decir verdad, el ambiente propicia cualquier hallazgo; como el del atormentado capitán Ahab arrastrando la pata de marfil y sus obsesiones por la cubierta; Bernardo del Carpio procurando el matrimonio de sus padres o la labradora Aldonza mudada en Dulcinea.

El mostrador, gruesas tablas de haya descansando sobre puntales de roble, vasto cajón, sarcófago de gigante, constituye el soporte adecuado a tales mercaderías. Trabajado con esmero, se libra de una apariencia rígida gracias a ciertas figuras que, talladas en su frente, le convierten en sugerente pieza artística.

Ordena ese mundo variopinto, ayudado por la lógica, el jefe del almacén: un individuo satisfecho de sí mismo a poco que sus ojos digan verdad. Celebró complacido en fechas recientes su quincuagésimo cumpleaños y puesto a recibir al destino con alfombra de seda, incluso la moderada calvicie aporta, a su entender, madurez y gravedad al rostro, seguridad y experiencia a los gestos. Protegido por un guardapolvo grisáceo, de él hace uniforme de trabajo llevándolo con orgullo, como si se tratara del traje de gala del general o de la toga que inviste de autoridad al juez. Conoce con exactitud el lugar destinado a cada objeto y el objeto destinado a cada lugar; flexible mapa que su mente dibuja a partir de una realidad configurada a imitación de lo ideado. Catalizador él mismo, organiza el caos y lo hace congruente ayudado de su sola presencia. Más esfuerzo le cuesta conseguir que los dos aprendices entreguen sin tardanza los objetos solicitados por los clientes al encargado del mostrador.

Quien gobierna la sección de entregas es otro varón más joven. Viste pantalón claro y chaqueta oscura, grises ambos. Sabe escuchar a los clientes, atendiéndolos sin interrumpir sus pedidos o reclamaciones. Hace gala de una dilatada mano izquierda que suple las carencias de la

casa y suaviza los inconvenientes surgidos. Conoce bien el producto, todos los objetos y sus aplicaciones, estando facultado para aconsejar un útil existente en sustitución de otro no disponible. Cuando se trata de métodos o de resultados es considerado un experto y los compradores piden su consejo o buscan su aprobación.

En lo alto, segundo anfiteatro, junto a la escalera, una luz tenue revela alguna presencia en actividad. Es el despacho, oficina contable, observatorio y faro del Gerente; caballero de edad incierta que, inclinado sobre la mesa de trabajo, muestra un pelo gris en clara evolución hacia el blanco. Dueño y señor del negocio, su aportación al devenir cotidiano se limita a anotar entradas y salidas, costos y beneficios, precios de venta y pedidos al exterior; y en ocasiones, cada vez más frecuentes, a firmar como administrador único los compromisos adquiridos por la empresa. Su terno azul turquí —tejido de calidad y corte pasado de moda— representa la profunda raigambre de la compañía. Contribuyen a formar esa imagen, la cadena de oro del reloj que cruza su pechera y el sombrero índigo posado en el perchero, tan atribuible a su dueño como la última pieza a un rompecabezas incompleto.

Agua y vaso más que yugo y testuz, el escenario y el actor se van acoplando uno a otro cada día, hasta que la actuación es sólo una consecuencia de ambos. Y ese no es todo el determinismo admisible. Los papeles de la obra son distribuidos de manera inexorable por el autor, que tiene en la cabeza el conjunto. Los actores lo saben y desarrollan su texto adentrándose en el de los demás y aceptando injerencias. Afirmación que no reza con los mozos de galería, enredadores insatisfechos que todo lo cuestionan; protegidos por la escasez de demanda del puesto.

En el exterior del almacén, una muestra de chapa negra y letra dorada, colocada sobre el dintel de la puerta, anuncia el nombre de la sociedad: “La Incondicional”. Y donde en otros casos añaden la fecha de la fundación, aquí dice: “Desde siempre”; revelando una vocación de eternidad muy persuasiva. A medio metro escaso de la pared, situado sobre la acera, un letrero portátil colocado y retirado a diario

por el encargado del mostrador, rectángulo vertical encerrado en un marco de hierro forjado que sujetan dos pies en ángulo agudo, exhibe un lema que es toda una promesa: “Si existe, lo tenemos”. Un complemento no escrito de este principio, de uso interno nada más, una especie de restricción mental no confesada a todos los clientes, añade: “Y si no, lo fabricamos”. Haciéndolo verdad un taller situado en las afueras, mitad fragua, mitad laboratorio, donde el maestro, un sabio inventor chiflado hasta pasar lo socialmente admitido, ejecuta los encargos más inverosímiles. No obstante, los veloces medios de comunicación aparecidos en los últimos tiempos, pueden hacer llegar a este rincón donde la tierra concluye, cualquier objeto que no esté almacenado o no se pueda producir.

3— Pasado el primer trámite de asombrar al encargado del mostrador de “La Incondicional” con su descabellado pedido, y el segundo, de repetir la hazaña ante el jefe del almacén; Cesar Álvarez, director del Parador, logra subir al piso superior y hablar con el mismísimo Gerente. En esas está, tratando de hacerse entender, razonando lo irrazonable, cuadrando el círculo, explicando que necesita, a las siete de la tarde de una semana después, simple y llanamente, un Amanecer.

—Tienen la suerte— dice el Gerente de “La Incondicional”—de celebrar las reuniones en el salón de poniente, dotado de una cristalera que da a la bahía, idóneo para presenciar las mejores muertes de sol del mundo.

—Pues ya ve— añade el hostelero —lo fácil que sería para nosotros, a esa hora vespertina en que se nos piden un amanecer, separar las cortinas del ventanal permitiendo a los cursillistas la contemplación de un ocaso que en este punto es definitivo. El sol no muere respecto del horizonte como en cualquier otro lugar, aquí desaparece verdaderamente, a ras del mar, dejando tras él toda la anchura del océano impregnada de sangrienta agonía. El amanecer, además de ocurrir por la mañana desde que el mundo es mundo, nos llega con un sol ya adulto carente de emociones. A pesar de ello, debemos complacer al cliente.

Así es, refuerza Álvarez: ustedes deben ayudarme, pues el amanecer existe y, si no quieren recibir una demanda por incumplimiento de promesa comercial, lo tienen o lo fabrican.

—Calma— pide el Gerente —al fin y al cabo, una salida de sol no es más que un progresivo aumento de iluminación, y eso, nuestro Taller, sabrá hacerlo.

4— El maestro del taller desecha tal punto de partida y otros siete de parecido fundamento, convencido de que la técnica, aun la más avanzada, jamás suplirá con éxito a la naturaleza. Pasan lentos y rápidos tres días completos. El tiempo, segundo a segundo, se va echando encima de quienes más lo necesitan, oprimiéndolos. Los congresistas disfrutan de su condición ajenos al drama desencadenado. Descubren los monumentos próximos, se interesan por las antiguas leyendas, van iniciándose en los placeres de la gastronomía y oyen como quien oye llover las enseñanzas comerciales.

César Álvarez Montero, director del “Conde de Gondomar”, va de salón en salón, recorre los pasillos, cruza los espacios tranquilos, observa el trajín de la cocina y la limpieza de las habitaciones, lleva a la horizontal un cuadro, sitúa un mueble antiguo en su lugar, pasea los jardines, bordea la piscina; y todo ello con la mente puesta en el “amanecer vespertino”. Seguir las instrucciones de Pepiño: “Que mis empleados tengan lo que Gladis, la portavoz, pida”; constituye una meta irrenunciable. Las palabras de la enérgica mujer, con toda probabilidad unida a Pepe Baio por lazos sentimentales, dan vueltas en su cerebro dolorido.

Para el Gerente de “La incondicional”, la cuestión del *amanecer* se va convirtiendo a pasos agigantados en el asunto de su vida. Traer de Komodo un varano en cuarenta horas, reproducir los fiordos noruegos en las rías, simular el incendio del navío griego para una película, todo lo conseguido hasta el momento, no ha sido otra cosa que un ensayo, una exigente preparación para llevar a cabo este encargo.

Caminando sobre la fina arena de la playa de A Ramallosa, ese día, el cuarto, al llegar las dieciocho cuarenta y nueve, puestos a trabajar su

proverbial ingenio y la intuición inabarcable, el Maestro de Taller, interior inquieto y modos calmos, alcanza la inspiración. Da con un aparente arreglo, remedio de las acuciantes dificultades. Tan sencillo que, en su natural receloso de científico avezado a las repeticiones, continúa buscando. El quinto día, a la misma hora, mientras observa la antiquísima torre de la iglesia—colegiata, decide, a pesar de su simplicidad o a causa de ella, poner en práctica la solución encontrada. Una llamada telefónica dirigida a Inglaterra le lleva a otra al avanzado Japón, y ésta, a su vez, a una tercera conferencia con la tecnológica América. En la madrugada del penúltimo día, el Maestro cubre la extensa cristalera del salón de reuniones con un blanco tejido de propiedades infrecuentes: urdimbre y trama dejan multitud de pequeñísimos resquicios. Piensa efectuar alguna proyección, pues ese lienzo se suele usar a modo de pantalla, ya que en su cara interna se ven con nitidez las imágenes proyectadas desde fuera.

5— Avanza la jornada última y, en la playa de A Ribeira, los huéspedes americanos disfrutan de la fiesta conocida como “Arribada de la Pinta”. Aquí Martín Alonso Pinzón, aquí el piloto de la nave, aquí el corregidor; ahí el contraamaestre, ahí los marineros y los indios traídos como muestra; aquí y ahí, cada uno en su sitio supuesto, escenifican el desembarco histórico, primer regreso de la carabela tras la gesta del Descubrimiento. No es uno de marzo, es abril mediado, pero el dinero de Pepiño Baio Ferreiro puede transmutar las fechas. Gladis traduce un guion previo poniéndolos en antecedentes. Durante el acto se refiere a él con leves indicaciones que nada interrumpen. Disfrutan de lo lindo los tenderos de América. Tras un almuerzo cocinado y servido a la antigua usanza, quedan aún, la clausura y el fantástico Amanecer, ensalzado hasta la hipérbole por Gladis, la portavoz encargada de la animación.

En la penumbra de la sala las diapositivas destacan consignas y estrategias. Las cortinas azules cubren como la noche el ventanal. Varias sombras se deslizan cautelosas desde la puerta tratando de pasar desapercibidas.

A las dieciocho horas y cuarenta y nueve minutos, finalizada la sesión, intenta Gladis atraer la mirada de César Álvarez, director del Parador en que se encuentran, simple mancha móvil que al encender la luz adquiere identidad reconocida. Lanza varias señas la guía, con mesura al principio, dotando a la acción de cierto disimulo; luego con ostentación, sin ningún recato. La respuesta del director, mímica, consiste en pedir calma moviendo una y otra vez las manos abiertas de arriba hacia abajo. Pasados unos minutos, ante la evidente desesperación de la mujer, inicia el hombre la cuenta atrás. Uno a uno va ocultando los dedos extendidos de ambas manos, significando de ese modo los segundos que faltan: seis, cinco, cuatro.

La sala entera se mete en los tejemanejes y espera el acontecimiento con expectación, tan atenta a la llegada del instante anhelado, como si se tratara del día en que tres americanos pisaron por primera vez la luna: tres, dos, uno, ninguno.

En ese preciso momento los cortinones, al compás de una música heroica y prometedora, inician sin prisa un suave plegado. En el hueco que dejan va mostrándose con la misma lentitud un cuadro magnífico. Es el momento inicial de una batalla, noche agónica que se resiste a la invasión del nuevo día, negrura imperfecta de la que surge un punto entre ocre y sangre sobre el último horizonte. Punto amarillento y rojizo que se torna círculo por momentos. Crece, progresa como la lucha librada por las notas musicales entre sí, incrementando su dramatismo, elevándolo hasta el cielo, donde las nubes se encienden y aclaran sin apresuramiento ni descanso. Se desprende la circunferencia del manto negruzco, grisáceo, bermellón, ambarino, azulado, ante la mirada atónita de los congresistas sobrecogidos, que perciben en su propia carne las encontradas posiciones de su origen múltiple: indio, africano, eslavo, latino, germano, anglosajón.

El pan dorado, creciendo, inflamándose, se eleva como hostia en manos sagradas, cuando los instrumentos atacan posiciones vitales del interior de los presentes. Dorado redondo que se alimenta de la misma noche, pues crece a medida que la oscuridad se disipa, mientras los

sonidos, acariciadores, hirientes, alcanzan el luminoso origen de la vida. En las mentes bulle el espíritu de las catedrales elevándose hasta el cielo contra el cielo, panes de oro adornando tablas flamencas o italianas, anunciaciones, descendimientos, resurrecciones divinas. A la derecha, el Monte Ferro y las islas diseminadas, tintados de rubí, de púrpura, irreales, parecen tener un alma afectada por tanta grandiosidad.

Pasan cuatro minutos exactos y la dorada hogaza que lo centra todo siendo ella el centro e inventando la simetría, difumina sus contornos disolviéndose en la misma luz que irradia: prístina, pura, destellante. Sucumbe como los acordes triunfales, ante el lento avance de los cortinones azules que, al extenderse, terminan con el espectáculo y con la tensión alcanzada por los congresistas allí presentes.

Se produce una liberación necesaria e indeseada, clímax retrasado con todas las fuerzas, placentero y satisfactorio como un acto de amor que deja los nervios exhaustos, lasos durante unos minutos prolongados.

6—Salen confusos los reunidos, sorprendiéndose de que los faroles de la entrada iluminen el crepúsculo. Hecho inexplicable para quienes acaban de ver el nacimiento de la luz; misterio éste que les impulsa, intrigados, hacia la fachada lateral correspondiente a la bahía. Allí, los focos permiten al maestro de taller desmontar la cámara de filmación y el sistema de proyección tridimensional traído desde Londres.

Gladis, la portavoz, abre los ojos, los oídos, incluso la nariz, la boca y las manos, desbordada por su propio asombro. Las emociones se suceden con una rapidez insoportable. En segundos pasa de la *summa forma* que ha contemplado dentro, a la *res artificiosae* descubierta fuera; cayendo de la cumbre a la sima.

Comprende que no se trata de un error de la naturaleza, de una peculiaridad de la geografía o de un fallo de su mente inadaptada al cambio de horario. El magnífico espectáculo del alumbramiento del Sol, momento inicial del mundo a la insólita hora del atardecer, es el resultado de la más vil de las manipulaciones. Una grabación, proyectada por detrás de la pantalla, les ha sido ofrecida en lugar de la realidad.

Exige explicaciones con la máxima energía de que está dotada, copiosa según tiene demostrado, creciéndose a la vista del semblante de corderos sobre el ara que muestran los culpables. De no recibir una respuesta persuasiva amenaza con hablar del engaño a Pepiño. Le descubrirá, asegura, el grupo de timadores que ha encontrado en Baiona, disfrazados de compañeros de escuela y amigos de la infancia.

Hundidos, deshechos, César Álvarez Montero, el Gerente de “La Incondicional” y el maestro del taller, desolados, anonadados, desgran la historia que el lector conoce, más la sencilla idea de grabar el espléndido crepúsculo salpicado de livianas nubes transparentes, para proyectarlo presto de atrás hacia adelante y convertir, por arte del progreso, en victoriosa Salida del Sol la más doliente de las Desapariciones. De ahí los cuatro minutos de discrepancia entre las seis cuarenta y nueve, hora de la puesta, y el momento en que lo han visto surgir.

Los autores del milagro relatan la petición al extranjero de las avanzadas técnicas, la posterior complicación que hizo necesario un soporte magnético reversible; de forma que el Monte Ferro y las Illas, estando a la derecha en la realidad, no aparecieran a la izquierda en la proyección. Factible por la presencia afortunada de cinta tan especial en Nueva York; circunstancia conocida tras consultar con Tokio desde donde no hubiera llegado a tiempo. Metidos en harina, resaltan el éxito profesional que supone lo que ella califica de fraude.

—Nos esforzamos hasta lo imposible por complacer, sin objeción alguna, la extraña petición de un cliente tan entrañable como Pepiño. Rodar que nos mande.

Argumenta el director en nombre de todos.

—Nos esforzamos y el resultado ha sido una impecable salida de Sol vista a hora desusada. Un milagro de la técnica, sí; pero también de la voluntad de servicio y de la capacitación personal alineadas con la amistad y la gratitud.

—Pero si yo quería eso, presenciar un amanecer, la muerte del Sol —exclama Gladis, traductora y encargada del grupo —ver la manera singular que tiene aquí de ocultarse, disolviéndose en las olas ensan-

grentadas, extenuado y lánguido. Así me ha explicado Mister Baio cien veces el prodigio que alimenta de saudade su memoria.

—Disculpe, señorita, pero no tengo más remedio que corregir una palabra; a la puesta de sol se le llama en castellano atardecer.

Aclara Álvarez Montero y se suman Gerente y maestro de taller reforzando la magnífica posición adquirida.

—Claro, claro; atardecer se llama.

—Bueno, pues eso. Amanecer, atardecer, anochecer; tienen ustedes palabras parecidas para nombrar hechos contrarios

Esgrime la mujer, lamentando no haber profundizado lo suficiente en la lengua de sus padres y en la humildad.

En ese instante descubre a unos hombres capaces de hacer, movidos por el afecto, lo que el amigo no se hubiera atrevido a pedir; y valora la grandeza del amado que despierta tales adhesiones, con quien, muerta la legítima esposa, va a contraer matrimonio.

Un día suplementario de estancia permite al grupo conocer el Altar Druídico, el depósito de Los Concheiros, la Campana y El Lago, joyas de las islas de Baiona, las célebres Cíes. Desde una de ellas, la de O Faro, a ciento ochenta metros de altitud sobre el acantilado, presencian el magnífico espectáculo del entierro del sol en las aguas que lo acogen. Verdadero atardecer, puesta de Sol única, inenarrable, de imposible olvido; que Pepiño, amoroso de su tierra y de su mar, lleva desde la niñez labrado en la memoria.

La mañana clara del día siguiente los ve despedirse de todo el personal. Van en autocares a Santiago de Compostela, donde, antes de tomar el avión que les situará en Londres, París, Roma y Atenas, piensan recorrer el equilibrado conjunto arquitectónico que enmarca la plaza del Obradoiro, punto final de los caminos de la fe; y el amplio espacio monumental de una ciudad que será siempre patrimonio de la humanidad toda, del Universo íntegro.

Allí, al pie de los autocares, se encuentran César Álvarez Montero, director del Parador, el Gerente de “La incondicional”, su Jefe de Almacén, el Encargado del Mostrador y el Maestro del Taller. Abrazan

a quienes parten, cruzan con ellos palabras que prometen amistad inacabable, mientras los del pueblo entregan recuerdos para Pepiño, Mister Baio, Xosé Baio Ferreiro, el amigo de la infancia, emigrado que hizo fortuna. En el momento mismo en que el segundo autocar, llevando a la guía americana, arranca, todos los presentes pueden ver a miss Gladis, sirviéndose de un pañuelito bordado, enjugar una lágrima.

L.—Sueños de un niño del campo. Mitad del siglo XX

«Ya verás como sí, como la luna asoma entre las nubes y desaparece por arte de magia, blanca y amarillenta, cenicienta y pálida. Ya verás como sí», me decía Santiago, primo a quien trataba yo de hermano al no tener ninguno. Efectivamente, una hogaza amasada millones de años antes en una tahona mayor que las de Florentín y Diocle se reflejaba a intervalos en los cristales iluminando el arco de la muralla y la piedra en forma de dado de nuestra esquina, punto de encuentro de Fidel, Fortu y los Melgos reunidos en animada charla.

El día en que, recostado sobre el colchón y cantando de alborozo, mi padre me traía en el carro desde el colegio, Santiago salía a esperarme hasta el palomar de don Manuel o el Altillo. Durante las vacaciones iba yo a su casa o se quedaba en la nuestra después de cenar y dormía en mi habitación.

Era verano y las noches, indolentes y cálidas, nos escuchaban en el balcón, hablando y hablando hasta que pasaban las mulas camino de la era para acarrear las nías. Incansables bestias de carga y tiro llevadas del ramal por labradores adormecidos, acaso Eloy o Geñín, a quienes saludábamos con voz medida para no despertar a los nuestros, cuyo sueño debíamos interrumpir a la una menos cuarto de la mañana. Cumplido el encargo nos acostábamos en camas gemelas y tras las palabras no dichas desaparecíamos en la niebla que poblaba nuestros ojos. Después, persistentes, sublimación de los temores infantiles, venían los sueños. Aún hoy, de algunos me acuerdo vivamente, como de aquel que denominé...

Sueño del pez de arena

Protagonizado por el pez que se diluye cada noche en la playa extendida a lo ancho de una antigua postal, enviada por algún abuelo o tío desde cierta guerra inadvertida en la sugerente África. Tarjeta guardada entre las hojas de un libro sobre las Cruzadas, encerrado, a su vez, en el cajón de la mesa de nogal, vecina de la que mi madre se servía una vez al año para embalsamar al cerdo. Animal renovado y constante al que yo tomaba cariño cada temporada, quizás por alimentarlo con una masa humeante, mezcla caldosa de harina de cebada y salvado de trigo; o con un hervido de patatas pequeñas como ceros mayúsculos, hechos por mi mano o las de Yayo, Lalín, Arsenio, Calleja o el Bala en la escuela de El Corro destinada a los párvulos.

Ceros titubeantes y amorfos como patatas deformes que el cochino comía deleitándose, ignorante de su trágica y cercana muerte y posterior aderezo, especiado junto a la mesa de nogal en cuyo cajón se guardaba el libro de relatos épicos y pasionales, referidos a las aventuras de los cruzados que entre sus páginas amarillentas acogía la misiva, avanzadilla probablemente de un mantel bordado con motivos arábigos desde la impenetrable África, tan a mano en el mapa. Ilustración perfilada con estilo decidido y libre, evocadora de la placidez de la playa vista en sueños, instante intemporal en que unas manos, húmedas de espuma, modelan un pez de arena diluido en las olas.

Peje escurridizo procedente de galaxias un día cercanas a nosotros, alejadas por la expansión hacia los límites inexistentes del universo, confines de la infinitud en que nosotros vivimos, vecina de sí, lugar de nuestras cuitas y desvelos, territorio del pez que se licua en mis manos cada vez que los dedos lo apresan por el lomo y la cola, tratando de llevarlo al desván de mi mente con el único fin, ignorado por él, de ponerlo a salvo del gato y de los peces grandes que, como es sabido, se alimentan de congéneres de menor tamaño. Intento nutrirlo con flores flotantes, tan minúsculas, tan imperceptibles que se confunden con el aire constituyendo un peligro cierto, pues nadie puede respi-

rar pétalos, aunque sean mínimos; ni estambres ni pistilos, por más que procedan de florecillas microscópicas como las que yo he palpado, caídas quizá de otro sueño que tuve la ocurrencia de llamar...

Sueño de las flores del cielo

Que trata de las flores nacidas del polen trasladado por los insectos o por el cierzo; viento de la niñez que los aventadores esperan como lluvia del mes de mayo. Obreros sentados sobre las piedras del vallado que, mientras llega el soplo idóneo, fuman cautos un cigarro haciendo pared firme con la mano; y echan un trago de vino recién traído de la bodega situada bajo la casa del Arrabal; aquel bodegón enorme y vacío donde yo, juzgándome templado, tenía miedo cuando se apagaba la vela y buscaba ansioso la mano de mi padre. Cueva a la que descendía una escalera cubierta de la paja del corral, lanzada por las gallinas en su intento de picar los granos de trigo escondidos, escarbando, escarbando, peldaños abajo, a pesar de saber que sentados sobre los escalones algunas tardes de primavera mi padre y yo merendábamos sardinas saladas, escogidas entre las de mayor tamaño por mi tío Saturnino, estanquero y tendero de ultramarinos, del atabal de arenques dispuestos en rosa de los vientos; o comíamos jamón, curado por mi madre al humo del hogar y a las heladas nocturnas, desde la tarde inmediata a la infortunada muerte del cerdo.

Disolvíamos la sal de las sardinas y del jamón con un vino claro y limpio, elaborado por nosotros tras la vendimia alegre de las uvas plenas, polinizadas a tiempo, henchidas, maduradas en los meses de agosto y septiembre; pisoteadas en procesión de pies descalzos dentro de la pila del lagar, prensadas aprovechando la gigantesca viga y el pilón de piedra que, en mi sueño, se cimbreaba tembloroso, incierto, amenazador; colgado del extremo de un tronco inacabable, haciendo contrapeso para estrujar los racimos y conseguir el derrame del mosto hasta llenar el pocillo perforado al pie. Sucede la acción en un otoño íntegro; teñida ya la tarde de tonos ocres y de lagarejos la piel oculta de las muchachas casaderas, postrado el sol a ras del suelo, cazador del

horizonte en el poniente triste, tarde—noche, alfombra de pétalos y polen, aroma de flor polinizada.

Semillas diminutas suspendidas en el aire junto a finísimas gotas de agua, haciéndolas germinar aferradas al polvo rojizo del desierto africano, arena ínfima que el viento ardiente nos envía raras veces. Florecillas crecientes hasta el tamaño de una décima de milímetro, definidas, más que por su forma, apenas manifiesta, por sus colores: rojo, amarillo, azul, rosa. En mi percepción distorsionada de la realidad las veo aumentar de tamaño sueño a sueño, flotando a la altura de un hombre de pie sobre un carro, cayendo suavemente, dignificando las piedras del páramo, las grises yeseras de Taragudo, territorio de Heraclio; realzando los pardos barbechos de la vega, las laderas del monte, las riberas fértiles del arroyo mayor y los majuelos generosos de las Altas. Llenando el campo de color, floreciendo el pardo y el gris, creando primavera en enero. Mis manos procuran juntar brazados y hacer acopio de gavillas, pero, al cerrarse sobre la cosecha floral, los cardos traidores y las gatuñas dañinas punzan mis dedos, despertándome.

Regresaba, entonces, a la vigilia incompleta y me apropiaba de la luz apretando el extremo de la pera que restablecía el circuito. Originábase al instante el brusco avivar de mi entendimiento, intranquilo hasta confirmar la presencia, entre los pliegues de la almohada embellecida de bordados y la colcha azulada, de la cabellera revuelta y los ojos cerrados de mi primo Santiago; y, una vez comprobada la compañía y el acompasado respirar de quien no tiene penas ni preocupaciones porque no ve inmediato el peligro, tornaba a dormirme y soñaba con trompetas de plomo sopladas por ángeles llegados del mismísimo Apocalipsis, posados con un dominio propio de águilas altivas sobre el...

Sueño de la expoliación de las trompetas del órgano

Que volvía de forma recurrente y alterna, noche sí, noche no, hasta el preciso y esencial momento en que los ladrones se quitan el sombrero de paja y la máscara de lienzo raído; retazo de una sábana usada, gastada,

rala en los bordes, rasgada en el lugar de los ojos y la boca para que los amigos de lo ajeno vean y respiren. Trozo hermano de pieza del pañuelo que enjuga el sudor de su esfuerzo, separados ambos por la violencia de las tijeras afiladas y, nuevamente unidos durante algunos instantes, los que dura el acto de secar la piel húmeda cuando el aireado, necesario para el enjugado de la transpiración, hace inevitable el descubrimiento de la frente y las mejillas; situándome a punto de identificar sus rostros verdaderos y acaso sus auténticos nombres de ladrones de tubos de órgano. Mas en ese preciso momento el sueño tiene su fin, seguramente adelantado de alguna manera misteriosa por los mismos que hurtan las trompetas en la iglesia parroquial o por sus encubridores.

El órgano, que desde un lado del coro llega a lo alto del techo, es bajado pieza a pieza por quienes, esmerados, lo acaban de desarmar. Descienden ocultos tras sus caretas de agosteros o agavilladoras de nías, cuidando el paso lento, pie derecho moviéndose cuando ya el izquierdo está quieto, un escalón y luego otro, de noche y a oscuras por las tablas gastadas y crujientes de la escalera, hasta alcanzar la calle donde espera en silencio una galera callada de ruedas silenciosas, arrasada por mulas con herraduras de goma; cómplices, herrador, mulas y galera, de los disfrazados que yo estoy en un tris de concretar, cuando debido a alguna acción maligna, dirigida a distancia utilizando facultades singulares, me despierto.

Deseaba iniciarlo exactamente en el corte producido dos días antes, sin conseguirlo; eternamente condenado por algún espíritu protector de los ladrones, a ignorar en su totalidad la segunda parte del sueño, esencial, repleta de claves, imágenes directas; aprendiendo, sin embargo, la primera en sus mínimos pormenores. Una y otra vez volvía a iniciarlo por el principio con distintas variaciones en los protagonistas; grupo de personas que en el sueño aparece, ofreciéndose al azar o a las matemáticas para que jueguen sus mezclas y combinaciones, un padre y tres hijos varones parecidos en el lienzo de sus carátulas, una madre con dos hijas y un hijo, dos jóvenes ayudando a sus padres. Tienen en común las permutaciones una conmovedora escena familiar, que

hubiera servido de ejemplo a las generaciones actuales y futuras de ser su propósito confesable, invalidándola el empeño puesto en llevarse lejos, a otra dimensión probablemente, las melodías elevadas hasta lo sobrenatural de la consagración, o las no menos sobrecogedoras del sanctus; evitando, con su malhadada actitud que la eufonía propicie ardores espirituales de feligreses tibios.

A pesar de su argucia, los tomadores para sí de la propiedad impropia hallan en el pecado su penitencia. Sin duda pasan las de Caín, sudorosos bajo las máscaras de lienzo y los sombreros de paja, forzados a fundir el plomo de los cilindros huecos que con el concurso del viento logran maravillas sonoras; obligados a alimentar el fuego del horno y a ofrecer los pesados lingotes resultantes a Pedro Botero, único postor, en dilatadas negociaciones oficiadas entre calderas de azufre fundido que, como bien conocen quienes utilizan torcidas para desinfectar los carrales, exhala un hedor insoportable.

Y en ese álgido momento, con el olor a alcrebite y el calor extremo, despertaba o llegaba sin rupturas a aquel sueño horrible conocido como el...

Sueño del niño malo iniciador de la tromba

Tan acongojante que me ponía remordimientos en la conciencia sensitiva, porque el niño malo era yo en la época funesta que quisiera olvidar. Mi nombre de niño malo era Pedro Demonio, puesto en justicia por una mujer íntegra, la esposa del señor Agustín, el albañil, debido a que en reiteradas ocasiones obraba mal, a veces sin quererlo, como aquella vez que junto al arroyo de Valdegayán jugaba con el perro de mi abuelo y lancé una piedra que, cual equilibrada saeta, alcanzó su objetivo, el rabo inquieto y vivaracho del can, hueso exacto sobre el que la rueda pequeña de la segadora pasó el día anterior.

Lejos de mí para intentar morderme, ladra el herido a las cañas que están cerca. Y las cañas, bien porque se asustan, que menudos ladridos son, o bien por el impulso de los agudos sonos, entran en movimiento

y con su temblor alteran la quietud del viento cercano y circundante. De tal modo vibran que causan una ligera brisa vespertina, impulsora, como en broma, de las cañas del arroyo; que, excitadas, agitan al viento que, instigado, zarandea a las cañas. Inician estas, con su enérgico vaivén, un vendaval que dobla a las cañas hasta un punto cercano a la ruptura. Varas que, al liberarse un instante de tan alta presión, empujan violentamente al viento, situándolo al borde mismo de la galerna y recibiendo su brutal azote en las tiñas vegetales, en las hojas acintadas y en el tallo erguido. En lanzas, flechas y arcabuces los convierten y como catapultas lanzan el viento huracanado contra los árboles y las paredes de las casas, de las casetas, de los palomares, de los cercados que, como los endebles naipes de las casitas infantiles, se desmoronan.

Íntegros tejados cruzan las calles, perros y gatos huyen despavoridos, hombres, mujeres y niños son alzados en volandas por el ventarrón y dejados caer sin ningún miramiento. Relación que es tan solo una muestra de efectos de la tromba, concluida, en apariencia, al detenerse las piedras más alejadas junto a la pequeña parva del arroyo. Renovada súbitamente al quedar una de ellas, y no precisamente la más liviana, sobre el rabo dolorido del perro, cuyo aullido mueve las cañas que habían tornado al reposo y, al moverse de nuevo, agitan al viento motor de las cañas, y así, tiempo y tiempo, hasta que de las paredes no queda piedra sobre piedra ni adobe sobre adobe, y nada hiere al dolorido rabo y todo se calma.

Sosegado el entorno abandonaba el sueño, como si el sosiego no fuera de mi interés o me escociera la conciencia, arrepentida de la época en que yo era un niño travieso y, sin querer, ofendía. Por esta razón, tratando de mejorar mi ánimo, me alejaba hacia otro sueño que llamo...

Sueño de la ermita de los desesperados

Esa iglesia de espadaña erguida, edificada hace cientos de años por piadosas gentes que, en añadidura, plantaron los árboles del Rabanillo, cuya fronda cortábamos los chavales, ramas verdes de hojas nuevas, trans-

formando las de grosor adecuado en chiflos. Dábamos valor al sobrante doblando arcos de enramada en las calles recorridas por el Santísimo, interior sagrado de la custodia de plata, el día del Corpus; y por el señor obispo, repartidor de sopapos llegado el momento de la confirmación.

Chopos y ermita eran testigos, la tarde de los jueves, del sorteo abastecedor de chavales a dos bandos opuestos, moros y cristianos, dirigidos por don Roque, el maestro bueno que venía de Monzón en bicicleta. La tarde gozne de la semana olvidábamos la enciclopedia y el *paramijo*, convirtiéndonos en héroes de aventuras simuladas. Descendíamos por el interior de la chimenea negra y roja al horno de la tejera romana, fuego extinto hace veinte siglos, atacándonos con toscos palos a modo de espadas y lanzas. Disputábamos luego el resumido campanario, y los valientes que allí se encaramaban sustituían el culto de los vencidos por el de los vencedores.

Santuario ceñido a las novenas encargadas por cofradías devotas de la madre de Dios y de su hijo el Cristo crucificado; destinado, por razón de proximidad con el camposanto, a las misas de difuntos, repetidas hasta conseguir la eterna salvación del encausado. Solemnidades celebradas frente al altar mayor, consagrado a la Virgen del Consuelo, refugio final de los desahuciados por el médico del pueblo y los especialistas de la capital. Rodean su efigie múltiples ofrendas de apariencia inquietante, que, en mi mente nocturna, en mi sueño agitado, llenan la estancia y pueblan la cama.

Cuelgan los exvotos del techo del altar, cubren las paredes, abarrotan la bóveda sobre la imagen venerada de la Virgen. Son cabezas, piernas, brazos, niños enteros semejando muñecos infantiles de figura patética, que en la pesadilla invaden el dormitorio y se alzan hasta donde yo estoy, asiéndose con fuerza a mis manos, a mis pies, a mis cabellos; hasta que la Virgen del Consuelo, inspiradora de fe tan desmedida, los aparta y me arroja restableciendo la calma.

Son ofrendas hijas de ese crédito inextinguible que mueve montañas, alegóricas donaciones como la muñeca de madera colgada más alta que ninguna, correspondiente al cuerpecito de la niña que, en un

descuido de su madre, mientras enroja la trébede de la estufa, prende sus ropas en la más violenta llamarada, cambiante, esquiva, devastadora, amarilla, rojiza; ardiendo como una antorcha, víctima inocente en holocausto inútil. Crepúsculo escarlata cuyo significado los médicos no saben descifrar, dadas las confusas explicaciones de la angustiada madre, quien, teniendo siete hijos más, quiere viva a la infanta y entra en las llamas como si fueran las aguas de la acequia. Sale al instante, forzada por el vulturno insoportable, para contar que el encargado de los trueques no admite el cambio de su vida por la de la hijita, inmola-da sin objeto en el ara ardiente.

Exvoto como aquel pedazo de madera labrado a mano usando un cuchillo doméstico, representación fiel de un torso masculino armónico y vigoroso, esculpido y donado a la ermita por una moza a la que, de pronto, poseyó una manía incurable tras ser durante veinte años sensata y reflexiva. Conmovedora historia recreada por mi mente, inquieta de suyo, en el...

Sueño de la muchacha que va con frecuencia al río

En busca del mozo, actor en el papel de novio en el teatro de la vida, quien en un momento muy apurado decidió iniciar la estirpe de pobladores de las aguas. Creyó de buena fe el joven que las profundas simas arañadas por los remolinos guardaban la llave del equívoco y podían demostrar mejor que él su inocencia. Pensó que el líquido fluido disolvería la calumnia como si se tratara de los dulces terrones traídos de la azucarera, al reemplazarle el compañero del siguiente turno y salir corriendo, corriendo, impulsado por el deseo irrefrenable de ver a la novia.

La moza toma cada tarde el camino de Husillos y baja la cuesta con un sentimiento cambiante, movedizo entre la esperanza y el abatimiento. Arrepentida del crédito dado a las hablillas que lo dibujaron amando a otra, pesarosa de la momentánea duda que la hizo mostrarse hosca con la sangre de sus venas y el aire de sus pulmones, camina

como si no existieran más galanes, como si la vida se fuera apagando en cada vela consumida ante el altar de la Virgen del Consuelo, como si creyera ajada y pálida la tersa y rosada piel y la edad se manifestara gris en sus cabellos dorados. Llega a la orilla, busca en la corriente agitada y no ve con claridad el amor que la estimula; no se muestra con total nitidez, pero en ocasiones el torpe torbellino semeja un rostro, un cuerpo hundido en las revueltas aguas que arrastran tierra de torrenteras desnudas y estériles.

De vez en cuando se bosqueja el semblante sereno y el talle joven que, atraídos por el profundo silencio de los misterios oscuros, navegan río adentro hasta el centro de la tierra. Se evapora en el núcleo el jugo de las nubes cuando toca el fuego volcánico y sube lentamente formando burbujas, violentos borbotones simuladores de un rostro identificado por la confianza intacta de la moza, regresando de nuevo a la corriente para atrapar al prometido, licuado en el agua con el único y exclusivo fin de ser buscado por ella mil veces y otras mil más. Plena de firmeza, arrastrando su fe y su pasión desesperadas, pregunta la moza a los barbos y sabe por ese conducto que su amor bracea eternamente entre dos aguas, una cálida y otra fría. Corrientes opuestas que no se mezclan jamás, porque si lo hicieran, los cuerpos de hombres y mujeres, jóvenes y viejos, infantes y doncellas, ahogados desde que el mundo es mundo, saldrían a flote y los que buscan perderían la expectativa.

Angustiado yo por el temor a estar cumpliendo un sino inevitable, abría los ojos a la realidad y me agitaba durante minutos que se me hacían horas, hasta soñar con la vieja que me causaba un desasosiego distinto a todos los sentidos en mi niñez, mezcla de temor y lástima, añosa desdichada habitante del...

Sueño de la anciana que comía hierbas del campo

Invasor de mi mente cada vez que llenaba el estómago más de la cuenta. Acostado en la casa solariega del barrio del Arrabal, frente al arco, escuchaba el tictac del reloj de pared, monótono e incansable, siguiendo

con los ojos cerrados el vaivén del péndulo, hasta caer lentamente en un sopor que, progresando imperceptiblemente, anulaba los sentidos. La oscuridad envolvente y la digestión pesada intrigaban para forzarme a imaginar las andanzas zigzagueantes de la andrajosa del sueño.

Vive sola en una casuca de las afueras, y aparece nubosa su faz arrugada, manzana marchita de áspera piel, pasada la época de esplendor vegetal, cuando el bocado se llena de jugo y produce placer a los dientes, a las encías, al olfato, a la mirada. Vieja renegrida lanzadora de venganzas envueltas en fórmulas mágicas que, por fortuna, no surten efecto inmediato. Sabe conjuros que abren los sedimentos prietos del misterio y, cuando habla sola, no hay tal; conversa con interlocutores invisibles. Existen testigos confesos que aseguran haberla oído en horrendos coloquios con pájaros negruzcos, que le responden profiriendo graznidos terribles o con lobos de ígneos ojos y aires esquivos que aúllan incomprensibles discursos.

No tuvo amores de joven y mayor acumula odios y desconfianzas, amargura y recelo visibles en el brillo apagado de los ojos, dormitorio de su enigma. Esquivada por los vecinos que ella misma trata de evitar, camina por las orillas de la vida en común para alimentarse de gallinas enfermas que le caen al paso, aves de corral sin prendeduras de macho para prolongar la casta, víctimas de la difteria y la peste que los perros respetan y ella descuartiza con sus manos huesudas. Otros días devora, como inficionada alternativa, cadáveres recientes de conejos de ojos hinchados, globos glaucos, esferas viscosas a punto de estallar, que tratan de salir de las cuencas, de escapar de sus órbitas para irse a circunvalaciones lejanas donde la epidemia que los mata sea ignorada, evitando así un triste final al borde del camino de Valdespina, junto a los molederos de más allá de las bodegas. Lugar exacto en que ella, decrepita y repudiada, en defecto de la carne que las enfermedades le entregan, busca para comerlas, barbajuelas que limpia de tierra e insectos con enérgicas sacudidas impropias de su edad, rociándolas con aceite de lubricar charnelas, contadas gotas de bálsamo verde y amarillo. Sustento vegetal, manjar de menesterosa cuando los vientos frescos y sa-

ludables alejan la peste que abate a los animales domésticos: gallinas cluecas, pollas ponedoras y lucidos conejos.

Me inquieta el sueño cuando me imagino llevando a la anciana la ración de matanza en una cesta de mimbre y en un puchero de barro el chichurro. Para llegar a su casucha debo seguir un sendero tenebroso que cruza el monte, adentrándome en las Covalañas repletas de saltadores armados con pistolones antiguos. Quédanse los bandidos la mitad de las viandas, y la vieja agradece la otra mitad con una sonrisa mal dibujada debido a la falta de costumbre. Regreso con el regalo de la piel de un cordero devorador de mielgas que la anciana, a quien el destino mostró siempre el envés, supo desollar sirviéndose de sus manos descarnadas como garfios. Lanudo pellejo que hace de alfombra tendido a los pies del lecho.

Un ruido de carros me pone en guardia, desvelándome, hasta que sumido yo en un letargo desparramado y tierno navego en círculo por la vasta noche, sorteando escollos de un mar aventado en exceso. Desde las profundidades abisales llego a desiertos interminables sembrados de gélidos diamantes y esmeraldas de un verde codiciado. En los espacios infinitos situados al otro lado de las estrellas, lo imposible y lo inexistente se deslizan francos vistiendo sendas capas de armiño impoluto, para conversar con quien *soy* y quien *no soy* fundidos en una sola pieza. Del candoroso manantial de mi mente brota lo diverso en sus formas más dispersas y alejadas, líquido que mi legitimidad bebe hasta ahogar su sed de figuraciones, dando rienda suelta a la pluralidad nocturna que torna el día monótono y hueco. Temeroso del alba, aguerrido y esforzado, me abrazo a los instantes seguidores del albur caprichoso; luchando a muerte en defensa de una entelequia que, aún hoy, no acierto a abarcar. Y continúo soñando hasta que me extravió en algún sueño, confundiendo los puntos cardinales durante el resto de la noche.

Cansado de tanto trajín imaginario acababa despertándome y me levantaba a las mil, cuando entraba el sol a raudales por las rendijas de la ventana, golpeándome insistentemente en los ojos y forzándome

me a abrirlos. Mi primo Santiago había desayunado sopas hervidas en cazuela de barro, rebañando la tosta que tanto le gustaba. La realidad se hacía un hueco sumándose al bando enemigo y aprovechaba mi débil posición para obligarme a poner la vista sobre su espalda polvorienta y su caminar rectilíneo. Inmisericorde y tozuda, la realidad, se empeñaba en hacerme seguir los surcos marcados, ajena a otras posibilidades abiertas que yo veía y ella simulaba no percibir, con afán de alejarme definitivamente de mis sueños deseados y temidos, dando fin al verano y situándome, de pronto, en el día del regreso, con la compañía grata de Honorio, Vicente y José, al internado de los frailes del babero donde ella, la dura realidad invariable, era señora.

Animaba mi padre a la mula Francesa con interjecciones que solo los dos entendían, y yo, recostado en el colchón, iba dejando con aflicción el viejo casón de la hermandad, el corral de Baldomero, la casa grande donde nací, la iglesia en la que fui monaguillo con don Jesús el Bueno y el recio castillo de mis juegos más audaces, para iniciar la vista del encuentro de San Bernardo y Colón, calles que al unirse, placas tectónicas, elevaban amenazadoras la torre del colegio La Salle y el pabellón alto del dormitorio común. Incluso cabizbajo como iba, percibía detalles cada vez más nítidos, apoyada la cabeza en las manos y los codos en las rodillas, hablando tristes palabras con mi primo Santiago que, en su despedida, me acompañaba hasta el Altillo.

Decimocuarto concepto

Amor en el río de la vida

Pedro Sevylla de Juana 2022
Caligrama 348 paginas

Dedicatoria:

- . A Valdepero, agradeciendo las palabras que me dio, mi verdadero patrimonio.
- . À Academia de Letras do Estado de Espírito Santo, a minha casa no Brasil.
- . A El Escorial, donde escribí buena parte de mi obra.

ISBN: 9788419039217

ISBN eBook: 9788419009999

Contraportada

Amor en el río de la vida es el libro número treinta de Pedro Sevylla de Juana, académico correspondiente de la Academia de Letras del Estado de Espírito Santo en Brasil y Premio Internacional Vargas Llosa de novela. El protagonista de otro libro se queja de la muerte recibida,

heroica pero temprana. Cree Pedro Sevylla en el derecho de rectificación de los personajes y, en el hospital en que murió, los médicos lo salvan, participando en la actual novela. Residen en Madrid el autor y su amada, una actriz recién reencontrada, a quien ama desde la adolescencia al verla activar un teatro de marionetas. La acción, situada en el pasado inmediato, indaga sobre las personas: su origen, sus objetivos, entorno, dudas, errores y aciertos. Intensidad de pensamiento al servicio de la realidad y de la vida, la mujer, el varón y la maternidad reciben un trato preferente. Durante la escritura el personaje de la amada lee y juzga lo escrito, poniendo al autor frente a sí mismo. *Amor en el río de la vida* es un torrente de prosa que lleva a cada lector adonde quiere ir. Se dan realidad y ficción en un mismo plano, gozando personas y personajes de idéntica naturaleza, por lo que las historias cobran una nueva dimensión vivificante. La novela, una y varia, escrita con un lenguaje dinámico y sencillo, rompe moldes para que el lector conozca la vida tal como era.

Blog literario: web:
sevylladejuana.com

Dos capítulos de este libro

1.— ORÍGENES

Artista pensador él, concebí a Cesáreo Gutiérrez Cortés como protagonista de una novela anterior. Fuimos amigos y, lustros después, en una larga conversación me reveló su conformidad con el análisis que hice de su obra. También el descontento nacido por la forma de contar hechos esenciales de su vida, en especial la muerte prematura.

Para que el lector tenga conocimiento claro de esa circunstancia esencial, pongo aquí los términos concretos de las heridas recibidas por Cesáreo en un barrio de la ciudad de Madrid, añadiendo el trascurso vital que desembocó en la muerte.

Corregía mi amigo Cesáreo, en esos días, las pruebas de una de sus publicaciones en marcha, cubierta y tripas, participando en cada una de las partes del proceso como suele hacer. Por eso salía de la sede que la editorial tiene en el Paseo del Prado, cuando acababa de hablar por teléfono con Úrsula. Deambulaba aquel atardecer contento, sin destino fijo, deslizándose por callejas donde la vida desarrolla su lucha cotidiana, cuando el griterío de una pendencia llamó su atención. Salían las voces del lado derecho de la calle estrecha, hilera de casas de mediana altura, llegando, sin duda, a los pisos altos y a las esquinas. Provenían los gritos de la parte central, originados a menos de treinta metros de su vagar errático. Los oía, abstraído, puesta la cabeza en las historias de un artificio absorbente. Sin intención inspectora advirtió, en las paredes de ladrillo cubierto de masa pardusca, la existencia de unos desconchados profundos, heridas causadas por una intemperie de años sin defensa ni corrección. A medida que se acercaba iban definiéndose los matices de las exclamaciones, concretándose con más exactitud el lugar del alboroto.

Conozco esas calles y el barrio, debido a mi estancia, moderadamente larga, en una pensión de la calle de El Prado, frente al Ateneo. Estudiante yo, solía caminar con algún amigo por los alrededores, buscando restaurantes de precio asequible para cenar.

La mala memoria de Cesáreo dibujaría con todo pormenor la puerta pintarrajeada, porque sobre ella destaca un cartel que saca del anonimato al local dándole nombre; cuyo tamaño, excesivo, sobrepasa en anchura las dimensiones del dintel. Pensaba salir de aquel laberinto aligerando el paso, en el preciso momento en que el ayear fue de hembra angustiada y reclamaba auxilio. De dos zancadas se puso en la cancela, la abrió su impulso y presencié una escena que resultaría indignante a cualquier persona sensible. De un vistazo corrido abarcó la parte baja de un bar, compuesto, según dedujo, por dos plantas. Una mujer yacía en el suelo al pie de la escalera, a cuya barandilla de hierro trataba de asirse. Giró la cabeza y Cesáreo percibió un trazo de sangre reciente cruzando los labios. Un cardenal índigo, derivado de algún

manotazo, enmarcaba el ojo izquierdo; siendo imposible no apreciar el maquillaje disperso y la expresión aterrada. Miraba impotente a un energúmeno que blandía el brazo de un sillón hecho añicos. Un camarero situado tras la barrera del mostrador, más seis o siete parroquianos sentados en torno a dos mesas, tensos, inmóviles, a simple vista asustados, observaban el ataque. Se interpuso Cesáreo con un gesto instintivo, esquivando el primer golpazo al agacharse a tiempo. El ímpetu puesto por el mozo en el ataque se volvió contra él, derribándolo sobre el suelo de baldosas moteadas. La mujer, asida a la barandilla como a clavo ardiendo, inició una mueca triste que deseaba ser una sonrisa dirigida a mi amigo, el bienintencionado David dispuesto a enfrentarse al malvado Goliat. Percibió su retina la escena y la grabó indeleble, siendo el testigo que repetiría mil veces los detalles capaces de proporcionar verosimilitud al conjunto. Los ojos del fanfarrón enrojecieron de rabia. Se levantó raudo y corrió hacia la parte del mostrador que, junto a un cuchillo jamonero, ofrecía raciones de guisos oreados y una tabla, a medio formar, de embutidos y quesos. La ira, su ira más profunda, la menos esclarecida, empuñó la herramienta cambiando su uso al de arma. La ira y acaso el orgullo le empujaron, sorprendido el rufián en su propio terreno. Sucedió todo tan de improviso, que tras un pequeño giro y dos rectos enviones del brazo agresor, abiertas por la hoja punzante, acogía el vientre de Cesáreo dos cuchilladas.

Enterada de todo, unos días después llegaría al hospital su amadísima Úrsula. Quisiera ella quedarse con el amado, más los médicos, debido a su embarazo, no lo permitieron. Fue imposible guardar más silencio. La ausencia inexplicada era aún peor. Temiendo algún mal añadido la vio sufrir un sufrimiento grande, aumentado porque llevaba el del amado y el de ella juntos. Calmantes e inconsciencia son todo uno. Cuando el herido volvía en sí, dolía su dolor, pero dolía más el dolor de Úrsula. Deseaba verla, queriéndola a la vez reposando la gestación en Salamanca. Desde allí hablaban por teléfono un poco algunos días, aunque esas llamadas no representaban solución duradera.

Habla de Perla, ya conoce el nombre y sabe lo suficiente de ella. Su rostro no parece el mismo, ha ganado suavidad. Es como si la tensión y el miedo, en el trágico momento la hubieran angulado en mármol. Ha llegado a verle, se ha explicado con verdadera intención en todos los sentidos, imagen que mira desde el interior del espejo mal azogado. Conoce el herido sus frentes variados, desde el apelativo con el que la distinguen, hasta los rincones escondidos que ignora. Se presentó en el hospital con la intención de amparar la defensa del defensor. Iba a dar razón a su gesto, como excusándose por haber gritado llamando la atención. Sabe que le operan cada semana, controlando las constantes vitales con aparatos sin responsabilidad que eximen de la suya a los cirujanos. Siendo como es, se muestra merecedora de la ayuda recibida. Lo hubiera sido en todo caso, desvalida y desgraciada; pero aprovechó el tiempo disponible para sí y los demás. Entiende que a los actos no los justifican sus consecuencias, sino el empeño que impulsa la buena intención. Vino de lejos, del continente africano y de una cultura arcaica. Vino de la arrogancia ancestral y del empuje inquebrantable. Permanece en su lugar, forcejeando con un destino hostil, que cierra de noche los huecos abiertos por ella de día. Está en este país, porque aquí está su batalla presente. Sabe que no hay lugar en la tierra donde pueda vivir sin lucha. Fue a dársele por entero y Cesáreo se hizo suyo del todo. Quiso él que Úrsula coincidiera con ella, aunque fuera solo un ratito. Pretendía que se conocieran para sumar significado a su acción, haciéndola mejor entendida y aceptada. Así debió de suceder, porque la amada, apreciando a la víctima, valora el gesto espontáneo y lo justifica.

No daría marcha atrás su pensamiento sobre la acción defensiva, aunque desease con todas las fuerzas que las heridas no se hubieran producido.

Hasta ese momento se ignoraba mi amigo activado por un hígado y un páncreas. Pero, cuando los médicos los nombraban con sigilo, sentía a ambos órganos sufrir. Mas no era el dolor físico el acuciante, agudo, intermitente. No eran las palpitaciones, reflejo del corazón, sís-

toles y diástoles puestos en las heridas, en las aberturas que reclamaban cuidados. No, no era el dolor físico el dañino, con ser tan fuerte que a intervalos cortos exigía calmantes. Dolía más la violencia impuesta a los débiles, a quienes olvidan sus potencias, paralizados por la continua opresión. Produce más daño la tortura de la injusticia que protege al codicioso, atenazando a los desabrigados, postrándolos bajo las botas humillantes. Sí, es mayor el suplicio del desafuero que paga con el miedo inspirado las uvas agraces que arranca. Sometimiento en vez de afecto, pasividad en lugar de adhesión y cuerpos inertes en sustitución de las voluntades anudadas por la fraternidad.

Para Cesáreo, la desolladura del vientre demostraba la momentánea intención de herir, el improvisado deseo de causar daño que invadieron de repente a su atacante. Nada decía de su índole perversa, por eso no la dio por probada. La precisión de las hendiduras penetrando órganos vitales, pudo buscarla el experto por puro placer competitivo, a la manera en que el tirador al blanco reúne sus disparos en un mínimo espacio, situado en el centro acorralado de la diana. La precisión pudo ser perseguida y, aun así, no revela de él la habilidad sino la torpeza; pues su existencia habrá tomado un giro impensado. Imaginaba el paciente un humillo acre producto de la dilución de los tejidos, de la lenta ignición. Siendo su carne inerte la receptora del corrosivo derramado, pudo disculpar la ineptitud de las manos temblorosas que manejaban el ácido sulfúrico o el agua regia. Excusó al agresor, porque en un segundo mínimo borró todos sus proyectos, frenó todas las carreras y, mero instrumento de la ira, estará arrepentido. Una madre tiene, sin duda; una esposa, acaso. De ser así, habrán de sufrir ellas cada día la permanencia del hijo o marido en la cárcel. Perdonó Cesáreo de todo corazón el proceder alocado de su atacante. Añadiendo el olvido si su olvido reducía siquiera una pizca el pesar del encarcelado.

Desde la atalaya privilegiada a la que subían su cabeza —mullido cojín colocado bajo la nuca— sus ojos advertían las vendas entintadas de aguadija sanguínea, huella del desbarajuste que el cuchillo, dos veces hendido, causó en sus entrañas. Veían sus ojos las piernas inclina-

das hacia el mismo lado, paralelas, simétricas, incapaces de escapar a las querencias de una camaradería que contaba ya ocho lustros. Percibían sus retinas el pecho híspido cruzado de rasgaduras superficiales, repujado de postillas. Miraban sus cristalinos los pies descalzos, como inquiriendo; ¿qué se hizo de los calcetines, de los zapatos de piel ovina?, ¿qué fue del tejido suave, del cuero bien curtido, flexible piel de ternera condenada al vil garrote para venderla por partes?

Observaban sus ojos las puntas de la barba, espesura crecida a su entender, sin otro estorbo que el tijeretazo semanal destinado a volverla a su sitio, dibujando los límites de su entusiasmo, de su libertad vigilada. Ese paisaje le pertenecía, era Cesáreo examinado por su criterio concluyente, ejercicio tantas veces intentado sin éxito debido a la transitoriedad de las convicciones. En la habitación, más allá de sus pies, en la pared de enfrente, colgaba un espejo capaz de atrapar su figura desencajada antes de que lo hicieran las pupilas. En el espejo, las pupilas le sorprendían con una mirada nueva, metafísica, sacando conclusiones contradictorias de cuanto le afectaba directa e individualmente.

Comprendo yo, como autor, algunos aspectos que el personaje no está capacitado para imaginar. El sueño brusco de la consciencia posibilita que la mente guarde sensaciones fragmentarias, carentes de pedazos mínimos, aunque esenciales. Duerme la curiosidad en el instante preciso, en el momento álgido, siguiendo itinerarios previstos por la naturaleza para evitar el sufrimiento de las personas. Despierta en un entorno aséptico dominado por el color blanco, suelo, techo y paredes, objetos y personas. El lecho del hospital es arena costera, lugar de naufragio de la ballena varada. La ballena es un delfín crecido de apetencias, agigantado de codicias. Presentimientos y temores aceleran el desarrollo de los propósitos, mientras el tiempo escapa como arena seca por entre los dedos de las manos abiertas. El lecho del hospital es la tumba de los trabajos que el hombre se toma para diferenciarse de sus iguales, es el hipogeo de su ambición desmedida, espada y martillo sumando impulso a la penetración. No somos nada extraídos del conjunto. Súbitamente nos damos cuenta

de esa realidad, momento en que el cirujano se sirve de sus facultades para frenar el avance de la muerte. Somos un erial que el agricultor se obliga a roturar, sacando a las peñas una fertilidad que no han tenido nunca porque no está en su esencia esa virtud. La cama del hospital es un pozo insondable al que desciende el moribundo en las elucubraciones de su duermevela. Lenta es la caída, propia de plumón ventral, de papel ligero, de cabello sutilísimo. Una ráfaga de viento frena la evolución y el tránsito se retrasa, supuesta merced pedida con los brazos en cruz a quien tiene la responsabilidad de prolongar la vida. El agonizante no sabe ya si quiere o no quedarse en este valle de abundancia, ribera de río que riega cereales, raíces, bulbos, creciéndolos alimento suficiente para que el repartidor hierre, a propósito, su acción distribuidora; dejando más a los semejantes a él, y nada, o tan poco que casi es nada, a aquellos que poseen un rostro desviado de su estética mal definida.

Se manifestaban en las heridas de Cesáreo —de modo simultáneo en cada una de ellas— las miserias inherentes al ser humano que era. Pequeñas debilidades sobre las que iba haciendo la vista gorda, sumadas a fallos de bulto, disculpados como corresponde a una criatura solidaria con quienes sufren las mismas deficiencias. En aquellos momentos cruciales era preciso hacer arqueos. Así que, calibrándose con los ojos tolerantes de medir a los suyos, cargado de benevolencia, se juzgó absolviéndose. La indulgencia alcanzó a su verdugo; como el propio herido, víctima. El cariño abrazó a la mujer caída en el suelo, macerada a golpes a lo largo de su trayectoria irregular. ¡Cuánta ternura ha sembrado y cuánta la queda aún sin desenvolver! Se corresponde el corazón del defensor con el de la defendida, ambos se superponen: aurículas y ventrículos coinciden. Los amigos y la amada Úrsula se resisten a abandonar el interior del pecho de mi amigo a través de las tajaduras, troncos erguidos de una misma arboleda de la que el hacha le separa. Quisiera conocer la vida que va a sucederle, quisiera ser testigo de la evolución junto a la madre, ayudando con todas sus fuerzas al crecimiento de la criatura.

Su cerebro no cejaba en la actividad, interrogatorio invariable dirigido a los misterios del Universo, esperando que tanta insistencia lograra entreabrirlos. Elaboraba así, apresurado, preguntas que parecen esenciales; aunque llegaban ya sin urgencia, sin que importara a la demanda ser o no atendida, que la respuesta fuera una u otra, convincente o improvisada para salir del paso. Lo veo yo de igual modo. Desconocemos si existen sogas a la medida de los pozos profundos, puentes que crucen las corrientes más anchas, placidez para cada dolor y fin previsto a cualquier principio. Nadie asegura que las contingencias estén numeradas, ni que su ordenamiento obedezca a alguna sensatez. ¿Se sabe qué ramal hemos de aceptar en la bifurcación, adónde conduce el situado en el centro, cuál es el sentido de nuestra agonía? Percibimos entonces, no la verdad, que no es perceptible, sino su extraño lenguaje, su aparente dimensión. Sucede como si la verdad flotara arriba cuando nosotros gateamos, como si los signos con los que expresa su profundidad formaran también dibujos de una historia baladí, aceptada en sustitución de la auténtica, biografía provisional que pasa a ser, sin darnos cuenta o equivocándonos, la definitiva. Entiendo que Cesáreo se hiciera esas preguntas en los momentos fatales, porque yo también me las hago si en esa situación me pongo.

En el lecho de muerte, lo he oído decir y estoy convencido, se representan las diversas vidas. La propia, dirigida hacia adentro, sin fingimientos ni imposturas. La vida que los demás vieron, la constituida en ejemplo de otras retrasadas, la que pudo ser y no fue según revela el inventario emprendido. En el lúcido torpor que invade la mente se unifican todas, se intercambian confusas, se aclaran con una luz misteriosa que las ilumina desde el interior, por el lado de las causas. Intentamos con desesperación raspar las tachaduras de los signos escritos, blanquear los borrones, alisar la superficie arrugada, tornarla tersa en un pispás, mostrarla presentable. Procuramos sacudir las alfombras polvorientas, sacar las mantas al balcón para que la polilla vuele hacia los arcones herméticos, disimular las telas de araña; dándonos cuenta, enseguida, de la inutilidad del empeño, pues nuestra transparencia nada oculta.

Me siento Cesáreo en los instantes cruciales, cuando mi mente desea conocer sus sensaciones y sentimientos postreros. Un golpe de tos acerca un vaso de agua a nuestros labios, alejados más que nunca de la sed y de las líquidas necesidades. Unas manos blancas levantan con suavidad la cabeza y esponjan la almohada, como si el enfermo aspirara a morir bien acomodado, a entregarse al sueño inacabable sin molestias. Tras la mínima interrupción nos ponemos a elaborar planes, válidos cuando la convalecencia pierda la razón que la justifica, cuando la salud tome la circunvalación de la vida o el atajo de la muerte, siguiendo uno u otro de los sentidos opuestos. Fallido el intento de ordenar el futuro próximo, en línea con la perfección exigida al pasado inmediato, aparece un tejido rojo y blanco. Sus colores son los colores aislados de la seda, puros, sin el pigmento que los soporta; rojo y blanco definidos, acabados, concretos. Un tejido de seda así, inmaterial, pasa a través de nuestras pupilas tiñendo de blanco y de rojo todo el universo concentrado en la habitación. Tonos virginales, prístinos, ora sueltos ora mezclados, reunidos por fuerzas telúricas y, a la vez, separados en individualidades contradictorias.

Es consciente el moribundo de su equivocación, un error prolongado hasta los espacios y tiempos extremos: corrió día tras día hacia las situaciones aisladas. Comprende, de pronto, como iluminado por un relámpago, que la propia esencia del mundo es la mezcla de los distintos. Los contrarios abrazados, el bien y el mal, el blanco y el negro, la vida y la muerte; siempre y nunca negándose indefinidamente en el infinito etéreo. Se dan estas formas, conciliadas como los opuestos polos de la piedra imán, tanto en las personas como en las cosas. Los afines poco tienen que entregarse, el intercambio para ellos es ciertamente inútil.

Advierto que sí, a pesar de las heridas mortales, continuara viviendo Cesáreo, cuando muestra su deseo clara predilección por la permanencia... Si después de todo continuara él su camino inconcluso, probabilidad crecida al conocer que en el vientre de su amadísima Úrsula bulle una vida nueva, prolongación y síntesis de la de ambos... Sí, de poder mi amigo emprender una nueva exploración, buscaría de manera distinta,

en otras partes, fijándose en pormenores que dejó sin atención, y hallaría, ¡vaya si hallaría! Iba a encontrar pruebas donde solía mirar perspectivas y horizontes: el sitio apropiado para el giro del viento, el porqué del graznido del cuervo, la razón última del galope del caballo —silla de montar cortada por la cincha y caballero herido— regresando al cuartel después de la batalla. Encontraría el sentir de la roca enorme que rueda montaña abajo porque una hormiga ahuecó el mínimo terrón que la frenaba, o la avidez con que las gotas de lluvia se unen para formar torrentes. Imagino yo, al margen de esas circunstancias letales, en ese instante mínimo, que fenómenos tan insignificantes puede ser los que almacenan, diáfana, la explicación disimulada del mundo.

Se le ha revelado un nuevo método de exploración entendido como infalible. Por este hecho noto que es irreversible la fase en que se encuentra el moribundo; debe de estar entrando en la misteriosa eternidad de la que nadie vuelve. Ha traspasado —apenas albergo dudas respecto a tal punto— la barrera sobre la que nunca se han dado explicaciones, resultándole todo discernible en ese relámpago temporal. Se encuentra capacitado para medir la enorme distancia existente entre dos granos de arena vecinos, entre dos cabellos de un mismo mechón. Por contra, la indiferencia pinta de un solo color cada una de las revelaciones del trance. Buscó sentido a las marchas agitadas de las personas, diferenciando en milésimas de grado la inclinación sobre la norma. Comprendiendo, al parecer, algo tarde, que nada tiene importancia: la imparcialidad es la única regla universal, la no intervención generalizada es el mandato supremo. No ocurre porque esté todo previsto, que puede no estarlo, sino debido a que la tolerancia es grande. Nuestra rigidez en los pesos y medidas resulta absurda cuando en el Universo mil toneladas es polvo estelar, siendo mil millones de kilómetros el palmo cósmico. La clasificación exhaustiva y el orden invariable se revelan contraproducentes, el intervencionismo ocasiona efectos desastrosos; conoce, por fin, que retrasan el desarrollo y el progreso.

Varón o mujer, al sucesor que va a sobrevivirle se dirige Cesáreo: Permite que la naturaleza entera fluya según tus propios deseos, no

te vacíes para convertirte en cauce, no cruces presas a la corriente, no alces muros; deja surgir, deja ir, deja llegar. Límitate a ver sin sobresaltos como todo marcha hacia su propia justificación. El caos resultante es el orden verdadero. El azar es el auténtico señor de piedras, plantas y animales, de tiempos y distancias. El azar sigue reglas lógicas que desconocemos.

De este modo reflexiono sobre la muerte de Cesáreo. Lo pongo aquí para que el lector conozca la razón de su queja. Se convirtió en héroe y murió temprano, ciertamente temprano. Tras su manifestación dolida, comprendí que debía concederle el derecho de rectificación que asiste a cualquier personaje. De modo que el trabajo expuesto a continuación, aunque no es global, puedo decir que es íntegro. Parte de mi conocimiento personal sobre él, crecido tras la lectura de su esclarecimiento llamado *Convicciones de quien ha vivido*. Persona él de un gran ingenio, con esas dos fuentes principales, en el capítulo siguiente me propongo explicarlo tal como lo vi, tal como lo veo.

4 Dibujando a Úrsula Peña

Dos años antes de nacer Cesáreo, el 5 de mayo de 1944, en el seno de una familia de ganaderos y labradores inicia su existencia Úrsula. Nace en la sierra de Guadarrama, en la villa de El Escorial. Sucede dentro de una casa con muros de piedra, dotada de herrén y pozo, a la vista de la dehesa de La Herrería y del grandioso monasterio levantado en ella por obra y gracia del taciturno Felipe II.

Crece rápido, estudia mucho y bien. A su debido tiempo quiere ser arqueóloga. Ansía encontrar la respuesta que los tiempos pretéritos guardan entre sus pliegues, destinada a satisfacer la curiosidad del futuro por algún momento preciso del recorrido. El futuro, imagina, se interesará, también, por ciertos aspectos de un lejano estadio de eso que se ha dado en llamar, con rigor escaso, la civilización. Civilización, nombre engañoso de quien no ha llegado y ya pretende estar de vuelta. Al término del tiempo preciso, Úrsula Peña acaba los estudios

académicos que la facultan para lo que desea hacer y, con una copia del título en la cartera, va mostrándolo despacho tras despacho, hasta que en uno la contratan y se pone a escudriñar y a escudriñar.

Úrsula y Cesáreo, jóvenes, bien parecidos, educados a la usanza rural pero libres de prejuicios gazmoños, profesionales comprometidos con sus propios valores, se conocieron por la sola iniciativa del albur. Sucedió en un espacio neutral, ni de él ni de ella, de ambos; estaba determinado o lo parecía. Úrsula iría al encuentro de la aldea itinerante, aquella que, perseverando, parte de la etapa anterior y propicia la siguiente; la que desarrolla las habilidades heredadas y las coloca al alcance de las generaciones venideras. Cesáreo, recién retornado de Francia tras cuatro años de residencia en la capital de la nación, seguía buscando al hombre actual, el que sobrepasaba a todos, lleno aún de miserias. Al parecer, pasado y presente confluían en Portugal, escenario de su próximo trabajo. Acababa Úrsula de trasladar al aeródromo a una compañera de nacionalidad brasileña en trance de regresar a su país, y volvía de Lisboa sola en el coche. Iba camino de Vilanova de San Pedro, yacimiento al que dedicó casi tres meses: veintiocho días del mes de mayo, junio entero y tres cuartas partes de julio, iniciando entonces su cuenta. Tuvo hambre y, en la carretera secundaria por la que iba, se detuvo ante una fonda que conocía de ocasiones previas. Dada la época, la hora y el pequeño espacio del local, no le extrañó que todas las mesas estuvieran ocupadas; incluso una auxiliar que, por lo común, servía como depósito de utensilios.

Junto a la ventana abierta al huerto de la casa, un joven fijaba en ella su mirada de manera insistente. Se sintió incómoda, parada bajo el dintel como estaba, dificultando el trasiego del servicio y de los comensales. Alzó el joven la mano y, sirviéndose del pulgar, señaló un asiento vacío frente al suyo, en su propia mesa. Únicamente pretendía Úrsula franquear el paso y salir de su turbación, nada más eso, cuando se dirigió por el pasillo abierto entre las sillas de enea hacia el punto en que él comía. Punto cercano a la puerta de acceso al jardín, espacio previo a los surcos cuajados de hortalizas, donde dos o tres personas

esperaban a que alguien acabase. Es muy probable que careciera de una intención distinta a la de dispersar las miradas en ella coincidentes.

No tenía la joven mucho mundo; era la primera salida al extranjero, recién terminada la carrera, y notó, preocupada, que un cierto rubor encendía sus mejillas. Pensó salir al patio florido, porque el lugar prometía una rusticidad íntima y agradable que los dueños, seguramente, no compartían con cualquiera. Pero al llegar frente a él y situarse a un metro de la tupida barba, espesura tintada de un negro encendido, brillante; el joven se elevó cortés y abrió los labios finos en una sonrisa franca, hospitalaria, tranquilizadora. Ese gesto tuvo continuidad en el ademán de invitarla a compartir la mesa, tablero redondo del que a todas luces malgastaba una parte. Sobre el mantel de cuadros vio Úrsula humear un guiso casero de los que tan ávida había sido, y su apocamiento comenzó a retroceder. Sin desearlo del todo, pero sin poder eludirlo, ocupó la silla vacía al tiempo de entregar la mano, el nombre y la razón de su presencia. Es decir, los datos que el otro estaba esperando conocer.

Sorprendida por tal atrevimiento, que chocaba de frente con su innata timidez, escuchó a medias que se llamaba Cesáreo, venía de Tánger y subía desde el Algarve, realizando alguna extraña gestión a Porto. Tuvo Úrsula a su disposición, sin apercibirse apenas, dos platos superpuestos, pan, el servicio de cubiertos y una jarra de agua que, al parecer, había pedido. Dibujando una graciosa mueca como las que se forman en el rostro para solicitar permiso, el gentil muchacho la sirvió, tratando de evitar el derrame de alguna gota, dos cazos de la olla que compartían. Vuelta en sí, dueña ya de los actos y de los pensamientos, tuvieron ambos una sencilla conversación prometedor.

Estaba previsto que un azar amigo preparara las circunstancias con sumo cuidado, poniendo en ello el mayor esmero de que fuera capaz; eso resultaba evidente. Varón y mujer, con sus diferencias, encajaron; entrantes y salientes, aficiones y rechazos. El amor llegó a ellos como el sol en la amanecida, como la marea alta sobre la orilla llana, imparable, inundándolos. Luego se separaron, creciendo en Cesáreo el temor a

perderla sin haberla descifrado. La imaginaba como un teorema inde-mostrable, como un silogismo de proposición única. Por eso, cuando él regresó, se unieron por las manos, y ella se le concretó célula a célula, piel y sentimiento. Así supo que carecía de doblez y de artificio. Regresaron a Madrid y se sucedieron los viajes incómodos, de aquí para allá, buscando por separado algo que entre los dos poseían. Por eso se detuvieron en un recodo, curva cerrada, junto a la corriente cansada del río de la vida. Allí se perseguían sin reposo unos peces sin haber visto imagen igual en la orilla.

No se casaron y, si lo hicieron en algún lugar remoto, no existe constancia en los registros españoles. No obstante, se unieron en la ciudad que ambos eligieron. Salamanca es rica en matices. Posee el bullicio contagioso de los estudiantes jóvenes y el monótono sosiego de los días iguales. Goza la reflexión continuada del investigador y la queja inútil del abatido que se adhiere a la desgracia, prohiéndola; la meridiana penumbra de los libros abiertos a la verdad y la turbia luz del proceder contradictorio humano. El tiempo en Salamanca resulta ser dúctil y maleable; cubre bajo la misma capa de paño los territorios de la piedra labrada y del cristal hermanado con el acero. El espacio proporciona verticalidad a los sentidos, apropiándose de alturas intocables para proyectarlas sobre el lienzo de la plaza Mayor. Salamanca es sencilla y fuerte como ama labradora, y fue dotada de un alma tan grande que las casas, los palacios, las iglesias y las aulas están sobre el ánimo sólida edificados.

Cuando en el interior marchito de la biblioteca donde trabaja Cesáreo, de improviso cantan pajarillos y murmuran arroyuelos con tintineo de campanas cristalinas, es Úrsula quien toca el piano. Cuando, tras un largo cavilar improductivo, de repente la pluma del escritor consigue alinear las letras aisladas en frases cargadas de sentido, sucede que la mujer va de un sitio a otro etérea y constante. Es su influjo, es su presencia el catalizador que hace posible los pensamientos acertados. «Encuentro asideros al amor que están afianzados en la mujer, porque de ella parte la dicha que me corresponde. Pongo la

mirada en los objetos con la decidida intención de mudarles el nombre y, sin deseo de obtener respuesta, formulo una duda reiterada. Cómo separar en mi entendimiento a la mujer del amor, de la belleza y de la poesía; si en la poesía, en la belleza y en el amor, la mujer toma cuerpo; si en la poesía, en la belleza y en el amor, la mujer se concreta».

Parece costumbre arraigada entre algunos científicos: zoólogos, geógrafos, botánicos; la de tomar nota de las cuestiones técnicas, especialmente de los hallazgos o constataciones ocurridos fuera de los despachos, en las áreas habituales de su investigación. Suelen llamar a estas anotaciones cuadernos de campo, resultando ser base importante de las tesis posteriores. He comprobado que Úrsula daba cabida en sus apuntes a ciertos aspectos puramente personales. Junto al relato de la lentitud de los progresos o de las interrupciones bruscas propias de la exploración de yacimientos arqueológicos, hallazgos, derrumbes, dificultades conducidas de la mano por las inclemencias meteorológicas; ella reflejaba su estado de ánimo y las reflexiones suscitadas al hilo del cotidiano discurrir de la vida. Hasta la forma de ir vestida o peinada describe como muestra de su disposición y firmeza en la búsqueda de huellas. Anota, como ejemplo añadido, que cambia de mano el anillo colocado en el dedo corazón, para recordar que debe hacer o no hacer tal o cual ejercicio. Es frágil; «alas de mariposa, copo de nieve», bellísimas alabanzas de Cesáreo, «pruno florecido, rocío al alba». «Un cuerpo delicado enfundado en una voluntad de hierro. El empeño que la naturaleza pone en perpetuar los elementos efímeros y quebradizos haciéndolos insustituibles al eternizándolos —también expresión de Cesáreo—. Para quien desee saberlo, esa soy yo, la débil e indoblegable arqueóloga».

Puede entenderse que Úrsula añadía al documento una especie de diario íntimo, estoy convencido de que el contenido estaba destinado a darse ánimos. Era, por decirlo así, un estímulo necesario en el duro trabajo que la esperaba. La explicación lógica es que estos originales que ella guardaba habían sido copiados en su parte profesional, único contenido entregado a la entidad patrocinadora. Lo revelado a conti-

nuación forma parte de una misiva de amor, de las que con frecuencia recibía de Cesáreo, según me consta:

«Conociendo que, en tu vientre, mi amada Úrsula, bulle una vida que es prolongación de la mía, renuevo nuestro, destinada a expandirnos, mi cuerpo y mi mente se han llenado de energía. Como tú, soy otro bien distinto. Juntos recorreremos esta parte tan sugestiva del río de la vida. Amor, amor, amor, cuatro letras y todo un poema, una novela y una declaración de futuro que no es más que el presente continuo».

Debido a alguna razón desconocida para mí o acaso sin fundamento alguno, Gutiérrez Cortés imaginaba que Úrsula iba a sobrevivirlo. Probablemente, se trataba de un deseo, pero esa conjetura le indujo a adquirir parte de la editora de sus libros, cuando los dueños quisieron asegurarse la continuidad de tan fructífera colaboración. Vio en la oportunidad una forma de ahorro vinculada, de algún modo, a su propio trabajo. Pensó que dispondría de una bolsa capaz de poner a la mujer a resguardo de las adversidades económicas, una alcancía hecha de vasos comunicantes potenciadores de su caudal.

Úrsula murió a consecuencia del parto en el que nació la niña, una personita, felizmente, llena de salud. Fueron, los últimos, unos meses de desasosiego y sufrimiento, y el hecho de no poder acompañar a Cesáreo en los momentos terminales, debió de influir de manera importante en su propio final, aunque los médicos ni lo acepten ni lo descarten. Así que Cesáreo debe conocer esta noticia, poniendo al día sus pensamientos y emociones. *Dura est realitas, sed realitas*. Ayudando, además, a su hija en la adaptación a la nueva realidad del padre, tras esa especie de resurrección impensada por impensable. La hija tiene que volver su mundo patas arriba para recomponerlo y asentarlo, teniendo en cuenta que, de su padre, ella hizo el eje vital.

Decimoquinto concepto

O Coração da Medusa

Renata Bomfim e Pedro Sevylla de Juana 2021

Governo do estado do Espírito Santo 160 páginas

Dedicatória:

Às Mulheres,

Serpentes e

Demais

seres híbridos.

ISBN: 978-65-00-20287-8

Nota previa:

El gobierno del Estado de Espírito Santo publicó el EDITAL 018/2019 – SELEÇÃO DE PROJETOS DE INCENTIVO À PRODUÇÃO E DIFUSÃO DE OBRAS LITERÁRIAS NO ESPÍRITO SANTO.

Renata Bomfim quiso presentar *O coração da Medusa* en los dos idiomas y, para ello, necesitó que yo firmara una declaración. En ella

decía: haber traducido el poemario por libre y espontánea voluntad, autorizando la publicación en el Edital.

Sucedió que, llegado el momento del fallo, *O Coração da Medusa*, alcanzó el premio mayor para autores con obra ya publicada, obteniendo la más alta puntuación.

Renata Bomfim e o Brasil

Prefácio de Pedro Sevylla de Juana

Se pode pensar que Vitória, capital do Espírito Santo, é uma ilha rodeada de praias cingidas por prédios altos. De certo modo é assim. Acontece também que, nas férias, as praias abraçadas pelos arranha-céus estão superpovoadas: pessoas de lá e forasteiros. Não obstante, é possível encontrar uma praia deserta; e eu a encontrei. Não era Namorados, nem Curva de Jurema; Era a longa, longa Praia de Camburi.

Em Camburi, a vida agita—se à noite como uma garrafa de champanhe e espuma. Mas na primeira hora da manhã eu passeava sozinho. Só não; Ali, perto, uma criança brincava na areia na beira da água, onde as ondas morriam e morriam. Pensava eu na enormidade complexa do Brasil, tentando decifrar a paisagem e as pessoas, enigma de natureza múltipla. Cheguei ao lado do menino e vi que estava ocupado enchendo um pequeno buraco, feito na areia com uma concha maior do que as mãos juntas. Com a mesma concha ele tomava a água que banhava seus pés para agonizar em silêncio, e depositou—a no buraco. Que fazes menino?, que jogo jogas?: perguntei. Sem interromper sua tarefa nem um momento, ele respondeu com uma voz que não parecia de criança, se não de adulto muito sério: Estou mudando de lugar toda a água do mar. Não entendi bem, e usando certa ironia perguntei: E onde a queres deixar? Neste buraco: respondeu ele com toda a firmeza do mundo.

Naquele momento, percebi a semelhança do meu encontro com o de São Agostinho, quando ele debatia em seu interior sobre o homem e a

Santíssima Trindade. Eu estava pensando e pensando, para encontrar uma definição justa que abraçasse o Brasil sem deixar nada fora. Entendi que meu esforço era tão inútil quanto o do menino, bem como o do eminente santo. “Isto que vejo, tão complexo, tão exuberante, tão diverso, tão pobre, tão rico, tão escuro, tão colorido, tão árido, tão fértil, tão débil, tão forte, tão violento, tão terno; isto e mais: um conjunto de energias que somam e restam, um enigma intrigante que devo interpretar por mim mesmo; todo isso e bem mais, que não vou compreender nunca, é BRASIL.” Tardei meses, dia após dia, hora após hora, em chegar a essa conclusão; possivelmente incompleta e inexata.

Não obstante, gostei do resultado; parecia tão ajustado à realidade que eu queria transformá-lo em unidade e escala; definição que trata de ser exaustiva. Obstinação absurda, como eu vejo no instante de medir com ela O Coração da Medusa. No entanto, é nessa tentativa quando percebo que O Coração da Medusa é um livro profundamente brasileiro. E o excelente livro de poemas é tão profundamente brasileiro quanto sua autora, Renata Bomfim.

Renata Bomfim é uma poeta que embala os mitos infantis e os cultiva em seu seio, alimenta—os, mostra—lhes o caminho e leva—os à maturidade. Os mitos e o Brasil são consubstanciais. Me refiro a lendas e mitos muito diversos, de transmissão essencialmente oral. Há uma palavra que explica isso: Miscigenação. Mas Renata Bomfim não se conforma com a amplitude do significado daquela palavra de Gilberto Freyre, e desenvolve—a adicionando os mitos greco—romanos, que na juventude fez próprios por pura admiração. Renata procede dos índios Tupiniquim do Estado de Espírito Santo, de europeus portugueses e italianos, de africanos iorubas. Uns povos chegados pela força abominável da escravidão, e outros pela convocação interna que chama a cada um de acordo com sua natureza e suas necessidades: posse ou entrega; e as duas juntas às vezes. Miscigenação. Mas ela deseja conhecer causas e conseqüências; e estuda todo o que desperta em sua mente algum interesse. Se chega algo estranho, que ela considera valioso, o analisa, engole, digere e incorpora em seu ser. Antropofagia, na vontade pictórica de Tarsila

do Amaral. Por esta razão, e pela origem de um dos ramos da família, Renata chega ao romano e, pouco depois, ao grego, incorporando—os em seu sentir e pensar.

Atuam em Renata as capacidades generativas que no Brasil, como nela, somam e subtraem. Luas crescentes e minguantes coexistindo e se impulsando até o equilíbrio. Renata Bomfim é uma excelente poeta dramática. Seus poemas mostram muito sentimento, abrangem e contêm muita vida, considerando a vida como aquele mistério que vamos decifrando a cada momento até o miolo indecifrável: o conhecimento—desconhecimento do próprio ser. Renata Bomfim é uma grande poeta da incerteza, entendendo a incerteza como um profundo conhecimento do desconhecido, da ausência, do que ainda falta completar. Esse conceito do Tudo / Nada, Vazio / Cheio, é a gênese da sua dualidade pessoal.

O afã da consolidação pessoal passa pela busca da verdade. Sempre a verdade, toda a verdade: perto e longe, abaixo e acima. Verdade que faz sua dotando—a de uma marca de água indelével muito pessoal. Sua escrita foge da imitação, não segue correntes; abre estradas e as consolida a força de transitar por ambos sentidos de direções diferentes. O paradoxo é sua arma mais desagregadora, a desintegração é sua ferramenta analítica, a análise é seu método de trabalho —atalho talvez, talvez rodeio— caminho da verdade última; se a verdade suprema existir, pois Renata Bomfim cavalga sobre a dúvida. A dúvida e a chegada à verdade são as faces da personalidade da artista capixaba, brasileira, universal. Vai ela captando o estranho mais afim, misturando—o com o melhor arraigado, para criar novos poemas enriquecidos, aprimorados.

O benefício e o dano estão considerados essenciais em *O Coração da Medusa*. Não como conformidade com o que não pode ser evitado, mas sim como reconhecimento de que, existente e inexistente, formam a essência em condições de igualdade. Não de forma estável e estática, senão de forma dinâmica e mutável. É o que é e o que ainda não é, unidos; e é ambas coisas endireitando as curvas na estrada, avançando, indo e progredindo. Como toda pessoa de pensamento e expressão, pensamento e expressão são baseados em fundamentos pessoais. Renata Bomfim se emociona com o simples

e se intriga com o complexo, tentando separar seus elementos. Positiva o negativo, o dramatiza em seus versos, liquefazendo—o, sublimando—o. O drama desdobrado no papel resulta menos doloroso, facilita a pesquisa e sua eficácia terapêutica cresce. A dor nela é amiga, ferramenta em ocasiões, meio de purificação, ponto de embarque para a nova partida. Sai, depois de cada chegada, a lugares diferentes, que são os mesmos vistos com outro olhar. Suas feridas não apresentam cicatriz no contato, mas borbulham dentro do íntimo. A importância do mundo onírico é considerável na sua criatividade. Alguns de seus melhores poemas foram sonhos, nasceram de sonhos, sonhos com frequência reiterados.

As ideias sobre a origem e o fim, as teorias tecidas nesse ambiente, as práticas religiosas nas que participou ou das que teve conhecimento, moveram a sua olhada para O Grande Tudo, ou seu contrário equivalente O Grande Nada. Ou seja, aquilo que esvazia o cheio, o que preenche o vazio. Por ser dual em seu modo de ver o Universo —pessoa isolada e pessoa integrada no conjunto— ela explica nos seus poemas as imensuráveis magnitudes e a simplicidade próxima da ausência. Segundo suas experiências e conhecimentos, cada um dos inúmeros corpos dos quatro elementos, foi dotado de alma individual que forma parte da alma comum, essa alma infinita que respira a energia do Universo —matéria e antimatéria— procurando, não a nulidade, senão a síntese. Percebe Renata Bomfim o humano perseguindo a impossível integração de sensações, sentimentos, vontade, desejos, necessidades e objetivos na utópica felicidade, extensão da não menos utópica liberdade. Tudo o que existe real e imaginário, é animado; existe per se e ao mesmo tempo como consequência da existência geral. Causa e resultado, de acordo com sua poesia, formam uma unidade inseparável e agem e interagem dessa maneira no concerto universal.

Este livro de Renata, segundo a poeta pertence à Medusa, a intérprete. A razão pode vir de um eu lírico, autor verdadeiro e único, diferenciado, separado da pessoa da qual forma parte. E Renata Bomfim se justifica na crença de que o eu lírico possui conhecimentos e experiências localizados e adquiridos fora do resto da pessoa. Teoria do poema filho, posta em prática

com rigor, o que pode explicar sua originalidade. Uma originalidade que não consiste apenas em levar o seu veleiro contra a corrente, senão em remar quando o vento entra em calma. Remar, trabalhar, experimentar todo: é um recurso que ela usa em seu progresso, um progresso evidente, ato por ato, verso por verso; que neste livro alcança o zênite.

Nada importante foi feito no tempo—mundo sem paixão. A paixão é a ilusão excedida, desencadeada, urgente, ágil, rápida, intensa: flecha impulsionada pelo arco em direção ao objetivo. Renata sabe disso e coloca a ênfase nisso. Os arquétipos femininos que ela estuda tanto, que tanto admira, viveram essa paixão; em alguns momentos oposta à felicidade com F, como ela a escreve, como ela a persegue sem resultado visível. Todos os aspectos aqui considerados, e os muitos beirados por pouco conhecidos, configuram, na soma das partes, o interior rico, real, vivo e ativo de Renata Bomfim; artista e literata de nervo e caráter, pessoa infrequente. O Coração da Medusa é o resultado de todo o anterior: lido, visto, imaginado, escrito, pintado, desenvolvido, sonhado, apreendido pela poeta. O Coração da Medusa é tudo o que foi dito acima, assimilado, refeito e entregue a outros pela autora com a intenção de mostrar—se em toda a sua completa integridade.

Pedro Sevylla de Juana Villeneuve sur Lot, Aquitânia, França. Julho de 2015

Renata Bomfim e o Brasil

Prólogo de Pedro Sevylla de Juana

Puede pensarse que Vitória, capital de Espírito Santo, es una isla rodeada de playas ceñidas por edificios altos. De algún modo es así. Sucede, también, que, en época de vacaciones, las playas abrazadas por los rascacielos están superpobladas: gente de allí y forasteros. No obstante, es posible encontrar una playa desierta; y la encontré. No era Namorados, ni Curva de Jurema; era la longa, longa Praia de Camburi.

En Camburi la vida se agita por la noche como botella de champagne, y espumea. Pero a primera hora de la mañana yo paseaba solo.

Solo no; allí cerca un niño jugaba en la arena al borde del agua, donde las olas morían y morían. Pensaba yo en la compleja enormidad de Brasil, tratando de descifrar paisaje y personas, enigma de naturaleza múltiple. Llegué al lado del niño y vi que el niño se entretenía en llenar un hoyo pequeño, hecho en la arena con una concha más grande que sus manos juntas. Con la misma concha tomaba el agua que llegaba a sus pies para agonizar tranquila, y la depositaba en el hoyo. Que fazes menino?, que jogo jogas?: pregunté. Sin dejar ni un instante su tarea, respondió con voz que no parecía de niño si no de adulto muy serio: Estou tratando de mudar de lugar toda a água do mar. No lo entendí bien y pregunté: E onde a queres deixar?: empleando algo de ironía. Neste buraco: respondió con toda la seguridad del mundo.

En aquel punto caí en la cuenta de la similitud de mi encuentro con el de Santo Tomás, cuando debatía en su interior acerca del hombre y la Santísima Trinidad. Yo iba pensando y pensando, para hallar una definición justa que abrazara a Brasil sin dejar nada fuera. Entendí que mi empeño era tan inútil como el del niño, lo mismo que el del Santo eminente. “Esto que ves, tan complejo, tan exuberante, tan variado, tan pobre, tan rico, tan oscuro, tan colorido, tan árido, tan fértil, tan fuerte, tan débil, tan violento, tan tierno; esto y más, un conjunto de energías que suman y restan, algo que debes apreciar por ti mismo; todo ello y mucho más, que no vas a entender nunca, es BRASIL” Tardé meses, día tras día, hora a hora, en llegar a esta conclusión; seguramente incompleta e inexacta.

No obstante, me gustó el resultado; me pareció tan ajustada a la realidad, que quise hacer de ella unidad y escala; definición que pretende ser exhaustiva. Terquedad absurda, según veo en el momento de medir con ella *O Coração da Medusa*. Sin embargo, es en ese intento donde me doy cuenta de que *O Coração da Medusa* es un libro profundamente brasileño. Y el excelente poemario es tan profundamente brasileño como lo es su autora, Renata Bomfim.

Renata Bomfim es una poeta que acuna mitos niños y los crece en su seno, los alimenta, los muestra el camino y los lleva a la madurez.

Los mitos y Brasil son consustanciales. Me refiero a leyendas y mitos muy diversos, de trasmisión esencialmente oral. Hay una palabra que lo explica: *Miscigenação*. Pero Renata Bomfim no se conforma con la amplitud del significado de esa palabra, y la desarrolla añadiendo los mitos grecoromanos, que ya en la juventud hizo suyos por pura admiración. Procede Renata de indios tupiniquim originarios de Espírito Santo, de europeos portugueses e italianos, de africanos yoruba. Unos pueblos llegados por la fuerza abominable de la esclavitud, otros por la convocatoria interior que a cada uno llama según su índole y sus necesidades: posesión o entrega; y las dos juntas a veces. *Miscigenação*. Pero ella es curiosa de causas y consecuencias; y estudiosa de todo lo que despierta en su mente algún interés. Si le llega algo extraño que considera válido, lo analiza, lo engulle, lo digiere y lo incorpora a su ser. Antropofagia, en la intención pictórica de Tarsila do Amaral. Por eso, y por el origen de una de las ramas familiares, llega Renata a lo romano y, poco después, a lo griego, incorporándolos a su sentir y pensar.

Actúan en Renata esas capacidades generativas que en Brasil, como en ella, suman y restan. El afán de consolidación personal, pasa por la búsqueda de la verdad. Siempre la verdad, toda la verdad: cerca y lejos, abajo y arriba. Verdad que hace suya dotándola de una marca de agua indeleble, personalísima. Su escritura huye de la imitación, no sigue corrientes; abre caminos y los asienta a fuerza de transitar por ambos sentidos de direcciones diversas. La paradoja es su arma más disgregadora, la disgregación es su herramienta de análisis, el análisis es su método de trabajo —atajo quizá, quizá rodeo— hacia la verdad última; si es que la verdad última existe, pues Renata Bomfim cabalga a lomos de la duda. La duda y la llegada a la verdad son inherentes a la personalidad de la artista capixaba, brasileña, universal. Va ella captando lo extraño más afín, mezclándolo con lo propio mejor arraigado, para crear nuevos poemas enriquecidos, potenciados.

Al igual que en toda persona de pensamiento y expresión, el pensamiento y la expresión se sustentan en los cimientos personales. Renata Bomfim se emociona con lo simple y se intriga con lo complejo, ten-

tándola a separar sus elementos. Positiva lo negativo, lo dramatiza en sus mejores poemas, los que hacen de ella una excelente poeta dramática. El drama desplegado sobre el papel resulta menos doloroso, facilita la investigación, y su eficacia terapéutica crece. El dolor en ella es amigo, herramienta a veces, medio de purificación, punto de embarque para la nueva partida. Sale tras cada arribo hacia diferentes lugares, que son los mismos vistos con otra mirada. Sus heridas no dejan cicatriz al tacto, pero bullen en el interior íntimo. La importancia del mundo onírico es considerable en su creatividad. Algunos de sus mejores trabajos fueron sueños, nacieron de sueños, sueños con frecuencia reiterados.

Las ideas sobre el origen, las teorías tejidas en ese entorno, las prácticas religiosas en las que tomó parte o de las que tuvo conocimiento, la movieron a buscar O Grande Todo, o su contrario equivalente O Grande Nada. Es decir, aquello que vacía lo lleno, lo que llena el vacío. Porque es dual en su forma de ver el Universo, desde las magnitudes inconmensurables hasta la existencia mínima, de una simplicidad próxima a la ausencia. Según sus leales saber y entender, cada uno de los innúmeros elementos de la suma y la resta, del todo y la nada, fueron dotados de almas individuales que forma parte del alma común, esa alma infinita que insufla al conjunto la energía: materia y antimateria buscando, no la nulidad sino el equilibrio. Percibe lo humano persiguiendo la imposible integración de sensaciones, sentimientos, voluntad, deseos, necesidades, objetivos y, la utópica felicidad, prolongación de la no menos utópica libertad. Todo lo existente y, aun, lo imaginario, es animado, posee alma, existe por sí mismo y a la vez como consecuencia de la existencia general. Causa y consecuencia, según su convencimiento, forman unidad inseparable y actúan e interactúan de ese modo en el concierto universal.

Este libro suyo, pertenece a Medusa, la intérprete. La razón puede venir de un yo lírico, autor verdadero y único, diferenciado, desgajado de la persona de la que forma parte. Y Renata Bomfim se justifica en la creencia de que el yo lírico cuenta con conocimientos y experiencias si-

tuadas y adquiridas al margen del resto de la persona. Teoría del poema hijo, puesta en práctica con rigor, que puede explicar su originalidad. Una originalidad que no consiste sólo en llevar su velero contra corriente, si no en remar cuando el viento entra en calma. Remar, trabajar, intentarlo todo: ese es un recurso que utiliza en su progreso, un progreso evidente acto a acto, verso a verso.

Nada importante se ha hecho en este mundo sin pasión. La pasión es la ilusión excedida, desatada, ligera, ágil, veloz, intensa. Renata lo sabe y pone en el ello el énfasis. Los arquetipos femeninos que estudia tanto, que tanto admira, vivieron esa pasión; en algunos momentos opuesta a la felicidad con F, como ella la escribe, como ella la persigue sin resultado visible. Todos los aspectos aquí tenidos en cuenta, y los muchos orillados por poco conocidos, configuran, en la proporción sumada de las partes, el mundo interior rico, real, vivo y activo de Renata Bomfim; artista y literata de nervio y esencia, persona infrecuente. *O Coração de Medusa* es el resultado de todo lo anterior, leído, visto, imaginado, escrito, pintado, desarrollado, soñado, aprehendido. Asimilado, rehecho y entregado a los demás con intención de mostrarse.

Pedro Sevylla de Juana

Villeneuve sur Lot, Aquitaine, Julio de 2015

Dos poemas del libro en los dos idiomas

Atos (in)tencionais

I

Ainda não viste a minha cor,
Nem sentiste o meu cheiro,
Nunca me conhecerás por inteiro.
Esta sou.
Sempre outra, outra, outra,
Desde que o mundo é.
Fui e continuarei sendo.

Ainda não viste a curva espinhal
Nem sentiste o abalo dos ventos
O furo seco do punhal: a lâmina.
São de ferro as minhas vértebras.

II

Não sou para ti,
Nem para o teu prazer.
Não sou adorno para a tua casa,
Tempero da tua cama, não!
A mula incansável e obediente
É fantasia tua.

Não sou.
Não estou aqui para ti.
Talvez por isso vejas apenas o desejo
E não a mim e nem as coisas do mundo.
Talvez por isso não enxergues
A vida íntima da minha vida.

Não compreendes:
Sou o vazio grávido.

III

Fértil e pronta.
Nasci formada de ventre,
Vísceras, carne, sangue, cuspidos símbolos.
Estou aqui.
Enxergas—me agora?
Sinuosa e cantando lisuras, sigo.

Gestada pelo vazio no interstício,
No entre,

(Lugar que desconheces)
Fui, sou a dona dos espaços ambíguos.
Habitas o centro e não sabes
Do oco e do nem vazio.

IV

Não pretendo revelar—te esses segredos femininos,
Ignoras as sombras vivas que nos acompanham.
Ignoras as sombras,
Pobre de ti!
Não vês que o canto em ondas curtas e longas faz o tempo ruim.
Pobre de ti!
Mira, o tempo abre fissuras na existência,
Desconheces o canto e suas ondas?
Pobre de ti!
Aprende o caminho de volta.

V

Um motivo para viver.

Vivo porque o ar se impõe aos meus pulmões.
Porque o meu corpo possui vontade própria.
Embora o sol aqueça a minha existência e torne tudo luz
Eu prefiro a lua, as sombras, o escuro.

Uma sombra me acompanha.
Ela é espessa e não respeita obstáculos.
A sombra não precisa de motivos.

Eu preciso levantar após a noite mal dormida.
Gostaria de ter alguma certeza aos abrir os olhos.
Nenhuma certeza!

VI

Vozes conflituosas.
Alguém me toca
Despertam os demônios da memória.
Necessito esquecer.
Necessito te esquecer.
Quero ser derrotada na luta dos inocentes.
Fui mulher de muitos homens
Mantenho a pureza
Como o lírio que se abriu sob
O manto da aurora.

VII

O homem que amei se ria dos meus bocejos.
O homem que amei se ria, ia, ia, ia, ia...
Hoje faz um dia que perdi as chaves.

VIII

Você enxerga a vida que se oculta
Dentro de mim?
Reconhece a vida de minha vida?
Normal que não me enxergues,
Normal.
Só enxergas o que teus olhos imaginam,
O teu desejo te cega.

Tive uma paciente chamada Norma,
A vida íntima de Norma era linda, ela era livre.
Mas, quantos remédios,
Faziam de tudo para ela se adequar.
Norma passava a sua vida ordinária drogada.

A vida secreta de minha vida possui legislação própria.
Vivo drogada de poesia.
Ontem cheirei Walt Whitman,
Depois injetei uns românticos e, por fim,
Camões, cantos encapsulados.

Talvez as vozes que nos orientam
Na passagem da vida íntima para a vida revelada
Permaneçam se comunicando através da mente.

IX

Em segredo plantei um jardim.
Nada de simetria.
Cultivo as flores da desordem.
Em segredo, a vida de minha vida se expressa
Nas entrelinhas de mim, ou dessa que imagino ser.
Tudo normal, mas, não sou a Norma.

X

Me achas rude,
Grosseira,
Má.
Sou essa.

Grotescamente rude e desordeira,
Leio as palavras que balbucias
A contrapelo.

Sou barroca, encarniçada
Saturnina, desvairada,
Sou isso.

Hierática, eléctrica,
Orgástica, dramática.
Nada Rococó,
Não amenize os fatos,
Gosto dos efeitos,
Vamos debulhar afetos:
Sou barroca,
barroca.

Actos (in)tencionales

I

*En todo este tiempo no conociste mi color verdadero,
Ni sentiste ese olor mío tan especial
Nunca me sabrás del todo.
Esta soy en verdad:
Siempre otra, otra, otra, y otra distinta,
Desde que el mundo es mundo
Fui y continuaré evolucionando.*

*En todo este tiempo no acariciaste mi curva espinal
No sentiste la sacudida de mi soplo
El pinchazo seco del puñal: la cuchilla.
Son de hierro mis vértebras.*

II

*No estoy destinada a ti
Ni a tu placer siquiera.
No soy un florero de tu casa
estímulo en la cama, ¡no!
Esa mula incansable y obediente
Es solo una ilusión tuya.*

*No existo.
No vine para ti.
Quizá por eso solo sientas el deseo
Y no te interese yo ni las cosas del mundo.
Acaso por eso no percibas
La esencia viva de mi vida.*

*No lo comprendes:
Soy el vacío grávido.*

III

*Fértil y activa.
Nací dotada de vientre,
Entrañas, carne, sangre, escupiendo símbolos.
Estoy ante ti.
¿Me descubres ahora?
Sinuosa y cantando verdades, sigo*

*Fecundada por el vacío en la grieta,
En el interior,
(lugar que desconoces)
Fui, soy la dueña de los espacios ambiguos.
Ocupas el centro o lo ignoras todo
Del hueco y de lo que le llena.*

IV

*No deseo desvelarte esos secretos femeninos
Ignoras las sombras vivas que nos
Acompañan.
Desconoces la oscuridad que nos envuelve,
¡Pobre criatura!
No comprendes que el canto con sus ondas cortas y largas
causa los malos tiempos.*

¡Pobre de ti!

Observa: el tiempo abre fisuras en la existencia.

¿Desconoces el canto y sus ondas?

¡Pobre de ti!

Descubre el camino de regreso.

V

Una razón para vivir

Vivo porque el aire manda en mis pulmones.

Porque mi cuerpo sigue los dictados de su propia voluntad.

Aunque el sol encienda mi existencia y torne todo luz

Yo prefiero la luna, las sombras y lo oscuro.

Una sombra va conmigo.

Es espesa y desprecia los obstáculos.

La sombra no necesita razones para avanzar.

Yo preciso volar tras una noche de insomnio

Quisiera tener alguna certeza al abrir los ojos.

¡Nada de certezas!

VI

Voces conflictivas.

Alguien me toca

Despiertan los demonios del recuerdo

Necesito olvidar.

Necesito olvidarte una vez más.

Quiero ser derrotada en la lucha de los inocentes.

Fui mujer de muchos hombres

Conservo la pureza

Como el lirio abierto bajo

El manto de la Aurora.

VII

*El hombre que amé se burlaba de mis bostezos
El hombre que amé se burlaba sin parar.
Hoy hace un día que perdí las llaves
esas llaves que te abrían.*

VIII

*¿Usted sospecha la existencia de la vida
que crece dentro de mí?
¿Reconoce la vida de mi vida?
Con razón no me vislumbra,
Con razón.
Solo ves aquello que tus ojos imaginan ver,
Tu deseo te ciega.*

*Tuve una paciente llamada Norma,
La vida íntima de Norma parecía bonita, ella era libre.
¡Pero, cuántas medicinas,
se esforzaban para que viviera así!
Norma vivía una vida artificial inconsistente.*

*La vida secreta de mi vida cuenta con legislación propia.
Vivo enviciada de poesía.
Ayer esnifé a Walt Whitman,
Después me inyecté unos románticos y, por fin,
Camões, cantos encapsulados.*

*Acaso las voces que nos orientan
En el paso de la vida íntima a la vida mostrada
Permanezcan comunicándose a través de la mente
Trasvasando conocimientos.*

IX

A ocultas planté un jardín.

Nada de simetría.

Cultivo las flores del desorden.

En secreto, la vida de mi vida se expresa

En mis entrelíneas, mías o de esa que imagino ser.

Todo normal, pero no soy aquella Norma.

X

Me encuentras, áspera

Grosera,

Mala.

Soy esa.

Ridículamente ruda y asocial,

Leo las palabras que balbuceas

A contrapelo.

Soy un despeñadero, soy cizañadora,

Hija de Saturno soy, desvariada,

Sí, eso soy.

Exageradamente solemne, eléctrica,

Orgásmica, dramática.

Nada Rococó,

No suavice los hechos,

Me gustan las consecuencias:

Soy una depresión y un montículo,

Abismo y cima,

Vamos a deshojar los afectos

Soy hiperbólica

Soy otra, otra, y otra distinta.

Esa soy yo.

Solares: poema em dez atos

I

Fui atriz.
Lembro ainda:
Noites de estreia,
Luzes, cenários.
Podiam ver que eu era
Quem fingia ser.

Atuei nos palcos da ilha mundo
Sendo eu e sendo outras de mim.

Quando as luzes se apagavam
Bebia o sol que trazia escondido
Em um frasco dentro da bolsa.
Bebia a luz densa e flexível sentindo raiar o dia.
Pensava: — hoje o inédito está vulnerável.

Naquele mundo
Mãos ávidas agarravam o resto de brilho
Que se esvaia do sol que se tornara dia.
Sedutor, o astro balançava na minha direção
A ruiva cabeleira.
— Te quero aqui! Te quero!
As palavras brotavam límpidas de minha boca
Como se um veio d'água nascesse em pleno deserto.
Te quero!

Entre os dedos gotejava, viscoso, o desejo.
Eu era noiva então e seguia
Vestida de luz.
As núpcias.

Nossos corpos serpentearam enroscados
como raios.

II

Sentamos à mesa.

O garçom serviu, quente, a carne de um anjo.
Você, que me prometera o paraíso, me obrigava a comer carne de anjo.
Eu sentia o horror de ter entre os dentes aquele pequeno mimo,
Delícia, transgressão macia e...
Minha língua analisava a textura do santo,
O meu sangue tornou—se vinho.
Salivei mel e excretei delícias sem nome:
Ainda éramos inocentes!
O anjo fora preparado com ingredientes frescos
Colhidos no que se tornaria a eternidade.

III

Elevo os olhos para além
Do conhecido.
O céu fictício, com o sol que carrego penitente,
Existe inexistido.
A fabulação é ofício (árduo e fatídico)
Fabulo para não morrer e canto
Cantiga antiga, de amiga, de amor.

Quero apalpar o amanhã,
O dia é o prolongamento do sonho.
Canto o amor que trouxe desde a célula duplicada
Amor que continua dentro e que grita a minha boca aberta,

Quentura, ansiedade e desejo por outra boca quente.
O meu ser convulsiona dentro do sistema,

Não me encaixo!
Caixa, coxa, convulsiono!

Estou nua das certezas,
O amor me habita,
Convulsiono!

IV

A vida anda curta.
Os dias não cabem no teu momento de contentamento.
Eu canto como quem grita no escuro e não escuta a própria vida.
O sonho que prolonga a vida e o viver não acorda.
Cegueira.
Levo a mão ao seio, sinto a carne quente que vibra
Sinto o céu como se voasse no vazio.
O céu é um buraco, não há nada além de nuvens.
Desenho no céu com as nuvens!
Imagino e não vejo possibilidade de voltar a cantar.

V

Estava cansada de levar comigo
O sol.
Guardava o astro entre as mãos como se
dele dependesse a vida.
As trevas eram pesadas como pétalas de rosas.
O sol pesava e queimada a palma ressentida de minha mão.

Precisava plantar o astro antes que ele explodisse:
O sol é uma bomba!

Caminho cantarolando a música do pássaro e da aranha.
O sol está rubro como um tudo,
Plantar o sol é a minha maior das responsabilidades.

Útero sol.
Razão do amanhã.
Razão do meu ventre parindo alvoradas,
Razões do meu corpo retalhado pelos sonhos.

Cai a noite.
O sol não se arrepende da luz que perdeu.

Sombra amiga, qual a medida do meu ser dia?
Qual o tempo da colheita das rosas?
A estrela gira suas pontas,
Há desespero nos dedos dos meus pés.

VI

Cortei a cebola.
Os olhos percorriam a cozinha.
Cada objeto guarda um segredo.
Há momentos em que o tilintar das colheres
Evoca espíritos.
Cortei a cebola e coloquei na panela quente
Óleo e alho.

O fogo aquecido evocava o frio de uma ausência.
Lembrei da hortelã e da pimenta.
O verde e o vermelho enviaram um tempo
De cores e aromas felizes para a mesa.
A felicidade estava de volta
Como um morto revivido enviado pela memória.

VII

Já fui princesa no devaneio de uma saudade.
Já fui princesa.

Toquei a poesia
Vislumbrei o invejável de uma presença.
As sombras não deixam esquecer a minha filiação.

Caiu a máscara.
Sob o verniz outra máscara e outra e outra.
A solidão desafia, sob o não—rosto, o teu rosto frio.
A luz fraca se projeta no chão que se abre
Sinto o mundo dentro de mim,
Vejo as entranhas da terra.

Fui mulher quando as mulheres não sabiam
Que era preciso carregar o sol.
Fui mulher quando não existiam mulheres e nem homem,
Apenas seres.
A noite possui uma razão desprovida de verdade,
As sombras brincam de volúpia e potência.
Fui mulher ensaiando a delícia de ser esse não ser.
Não sabia que as sombras eram filhas do dia adormecido.
Lembro ainda, fui princesa nos meus sonhos!

Caminhei por lugares distantes repetindo o teu nome,
Desejando pertencer a tua família.
Queria o teu nome junto ao meu.
Assim, garantiria que nossos corpos estariam unidos pela eternidade.
Sonhei, sonhei, sonhei.
A realidade revelou que o dia dura um tempo colossal.

VIII

A casa continua vazia.
O sol está sobre a mesa, ilumina o ambiente,
Um anjo se revira no meu dentro.
Falta algo.

Falta o sol no auge do esplendor,
O sol perdeu a potência.

As ruas estão vazias.
As pessoas desapareceram no labirinto de suas
Solidões particulares.
As paredes das casas guardam as últimas palavra pronunciadas.
Os homens entraram na espiral do esquecimento.

–Te amo!
Ouço uma ruína gemer como se fosse de carne e sangue.
–Te amo!
Vivi o vazio da casa eterna—eternamente vazia,
Necessito do teu estar aqui,
Necessito que o teu corpo etéreo se torne realidade.

IX

O sol é uma saudade dentro de um tempo.
Lutei para ser alguém,
Enchi a cabeça de teorias,
As paredes plenas diplomas mostram
Que fracassei

Sou alguém quando teu corpo raspa as camadas do meu dentro,
Penetrando o meu uno,
Fertilizando o meu simples,
Pluralizando esse isso que hoje brilha dentro de mim.

X

Saiu da minha boca uma palavra
E voou para o inefável como uma pomba em busca
de outra palavra.
Meus joelhos se dobraram

Rezei sem fé palavras encantadas,
Crente no poder do dizer:
Femeamente celebrei e dancei ao redor
Das palavras: inomináveis!

Exaltación del SOL: poema en diez actos

I

Fui actriz.

Lo recuerdo aún:

Noches de estreno,

Luces, escenarios, aplausos, vítores.

Se podía creer que yo era

Exactamente

Quién fingía ser.

Actué en los prosenios de la Isla Mundo

Siendo yo y siendo

Ligeras

variaciones de mí misma.

Cuando las luces borraban su esplendor

Bebía el Sol que traía oculto

En un frasco al fondo de la bolsa.

Bebía la luz densa y flexible sintiendo despuntar el día.

Pensaba: hoy

hasta lo inédito es invulnerable.

En aquel mundo

*Manos ávidas se apoderaban del brillo crujiente
desprendido del Sol al transformarse en día.*

Seductor, el astro inclinaba en mi dirección

La pelirroja cabellera.

—¡Te quiero aquí! ¡Te quiero en mí! ¡Te quiero!
Las palabras brotaban límpidas de mi boca
Como si un líquido filón de agua fresca
brotara en pleno desierto:
¡Te amo!, ¡te quiero!

Entre los dedos goteaba, viscoso,
El fruto preliminar del deseo.
Yo era la prometida inexorable y permanecía
Vestida de luz.
Las nupcias celestes, paradisiacas.
Nuestros cuerpos serpentearon enroscados
como rayos fulgentes.

II

Sentados a la mesa
Presidencial del banquete.

El garzón, impecablemente uniformado
Guantes blancos impolutos
Sirvió, caliente, sazonada, la carne glútea de un ángel.
Usted, mi enamorado, que me prometía
En propiedad el Edén,
me obligaba a comer bistec de ángel.
Soportaba el horror de sentir entre los dientes
El delicado agasajo,
Delicia, transgresora transgresión, pecado
Suave, esponjado, blando y sabroso.
Mi lengua analizaba la textura del cuerpo sagrado,
Mi sangre se convirtió en vino de alta graduación,
Sabor y aroma robustos.
Salivé miel y excreté delicatessen.
¡Seguíamos siendo inocentes!

*Se guisó el ángel con ingredientes frescos
Tomados de lo que sería la eternidad.*

III

*Elevo los ojos mucho más allá
De lo desconocido.
Y ese cielo ficticio, con el Sol que arrastro y soporto,
Penitente yo sin culpa,
Existe inexistente.
La fabulación es oficio (arduo y fatídico)
Fabulo para no morir y canto
Cantiga antigua, canción de amiga, amorosa
Trova enamorada.*

*Quiero palpar el mañana,
El día es la alargada prolongación del sueño.
Canto al amor que traigo desde el origen
de la célula duplicada, escindida,
Amor que continúa dentro y que grita
Toda mi boca abierta en desgarró,
Calentura, ansiedad y deseo irrefrenable
de otra boca ardiente de pasión.
Mi ser se estremece en fuertes sacudidas
dentro del sistema universal,
¡No encajo en mí, no me ajusto!
Pechos, cintura, muslos; ¡convulsiono!*

*Estoy desnuda de certezas,
El amor me habita
Siento la llegada inminente del seísmo
¡Maremoto, tsunami!
Por fin sucede, sucede y sucede.*

IV

*La vida resulta corta, insuficiente.
Los días no caben en los escasos momentos de satisfacción.
Canto como quien grita en la oscuridad
Sin escuchar el aleteo
Entusiasta de la propia vida.
El sueño, que ensancha y prolonga la vida
coloreando el acto mismo de vivir, no despierta.
Ceguera.*

*Llevo la mano al seno, noto vibrar la carne aún caliente,
Siento el cielo como si volara en el vacío.
El espacio es un agujero, no hay nada más allá de las nubes.
Recuerda mi dibujo escolar titulado: ¡Cielo con nubes!
Imagino y no encuentro
la posibilidad inmediata de volver a cantar
ese himno excelso
sinfonía recién concluida.*

V

*Sentía el cansancio de portar conmigo
El imprescindible, vivificante Sol.
Acunaba el astro entre los brazos
—maternal cuidado— como si
de él dependiera la vida toda,
como si él fuera toda la vida.
Las tinieblas pesaban como pétreos pétalos de rosa.
El sol pesaba quemando las palmas doloridas
de mis manos.*

*Era preciso plantar el astro antes de que explotara:
¡En ese instante sentía el Sol
como potentísima bomba estelar!*

*Camino tarareando la música del pájaro y de la araña.
El Sol se muestra rubicundo como un todo ardiente,
Plantar el Sol es mi mayor responsabilidad.*

Útero Sol.

*Causa del mañana acercándose,
Justificación de mi vientre pariendo alboradas,
Razones de mi cuerpo desmenuzado por los sueños.*

Cae la noche.

*El Sol no echa de menos la luz que perdió,
No la necesita.*

*Sombra amiga, ¿cuánto abarca mi ser día?
¿Cuándo es tiempo de cosechar rosas?
La estrella da vuelta a sus puntas,
Hay desesperación en los dedos de mis pies.*

VI

Corté la cebolla.

Los ojos exploraban la cocina.

Cada objeto guarda un secreto.

*Hay momentos en que el tintineo de las cucharas
descubre la presencia de espíritus.*

Corté la cebolla y coloqué en la cazuela

Caliente Aceite y ajo.

El fuego encendido, vivo, evocaba un frío de ausencias.

Recordé la hierbabuena y la pimienta.

El verde y el rojo dispusieron un tiempo

De colores y aromas radiantes en la mesa.

La felicidad regresaba

Como un muerto resucitado por la memoria.

VII

Ya fui princesa en el devaneo de la nostalgia.

Ya fui princesa.

Palpé la poesía

Vislumbré lo envidiable de una presencia.

Las sombras no permiten olvidar mi filiación.

Cayó la máscara.

Bajo el barniz otra máscara y otra y otra.

La soledad desafía, bajo el no—rostro, tu rostro frío.

La luz débil se proyecta en el suelo que se abre

Siento el mundo dentro de mí,

Veo las entrañas de la tierra.

Fui mujer cuando las mujeres no sabían

Que necesitaban acarrear el Sol.

Fui mujer cuando no existían mujeres ni hombres,

Sólo seres.

La noche posee una razón desprovista de verdad,

Las sombras se agitan de voluptuosidad y energía.

Fui mujer probando la delicia de ser ese no ser.

Ignoraba que las sombras eran hijas del día adormecido.

Aún lo recuerdo: en mis sueños fui princesa.

Avancé por lugares distantes llamándote y llamándote,

Deseando pertenecer a tu familia.

Quería situar tu nombre junto al mío,

*Esa cercanía me iba a garantizar que nuestros cuerpos
permanecerían unidos durante toda la eternidad.*

Soñé, soñé, soñé

La realidad reveló que el día no acaba nunca.

VIII

*Nadie en la casa, nada aún en ella.
El sol extendido sobre la mesa, ilumina el ambiente,
Un ángel se retuerce en mi interior.
Falta algo.
El Sol está ausente del esplendor esplendente,
El Astro Rey perdió su poder.*

*Las calles desiertas.
Las personas ancladas en el laberinto de sus
Propias soledades.
Las paredes de las casas atesoran las últimas
palabras pronunciadas.
El hombre caerá en la espiral del olvido.*

*—¡Te amo!
Oigo a los escombros gemir como si fuesen carne y sangre.
—¡Te amo!
Viví el hueco de la casa eterna, eternamente vacía.
Aquí y ahora necesito tu presencia,
Exijo que tu cuerpo etéreo se materialice.*

IX

*El Sol es una añoranza llenando el tiempo.
Luché para tener un Nombre,
Colmé la cabeza de teorías
Las paredes cubiertas de diplomas
Muestran mi fracaso,
demuestran que erré.*

*Soy alguien cuando tu cuerpo rasga mis estratos internos,
Penetrando mi integridad,
Fertilizando mi esencia,
Diversificando ese ente que hoy brilla dentro de mí.*

X

Salió de mi boca la palabra silente

Y voló hacia lo inefable como una paloma en busca

De otra palabra callada.

Cai de rodillas

Recé incrédula salmos encantados

Convencida del poder mágico de la voz dicha

En el momento adecuado:

Hembra final, solemnicé el momento, danzando alrededor

De las palabras innombrables

Que el Sol iba evaporando.

“Exaltación del Sol, poema en diez actos”

Lectura crítica de Pedro Sevylla de Juana

El poema último de Renata Bomfim, destaca en primer lugar por la extensión. Consta de diez actos y varias partes bien diferenciadas que sirven a un mismo fin. Y en segundo lugar destaca por la intensidad expresiva. Intensidad luminosa irradiando luz sobre todo el poema. Una luz nacida y crecida del Sol, protagonista del Canto, un Sol que es Luz por encima de todo: brillo crujiente. “Exaltación del Sol” es, pues, un poema extenso e intenso; río largo y profundo.

Más allá de la sensualidad evidente, en el poema, más allá del deseo, Renata Bomfim ha puesto pasión. “Nada grande se hizo, nunca, en el mundo sin pasión”: asegura Friedrich Hegel. Pasión que la poeta lleva más allá del área amorosa: Nuestros cuerpos serpentearon enroscados, inundando el territorio entero con su pasión por la vida: el origen de la célula duplicada, escindida. Pasión que lleva como componentes esenciales, la energía y la ilusión.

Participan los versos de lo Universal, Siento el mundo dentro de mí; llegando con suavidad a lo doméstico: corté la cebolla. Lógica

y emoción persiguiéndose: La noche posee una razón desprovista de verdad, sirven, amalgamadas, a la desbordante imaginación de la autora, para trazar su pintura mural. Eso es también “Exaltación al Sol”, un mural colorido donde acuarela y óleo se unen al fresco cristalizado en la propia pared. El cuerpo, desajustado por las sensaciones gozadas, desmenuzado por los sueños, se pone al servicio de la mente lúcida para alcanzar lo inasible, asíéndolo. El presente viene del pasado buscando el huidizo futuro que la voluntad alcanza con esfuerzo. La mujer, hembra en toda su extensión, es la portadora del Sol, la encargada de llevarlo adelante, generación tras generación.

Obediencia y trasgresión: Usted, mi enamorado, que me prometía / En propiedad el Edén, / me obligaba a comer bistec de ángel. Soledad y compañía, llevan la conducta a lo humano, imagen de lo divino: plantar el Sol es mi mayor responsabilidad. El yo resurge con fuerza dentro del maremagno constante que le envuelve: Las sombras no permiten olvidar mi filiación. Luché por tener un nombre. El mito del amado, del macho amoroso, que protege y engendra el futuro en el interior de la hembra procreadora, ese mito antiguo goza de presencia constante: avancé por lugares distantes llamándote y llamándote.

Lo inanimado comportándose como animado: Oigo a los escombros gemir como si fuesen carne y sangre. Lo efímero y lo eterno, la dureza y la sensibilidad, el día y la noche, la realidad y el sueño, lo existente inexistente, ese ser no ser, junto a la mesa dispuesta para el banquete, se hacen metáforas abundantes, hinchidas de belleza, en los versos de Renata Bomfim, poeta de los conceptos y las ideas visuales, de la dramatización de los principios que mueven al ser humano. Ha roto la poeta los diques que la frenaban y la valentía ha vencido al temor inundando los valles, irrigando vegas feraces con su amor a la Naturaleza, para que lo nuevo sustituya a lo antiguo. Estamos ante un poema rico y diverso, ante una selva de posibilidades creativas hechas realidad. Busco enlaces y similitudes entre este poema y lo que conozco de la poesía brasileña y los encuentro en la Hilda Hilst que traduje con gozo, más que en ningún otro poeta.

PSdeJ, El Escorial, madrugada del 14 de junio 2016

Dos días de boda en Francia

Pedro Sevylla de Juana 2023

Universo de Letras Grupo Planeta 198 páginas

Dedicatoria:

Pour tous les amis que j'ai laissés dans la
France après chaque séjour, sud et nord.

ISBN: 9788419775566

ISBN eBook: 9788419774989

Contraportada:

Dos días de boda en Francia, es el libro número 31 de los publicados por Pedro Sevylla de Juana, académico correspondiente de la Academia de Letras del Estado de Espírito Santo ES, Brasil y premio internacional Vargas Llosa de novela. El libro relata poco más de dos días en la vida de protagonistas y personajes secundarios. Fueron ellos convocados a una boda que sorprende a extraños y propios. Los españoles, padres y hermanos del testigo principal, parten del centro de España para llegar al corazón del Languedoc, comarca de Albi, en Francia. En la tierra de los albigenses se producen los hechos de la trama. Ceremonia en la iglesia Notre Dame du Bourg, de Rabastens, considerada monumento histórico, a más de patrimonio mundial de la Unesco en el Camino de Santiago francés. Celebración en el célebre *chateau* de Mauriac. El desarrollo de los actos, tejido por las relaciones entre los asistentes, locales y foráneos, crea un intríngulis de mucho interés. El lenguaje sencillo y preciso, unido al esclarecedor retrato interior de los

personajes, ofrecen al lector una lectura sin fisuras. Queda el lector convidado a conocer la progresión de los hechos.

Un capítulo del libro

5 La ceremonia

Lo recordaré tiempo y tiempo, pues se imprimió en mi mente el episodio. Recién llegados mi hija y yo a la casa de labor convertida en hospedería, lugar de alojamiento de los Bondois, padres del novio, me enfrenté a la maestra por impedirnos subir a la habitación de Odile o avisarla por teléfono. Sentía los nervios colocados de través. El tiempo se nos echaba encima, y la encargada oponía su tozudez a nuestra urgencia. Sofía y yo nos aseamos, cambiándonos de ropa, en uno de los cuartos vacíos, situado debajo de la habitación de Odile. Al poco bajó la reina seguida de Étienne, príncipe consorte o primer paje. Esa impresión daba, alto, estirado, embutido en la levita oscura de las recepciones, siguiéndola, cuando descendía ella tocada con un sombrero de alto copete. Su leve cojeo nos sorprendió. Era una inclinación o ladeo que no aumentó a través del jardín, desde la recepción hasta el lugar donde habían estacionado el coche, acaso treinta metros. Nos dijo: «Seguidnos, que vamos tarde y soy la madrina». Así fue el saludo de bienvenida, cuando nos quedaba un margen temporal escasísimo hasta el comienzo de la misa de bodas. Así pues, utilizando la intuición para seguir a los Bondois, que salieron del albergue como alma perseguida por el diablo perdiéndonos en el primer cruce, sin saber cómo, llegamos a la iglesia. Descubrí en mi hija Sofía un deseo inconsciente de alcanzar esa meta parcial, consumación de la complicada travesía geográfica. Por fin compartiríamos con el resto de la familia, las emociones que un lapso, tan denso como el transcurrido desde que salimos de Valladolid, había producido o albergado.

Buscándolos entre la muchedumbre inquieta, en la portalada del templo, cerca de la puerta, nos vimos de pronto frente a Isabel,

Octavio y Ana. Se movían escudriñando la multitud con la mirada, deseosos de encontrarnos. Sin esperar oportunidad más conveniente, Anita, inteligente y sensible, destapó el tarro de los sentimientos para mostrar la indignación acumulada.

Nos reveló con vehemencia, la decepción más profunda. En su manera apasionada de ver las cosas, entendía que nadie los tomaba en cuenta. Denunció ante la paterna jurisdicción, muestra y resumen de los males sobrellevados, que a pesar de la hora tardía no habían comido. Mi esposa, menos enardecida, quiso restar importancia a los sucesos. De su relato deduje que Armand los ayudaba, que los padres de Vivy se mostraron amables y solícitos ante cada una de las dificultades surgidas. Ellos, extraños, ajenos por completo a nuestra invitación, incluso insertos en la vorágine de los preparativos como estaban, suavizaron el trance penoso de la avería del coche. Rotura que pudo tener consecuencias trágicas, ya que afectaba a elementos de seguridad. En añadido simultáneo, procuraron albergue a los nuestros pidiendo favores a los suyos.

Por fortuna, el dueño del taller era pariente de Jacques e invitado a la boda. Un operario suyo trabajó fuera del horario laboral, de manera que, en el vehículo ya reparado, pudo Francisco Javier acercar al novio a la iglesia. Debido a la tardanza no presenciamos su llegada, aunque apareció muy cerca junto al novio. Estaba elegante nuestro hijo mayor con su traje negro, de chaleco gris, estrenado para el compromiso. Digo la verdad, no es pasión de padre. Merced a la aventajada estatura y su recia planta, llamaba la atención. Hasta hubo quien lo pensó el novio, según oyó decir Sofía. Su hermano Octavio, tercero de nuestros hijos, de natural tolerante, menos afectado que Anita por la conducta de los Bondois, iba colmando su curiosidad, su abierto deseo de saber, y parecía estar viviendo una aventura. De ese modo, su juicio sobre el tiempo pasado en tierra extraña era el más favorable.

Los alrededores del templo aparecían tomados por un gentío insólito, en tan pequeña aglomeración urbana. Ni sumando a los vecinos de Peyrieres y Giroussens, de donde veníamos, con los de Coufoulex, que acabábamos de cruzar, y los de Rabastens, en cuya iglesia tenía lugar la

ceremonia. Ni reuniéndolos a todos, digo, con el señuelo de un espectáculo gratuito, se congregaba tal número de personas. Es de suponer, en consecuencia, que los venidos de fuera éramos mayoría. Los invitados de la boda precedente abandonaban con retraso el templo, parsimoniosos, joviales, laxos. Quienes esperábamos la entrada, íbamos tensos, intranquilos. A los residentes en los alrededores, curiosos y fisgones del revuelo formado, los imaginamos afectados por la general alegría que, sabiéndola ajena, nadie les impedía compartir.

Cuando indagaba en mi mente buscando el origen de tanto bullicio, recordé que las ferias de Saint Jacques vertebran un repertorio festivo sin parangón en el año.

Éramos unos perfectos anónimos allí. Al menos eso pensamos Sofía y yo, porque los demás parecían llevar meses, estando al cabo de la calle en cuestión de nombres y personas.

Violette nos conocía de su estancia en nuestras casas de El Pinar y Valladolid, ocurrida el verano anterior. Inseparable compañera de Jean Pierre, se mostraba entonces satisfecha de la posición ocupada, novia del amigo de nuestro hijo mayor. Nos recordaría con cariño y cuando la saludáramos quedaría claro.

Vimos a la madre, Delphine, quien nos recibió al llegar y avisó a los Bondoís de nuestra venida. Ella nos presentó a la hija Laure. También a Jacques Peyrepertuse, un hombre fuerte en todos los sentidos de la palabra. Resistente, robusto, saludable, animoso. Debió de decir algo simpático relativo a nuestra aparición en la puerta de su casa, precedidos del amable vecino que nos guiaba subido a su bicicleta, porque los labios del hombre se abrieron en una sonrisa admirativa, potenciada a risa franca por la tensión propia del instante. Isabel, los muchachos y Anita, agradecidos por su hospitalidad, saludaron a los esposos como si los conocieran de toda la vida.

Supimos que Violette estaba en el coche con amigas, aceptando de buen grado el retraso de su entrada en la iglesia, porque suponía que así iba a ocurrir. En ese intervalo hueco, a salto de caballo de ajedrez, la madre nos dio a conocer a otros invitados. Procuraba mantenerse en

todo momento junto a los suyos, pero echaba de cuando en cuando un ávido vistazo a la puerta de hierro adornada de cruces, donde esperaban Jean Pierre y una Odile maternal junto a nuestro hijo mayor, el solícito Francisco Javier.

Indicándonos su posición familiar respecto a los novios, algunos de los presentados nos mostraban a los contiguos, cuyos nombres franceses resultaban difíciles de retener, a no ser los que suenan de modo parecido en castellano, como Bastien y Fabien. O los de idéntica pronunciación, Daniel o Nicolas a modo de ejemplo. Acaso por exigirnos un desacostumbrado esfuerzo mental, deseábamos breves esos prolegómenos, pero se alargaban como si fueran de goma, debido a la demora producida en el inicio de la misa. Una dilación capaz de anular la enorme trascendencia que yo daba a nuestra propia tardanza.

Paso a paso comenzamos el ingreso en el templo, pues aún salían rezagados de la ceremonia anterior, y los sacristanes ordenaban los bancos sustituyendo cintas y flores. Avanzábamos al lado de desconocidos y delante de extraños, arracimados, comprimidos, formando con ellos una marea que nos llevó en volandas a los asientos previstos para los convidados. Entonces nos asaltó una duda que exigía rápida determinación. O decidíamos con premura o se disolvía como terrón de azúcar en agua caliente. Dudamos entre situarnos atrás, prudentes, modestos, discretos, comedidos, tímidos, vergonzosos, insignificantes, perdiendo la vistosidad de la ceremonia; o vanidosos, fatuos, altivos, ocupando los puestos delanteros, destinados con toda probabilidad a los familiares.

Como veníamos de fuera y, para nosotros, los usos locales constituían un singular atractivo, optamos por el riesgo y nos colocamos en el segundo banco. Tampoco era cuestión de exagerar. No se atreverán a enviarnos a la retaguardia, pensamos, no llegarán a humillarnos de ese modo, somos los García Movellán.

¿Derecha o izquierda? Ahí nació el segundo titubeo. Atribuíamos a cada una de las secciones de invitados –del novio o de la novia– una mitad del universo. Dado que apenas distinguíamos a los unos de los otros, escogimos lo cómodo, es decir nos quedamos en el lado izquierdo,

lo más cerca posible de la frontera, próximos al centro. Sabia decisión, sí; aunque carente de mérito, confieso. Habiendo tomado partido por acercarnos al altar con peligro cierto de postergación, tal disyuntiva, a simple vista de menor calado, se resolvió sin cálculo apenas. A la hora de la verdad resultó que ocupábamos plaza en el costado previsto para acoger a los seguidores de la *maríée*, pero nos mantuvimos firmes en nuestro error, conscientes de que rectificar, cuando en la iglesia no cabía un suspiro, significaba nuestra anulación, el suicidio como espectadores.

La iglesia de Rabastens –elegida como escenario de la boda por razones explicadas en los tarjetones de invitación– posee unos frescos que el paso del tiempo ha deslucido en alguna medida difícil de calibrar. Se trata de figuras piadosas en las que predominan los colores derivados, por mezcla, del rojo y del azul. Espacios sometidos a unas líneas que la acción de la humedad, filtrada a través del techo, seguramente, desdibuja. Por esa causa, el primitivo esplendor se presenta algo opaco o desvaído, necesitado de una cuidadosa restauración para volver a su atractivo original. Nuestros ojos iban de arriba hacia abajo recorriendo la bóveda y las paredes, deteniéndose en las personas que nos rodeaban, en el retablo principal, en la disposición del ara y del sagrario. En esta ocupación nos sorprendieron los acordes del órgano, anunciadores, sirviéndose de un tono en verdad apremiante, del inicio de la ceremonia.

Ante nosotros, en el primer banco, alcanzábamos a hablarles al oído de ser preciso, a un palmo de nuestras narices, se situaron los miembros más relevantes de la familia de la novia. Jacques Peyrepertuse, padre y padrino con un protagonismo restringido respecto a la costumbre española, y su esposa Delphine. Además de Laure, emocionadísima hermana. Una anciana acicalada de manera juvenil, y Séverine, la florista, tía y madrina de bautismo de Vivy, a quien nos presentaron mientras esperábamos en la portalada del templo. Es cierto, lo dijo Isabel, no podíamos habernos equivocado con más provecho.

En el estrado –si no es una irreverencia nombrar así al espacio elevado del altar– de espaldas al público, se encontraba el novio flan-

queado por algunos jóvenes que supuse los testigos, dado que uno de ellos era nuestro hijo Francisco Javier. Un poco más adelante, a la izquierda, es decir, frente a nosotros, de cara al público, se situaba una veintena larga de chicos y chicas de la edad de Vivy y Jean Pierre. Eran los miembros de la coral. Parecían encontrarse una pizca nerviosos, y no sin causa, porque en ese preciso instante entraron en acción.

Música y voces se arrancaron con la marcha triunfal, dando entrada a una novia intacta e impoluta. Cuatro infantes elevaban la cola del vestido añadiendo vistosidad a su lento avance. Ritmo espontáneo, liviana energía y altiva solemnidad al paso de una Violette transfigurada, que parecía mirar a todos y, probablemente, no veía a nadie.

Llegó junto al novio, y al poco entonaron los compañeros el *Aspérgetes me, Dómine, hysopo, et mundabor; lavábis me et super niven dealbábor*, de la Antífona. Supuse que la llegada al altar de los dos sacerdotes revestidos de capas pluviales, había sido consecuencia de la señal convenida para iniciar la actividad.

Continuaron el canto mientras el *aumonier* joven, el llamado padre Barthélemy, rociaba el altar con un hisopo mojado en agua bendita. Rociaba, a continuación, al viejo sacerdote Faux. Rociaba a los contrayentes y a sus testigos, rociaba al coro de juveniles voces, rociaba a los fieles en general, representados por los colocados en las primeras filas. Los jóvenes de la coral siguieron dando cumplimiento exacto al primer himno del librito de cánticos: *Defensor alme Hispaniae, Jacobe, vindex hostium, Tonitruui quem filium Dei vocavit filius*. En ese momento recibí sendos codazos de complicidad, uno en cada costado, el proveniente de Isabel, y el que me dirigió Sofía. Deseaban señalarme, utilizando ese peculiar lenguaje, el uso del anacrónico latín en el oficio religioso, o la referencia a nuestro país hecha en el himno, que seguíamos sin pestañear marcando con el dedo el verso alcanzado.

Se despojaron los oficiantes de la capa para colocarse sendas casullas. De esa guisa iniciaron el Introitus. Vino luego la Oratio, a la que siguieron la *Lectio Epistolae beati Pauli Apostoli ad Corinthios, el Graduale, la Sequentia sancti Evangelii secundum Matthaeum, Ofer-*

torium, Secreta, Communio y Postcommunio. Todo ello, como se ve, en latín. Lo que a muchos asistentes chocaba, pues, aunque en Francia se utiliza todavía en algunos pasajes de la misa, tal profusión de términos y frases, acompañados de canciones en la misma anacrónica lengua madre, tenía a los presentes en constante escucha. No solo eran los insólitos vocablos, se sumaban la música de órgano, el virtuosismo del organista, la voz magnífica de la soprano, la unidad armónica que formaba el coro, para llevar a los oídos, incluso a los más renuentes, a constantes atención y goce.

Volvía a nombrar a nuestro país uno de los himnos, contribuyendo a que Anita comenzara a pactar en su interior con los franceses. *Beatum Apostolum, qui inter primos electus, primus omnium Apostolorum Domini calicem bibere meruit. O gloriosum Hispaniae regnum,* decía el texto leído en el cuaderno.

Si semejaba una soberana de leyenda la novia, el novio parecía un rey de leyenda. Alto, esbelto, elegante, erguido. Solo el dulce mirar de sus ojos marinos suavizaba la grave majestad del semblante. En el momento solemne de dar el consentimiento, verdadero corazón de la ceremonia, cuando el sacerdote lee la fórmula del compromiso y los novios conocen que están ante un paso irrevocable; en ese preciso instante en que los anillos hacen su aparición como símbolos de unión indisoluble, entonces sucedió algo insólito. Fue tan honda la impresión recibida, que al recordar lo veo de nuevo, de nuevo lo vivo. El novio se hinca de rodillas ante la novia, y una Violette transformada toma su mano derecha y coloca en el dedo anular, de tres envites progresivos, un sello de oro que luce un escudo grabado. De los labios femeninos surge una oración, un conjuro acaso, que se renueva en cada respiro dado al avance de la insólita alianza. Pronuncia ella tres frases en tono solemne, claras, rotundas, impresionantes. Palabras sacadas del idioma occitano, la célebre lengua de Oc. Eleva la mirada Vivy a la bóveda santa, y en ese instante supremo debió de ocurrir un milagro que tuvo la dicha de presenciar.

Fijo mi vista en su rostro, pudiendo apreciar la transfiguración: boca, ojos y nariz iluminados desde dentro, rebosando beatitud y arrobos.

Inundan el templo finísimos rayos de luz que las vidrieras filtran cuidadosas, tiñéndolos de su propia variedad cromática, coloreándolos con los tonos completos del iris, los principales y su enredo. Al etéreo velo de la esposa, urdimbre y trama formadas por hilos de luz de un rosa pálido, de un azul muy leve, de un amarillo pajizo cercano al blanco, y de un blanco purísimo, casi celestial. A ese impalpable tul lo mece un aura que no viene de ningún lado ni va a ninguna parte. Y no es únicamente la luz. La música del órgano añade solemnidad. Las notas que emergen raudas de los tubos se quedan en lo alto de la nave, revoloteando, para caer al instante como copos de nieve, lentas, balanceándose armoniosas.

Chocan en su descenso con las que suben, rompiéndose en puntitos luminosos que se confunden con las partículas de luz nacidas de las cristaleras. Los armónicos ecos se añaden al caudal de motitas resplandecientes, pasando de ser captados por el sentido del oído a serlo por el de la vista, para concluir disolviéndose en el aire y facilitar el hecho insólito de ser respirados por Vivy. Abre ella su pecho de novia, admitiendo en él, profundo, anchuroso, un inagotable caudal de pasión. Llegan torbellinos, torrentes, cataratas de amor. Ríos, mares, océanos de etéreo cariño, de afecto constante e indestructible. Ama sin pretenderlo, como nacido el sentimiento de un acto reflejo. Ama a su esposo, a los dos sacerdotes, a los testigos, a familiares próximos y lejanos, a los invitados presentes y ausentes, a la humanidad diseminada por geografías incontables. Ama, en suma, a la humanidad que el sacerdote roció con su hisopo en la Antífona.

En un abrazo intelectual, extremidades desplegadas hasta coincidir con los imposibles límites del universo, abarca al género humano, porque en ese lapso inconmensurable los principios independientes del bien y del mal, unidos sin costuras, forman uno solo al que llamamos prójimo. Contradictorio por ello, elevado y abyecto. Dura un solo segundo el éxtasis vislumbrado en el rostro de Vivy, y quizá fuera de mí no lo percibe nadie. Demanda licencia Jean Pierre inclinando apenas la cabeza, y Violette la concede con una naturalidad inexplicable en quien acaba de visitar los arrabales del Paraíso. El novio, ya

de pie, recibe de su amada un beso en la frente inclinada. Sorprendió a los asistentes el ritual. Solamente los sacerdotes parecían conocer la variación introducida. Mi memoria lo guarda en presente perpetuo, dotado de un realismo desusado.

Daba paso a la Homilía propia de los esponsales, un himno basado en el Génesis que relata el tan deseado matrimonio de Jacob con Raquel, a quien el pretendiente amó durante catorce años antes de recibirla de Labán, el padre. Cerró la prédica, convertida por mor del sentimiento en plática íntima ajena a toda liturgia, otro himno extraído de la Biblia. Originario del Génesis también, pero esta vez relacionado con la creación de un varón solo, desparejado. El descubrimiento de la soledad, la consecuente creación de la compañera, y la unión final de ambos. De forma que, abandonando sus propósitos individuales, vinieran a ser una sola carne y una sola intención.

Sobre el propio altar y ante todos los presentes, rubricaron los novios su decisión en el libro de firmas. Junto al tabernáculo mismo, firmaron los testigos su fehaciente testimonio. Como un segundo asperjado, desde el ara derramaron su bendición los dos sacerdotes, benéfico ademán destinado a novios, testigos, familiares y a la grey entera de Cristo desperdigada en busca de la felicidad. Después de un último himno sacado del Levítico, que exhorta a cumplir todas las leyes y mandamientos divinos, llegó el momento en que el organista alcanzó el techo artístico con el prodigio de su música, seguido de cerca por la soprano que liberaba en las alturas sus agudos más excelsos. Quedaban arropados ambos, por los jóvenes componentes de una coral contagiada de tanta magnificencia. Concluido en suma el armonioso fluir, el sacerdote joven nos mandó ir en paz guiados por nuestro deseo.

Comenzó entonces el retroceso. Los últimos serán los primeros, y así sucedió al salir. Los primeros serán los últimos. Y si no fuimos los últimos fue porque algunos asistentes se quedaron contemplando los frescos o hablando de la boda presenciada. No fuimos los últimos, porque en el altar quedaban los recién casados, los padres y los testigos. Ellos junto al celebrante que los adoctrinaba con las recomendaciones

últimas. Avanzábamos a pasitos metidos en la ola que nos arrastraba, esquivando a los quietos y a los que cambiaban de fila pretendiendo ir algo menos lentos. Los sacristanes comenzaban a cambiar las cintas con los nombres de los desposados, poniendo otras con los nombres de los novios siguientes. Entraban ya grupos de convidados de la próxima boda, lo que retrasaba más nuestro progreso. De esa manera tan torpe llegamos a la salida por la que habíamos entrado y, aunque parezca un milagro, los seis juntos, Isabel, los cuatro chicos y yo.

Cuando los asistentes a la boda habíamos salido del templo, pasando bajo un arco de enramada tejido en la puerta, sobre una alfombra de flores tendida en el suelo, salieron los novios. Los seguían sus padres y los testigos de ambos lados. Caminaban Violette y su marido, tomados de la mano, mientras parientes y amigos arrojábamos pétalos a su paso airoso. Momentos antes, recogidas en cestas de mimbre, los primos habían repartido, violentadas, deshojadas, púdicas rosas y delicadas camelias. Los cuatro infantes encargados alzaban la cola del vestido, procurando que no se manchara del polvo dejado por los pies innúmeros que a esa hora habían pasado. Irradiaba felicidad Vivy. Restos, no obstante, de la nacida en el momento cumbre de la ceremonia, cuando en ministerio de sacerdotisa oficiante tenía al amado a sus pies. Potes-tad y orgullo denotaba Jean Pierre, opuestos a la sumisión y humildad exhibidas en el instante en que, de hinojos, se sometía a la amada. La lluvia de pétalos, sin sacarlos del todo de la ensoñación de la ceremonia, los ponía ya en el umbral amable de la realidad cotidiana, mitigado tránsito que Octavio detuvo prendido en la emulsión sensible de su carrete de fotos.

Es de justicia decir que la ceremonia nos conmovió y, por primera vez, hallamos ventajosa nuestra condición de extranjeros. Debía verse la boda como la vimos nosotros, con unos ojos nuevos, no hechos a las cosas de cada día, abiertos a la renovada belleza, capaces de atraparla para conservarla en la memoria más íntima.

Decimosexto concepto

Intimidades largo tiempo ocultadas

Pedro Sevylla de Juana 2023

Universo de Letras Grupo Planeta 232 páginas

Dedicatoria:

A la memoria de los hijos del mar y de la tierra,
a quienes pescaban y labraban con tanto esfuerzo
y satisfacción en los tiempos idos.

ISBN: 9788419774408

ISBN eBook: 9788419776662

Sinopsis

Intimidades largo tiempo ocultadas, es el libro número treinta y dos de los publicados por Pedro Sevylla de Juana, académico correspondiente de la Academia de Letras del Estado de Espírito Santo en Brasil, premio internacional Vargas Llosa de novela. Los protagonistas de la trama pertenecen a una misma familia. La hermana mayor y

el hermano pequeño se congregan durante varias semanas, intentando dar fin a medio siglo de resentimiento. El personaje narrador es el hermano, casado en relaciones complejas, de cuya intensidad solo la pareja está al tanto. Mar y tierra, la situación social se manifiesta en el entorno. Tanto en la anómala situación del país como en las vidas irregulares de la gente. Tiempo y espacio, unidos, se justifican. Pasado y presente, compartimentos estancos, se van abriendo y ordenando para perfilar un futuro satisfactorio. La madeja de las relaciones se desenreda al tirar del hilo que pone en fila los acontecimientos. Al mismo tiempo que los protagonistas, el lector irá conociendo las intimidades largo tiempo ocultadas, así como sus causas verdaderas. El lenguaje, sencillo y preciso, unido al análisis de la sorprendente actuación individual de los personajes, más la importancia de los asuntos tratados, ofrecen a quien se adentre en ellos, una lectura atractiva y, doblemente, provechosa.

Preámbulo y un capítulo del libro

El mar que nos vive y nos muere

Preámbulo

Mi mar: inmensa planicie, despeñadero profundo. Aliento que viene de la eclosión originaria para llegar a la consumación de los siglos. El decir del hombre compone, a su costa, misterios y leyendas crecidos al tamaño de la ignorancia, del miedo, de la admiración. Arma historias del tamaño de los abrazos gozados, de los rechazos en él sufridos. Con todo, la imaginación puesta a inventar, a veces concreta los relatos en torno a lugares y personas, pues sabido es que la naturaleza secunda a los inventores, animándolos, estimulándolos en el ejercicio de la fantasía, en la labor imprescindible de sugerir nuevos cauces a la realidad. Mi mar, calmo y agitado, colérico y apacible; es un padre severo, una madre tolerante. Considerado si te sujetas a las normas que lo rigen, inmisericorde si las ignoras.

Amura de un barco gigantesco ha de ser la costa, o aleta, según se mire; arrufo o quebranto. Orilla de los galaicos, de los astures, de los cántabros, de los vascones. Piélagos de las anchoas, del bonito, de la ballena; de la traína, boliche, ardora, cerco y enmalle. Aguas de la necesidad y del esfuerzo, aventura cotidiana y despensa renovada.

Si comparamos áreas, migajas nos llegan. En determinadas partes, el Mar del Norte es una masa cambiante de pececillos, de anchoas fecundas que se manifiestan y mueren en actos muy próximos. Un número cercano al de las estrellas en las noches serenas, recorre el mar sin fijarse un destino ni preocuparse por seguir el sendero que lo alcanza. ¡Adelante!, ¡adelante!, parece decir la manjúa, y sigue contra viento y marea, a pesar de las bajas que causan otros peces y los aparejos del hombre. Millones y millones de anchoas que, si no impiden la entrada en el agua a los remos, al menos la dificultan, entorpeciendo a las quillas la tarea de abrirse camino. Sin embargo, aquí disminuyen campaña tras campaña, despojos de la infinitud que anega el mar cercano.

Yo estoy sumido en mi lecho de tristeza, barquichuelo anclado en el puerto, varado en la orilla, en astillero de composturas. Un venenoso pez araña de púas calcáreas, un anzuelo ignorado entre los hilos, un arpón, una idea fija y puntiaguda perforan mis vísceras sensibles, los órganos vitales. Permanecen mis piernas en reposo, miembros lánguidos, estático el tronco entero, quizás el alma quieta, la voluntad decidida a la inacción y al abandono. La ventana me trae la brisa, los olores volubles, la visión del mar y su temblor constante.

A primeros de junio, el bocarte puesto a salvo se aleja mar adentro en dirección nordeste, con la idea fija de unirse a la manada principal, que pasta y se aparea siguiendo un mandato atávico marcado en las agallas, en las escamas brillantes. Los huevos se agitan en el vaivén de la corriente, acompañando a los progenitores, eclosionando radiantes, felices. Sumando, multiplicando el número, compensando la resta, invadiendo, alimentando, cerrando el ciclo que les da provecho y conciencia de utilidad en el conjunto del universo.

Mediado el mes de agosto, viniendo ya por el sendero de los días setiembre, la albacora, el atún blanco, llega al Cantábrico acompañado del cimarrón; las anchoas son el cebo vivo que los ilusiona y hace prisioneros, víctimas. Otra vez los bocartes dando sentido a su vida, sirviendo al concierto estelar, haciéndose música celeste, aceite en el general engranaje. Pescadillas y bacalaos se nutren de ellos y, engordando, se transforman en digno bocado del esturión. El ciclo del alimento, ¡qué maravilla!: del plancton a la ballena pasando cien veces por el hombre. Es atrapado el atún sin esperarlo, saliéndole al paso en las Azores hacia el mes de junio, repitiendo batida ya huésped de nuestras aguas, con el señuelo suave de la anchoa.

Cuatro meses después del accidente, cuando los efectos de la conmoción se iban diluyendo, al festejo del cumpleaños que me ingresó en la mayoría de edad asistieron todos. Vinieron a felicitarme y a tomar una copita de ron de caña: tres botellas remitidas por pescadores cubanos enterados de lo mío a través de radioescuchas. Desde entonces he vivido una rutina humillante que ayer se quebró. Me impusieron ayer las autoridades la medalla al Mérito Civil concedida por el Ministerio. Durante el acto mezclé la alegría —acaso no pueda soportarla en estado puro— con una tristeza liviana, melancolía neblinosa, saudade de tiempos más completos. Rompí una pasividad que quizá esté emparentada con el desencanto y la falta de proyectos. Mi madre, agitada, se movía sin pausa por las habitaciones, observándome, atendiendo a las visitas, sirviendo dulces. En los últimos instantes, los de mayor quietud, la noté satisfecha del esfuerzo realizado; y es de suponer que, aceptando la inexorable realidad de la desgracia, se viera, de algún modo, consolada por la condecoración.

Hasta Rosa llegó, vino tarde, cuando los demás se iban. Temí su ausencia, pero al cabo lo preferí de esa manera, porque la tuve más próxima, junto al lecho. Primero, tímida, azorada, luego sentada en las sábanas, doblando con cuidado la colcha para no arrugarla, charlando de las cosas que encarrilan la existencia. Me llegaba su aliento tibio, su vivo olor a hembra; y me hubiera gustado tenerla abarloada conmigo,

aunque fuera un instante bien corto. Ella, la que pudo ser y ya no será, aparecía tierna, solícita, encantadora; como reprochándome mi timidez de entonces. Estaba yo por aquellos días, cuando el naufragio, rumiando unas palabras serias, buscando a la oportunidad un tiempo sereno, sin testigos.

Su sonrisa transparente, su mirada de seda y su voz mimosa de las preguntas y respuestas, daban confianza al arrojado frenado por el recelo menguante. Iba a decir que el tiempo se me hacía corto con ella, y que necesitaba más. Tiene novio. Lo anunció con indiferencia fingida. Viene a verla de tierras profundas, del fondo de la mina. No quiere pescadores me dijo. «Pues anda, que no hace sufrir la tierra cuando se hundan los pozos o explotan las galerías». Me salió de pronto. No le gusta el vaho de las vacas en el establo, ni el establo vacío, y de oficio más llevadero sólo encuentra guajes; los hombres hechos los buscan de ciudad. Espabilaba yo por momentos, azuzado por mis dos amores. «El mar es un mundo sorprendente»: dije, para que saliera ese sentimiento de mi interior más protegido. «Un arca», añadí, «Un baúl lleno de tesoros antiguos y modernos, atestado de futuro, expedito para los osados que levantan la cobertera invisible. Disciplinado y noble. Sí, noble —insistía yo— respeta a los valientes que arrebatan y escupe sus cuerpos, los devuelve a la playa, se los entrega a las madres, a las novias o esposas; los empuja para que los lloren y bendigan, para que se unan a la tierra alta e inclinada del cementerio y mantengan los ojos abiertos a los cambios de humor de las olas». Lo escuchaba mi madre como quien no quiere la cosa, atenta a la ternura que presentía llegando a la boca desde el corazón. Ella, pariente de pescadores que ya ha cubierto la cuota de sobresalto, pendiente día y noche tanto de la agitación como de la calma. «Rosa, ya ves, no quiere enamorarse de los pescadores porque se van al peligro diario,» musitó mi madre reprimiendo las lágrimas en cuanto se fue la chica, «es inteligente», añadió concluyendo.

Guapa, razonable, mujer de su casa, honesta —gusta a mi madre para nuera, y no lo disimula— limpia, discreta. Será mi amor en lo pro-

fundo del alma, aventura mi cerebro confuso. A lo mejor me quería con amor ya hecho, crecido; y no lo supe. Ahora, inmóvil, atrapado por el desastre de la quietud extrema, presos los miembros, rota la espina; que iba a hacer conmigo, pescado enredado en la malla, muchacho inservible. La miro pasar y la sueño; podíamos tener relaciones felices de no haber ocurrido el desastre, si me hubiera atrevido a hablarle cuando la Virgen del Carmen era motivo de fiesta. Me siento vivo. Un vigor cálido sube desde los dedos por las piernas, por la médula, inundando mi pecho, mis brazos, mi cabeza.

El patrón de pesca, socio del armador, deja, al marcharse, mil duros. Ayuda lo que puede, está mal la mar, lamenta. Lo sé, los peces disminuyen a zancadas de gigante. Somos muchos, y alguno utiliza artes que, dando hoy pan, guardan el hambre para mañana. No estaba amparada mi desdicha por ninguna póliza, era muy joven e iba con mi padre como si fuera a un ensayo. No se asegura a los grumetes y lo sabíamos. Comprendo las razones de la propiedad, pero mi madre llora a escondidas, con lágrimas borradas que, a veces, descubro en dos surcos rojizos. La misma madrugada de despiece azabache perdió todo el apoyo disponible, porque a mi padre —aún no lo creo— lo arrojaron por la borda un golpe de mar y un viraje del casco. Sucedió cuando me liberaba de las bozas, la estacha, la lasca y los aparejos que, sobre mí, se habían dado cita impulsados por la violencia del agua, desgarrando tejidos, quebrando huesos. Preservó el hombre la existencia de algo que llevo y, por añadidura, pagó con su cuerpo. Un cuerpo amado que se fue alejando, buceando hasta las profundidades, agotando una sed enorme que viene de siglos, intentando sin ningún progreso beberse las aguas cuajadas de peces.

Volvió dos días más tarde inflamado y azul, siendo él y no siéndolo. Yo había salvado a dos, a tres, según confiesan ellos; no lo sé con exactitud, porque actuaba de forma mecánica, dirigido por fuerzas extrañas a mí, al dictado del instinto. Aunque eso no cambia las cosas, no disminuye el mérito ante los otros, las simpatías ganadas, el sentimiento que crece y ensancha. Resultan efectivos los homenajes, aunque

al irse los promotores, el globo de emoción se vacía y te quedas más huérfano. La medalla de orgullo que trajo el delegado ministerial, ni hace compañía ni da sustento. Una silla de ruedas, rehabilitación que mueva los brazos, recuperar medio cuerpo de la cintura hacia arriba, todo eso han prometido entregarme.

El bacalao es muy fecundo, pone la tercera parte de su cuerpo, en peso, de huevas arracimadas. Allí estaba yo. Allí mi barco para impedir que el mar se saturara. Colonias, ciudades, flotas enteras se sumaron. Una técnica culinaria nació para darle salida. Así y todo, el esturión supo que era necesitado, el hombre iba a ser vencido. Cansados de esperarlo nos acercábamos a sus caladeros arrastrando redes largas —cuarenta, cincuenta metros de eslora— remolcadas por parejas puestas a rumbo, filando, soltando cable. De Barents traían piezas muy grandes, de Groenlandia, de Terranova, del Mar del Norte, del Báltico y de otros lugares de nombre extranjero y pronunciación dificultosa de repetir.

Mi padre me lo contaba siendo yo un mocoso, y el recuerdo me guio cuando buscaba la puerta de entrada al futuro, ayudando —el ánimo decidido formulaba la solicitud— a que mi padre cediera y me dejara acompañarlo. En los días de mar enfurecida, terminaba pronto la tarea de restauración. Entonces me hablaba del remo y la vela, de la bancada, de la época heroica descrita por mi abuelo. Se extendía en el diésel, en las embarcaciones, las bellas merluceras, las boniteras galanas. Las comparaba con las bacaladeras y pasaba a otro mundo, el de la pesca de altura, más industrial, menos humano. Me decía de vientos, de tormentas aterradoras, de conquistas de cotas lejanas, de pesca abundante, de regresos en lastre, a la deriva, desanimados. Y yo sorbía en sus labios el mar, los infinitos matices y el comportamiento humano del gigante incansable.

El arte de la cacea cuenta, en estas aguas, con la larga tradición de la traína y el boliche. Sin embargo, opinaba convencido mi padre, no cuajó la almadraba mediterránea al pasar los túnidos, en su peregrinaje anual, alejados de la costa. Eslora de más de quince metros, manga, de casi cuatro; motor de ciento veinte caballos que daban ocho nudos

de velocidad temblorosa. Una merlucera en la que faenó en sus primeros tiempos, era descrita por mi padre y maestro de forma pareja con el cariño que perpetúa la memoria. Él y sus compañeros realizaban mareas de tres o cuatro días, faenando casi siempre con boliche y, en raras ocasiones, con pincho. La agitación constante ponía a prueba los estómagos y los reflejos, enfrentándolos a los guiños, cabeceos y balances del casco.

Paseaba, luego, su añoranza por las boniteras, de casi veintiocho metros de eslora, siete de manga y puntal de tres y medio. Remarcaba, pleno de admiración, el potente motor de trescientos briosos corceles, capaz de alcanzar una velocidad de diez nudos. Los hombres compartían espacio —en igualdad de derechos— con algas, salitre, brea, aceite, combustible, agua, hielo, conservas, salazones y viveros. Docena y media de pescadores, concentrados en unos palmos tan sólo y, a proa, donde la nave es puro movimiento, debían hacer filigranas para hilvanar una convivencia obligada a durar doce o trece días. Pesca artesanal y de bajura, entrañable. De cuando el marino y su oficio se enfrentaban a muy diversas dificultades, vencíéndolas. Lo prueba el palangre destinado a los besugos, un arte nacido de la habilidad, la reiteración y la memoria. Tradición verdadera, mejorada por cada generación, hasta llegar a la línea de cuatrocientos metros y un centenar largo de anzuelos. O la pesca al pulso en las aguas gordas, el calado de cestas, el cebo vivo y el cerco; expresiones que se hacen sinónimo de aptitud, experiencia y destreza.

Mi madre va a mariscar mientras quedo al mando de la casa. Marcha a pedir al mar unas pesetas que suma al dinero de la pensión de viudedad, escaso y amargo. La envidia. Su posición es la ideal: anfibia como las sirenas. Cefalópodos, crustáceos, playas, arenales y acantilados; sienten en sus piernas desnudas, en sus pies descalzos, el vaivén permanente que cubre y descubre el objeto de su búsqueda: almejas, navajas, mejillones. Me sitúo en su lugar: sus ojos son mis ojos, sus manos mis manos. Se torna flexible la bisagra de mi tronco, y empleando la intuición, la vista, el oído, el gusto, el tacto y el olfato, frágil madero frente a

un mar inquieto, me apodero de un puñado de percebes gordos como dos dedos gordos.

Una tabla liviana o un tronco hueco, una brújula, un lienzo resistente; hubo marineros que llegaron lejos sirviéndose de medios tan elementales. Se hace necesario un entendido así en el astillero. Ambos se beneficiarían: el navegante y la embarcación. ¿Quién no ha deseado, en ocasiones concretas, unos metros de eslora a mayores para su barco? Cualquiera cambiaría el castaño empleado por los carpinteros, o el eucalipto, por roble de Francia o pino de Galicia. Si nos dieran a elegir preferiríamos siempre el duramen más compacto, y un buen tratamiento contra esos hongos parásitos culpables de la putrefacción cúbica que reduce a un tercio la vida de la nave.

¿Quién observa el comportamiento de la pintura frente a los organismos vivos o los elementos, mejor que el marinero? Quilla, costillares y forro; quién, de no ser el hombre de mar, puede aconsejar la forma, las mezclas de materiales, las uniones, las colas de mejor resultado práctico. Y en la sala de máquinas, corazón y alma del buque, el parecer del maquinista debería ser demandado. No es así y, desaprovechados, ni damos ni recibimos; desconocemos detalles imprescindibles para sacar provecho íntegro de las herramientas. De ahí accidentes, de ahí fracasos en el alcance de los objetivos.

La ballena llevó a los pescadores de este mar bravío a parajes lejanos. Osados, románticos, salían en busca de sustento. Argonautas intrépidos, único sostén de sus familias, columnas que, en su caída, arrastraban el hogar íntegro. Es más, hubo un tiempo en el que los cetáceos nos visitaban, poniéndose a nuestro alcance, ofreciendo su carne y su esperma, sus barbas, su piel, sus huesos: una montaña de utilidad neta. Un diestro arponero, en pie sobre la barca inestable impulsada por unos cuantos remeros, se oponía, en clara desventaja, a la fuerza descomunal, a la prontitud en las evoluciones, al aguante bajo el agua y a emersiones sorprendentes. ¡Por allá resopla! Lucha noble entre el hombre y el cetáceo que, a duras penas, lograba un doloroso equilibrio entre fecundidad y capturas. Me hubiera gustado conocer aquellos

tiempos heroicos, pero ni mi padre ni mi abuelo los vivieron. Solamente conozco las historias contadas en los ratos muertos entre sorbos de caldo o de orujo, redondeadas, embellecidas por la imaginación desmesurada de los narradores.

De la ballena al bacalao. Ahí sí entro, en esa pesca aparecí. Galeones panzudos, goletas, bacaladeras evolucionando sin pausa, siglo a siglo, hasta fraguar una leyenda de riesgo nacida de cientos de marineros desaparecidos cada temporada. Embestidas del hielo deslizante, choques con montañas móviles de un azul níveo transparente, bodegas repletas de tiras de pescado cubierto de sal, destripado y sangrado a la perfección, hasta conseguir el blanco de su carne gruesa, símbolo de calidad y alto precio. Terranova, tierra de promisión, paraíso inhóspito. Proas inclinadas y reforzadas, capaces de enfrentarse a las planchas de hielo. Dobles mamparos y forrado aislante para oponerse a los fríos del Atlántico Norte. La madera da paso al acero y esa evolución trae múltiples modificaciones. El tamaño aumenta. Sesenta metros de eslora que, en el dique seco parecen inacabables, pronto se quedan pequeños. Del bou se llega a la pareja. La capacidad de almacenaje incrementa la necesidad de las capturas, y como la duración de la temporada no varía, crece la urgencia en el llenado de la bodega apareciendo las primas de producción que redondean el salario. La rentabilidad se hace tirana y depredadora.

«Hay que enfrentarse a la tormenta, debemos plantarle cara, poner proa al oleaje.» Esta teoría ha causado desgracias sin cuento. El torbellino es temible cuando la espiral interior se desplaza con dos movimientos simultáneos, rotación y traslación a un tiempo, a la manera de la Tierra. Entrar en la vorágine es dirigirse al suicidio. La nave de madera gira cayendo o elevándose, pluma a merced del viento. La calma ofrece luego un paisaje asolado. Enseres diseminados ocupan una inocente lámina líquida. Palos, tablas, velamen y jarcias flotan quebrados, desgarrados, con un leve vaivén. Hay cadáveres entre los despojos, pero los supervivientes sufren una atroz agonía.

La tempestad, castigo de alguna divinidad colérica, capricho de la naturaleza fuerte y orgullosa, se ha manifestado originada por causas

definidas y es previsible. Mas cuando el deterioro de la técnica impide la información, nada parece haber cambiado. Entonces la tranquilidad pesada del aire, el calor pegajoso y la incertidumbre de lo que va a pasar, estimulan el sexto sentido que acierta cuando espera el peligro inminente. De golpe todo se tiñe de negro, el cielo y el agua. Las olas crecen oscuras por debajo, brillantes arriba, blanquecinas en la testuz y en el cogote. La agitación se inicia. El baile, la danza temible que no deja títere con cabeza, tienen allí su principio. Lo superior y lo inferior se intercambian hasta unirse en giro interminable. El cenit y la sima se encuentran en la misma vertical infinita, y el barco se desploma. El agua barre la cubierta desplazando cuerpos inertes como objetos sin alma.

Los que maniobran apurados en cubierta se sorprenden indefensos y, si no logran asirse a tiempo a los salientes o a los entrantes, se hacen mar con los peces, las algas y los torbellinos que muestran el fondo abisal. Los relámpagos queman la noche, la llevan a la ignición y la evaporan en segundos. El rayo despoja a la nave del manto oscuro y la muestra pudorosamente desnuda. Los marineros, mi padre y yo entre ellos, nos agitamos frente a la potencia desatada del universo; seres primarios oponiendo briznas de energía a la fuerza de los cataclismos. Sin pensarlo —puro acto reflejo— con una mano me aferro a un cabo huidizo y, con la otra, al cinto del compañero arrastrado. Logro mantener los miembros al borde de la desgarradura, deslizo al desvanecido hasta un remanso donde la resaca lo lame sin llevárselo y, exhausto, me deslizo apoyado en los codos, en las rodillas, en el vientre.

Repto, resbalo, lombriz o culebra, y llego a tiempo de retirar un cráneo inconsciente, segundos antes de que el cofre situado sobre él rompa sus amarras y se estrelle contra la cubierta, machacándolo. Luego es mi padre quien me socorre, retirando los objetos cuando, ahogándome, me apresan. Mientras, los gritos se mezclan desgarrados, agudos los míos, de dolor físico; graves los de él, de emoción desbordada. Descuida un instante su cautela y, una ola que viene del fondo destinada a llegar hasta la cúspide, se abate haciendo bóveda cerrada, abriéndose en claraboya, resbalando violenta por lo liso, llevando con

ella al cuerpo sorprendido de mi progenitor, quien cae al laberinto nocturno. La calma llega, aparece el día, y en el recuento de bajas mi padre es uno de los desaparecidos, y yo un inválido, incapaz de movimiento.

No sé si mi madre intuía la tragedia, puede que sí. Las mujeres del mar la aguardan como un hecho inevitable. Pero tan completa, marido e hijo al mismo tiempo, así de llena y definitiva, seguro que no la sospechaba. La noticia del temporal, del naufragio, de los heridos y muertos, de los supervivientes, de los héroes en holocausto, de las vidas entregadas a la deidad marina, difundida por los medios de comunicación, con los gestos mío y de mi padre como ejemplo, dio la vuelta al mundo. Cartas, telegramas de solidaridad llegaron y aún llegan de los siete mares y de las cinco tierras. La medalla que en mi pecho las autoridades prendieron ayer, mitigará durante unos días el pesar de mi madre, sembrando la esperanza en su corazón. Quedo yo al acecho del milagro que mueva mis brazos, mi cintura. Permanezco a la espera de una silla de ruedas motrices, que me lleve de un lado hacia otro, liberando a mi madre de parte de la carga que soy para ella.

Recostado en el lecho, frente a la ventana del mar uno y múltiple, durante las horas de luz y las primeras oscuras, espero la arribada del futuro y su atraque al abrigo del puerto; inventando derrotas por caladeros lejanos en pos de huidizas manjús muy hábiles, capturas copiosas, capitán de mi barco de acero con cien metros de eslora lo menos.

El hoy necesita al ayer para definirse

Situados Teodora y yo en el salón de nuestra casa, en Las Navas del Marqués, se mueve mi hermana en la planta de arriba. Al parecer, coloca su equipaje dentro del armario y telefona a alguien de su entera confianza, a tenor del tono empleado. Rememoramos nosotros los términos en que se produjo la invitación. Tiempo, lugar y aquellas palabras cruzadas demostrando su vocación de últimas, capacitadas para cerrar por el momento el análisis. Es entonces cuando desciende Ángela haciendo un inequívoco carraspeo de advertencia. Queda

patente su deseo de hacerse notar, para que el silencio o el cambio de asunto estuvieran en nuestra mano. Pudiera ser que lo tratado entre esposos, debido a su naturaleza, debiera mantenerse en secreto. Detalle educado que nos causa una impresión muy grata. Cena algo de queso y unas piezas de fruta; hábito de efecto probado a la hora de conciliar el sueño, según asegura en explicación razonable.

Caja de resonancia de un espacio hueco, la noche camina plácida hacia el día nuevo. Ni un ruido se oye, salvo el ladrar de los perros a lo lejos y el paso alargado de algún tren de los que trasladan mercancías. Pero cabe la posibilidad de que Ángela estuviera cansada en exceso, o la tensión del viaje y la emoción del encuentro la hubieran impedido dormirse al instante. No había prisa que aconsejara levantarla del lecho, así que, conscientes de estar abreviando ese día lo menos en dos horas, respetamos su impulso natural de abrir los ojos a la luz solar. Pide disculpas cuando baja al salón aseada y vestida de calle. «Lo siento, he dormido como una criatura de pecho, sin estorbos que impidieran el descanso». Siguiendo el consejo del doctor que la trata, y el hábito adquirido, hace del desayuno una comida frugal, zumo de naranja y leche descremada con unos copos de avena. Padece algún tipo de enfermedad no identificada del todo, cuyas manifestaciones ciertas son la concentración de amilasa, bilirrubina y oligoelementos en el riego sanguíneo.

«No es mucho el exceso, pero sí suficiente para obligarme a respetar la dieta ordenada, realizando un moderado ejercicio que me ocupa una hora cada día.»

Eso nos dice a modo de advertencia, pauta obligatoria que, tenida en cuenta, iba a modificar nuestras reglas. Las personas mayores vamos aquilatando las costumbres, establecemos métodos cada vez más rígidos, nos aferramos a ellos y, sin ellos, nos creemos desprotegidos, a la intemperie. Creo conveniente reservarme, de manera temporal nada más, la exposición de ciertos argumentos físicos que avalaban nuestro parentesco. Mas lo hago silenciando la particularidad, sufrida durante años, de padecer esas mismas disfunciones y, de sentir, como

ella, vértigo, si subido a una altura, acantilado o simple escalera, se me ocurre mirar hacia abajo, profundidades mínimas inclusive.

Yo, César, en el pretérito imperfecto, me hacía preguntas referidas a la situación de mi hermana, más que nada sobre la salud, el grado de felicidad alcanzado y la bonanza o debilidad económica. Las reflexiones nocturnas, íntimas, durante estos años quedaron sin respuesta. ¿A quién inquirir que no la informara delatándome? Quise un espejo mágico que me la mostrara en su ajetreo diario, en su existencia de esposa dedicada al negocio del marido. Realizando, acaso, actividades de rica, en países cada vez más alejados y exóticos. Consulté a las aguas quietas de un estanque, pedí ayuda al arte adivinatorio que se sirve de los posos de café, a las cambiantes formas de las nubes, a los naipes caprichosos, a la suma de los dígitos correspondientes a sus fechas esenciales: nacimiento, comunión y boda. Todo inútil: ellos no sabían, no decían; y yo no hice nada más por saber.

Eran raíces adventicias mis dudas y, erradas, exploraban el aire. No se hundían en lo profundo como parece querer su desarrollo natural: rastreadoras de agua y minerales, imprescindibles nutrientes guardados en la despensa telúrica. Influyentes, decisivas para ser lo que soy, las continuas vacilaciones sobre mi propio itinerario sumaban dificultad en los tramos de mayor interés, las trayectorias de hijo y de hermano, y no tuvieron oportunidad de auxilio que mostrara la certeza o la sospecha. Una madre quise que no enfermara siendo yo un chaval confundido, un niño intimidado; una madre que no muriera tan joven. Un padre deseé que pudiera asistirme en las dificultades. Once y dieciocho años contaba cuando fallecieron, ella antes que él. La presencia de Ángela, traída por el tren de Gijón, tan nueva en mi vida, medio siglo o casi separados, desencadena en mi interior inquisitivo una sed enorme de anécdotas y testimonios. Oasis real o producto de la reverberación era el palmeral que a mí llegaba, el manantial surgido en su centro.

Guarda mi cabeza miles de recuerdos, hilachas a veces, sucesos olvidados en parte, difusos, mezclados con fábulas oídas después; baturrillo engañoso que si sirve de algo es para equivocarme. Pasado

imperfecto, como lo llamo en lo íntimo. Mi mente, materia gris sometida a presión y a elevada temperatura, buscaba sin tregua hasta asentar el dolor bajo la frente, produciendo la temida incapacidad de raciocinio. Aun así, no hallaba respuesta. Se daban las condiciones propicias para aflorar remembranzas, faltaba un hilo conductor, una clave que activase el resorte. Sin embargo, la palabra presente de Ángela no va más allá de los tópicos mil veces repetidos.

—Durante siete años te hice de madre.

Siete años, los que van de una muerte a la otra, colegial en Gijón y estudiante de periodismo en Madrid, receptor de un giro mensual para el sustento. Me enviaba el dinero acompañado de una carta excedida de recomendaciones, consejos sabidos de pe a pa, donde firmaba padre tras expresar su deseo de que aprovechara el tiempo. A veces ponía ella conferencias telefónicas salpicadas de interrupciones, y yo me perdía una de cada cuatro palabras quedándome en ayunas de lo tratado, exposición, nudo o desenlace. Rastreaba en la noticia buscando la comprensión negada, llegando a interpretaciones erróneas, tierra movediza de las ondas y los impulsos eléctricos que, en el caso de amistades o noviazgos mantenidos a distancia, originaba enfados sin motivo.

A padre, un accidente laboral se lo llevó. Eso me dijeron entonces, dejándome hilachas de incerteza. Una caída desde considerable altura, el derrumbe de unas cajas mal apiladas en cubierta, sobre las que mi padre era obligado alpinista, un asidero medio suelto al que se unía en la galerna. Cualquiera sabe. Inmolado fue, añadido a los innúmeros sacrificados en el altar de las circunstancias vitales. Las anónimas e imparciales circunstancias cotidianas, abstracción que, considerada parte del destino inexorable, oculta a los verdaderos autores. Estos son, la desidia de los obligados a prevenir, y el beneficio económico de los patronos con mayor frecuencia. No vi su último rostro, el que hubiera guardado en la memoria tiempo y tiempo. Dado lo tardío del aviso cursado por mi hermana me perdí el entierro y los funerales. Pasé unos días en Gijón. Bastantes para dejar un poder notarial sometiendo mi voluntad a la de Ángela, imprescindible, según me explicó, para

completar los trámites de la testamentaría sin tener que marearme con requerimientos.

Y dice que me hizo de madre... ¡Pura mentira! O víctima o protagonista, protagonista o víctima. En el teatro de la vida no requiere otro papel.

El seis de septiembre, víspera de su llegada, elaboré un cuestionario que pretendía seguir íntegro. De ese modo me hablaría de Llastres, el pueblo originario de la familia, mi realidad más arraigada en la memoria, los pescadores que fuimos y las vicisitudes vividas. Llastres, iglesia barroca, casas blasonadas sobre el puerto pesquero, fiestas de la arribada del bonito, en agosto. Costa abrupta, pastos, ganado, madera, legumbres, pescado. Me hablaría de Gijón, la villa de acogida, segunda patria, gente de inteligencia aguda y amante de lo suyo: geografía e historia, creciente caserío. Me interesaría, siguiendo el interés arbitrario de mi deseo, por un gato mínimo, aprendiz de cazador ensayando persecuciones con ovillos de lana. Preguntaría también por un can rabón que mordía a quien me hablara alto o se acercara a mí de improviso. Respondiendo a mis cuestiones, supuse, iba a hablar de mi primer viaje en tren, episodio que llevo grabado a fuego, acaso con errores de bulto. La oíría decir su verdad, distinta de la mía, sobre mi descubrimiento de Oviedo.

Con todo y con eso, preguntas y respuestas, no localizo a Ángela en mis memorias remotas. Resulta raro, pero no la situó a mi lado. Está madre, padre a veces, incluso Isidoro. Ella, mi hermana, sólo aparece de refilón. Nueve años mayor, transitaba veredas de un mundo complejo. Ni siquiera en los años que duró mi ausencia, tiempo en que ella se atribuye un cuidado maternal. No sé cómo la vería Isidoro en ese tiempo, pero para mí fue una carcelera distante, agente de la policía secreta que seguía mis pasos a través del correo, de la palabra raída por el defectuoso hilo telefónico.

Luego vino el enfado, la ruptura de lazos familiares, muralla levantada entre ambos que, su boda y la mía, a modo de puente o túnel, sortearon. Amnistía momentánea, breve paréntesis, inciso: así los con-

sidero. De modo que, su conocimiento sobre mi trayectoria vital, más allá de las suposiciones, resultará escaso. Menor aún si nos acercamos a temores y anhelos. No vale la pena interrogarla sobre las vivencias acumuladas durante el periodo de internado. Sería inútil perseguir en ella sentimientos que sólo yo he tenido, el influjo del huésped llamado don Sebastián, por ejemplo. Ángela, una moza ya, pendiente del efecto causado por su persona en los muchachos, iría a lo suyo despreciando lo ajeno, padres y hermanos incluidos. Más aún lo relativo al mocoso, al benjamín, un zascandil curioso y desobediente. De modo que ni mi cabeza, poco o nada rigurosa, ni mi hermana, desencadenante involuntaria de mi interés por un pasado tan rancio, pueden satisfacerlo.

Los recursos reciben su razón de ser de las necesidades. Las esperan, días, meses, años, cuanto tiempo haga falta. Resulta que yo había aprendido a leer y sabía escribir sobre papel rayado. Gustaba a don Sebastián escuchar mi exposición de los acontecimientos, dichos con mi decir incipiente. Me instaba él a escribir lo percibido sin ningún adorno. Lo que lograra impresionarme se ganaba el derecho a perdurar. La escritura fijaría con firmeza mi percepción de las cosas, de los paisajes, de las personas, de los hechos. Algún día iba a alegrarme de haberlos descrito tal cual o narrado interpretando. Y yo, guaje holgazán para lo que precisara un esfuerzo infructuoso, le hice caso hasta el punto de encontrar gusto en el ejercicio. En algún escondrijo debía de dormir el cuaderno, receptor de aquellos escritos que dan cuenta de lo acaecido, sucesos cuya importancia el tiempo calificará de excepcionales o fútiles. Peligró el relato durante lustros, mas he sido celoso de mi intimidad salvándolo del deterioro —planas garabateadas y planas en blanco— temeroso de que cualquier mudanza o limpieza a fondo lo condenaran a la hoguera. En la carpeta azul de cintas blancas, que preserva las pólizas de seguros y las escrituras notariales, la más valiosa de la casa en términos monetarios, lo encontré tras una búsqueda exhaustiva. Ignoraba por completo ese paradero.

«Mi padre es un marinero que recorre los mares en busca de pescado», había escrito con mi grafía áspera de entonces, con pala-

bras desencajadas que ahora voy encauzando, de forma que las frases resultantes digan lo que quise expresar sin conseguirlo por completo. «Va en su barco a parajes que no deben de estar muy alejados de Llastres, porque no pasan más de dos semanas desde la fecha de partida hasta la de regreso. Cuando viene, madre paga en la tienda todo lo que el tendero, Higinio, el manco, nos ha ido apuntando en su manoseada libreta acusadora, leve cuadrícula guiando el trazo de letras y números, cartilla preservada por pastas de hule negro. Los días que padre está en casa, insuficientes, se ausenta a menudo o recibe la visita de amigos, quizá compañeros, porque hablan del mar y de los peligros a que se exponen. Va y viene con alguna embajada que nadie se cree obligado a explicar a los niños. Ignoro de qué se trata, y ningún indicio lo esclarece. Tiene mi padre opiniones que los demás respetan, y hasta los más hoscos se refieren a él con cariño contagiado de lástima. Cuando regresa de las mareas me trata con el mimo que su palabra grave permite, pero intuyo que ha delegado en madre los asuntos concernientes a mi educación.

«Creo que no somos ricos, porque damos hospedaje al médico, funcionario interino que aguarda un pronto traslado a la capital. Habita la mejor habitación de la casa, soleada y con vistas al mar a través de una ventana algo chica. Es don Sebastián el huésped de quien hablo, un hombre que sabe de todo y siempre intenta instruirme. Me cuenta cosas de su tierra, habla a mis padres de mi buena cabeza. De continuar en la escuela, dice, no saldrá el rapaz del tropel; mientras que, si prosigue los estudios en un colegio de Gijón, podría llegar a ser alguien. Habrá influido la insistencia del huésped, porque a primeros del próximo octubre iré a un internado. Inquietud y contento se mezclan en mí cuando me imagino solo. Don Sebastián me tranquiliza al referirse con nostalgia a su época de estudiante. Para que sepa de qué me habla cuando se refiere al territorio de su infancia, quiere mostrarme su pueblo y me invita a las fiestas. Él se ausentó del servicio con permiso de sus jefes cuando el enredado parto de su hermana y, ahora, no podrá acompañarme como sería su gusto».

Me gustan las expresiones y la forma dada por mí a lo escrito. Supongo que no son las originales. Creo que, a lo largo del tiempo, fui haciendo correcciones más o menos profundas.

«Desde Llastres, villa donde mis antecesores se asentaron hace mil años o casi, la camioneta que recoge la leche de los vecinos nos lleva hasta el cruce de la carretera de Arriendas. En ese punto me despide el médico y yo trepo al coche de línea de la empresa Mento, arrastrando una embarazosa maleta de madera. En su interior guarda un pantalón nuevo, la blusa que exhibe en el bolsillo un áncora bordada, calzoncillo, camiseta sin mangas, los zapatos finos, un jersey de algodón por si las tardes refrescan y algunos presentes. Puedo sentarme en la primera fila, y la posición privilegiada me permite anticiparme a los aparentes peligros cerrando los ojos y encogiéndome: curvas, estrechamientos, puentes angostos sobre el curso rápido del Río Sella. Me advirtieron tanto acerca de varios aspectos, que no disfruto del recorrido como me hubiera gustado. Cangas de Onís primero, y al poco, Caño; y al poco Tornín y sus aguas medicinales. Cerca de Vis, el río Dobra entrega sus aguas al Sella, enriqueciéndolo buena parte del año. Superada la barra costera el paisaje empieza a serme ajeno. Plácido y suave al inicio, se va tornando fiero y abrupto a medida que avanza el vehículo. Don Sebastián me dio unos apuntes a modo de mapa. Por ellos me guío. Vienen después unas aldeas de hórreos llamadas Sames, Carbes y Mián. Molinos, capillas y senderos que se pierden en el paisaje florecido. En Vega de Cien se ve un campanario y, momentos después, las sólidas casonas de Argolibio, piedra bien labrada. Las laderas cubiertas de arbolado abundante, extrañas a mis ojos, me agradan sin reservas; pues tardo un buen rato en descubrir las inquietantes sombras que se internan en el monte hacia la espesura. Llegamos al desfiladero de los Beyos, paisaje configurado por manos artesanas, gigantescos canteros que, para arropar al Sella, alzan paredes verticales de roca y plantan en las cornisas arbolado valiente. De vez en cuando, como al azar, las coronas sueltan desde lo alto torrentes y manantiales que se despeñan gritando su quebrado rumor sedante».

Leerlo es como repetir el viaje. Incluso mejor, porque puedo pararme, fijándome más en lo interesante y continuar cuando quiera.

Diálogo existência experiência.

Meus poemas essenciais

Pedro Sevylla de Juana 2023

Universo de Letras Grupo Editorial Planeta 182 páginas

Dedicatória:

Aos poetas ibéricos e ibero—americanos e a seus leitores

ISBN:9788410003408

ISBN eBook:9788410005297

Minha reflexão:

Alguns escreveram para que eu lesse, e pudesse escrever para que lessem outros. Somos filhos de um pretérito, que é o da humanidade inteira e o do Universo ao completo. De uma evolução produzida seguindo regras, nas que o acaso joga um papel primordial. Poesia é beleza e equilíbrio, é síntese e ritmo. Poesia é pesquisa. Poesia é progresso. É doação é ar, é aço, é espuma, é raiz, é vigor, é embelezo

Sinopse

Diálogo existência experiência. Meus poemas essenciais, é o livro número trinta e três dos publicados por Pedro Sevylla de Juana, académico correspondente da Academia de Letras do estado de Espírito Santo ES Brasil. Eis a síntese de uma biografia de trabalho poético: vivência, leitura, reflexão e escrita. Seleção de seleções, o formam cin-

quenta e sete poemas muito diversos. Os há de uns poucos versos, e um com mais de quatrocentos. Tempo e espaço, poesia, filosofia e poética; autobiografia e ensaio, imaginação e realidade, distintas geografias; a Terra e o Universo, séculos vinte e vinte e um, a pessoa e seu experimento vital, temores e esperanças. Um contido amplo e diverso, escrito com uma primorosa linguagem poética.

Um poema do livro

INTEMPÉRIE

Dilúvio na resseca terra da fome

Com uma pena de cálamo partido,
o homem desguarnecido se acastela,
pó em água diluído,
tinta viscosa surgida da testa.

É uma pluma somente
e a branca superfície do papel
em seta, em adaga a converte;
a palavra que perfil é um ipê
lançado contra o céu inexpugnável e inclemente,
para desaguar, face e invés,
seus transbordantes recipientes.

Vão sendo as seis e o ativo povo
—do arraial alçado num córrego ressequido—
em círculos de pedra aviva o fogo,
e com a calma de quem ignora os perigos,
apressa lidas diferidas pelo breve ócio
ou despreza lembranças dos tempos idos.

Placas de lata formam tetos e paredes,
entulhos de algum derrubo, tabelas rompidas,
frágil refúgio destinado a proteger da intempérie.

O vento avisa com seu assobio ralo,
um cheiro de crisântemo vivo
vem do Norte carregado de presságios:
calaram—se os grilos
e os pardais agitados
revolteiam em círculo.

Recolhe raios o sol, embainha sua soberba,
retrocede e foge dos horizontes nublados
embutidos em armaduras pretas,
guerreiros sobre bíblicos cavalos
que manifestam uma cólera densa.

Urgidas galopadas das pernas,
a primeira gota inaugura o desconcerto,
cauta emissária das companheiras,
as que ocultam o sol fátuo e incerto
esperando instruções mais concretas.

Chove a negrura que a perspectiva afasta,
nas lindes se enleiam linhas de chegada e partida,
piscando resplendores se agita o deus da borrasca
visos perversos que agigantam as vistas,
numa tarde de verão bem bastarda.

Presto o altar, a oblação desconhece os desígnios;
procissões de nuvens chegam ao lugar dos fatos
seguindo a ordem imutável dos avisos.

As temperaturas elevadas,
necessitadas de paciência,
perfuram a barreira da exígua enramada;
os indómitos vales desfocados centelham
e desde o alto das nuvens altas
desordenadamente desce a tragédia.

Descobre o olho torvo em solitária cavalgada,
o temor oculto dos campos às ingratas sementeiras;
neste lugar o mau augúrio aguarda,
em toda parte a ferida fica aberta,
por ali chega a morte açaçapada,
suspeitada e, sem embargo, manifesta.

As gotas compõem milhões dilatados
e uma sozinha é vida no deserto,
adição do mar não desbordado;
uma gota não é perigo verdadeiro,
nem cem juntas, nem mil vezes um vaso.

Com quatro nuvens irritadas se forma uma tormenta,
três tormentas cabem em um vale,
são três os vales convergentes, e mais de quarenta
as nuvens que acumula a nuvem resultante.

Toneladas de água vai ressoprando a galerna,
ingente quantidade, mares desprendidos da altura,
uma fortuna se cai no lugar da carência:
terra resseca e esquartejada, balbuciante agricultura,
feijões, tubérculos, centeio, aveia
erva agostada e murcha,
alimento que salva da morte verdadeira
protegendo da fome uma temporada curta.

Apedrejam as nuvens com ouro a puna e a savana,
centos de milhões de onças caem no absorvente solo,
valioso pasto para milhares de vacas
que morreriam num jejum novo.

Água vai! Exclama o céu perto da porta,
e a nuvem total, o universo inteiro, as líquidas esferas,
abrem as comportas e em menos duma hora
cai destrutora a água chegada de todos os planetas.
Os pés não encontram solo, se dissolve a terra,
todo é líquido solto e sua força de arrasto,
arrasta rolando as roladas pedras.

Os ramos se desgalham de choupos e oliveiras
troncham—se os caules das plantas,
o deus da morte exige um centenar de vítimas
e a dor das sobrevivências rasgadas.

Há famílias abaixo, pessoas de todas as idades,
borbotões de sensibilidade e de ternura,
cachorros e gatos em plena liberdade,
utensílios, úteis de pesca, ferramentas rústicas,
amor à Natureza muito grande.

Se volta contra o homem o enxoval diário,
arrasa arrasado e é espada;
é martelo, é estaca, é maço;
é machado violento, é cortante navalha.

Resistem os valentes esbanjando brios
e agonizam em tentativa vã de minorar o desamparo
impelindo os mortos aos vivos
enquanto escapam os covardes ficando a salvo.

Troca-se a terra em pegajoso limo,
formam dique as lenhas e as pedras,
fixação de mares bem nutridos;
e num instante que os fados desprezam
escapam os desbordantes fluidos.

Exaltados relinchos de cavalo
das gargantas irrompem fugitivos,
bramidos de touro ensanguentado
e desgarradores gritos
nascidos do sofrimento desumano
elevam sua queixa até o divino.

É angustiosa a impotência,
e depois do instante eterno que dura a agonia,
insultam os feridos a quem executa a sentença.

A morte forma feixes de corpos:
mãos unidas às mãos,
braços suspendidos dos pescoços,
rostos pegados aos lábios,
dentes mordendo o vigor afetuoso
do amor apaixonado.

São alicerces os troncos em carne viva abertos,
suportando o peso dos muros derrubados,
dos precipitados tetos.

As lascas, incisivas como alfanjes,
e as árvores arrancadas da terra mãe,
são armas para o descomunal gigante
que vomita a água dos sete mares
sobre pessoas acostumadas ao abuso do grande.

Quando o céu aclara sua cor e o temporal decresce,
oferecendo evidências ficam os despojos:
cabeças aplastadas por pedras inocentes,
extremidades presas debaixo dos escombros,
ventres inchados sobre desnutridos ventres,
corpos oprimidos cobertos de lodo.

O lodo, o lodo, o lodo detido;
o lodo desprende de seu seio improvisado,
a expectativa de encontrar algum respiro
e o fedor dos restos demudados.

Os cadáveres descobertos pela água,
são empurrados rio abaixo,
até o espaço que acolhe na enseada,
o barro e a madeira, os calhaus rolados.

O amanhecer acorda destruído:
a batalha desigual —só um bando—
tem deixado um esplendor despido,
coberto por membros descarnados,
de impossível retorno aos caminhos.

Nos morros inclinados, nos rochedos,
nas sumidas adjacências,
nos álveos lisos dos rios secos,
alçam os párias da terra,
seus efêmeros acampamentos,
as frágeis vivendas.

E o céu castiga
sua extrema pobreza
e a ousadia.

Diversos lugares desde o ano 2011

Decimoséptimo concepto

Solo de voz en La Habana

Pedro Sevylla de Juana 2023

Universo de Letras Grupo literario Planeta 276 páginas

Dedicatoria:

A mi nieta Judith, inteligente, valerosa y reflexiva,
diecisiete años, en memoria de su expedición a Senegal.

ISBN: 9788410003842

ISBN eBook: 9788410005662

Sinopsis

Épica y lírica unidas, *Solo de voz en La Habana*, es el libro número treinta y cuatro de los publicados por Pedro Sevylla de Juana. El autor fue galardonado con el Premio Internacional Vargas Llosa de novela. La acción transcurre a finales del siglo pasado y principios de este. El protagonista, Honorio, es parte importante del coro de cantores inte-

grado por aficionados a la zarzuela, llegados de diversos lugares. Entre ellos, de un Kosovo inmerso en la guerra de los Balcanes, de la gran Argentina o de la Cuba nueva. Virgilio, el narrador, no pertenece al coro. Va a las representaciones debido a su amistad con Honorio, antiguo compañero en estudios de latín, griego y las literaturas clásicas. Escritor ya publicado, toma nota mental de todo, porque, en realidad, pretende escribir una novela, argumentada en las peripecias individuales y las relaciones originadas entre cantores.

Muestran su capacidad de avance el amor y la amistad, dos líneas paralelas que, al encontrarse, originan el infinito. En España, Estados Unidos y Cuba, avanza la trama, alcanzando una meta inalcanzable. Se trata de una catarata ascendente, de una montaña rusa literaria, de un caleidoscopio de acontecimientos en evolución. La resolución de las sucesivas incógnitas planteadas, junto al lenguaje sencillo y preciso, proporcionan estímulos para que, el lector, disfrutando de la página en curso, desee llegar a la siguiente.

Dos capítulos de este libro

CUATRO

Permanece Honorio soltero sin razón de peso. Más de cien mujeres aceptarían el anillo del matrimonio si se lo colocara mi amigo en el dedo anular. Algún beneficio ha de hallar en su celibato, diga lo que diga, cuando lo mantiene contra viento y marea. Yo me casé. Él asistió a la boda en calidad de padrino. Seguimos cultivando una amistad que nos reúne alrededor de la mesa colmada, cinco o seis veces al año. Fiestas de Navidad y cuando cualquiera de los dos necesita ayuda o consejo. A mayores, el teléfono nos relaciona en los lapsos que se suceden entre encuentros. ¡Ah!, también nos escribimos. Tal vez resulte extraño en estos tiempos. Aunque, a veces, necesitamos dejar constancia de lo pensado, atribuyéndolo determinada trascendencia que, después, se esfuma.

Hace menos de un año, entregamos a Honorio, mi esposa y yo, el talón que saldaba el pico pagado por la intervención de nuestra pequeña. A medio millón ascendía el presupuesto del mejor cirujano y, gracias a Honorio, camina sin necesidad de calzado especial. Lo supe adherido a un coro de aficionados, donde cantaba ópera y zarzuela lo mismo en medio del grupo que aislado del resto, en solos de voz muy comprometidos. Es cierto, con sus compañeros actúa en casas regionales, residencias de personas mayores y centros de acogida de emigrantes. Interviniendo, en cualquier caso, con carácter altruista, movidos por la solidaridad. A pesar de haber sido invitado en diversas oportunidades, falté a las representaciones y carezco de disculpa. Puede que su modestia haya influido en mi dejadez, incrementándola. No obstante, queda claro: la indolencia existía. La respuesta ha de ser, a más de inmediata, concluyente. Iré adonde él vaya, seré el seguidor de mayor compromiso.

—Hemos venido todos, compañero. Juana y los chicos están en el salón conquistando butacas. Nos tienes sobre ascuas. Esperamos impacientes el momento de verte y oírte en plena actuación. No pretendemos examinarte, pero resulta ineludible. Es más, estoy convencido de que, seguro de ti, deseas conocer nuestra opinión. Descuida. Aunque no entendemos mucho, podremos ser generosos siendo equitativos.

—No os imagináis cuanto me satisface teneros aquí, formando parte del público. En cuanto acabe la obra os presentaré a Rita y a su hija. Suelo hablar con ellas de mis mejores amigos. Por ello desean conoceros. Han eludido algunos compromisos y, después de la actuación, tendremos la oportunidad de charlar sin prisas.

El castillo, tras sucesivos remodelados y restauraciones, presenta un aspecto soberbio. Se trata de una fortaleza renacentista con elementos moriscos. Lo realzan altos torreones que, acogiendo en su interior otras torres menores, se yerguen coronando los cubos de los ángulos. El patio donde nos encontramos Honorio y yo, es cuadrangular. Posee, montada una sobre otra, dos galerías de arcos apoyados en columnas octogonales de gran belleza. Pertenece la fortaleza al patrimonio de la nación y, su uso, limitado a los actos oficiales, prueba el poder de las

amistades de Rita. Asistirán vecinos comarcanos a la representación, siendo un día, para ellos, de mucha fiesta.

El público va llenando los espacios disponibles. Hasta aquellos que impiden ver el escenario sin estirar el cuello. Mis hijos han tomado seis asientos: dos en la tercera fila, el resto en la cuarta. No se mueven para no perderlos. En el lugar reservado a mí, descansan las prendas sobrantes y los bolsos femeninos.

—Vamos a interpretar fragmentos de partituras muy conocidas. El segundo cuadro de *Bohemios*, obra representadísima del maestro Vives. Uno de los sainetes de *La Gran Vía*, el quinto en concreto. Escenas muy alabadas de *La Verbena de la Paloma*, compuesta por Tomás Bretón; a más de algunas de las arias más populares. Os gustará, estoy seguro. Rita dirige los ensayos con mano firme, consiguiendo que la representación lleve un fluir suave y constante, sin brincos reveladores de una procedencia tan variada. Labor de mérito, pues a los segmentos de las distintas zarzuelas se añaden, por si no fuera suficiente la dificultad, números de revista, como *Nardos* y, algún otro, perteneciente a *Las Leandras*. De no estar bien combinado, parecería el conjunto un muestrario inconexo y sin cuerpo.

Rezuma pasión. Pero, incluso valiendo su amada la cuarta parte de lo asegurado, ya vale bastante. Respecto a él, lo conozco tanto como para saber que no deja nada a medias y, poseyendo una voz potente, sus intervenciones serán memorables. No lo olvido. Gracias a su habilidad demostrada, la cuadrilla a la que se sumó en su pueblo, venció a todas las de Asturias y León en el juego de los bolos. Cuatro veranos duró un aprendizaje nacido de la nada y, al término del último, alcanzaba el magisterio. Ni los convecinos más provecos recordaban una progresión similar.

Solemos llegar, en nuestras charlas, al presente, partiendo de los recuerdos más vivos y, al futuro, persiguiendo una definición favorable a nuestros intereses. Historia y geografía nos proporcionan asuntos sin límite. Hablamos de los Picos de Europa, pues Honorio los recorre aún por senderos agrestes. De la lejana América, vasto continente

mitificado por el deseo de descubrirlo algún día, al igual que hizo su abuelo. A veces la conversación sirve de respunte a temas ya hilvanados, pero, las más, se enreda en los eternos interrogantes de solución imposible. No obstante, aquí, entre tanto trajín como nos envuelve, no vamos más allá de la función y de lo complementario.

A un hombre de edad superior a la nuestra, ágil, animoso, portador de objetos diversos asidos de forma inverosímil, ayuda mi amigo a dominar una lámpara que escapa a la presión del brazo. Se trata de Cosme, la víctima del irremediable error quirúrgico. En ese instante pide la directora a Honorio su presencia en el grupo, porque la sesión se inicia en breve. Veo entonces a Rita, enérgica mujer caribeña, descendiente de esclavos africanos. De estirpe real lo más seguro, porque camina con arrogancia y se muestra altiva. Ha de llevar ritmo en la sangre, me digo. Vibrantes melodías poblarán su cabeza para que su marcha siga ese compás: sensualidad y gracia a partes iguales. No me extraña que sus clases se coticen tanto, ni el hecho de estar tan bien amistada. Vale lo asegurado por Honorio, pienso; no la cuarta parte o la mitad sino el todo. Es una primera impresión y me aventuro, lo reconozco; aunque, para reducir hay tiempo. Viene a nosotros decidida, nos saludamos, llevándose a Honorio como si fuera de su propiedad. Al poco se hace el silencio atenuándose la intensidad de la luz. Parecen ser, en ese instante, sonido y luminosidad una misma cosa.

El escenario, un poco forzado, se abre tras los cortinones en papel de telón, mostrando al grupo completo en actitud expectante. Tosecillas nerviosas cortan su raíz cuando la mano de Rita se alza vigorosa. La veintena de gargantas comienza a difundir sus voces como bandada de pájaros perseguidora del buen tiempo. Observo a la guía dar leves instrucciones al coro. Un movimiento sencillo de la mano derecha, un imperceptible abrir y cerrar de los ojos, bastan para que el grupo la siga obediente y confiado, recibiendo un soplo de armonía y vigor. Pronta respuesta, fruto de un esfuerzo intangible por superar el presente, por elevarlo de categoría. Unos años mayor que mi amigo confiesa ser. Eso se nota. Acaso menos por efecto de su belleza, del equilibrio sereno de

un rostro bien perfilado. En él se conjugan el empuje de las olas altas movidas por la tempestad, con la calma suave de las sencillas ondas, entretenidas en perseguirse hasta la orilla. Veo, al observarla, un semblante hechicero, conciliador de la pasión de los soldados en lucha, con el sosiego de los cenobios en plena meditación. Situada en diagonal, toca el piano como lo harán los maestros, una joven, vivo retrato de la mayor. Quizá matizado por los rasgos firmes de la exuberante juventud y una mayor claridad de la piel.

Estamos ante Los coros de niñeras y barquilleros, pertenecientes a *Agua, azucarillos y aguardiente*, cuya partitura es obra de Federico Chueca. Los coros colocan la alfombra sobre la que pasarán los cuadros restantes, abriendo el arco para el desfile de las otras piezas. Se desarrollan los cantos en forma de provocación femenina y réplica masculina, demostrando que las mujeres han ensayado mejor y están más conjuntadas.

Finalizada la ejecución de ambos coros, el grupo iniciador de la sesión, entrega con suavidad a Honorio al desamparo del solista. Mi amigo es un guapo mozo. Alto y fornido. El pelo se le va encaneciendo en las sienes y, esa circunstancia, lejos de hacerle mayor, le da una apariencia de galán de cine muy apreciada por las señoras. Ahora, enamorado, temeroso del paso del tiempo, puede teñirse. *Bohemios* le permite ser uno de los personajes deseados siempre por él: Roberto, músico y compositor. De su potente garganta surge una voz robusta, impetuosa. La oigo elevarse hasta la grandeza del techado para, tras el breve encuentro con la madera, abrirse, casi tangible, descendiendo en cascada por las paredes del salón. Honorio tiene voz, una voz varonil no exenta de matices áureos, argénteos, cobrizos. Una voz rural, de mozo campesino, sincera y gallarda. Falta un trabajo conveniente de precisión, de ajustado. Sin embargo, existe suficiente materia prima y, el exceso, puede ser pulido. Me fijo en la directora, quien, sumida en un arrobado casi transparente, va con sus ojos del pentagrama al cielo oculto por el artesonado; posándolos, durante un tiempo apenas perceptible, en su tutelado. Se muestra orgullosa de la féracidad de la tierra trabajada, de la pródiga

semilla que ella esparce cada día. Abre el solista sus brazos al público, abarcando a todos y a cada uno de los asistentes: espectadores ocupantes de asiento o situados de pie. Llevo la mirada a la platea emocionada, apreciando el interés despertado por los cantores. Lo revelan los cuerpos tensos, los modos respetuosos. Sí, los espectadores van sucumbiendo al embeleso auditivo y visual. Todo sucede bajo las panoplias en cruz de unas espadas imitación de las antiguas, contrapunto visual de los paisajes bucólicos que, en forma de tapiz, a trechos visten la piedra. Descansa el solista, dando paso a las diversas voces del conjunto. El coro sigue el programa con una fidelidad ejemplar, yendo de lo más denso a lo más ligero, cediendo de nuevo el protagonismo a mi amigo, hasta llegar a los vivas y aplausos cierre del acto.

—Ellas son Rita Acosta Tamayo y Mireya Martínez Acosta, artistas geniales como habréis comprobado. Madre e hija, aunque parezcan hermanas. Excelentes personas y amigas en quien tengo puestas mis complacencias.

Se desprende un cariño sincero de las palabras de Honorio. Tras ellas se abre un paréntesis de mutismo. Es el tiempo empleado en reaccionar y, sobre el apretón de manos y los besos a los que nos entregamos, continúa mi amigo refiriéndose a nosotros para equilibrar la presentación.

—Juana y Virgilio forman la familia de la que os he hablado tanto. Unidos a vosotras completan el reducido grupo de mis amigos íntimos. Habitan un hogar, desde hace tiempo mi modelo. En él, libertad y responsabilidad van de la mano, equilibrándose.

En ese momento nombra a nuestros hijos uno por uno, dedicándoles epítetos que pretenden ser definatorios.

Pasa la gente a nuestro lado. En ese momento me descubro próximo a un imán estimulante de las miradas, los saludos, los gestos de complacencia. Rita es la piedra magnética cuando noto su influjo en los componentes del coro. Lo comprendo, posee una capacidad de dirección poco común y un ascendiente arraigado sobre las personas. Esas dos circunstancias, juntas, permiten conseguir de ellas los mayores sacrificios. Charlamos mientras nos sirven unos refrescos, dándose pronto

dos conversaciones bien diferenciadas. Rita y yo nos vamos apartando, conscientes de nuestro complementario papel de observador y observada. Viste de amarillo suave y, de su cuello —cisne de brillante oscuridad— cuelgan varios collares. Un chiste mío, compuesto al hilo de lo hablado, al que sigue una sincera risa de ella, deshace por completo el obstáculo inicial, la inercia inevitable.

Me pinta su país en pinceladas tan dulces, que suenan a vacías sin serlo. Con una palabra define a los cubanos: supersticiosos. Para corroborarlo me acota las parcelas de su tránsito, la religión y el juego. Incluso los ateos, asegura, esperan de la incredulidad la buena suerte. Hace, a continuación, recuento de las dificultades sufridas por el pueblo. Arqueo tan exhaustivo, que el dulzor anterior se torna acre, terminando por no saber, a ciencia cierta, si es o no partidaria de la Revolución. Me decido a creerla inclinada a esa vertiente, porque percibo en ella un incierto matiz de odio al corrompido tirano cuando habla de Batista. Aunque, en ese momento, ignoro de qué lado se encuentra, si junto al gobierno de Fidel o con los opositores críticos. Ha de ser una forma ambigua de lenguaje la que utiliza, nacida acaso de la necesidad de cautela.

Pasa con sencillez a entregarme aspectos de su vida, todo medido, sin expresiones sobrantes; como si hubiera ensayado lo dicho y sirviera a un plan premeditado. En su actitud percibo indicios capaces de proporcionarme asunto para la meditación, para el análisis. Su esposo, militar del más alto rango, fue sacrificado en aras de la buena imagen de un régimen al que servía con fidelidad. Traslada su interés a Mireya, a su facilidad para interpretar cualquier música, a sus relatos y poemas. Se interesa la hija por mis escritos, algunos de los cuales ha leído prestados por Honorio. Como si me recitara unas páginas bien estudiadas, leídas y releídas cien veces hasta incorporarlas a la memoria, desgrana Rita paso a paso los lances de su salida de Cuba. Su llegada a España hace una década a través de Miami, los primeros tiempos de estancia en Madrid, el hambre y el frío, las incomodidades vencidas. Intercambiamos, por último, apreciaciones casi filosóficas sobre el discurrir de

la existencia. Quedo, eso sí, convencido del fuerte desarrollo habido en sus opiniones. Las veo maduras al sol de los días, entregadas al servicio de una voluntad incólume, dispuesta a comenzar de nuevo cuantas veces sea necesario. Extraña mujer, pienso: rubí de gran valía y, sin embargo, causa de precaución por misteriosa e infrecuente.

Honorio es una persona bien relacionada. ¡Qué digo!, él odia esta expresión. En su convencimiento, muchas de las verdades con las que hoy convivimos, no son sino antiguas mentiras bien relacionadas. Acercarse a la persona más provechosa en cada oportunidad, fingir afectos, ser un chalán esclavo de las malas artes empleadas en hacer galopar al caballo de tres patas sanas, eso es, en parte, ser una persona bien relacionada. Ver los hechos desde un punto de vista codicioso, cambiar de opinión frente a lo adverso que triunfa hasta situarse a su costado, presto a la defensa de la nueva posición; eso es, en gran medida, estar bien relacionado.

No, Honorio tiene amigos. Adonde quiera volver tras una primera visita lo acogen con cariño sincero, se le entregan. Honorio presta dinero, pero no es un prestamista. No pone interés, salvo el de la ayuda, a las cantidades proporcionadas. A veces no le retornan lo prestado e, ingenuo, trata de buscar las razones que el deudor, en su desgracia, no se atreve a esgrimir. Rita, sí. Rita da la impresión de cultivar las relaciones personales. Lo hace como si se trataran de plantas en una explotación agrícola, con la esperanza de obtener, en un futuro próximo, la cosecha. Existe un exministro de cuyo conocimiento presume. Hay, entre sus amistades, un farmacéutico dueño de una botica muy concurrida por estar situada en un enclave céntrico, más tres o cuatro propietarios en firme. Incita la madre a Mireya a verse con los vástagos de personajes tan preponderantes. Es adelantar un juicio temerario, lo sé, pero la creo capaz de esperar, de esas buenas relaciones, un matrimonio fructífero para la hija. Siendo veraz, diré que me cuesta conciliar ambas formas de ser, las de Rita y Honorio, en mi cerebro dispuesto a conciliarlos.

Nos hacemos grupo para deshacerlo al instante, de modo que, durante el refresco, charlo también con Mireya. Acerca de la literatura

conversamos, de su propia obra, copiosa y diversa. Aun así, pesarosa de no poder avanzar más aprisa. Descubre, sin ambages, su admiración por el cubano Lisandro Otero, a quien, ignorante de mí, desconozco. Cita *El general a caballo*, como su mejor escrito. Entroncado en la temática de los dictadores, iniciada por Valle Inclán y desarrollada por Roa Bastos, García Márquez, Asturias o Carpentier; de donde toma elementos. Asegura que, en su obra, en las novelas *La situación* y *En ciudad semejante*, sobre todo, conoció el ambiente social del que saca sus razones el Régimen Popular, aun instaurándose. Con el protagonista de ambas, Luis Dascal, viaja a través de su propio proceso interior. Manteniendo un punto permanente de encuentro, que no se halla en lo ya hecho para mejorar la situación, sino en lo aún restante.

Este baremo, aplicado a su trabajo artístico, a su escritura, ha de producir insatisfacción constante. Se lo apunto, contestándome, que sus logros serán hijos de la necesidad o no serán. No hay divertimento en su tarea, rechaza el egoísmo. Coincidimos en la alta valoración de *La otra raya del tigre*, a su juicio la mejor novela de Pedro Gómez Valderrama. *Huasipungo*, de Jorge Icaza: libro escrito con el corazón en la frente. Me cita un párrafo del cuento *Balada de plomo y yerro*, de Guillermo Cabrera Infante, autor cuya obra admira, habiéndole visto en Madrid varias veces. Se quedó con las ganas de mantener una charla prolongada. Confiesa haber permanecido a un palmo de su espalda, a unos centímetros del brazo izquierdo, víctima de una comprensible timidez de escritora aficionada, temerosa de importunar al maestro. Ha leído *Tres tristes tigres*, que le parece una soberbia novela, vertebrada por un ritmo musical inequívocamente cubano. Siente a *La Habana para un infante difunto*, hija de una cubanidad indestructible, potenciada por el exilio, por los exilios: el exterior y el interior tomados de la mano.

De Alejo Carpentier me habla, de sus novelas *El siglo de las luces*, *El reino de este mundo* y *Ecue—Yamba—O*, leídas y releídas con placer y provecho. De Nicolás Guillén y su libro de poemas titulado *Songoro cosongo*. Para la poesía de José Martí tiene palabras de mucho elogio,

también para el teatro, incluso a la novela pone en buen lugar. Guardando algún reproche, destinado al afán adoctrinador, puesto en evidencia, en la revista mensual *La edad de oro*, dedicada a los niños de América. Alejada en lo físico de su país, su corazón se adentra buscando información, de modo que conoce la narrativa actual y la poesía. La revista, Letras Cubanas, difusora de cuatro mil ejemplares de cada número, va a publicar, confiesa con orgullo y rubor, algunos poemas y un cuento suyos. Promete entregarme una muestra de sus trabajos, pidiéndome, en justa reciprocidad, alguno mío.

Atisbo en ella, tras esta leve escarbadura, la existencia de una filosofía orientada en un sentido práctico. Contempla una trayectoria, algo borrosa, es cierto, pero inconfundible. Si la constancia persigue a la meta durante el tiempo suficiente, no tengo la menor desconfianza en que la alcanzará. A pesar de la madurez de su carácter independiente, se aprecia en Mireya la sombra de la madre. Ella lo sabe: viene de una densidad opaca, yendo, poco a poco, diluyéndose. Esta chica, me digo, está dispuesta a amar y se propone emanciparse.

VEINTE

Debo aprovechar la despedida de Isa y su familia, celebrada en el local del coro, para avanzar en la asistencia a mi amigo. En la primera de dos salitas destinadas a camerino, doy razón a Honorio de la información acopiada por mí en los últimos tiempos. Indagación coincidente, en su mayor parte, con el derrotero tomado por la novela en ciernes, cuyos protagonistas logran sorprenderme a cada instante. Es cierto, van alterando lo que, en mi imaginación, era una historia definida en sus bordes y tabiques. El pasado de las dos mujeres, madre e hija, modificado por el encubrimiento y la invención, me obliga a trabajar a manera de arqueólogo. Pues de su conocimiento preciso deriva la trama, ya que ellas y mi amigo constituyen los personajes centrales.

Cuando concluyo el relato y Honorio inicia el estudio de unas partituras, entra Mireya para hablarme del cuento titulado *Navajas*.

Es uno de los últimos escritos por mí, entregado a modo de muestra y ejemplo de mi capacidad en materia de relatos breves. Expresa elogios apenas valorados, metida como está mi cabeza en la resolución del enigma. «La narración parece, siendo histórica como es, bien documentada, creíble de principio a fin. Saboreo el estilo, muy adecuado para piezas cortas. El tempo, en su punto, ni va al galope ni se demora subiendo a las bardas». Utiliza bardas, Mireya, palabra de mi infancia y me conmueve. Quizá sea del Quijote. Satisfecho de un juicio casi coincidente con el mío, ideo una conversación abierta donde encajen sin holgura ni aprietos, las preguntas cuyas respuestas busco. El rumbo de la conversación me da pie para interesarme por su apellido y, con una naturalidad asombrosa, se confiesa Rodríguez. Cito el Martínez usado por Honorio en las presentaciones, respondiendo sin ningún recato: «¡Bah! cosas de Rita, mamá vive en su mundo.» Cuando el discurrir de la charla llega al lugar apropiado, introduzco la cuestión de la nacionalidad. Formulada con reparos la pregunta, recibo una respuesta vibrante. «Somos americanas las dos, estadounidenses siendo más precisa.» Como si tal cosa, al instante prosigue la descripción de sus gustos en materia de música, cortada por mi inciso. Pareciendo llegar a su memoria un encargo urgente, corta la exposición al final de una frase. Entonces, elevando la voz, añade a lo ya dicho: «Aunque en cuanto me atañe, estoy en trámites de recobrar mi verdadera patria, el origen perdido y, antes de un mes, ya seré cubana.»

Rechazo cualquier duda capaz de aquietarme o inquietarme. Tanto Honorio, situado a mi lado, como Rita, a dos pasos de la puerta, han oído a la fuerza lo dicho por Mireya. En vano deseo ser testigo de la aparición de la madre en el umbral para justificarse. Abrigo, por el contrario, una creencia fundada: el silencio de Rita defiende, como resorte activo, su interpretación de la realidad oída. Si es como debe ser, no estando de acuerdo, así ha de reaccionar la madre. Tomando a Honorio del brazo, lo aparta de las partituras para llevarlo a la puerta de la otra pieza, donde consigue explicarse. Desde aquí podría oírlo yo

también. Espero, pero no llegan, unas palabras dirigidas a mi amigo, con el contenido escrito a continuación: «Comprendo tu confusión, mi amor. Equivocaste el apellido de Mireya, tomando al pie de la letra mi expresión agobiada, cuando afirmé que el gobierno ajustició a mi marido. Me diste por viuda como yo me daba, pues en nuestras latitudes las condenas pueden alargarse sin fin. Los presos incómodos están expuestos a sufrir accidentes, adelantándose el término de su existencia. Pensaste que, habiendo nacido en Cuba, éramos cubanas. De esa manera discurre la normalidad, alterada por excepciones como la de nuestro caso. Razón tienes para encontrarte confuso, mi amor. Dentro de tu piel yo me sentiría pareja.»

Anhele presenciar una escena semejante, pero ninguna acción ocurre con tal rumbo u otro paralelo. Sin duda Rita se fuerza a un silencio costoso. Pues habiendo oído las confesiones de Mireya, haciéndolas suyas, en estos momentos cruciales aguanta la figura sin descomponerla ni miaja. Se muerde el labio, reservando su energía para hablar con Honorio en otro momento más íntimo, cuando en territorio aliado las condiciones sean favorables. No entiendo el silencio de mi amigo ante las revelaciones de Mireya, pues han sido imposibles de desatender por muy abismado que se hallara en la lectura. Viendo la sonrisa posada en sus labios, no me tranquilizo. Intuyo los desastres que, sin remedio, en su interior pacífico se habrán producido. Izadas techumbres, cornisas fragmentadas sobre el duro suelo, árboles cuyos troncos, quebrados de manera irregular, servirán de pasto a las llamas torciendo su vocación de muebles, ventanas o puertas.

Pasan cuatro o cinco minutos, sin asomar Rita. Lo que impide a su voz concluir la propia defensa, con una parrafada bien distinta, de contenido cercano al que ideo yo mismo: «Rodríguez se apellida Mireya y yo estoy casada. Sí, las dos afirmaciones son ciertas. A nadie dije una cosa por otra. Descubierta el error no lo aclaré, eso es verdad, me favorecería sin perjudicar a nadie. Desconozco la razón de enamorarte de mí como un chiquillo, provocando este desenlace, imposible de encaminar a la manera debida.»

Siendo el amor de Honorio sincero e irreprimible, a él dañan tus embustes: pienso responder a su inexistente expresión de disgusto, a sus excusas silentes. Deseo remediar el menoscabo infligido a mi amigo. Aunque me imagino callando mis cavilaciones, pues, en este pleito, no debo ejercer de juez ni puedo ser parte. Esa realidad me permite, no obstante, torturarme sin tasa al ver al disminuido hacerse cordero a su lado, aceptando como acepta, los despojos de atención recibidos. Sin embargo, también contemplo la posición contraria, esa acariciada realidad defendida por Juana, mi esposa.

Sigo escuchando en mi corazón a una Rita inexistente, dirigida la voz a la presencia tímida de Honorio. Interpreto con estas palabras, imaginadas por mí, lo no oído: «Cuando hace diez años cargaron de fierros a mi esposo, pretendimos quedarnos en La Habana. Aún nos desplazábamos con facilidad, estando en el derecho de visitarlo. Pero, sin ingresos, los ahorros tomaban el galope en su huida. De nuestra casa, viéndola desmoronarse como a otras de la Habana Vieja o el Vedado, hicimos lo que allá llaman una paladar. Fonda casera que proporcionaba sabrosos platillos preparados por mí, poniendo en uso una destreza desconocida. No bastaron los beneficios para abonar las clases particulares recibidas por Mireya, haciendo frente a los gastos diarios. Por eso nos vimos empujadas a alquilar la parte noble de la vivienda a un inglés, cobrada en dólares. Nosotras ocupamos las habitaciones del servicio y el patio posterior, en cuyo cobertizo situamos un fogón al resguardo de vientos y lluvias. Conocimos entonces la Libreta de Racionamiento, tan usada por otros. Buscamos la fortuna jugándonos los pesos en la bolita, lotería clandestina desplegada por todo el país. Pero la ambición creciente, logró acelerar el ritmo de la ruina.

Debido a esa situación extrema, una empresa, instalada en la isla al arrimo de la incipiente apertura comercial, nos compró la casa. Hubimos de restar al montante, el mordisco de las deudas contraídas en los abarrotes del barrio y, con el resto, pasamos a Miami. Al poco, desde Miami, llegamos a Madrid. Puente de plata nos pusieron los dirigentes. Se libraban de una loca imaginada viuda, reclamando al

estado un marido preso. De habernos quedado, un pobre bohío sería hoy nuestro hogar, yaguas y guano en un barrio pésimo.»

Ido Honorio, la realidad hace acto de presencia. Mi amigo y Mireya, sonrientes, cruzan ante la puerta de la salita donde estoy. Me llaman, pero yo, metido de lleno en el rastreo de verdades, trato de aclarar la actitud de ambos. Pasiva, de la joven frente a las figuraciones maternas, e irresponsable en él. No entra en mi arqueo de las facultades propias de Mireya el fingimiento, lo sé. Pero Rita enfila una mentira tras otra como perlas de un collar que va creciendo y creciendo, estimulada por la necesidad de una nueva pieza, justificante y protectora de las anteriores. Imagino a Mireya en continuo sobresalto. Dudando acerca de la identidad de la mentira imperante, hasta oír a su madre nombrarla, sustituta de otra a la que no ha podido tomar apego.

Suena increíble, aunque cabe la posibilidad de una Rita confesando verdad. Puede creerse las falsedades y, en esa creencia, vive. Quien desee compartir con ella el tiempo y el espacio, habrá de ir arrancando los sucesivos mantos que la cubren definiéndola. Bajo cada aspecto aparecido al desposeerla del anterior, intuirá otro, que puede no ocultar el verdadero, desconocido y atrayente. Ella los fue superponiendo como si se tratara de las camisas de una cebolla o introduciéndolos uno dentro de otro al modo de las muñecas rusas. Inventiva y verdad, de acuerdo con esa hipótesis, se hermanan en Rita; resultando imposible establecer la frontera entre ambas.

Honorio sabe mucho más de lo que admite saber, siendo Mireya la fuente de abastecimiento. La chica se sincera con Honorio cuando Honorio espera a que Rita se arregle para salir; él lo dijo. Se habrán visto a solas en otros lugares y mi amigo, tan diáfano, tan franco, no lo ha mencionado. Conoce mi indagación acerca de cualquier indicio, forma, fondo, color, aroma, tacto, sabor, capaces de llevarme a conocer lo desconocido. Cualquiera de las huellas, dedo, mano o pie, que me indique la dirección del paso. Lo sabe y no hace ademán de comentar tales encuentros, como si se gozara en mi incertidumbre. Quizá los considere inadecuados y, por vergüenza o pudor, los silencia.

Pudieron tropezar el uno con el otro sin premeditación en la Gran Vía, cuando ambos, lectores voraces, trataban de hacer acopio de textos en La Casa del Libro. Coincidencia dispuesta por el azar con el objeto de dar pie a otras posteriores, encaminadas todas ellas a un fin que me está vedado conocer. Aprovechó la muchacha la coincidencia inicial, para explicar al hombre lo que tal vez creía inexplicable, la negativa de Rita a contraer matrimonio. Fijaron más citas. La segunda tuvo lugar en la Glorieta de Carlos V, llamada de Atocha porque en la plaza muere la calle de ese rótulo. Desde allí se dominan los museos de pintura mejor provistos de todo el país. Allí convergen la Cuesta de Moyano y el Jardín Botánico. En ese lugar, por último, abre sus fauces un dragón que fagocita y regurgita miles de viajeros procedentes o destinados a cualquier ciudad de la nueva Europa. No resulta extraño que Mireya adoptara esa encrucijada como punto de encuentro, *meeting point* en su decir, para dar arranque a las conversaciones con Honorio, mañana o tarde.

Veo a la joven marchar decidida, Paseo del Prado arriba y abajo, bulevar del centro hormigueado de turistas, permitiendo que Honorio le ponga el brazo sobre los hombros con afán protector. Cualquier cosa acepta la chica, me digo, con tal de exponer al acompañante un argumento, tan escurridizo, que en un solo intento no se esclarece. Dedicar el empeño a explicar las cosas tal como se ven desde dentro. Mas, al advertir en toda su desnudez la fragilidad del hombre, su sufrimiento inhumano, es de comprender el deseo de consolarlo, tratando de endulzar el acíbar poniendo en el vaso un poco de su miel. Se encuentran por gusto, pues gozando ambos de una conversación agradable, la compañía del uno ha de disfrutarla el otro por fuerza. Mi amigo me oculta este continente novísimo, este sexto espacio de una enormidad y riqueza inabarcables.

No sé de qué alcuza extraigo yo este aceite virgen, ignoro de que alcancía vienen tales ahorros, de que gayola sale el preso; desconozco porqué razón dibujo el cuadro de tan improbables coincidencias. Doy alas a la imaginación y, la imaginación, las aprovecha lanzándose a volar por su cuenta.

Supero las exaltaciones mentales, lógicas si se tiene en cuenta mi correr sin rumbo tras una realidad cambiante. Verdad hecha a discurrir por cien cauces distintos, sirviéndose, por añadidura, de apariencias múltiples, de mil disfraces destinados a llevarme al error. Al margen de los excesos a los que me aboca mi fantasía, estoy convencido en firme de mi presente tesis: permanece Rita casada con un coronel prisionero en un penal de Cuba, que a punto está de recobrar esposa y libertad en un mismo acto. Y sospecho que Honorio lo sabe.

Padre yo de la reflexión, al fin y al cabo; soy capaz de desbaratar cualquier duda destinada a poner en tela de juicio su congruencia incuestionable. Metido de lleno en la vigilia nocturna, suelo imaginar múltiples variaciones de la forma sin modificar, ni en lo imperceptible, la esencia. Ensayo juegos malabares de esos en que los artistas lanzan tres o más pelotas al aire. Los he observado. Mantienen dos de ellas, de forma rotatoria, en contacto con las manos durante un lapso mínimo, al tiempo que las otras cortan un círculo en el aire. En vez de pelotas lanzo yo suposiciones, que una vez estudiadas se quedan en una, detenida al vuelo por mi mano derecha. Es más: sirviéndome de la intuición como contrapeso, a punto de llegar la madrugada, funámbulo aficionado, alcanzo el equilibrio sobre el alambre que une las dos orillas del barranco.

Bien mirado, ¿qué investigador más turbado sería yo, si protegiera mi creencia como el gato defiende su sardina? A pesar de la firmeza de mi teoría, dada la inexistente reacción de Rita, la realidad me despierta del letargo fecundo transformándome en el más exigente de los críticos. Analizo el método puesto a mi servicio, dedicándome a escrutar la historia valiéndome del espejo, pulida superficie de la cual recibo mi propia mirada como si llegara de fuera. Noto de esa manera a mi hallazgo falta de solidez. Muestra un cabo suelto convirtiéndolo en dudoso: el detalle trascendental de la pensión, maná caído del cielo durante años. Constituye por sí mismo este punto un problema permanente, incapaz de encaje en ninguna de las teorías que he ido elaborando. Siendo estadounidenses Mireya y Rita, resulta inverosímil, por

parte del gobierno de Cuba, consentir en pensionarlas. Por si fuera poco, Mireya adopta la nacionalidad cubana. Ahí es nada.

Me descubro solo en la salita destinada a maquillaje, comprendiendo que, mi meditación, ha sido breve, un lapso inferior a diez minutos. La fiesta celebrada para despedir a la familia kosovar en el salón de ensayos, parece alcanzar el punto más candente. La música, discos aportados por los compañeros, en particular las mujeres cubanas, crea un ámbito adecuado para la diversión. Acomodo mis interrogantes en su lugar de espera, uniéndome a quienes dan palmas haciendo corro en torno a Isa y Verónica, bailarines de una polca. En torno a Verónica y Honorio, bailando un vals. En torno a Honorio y Mireya, danzari-nes de una rumba, una habanera, un chachachá. En torno a Mireya y yo, que bailamos una guaracha. En torno a Rita y yo, trenzando un bolero. Por último, alrededor de Rita e Isa, bailadores de una mazurca. Al fin nos hacemos grupo al son de la conga, danza que da por terminada la fiesta de la despedida de Isa y sus tres mujeres.

Decimoctavo concepto

40 Autores en castellano e
português. Mis traducciones

Pedro Sevylla de Juana 2024

Universo de Letras Grupo editorial Planeta 502 páginas

Dedicatoria:

A mis nietos, Lucas, Naia, Adriana María,

Sergio, Óscar y Judith.

Alegría de vivir y expectativas fundamentadas.

ISBN: 9788410004450

ISBN eBook: 9788410004825

Sinopsis de 40 autores en castellano e português

Cervantes, Manrique, Amado, Bandeira, Bécquer, Bello, Borges, Camões, Conde, Cortázar, Darío, Drummond, Ercilla, Fagundes, Freyre, Lorca, Márquez, Hilst, Juan Ramón, Machado Assis, Machado, Carolina Maria, Martí, Meireles, Mistral, Neruda, Pagu, Bazán, Paz, Galdós, Pessoa, Queiroz, Quevedo, Regio, Saramago,

Sena, Sevylla, Silva, Valle, Vallejo, Verdaguer. El ensayo 40 autores en castellano e português. Mis traducciones, es el libro treinta y cinco de Pedro Sevylla de Juana, académico correspondiente de la Academia de Letras del estado de Espírito Santo ES Brasil. Las literaturas ibéricas e iberoamericanas han dado al mundo grandes escritores en la península, las islas y el continente americano. Escritores notables sustentados por un número elevado de lectores. Publicados los libros escritos de Pedro Sevylla, faltaba el ensayo y la traducción de los textos en las lenguas castellana y portuguesa, recogidos en la Web **sevylladejuana.com** sin orden establecido. En el libro los dispone por orden alfabético del primer apellido del autor. Inicia la lista, al margen de todo y de todos, Miguel de Cervantes, autor de una obra que es el pilar fundamental de la escritura en Occidente. Nacido Pedro Sevylla junto al Camino de Santiago, desea mostrar lo que sería el recorrido de Don Quijote y Sancho por tan transitada senda. Sigue Jorge Manrique con sus coplas inmortales. Luego, todos los demás.

La tarea de traductor

Pedro Sevylla de Juana

Este texto es mi respuesta a la petición de las universidades americanas con departamento de portugués, usuarias del libro 40 autores en castellano e portugués, para la enseñanza del idioma y la traducción. El libro recoge en los traducidos la verdadera tarea del traductor. En cada uno de los análisis individuales se da buena parte de la respuesta. La visión del lector que es el traductor, reflejada en el análisis previo, influye en la traducción.

Miguel de Cervantes Saavedra

Nació en Alcalá de Henares, provincia de Madrid el día 29 de septiembre de 1547. Murió en Madrid el día 22 de abril de 1616. Tras una vida cuajada de vicisitudes, experiencia extrema aprovechada en la obra, dio a luz un trabajo considerado como pilar fundamental de la escritura en Occidente.

En el Viaje del Parnaso (1614), hablando de sí mismo, Cervantes escribe:

«Desde mis tiernos años amé el arte
dulce de la agradable poesía,
y en ella procuré siempre agradarte».

Fui lector precoz de un libro encontrado en casa de los abuelos paternos: Don Quijote de la Mancha, Editorial Dalmáu Carles, edición muy antigua, bellísima portada y grabados interiores. En el colegio escribí mis impresiones sobre la, para mí asombrosa, vida de Miguel de Cervantes, tan ajetreada y cargada de interés. A partir de ahí, la primera parte íntegra con algunas relecturas. En la época de Juan Ramón, Neruda y Quevedo, me llenaron esos poemas llenos de Don Miguel, sonetos, redondillas, décimas, alabanzas, sátiras. Cuánta belleza hallé en ellos, qué precisión de orfebre. Por fin, la segunda parte del Quijote. Su conocimiento y mi afición de comprador de libro usado, llenaron estantes de la habitación destinada a biblioteca: primera, segunda parte, completos en uno o dos volúmenes. A su lado se asentaron las Novelas ejemplares. Con todo, volví una y otra vez al ingenioso hidalgo y caballero. Apasionado del Camino de Santiago por proximidad geográfica, sentía que Hidalgo y Escudero no lo hubieran recorrido al término de sus aventuras. Por eso, no hace mucho, escribí este poema.

Dom Quixote e Sancho no Caminho de Santiago
Poema y traducción de Pedro Sevylla de Juana

(Da resolução tomada pelo vencido cavaleiro,
de visitar Santiago durante o imposto sossego.)

*Fugindo das calçadas reais, da férvida
Altisidora que inquieta o da Mancha,
da duquesa, com o escudeiro tão atenta;
fiel dom Quixote à sua amada Dulcinea
e à sua natural Teresa Sancho Panza,
tomam em Barcelona a rota pirenaica.*

*Resolvem, escudeiro e senhor, em proveitoso diálogo,
fazer—se perdoar do Céu compassivo,
tanto os erros muitos como os muitos pecados,
percorrendo piedosos o Caminho
que leva ao sepulcro do apóstolo Santiago.*

*Foram obtidos salvo—condutos e licenças,
sem ditar —como se estila— testamento,
mochila e abóbora acomodam, saial e roseta
e em fortes bordões apoiam seu empenho.*

*Vislumbram Somport e seguem adiante,
desejoso o Cavaleiro da Figura Triste
—mais triste que nunca nesse instante—
de ver no abrupto Roncesvalles
a pegada de Roldán tão admirada
e dos conhecidos Doze Pares,
da espada em pessoa transformada,
a bem forjada Durandarte.*

*Passam as noites em claro,
porque aflige o cavaleiro a promessa absurda,
de não tomar armas durante um ano,
arrancada pelo de 'A Branca Lua.'*

*Torturam o escudeiro impedindo—o dormir,
os açoites insatisfeitos prescritos por Merlin;
única medicina contra o bruxedo da sem par Senhora,
que sendo princesa se trocou em labradora*

*De Roncesvalles partem buscando seu destino,
Dom Quixote e Sancho, inusitados peregrinos.
Trás o descarnado cavalo e o jumento pardusco,
a pé chegam por Viscarret até Pamplona,
Monreal, Estella, Nájera e Burgos.*

*Na Cidade do Cid, herói que o Engenhoso elogia,
o rústico sucumbe ao embelezo
do dispositivo que move na catedral o papa—moscas;
e assombra o fidalgo, no seu pensamento,
que das pétreas torres as pontas
não cheguem a tocar as nuvens dos Céus.*

*Açoitado Sancho pela graça do destino,
consegue da fortuna desigual
alcançar um bom partido,
pois cobra a meio real
os açoites avaliados a quartilho.*

*Cento e trinta lategadas se dá Sancho,
com áspera corda de resseco esparto.
Os moços castiga em verdade sobre seu lombo,
equilibrando assim as patadas recebidas,*

*ao recolher de um frade os despojos,
na aventura da princesa biscainha.
E o magro dom Quixote jejua
para reforçar o efeito da tunda.*

*Em Castrogeriz e em Boadilla detêm—se
e sem temer o sangue que produz o dano
pensando em dá—las aos almocreves
duzentas chicotadas se dá Sancho.*

*Em Frómista, acendidos os semblantes
ante São Martín de traça esplêndida,
segundo o esforçado andante
do românico a fábrica mestra,
cento e setenta pancadas de castigo
a quem o mantearam na pousada,
aplica Sancho no tronco amigo
que segura sua cabeça alçada.
E os dá com tanta raiva que em um ano
não poderá vingar—se de nenhum outro adversário.*

*Exalta Dom Quixote o afã posto no castigo,
do qual julgava incapaz o seu escudeiro,
de carne frouxa e espírito tranquilo;
e a baixo custo em boa hora,
mil seiscentos e cinquenta reais,
já vê em Dulcineia, deixada a aparência de pastora,
a princesa mais formosa que registram os anais.*

*O corajoso cavaleiro do olhar triste,
em Villasirga revela a quem sempre o acompanha,
que nesse povo afortunado existe
um tesouro único na Espanha.*

*Santa Maria é a templária igreja que faz de arca:
Pantocrátor, Apostolado, Anunciação, Epifania,
ao retábulo maior, aos sepulcros e à Virgem Branca
que o Rei Sábio louva em suas Cantigas.*

*Um fervedouro humano representa o Caminho.
formigam por ele gentes bem distintas:
estudantes, patifes, reis, soldados e mendigos,
que falam da Europa as diferentes línguas,
intercambiam culturas sedimento de séculos
e as bem entesouradas experiências;
enchem templos, refeitórios, hospitais e abrigos,
descansam, rezam, curam chagas, se alimentam.*

*A estepe castelhana descobrem com assombro,
campo despovoado em favor das cidades
dizimado pela peste e o imã do Mundo Novo.*

*A expulsão de judeus e mouriscos,
a Inquisição e a barbárie repressiva,
chega a ver um dom Quixote intuitivo,
fidalgo para quem o trabalho não é estigma,
entre os males que levam a Castela,
em prata americana submergida,
à dependência exterior e à pobreza.*

*Torna em Carrión o escudeiro às duras disciplinas,
e diante do magnífico Salvador da igreja de Santiago,
cento e quarenta e oito lategadas se propina,
fustigando o galeote roubador do asno.
E sem prudência alguma engolem pão e vinho,
convento de San Zoilo refeitório e claustro,
pétreos retratos de monges distinguidos.*

*Antes de entrar em Sahagún, da oitava etapa cabeceira
segundo o Codex Calixtinus no seu texto sábio,
em um hospital assentado do Valderaduey na ribeira,
alivia o escudeiro suas feridas com um bálsamo,
que sem ser o de Fierabrás obra excelências;
mas a lança atada a Rocinante não floresce,
como acontece na lenda que dom Quixote evoca,
onde o próprio Carlomagno se intromete.*

*Atravessam o Cea pelo caminho romano,
onde Panza, pensando nos reais prometidos,
duzentos cardeais acrescenta em seu espinhaço,
destinados ao maior enredador existente e existido,
conhecido em todo o mundo como Merlin o Mago;
e tomando de Mansilla das Mulas o caminho,
acercam—se a León de um só tranco.*

*Admiram de São Isidoro a trabalhada pedra,
as obras da Catedral e de São Marcos,
e na margem verde do Bernesga,
pelo menos cento e noventa lategaços
recebe queixoso o escudeiro com empenho,
posto o vingador afinco nos velhacos
que em Barataria remataram seu governo.*

*Em Rabanal diminui o desânimo que a alegria impede,
célebre Casa das Quatro Esquinas,
pois estão perto de encontrar o Rei Felipe,
peregrino entre soldados duma escolta reduzida.*

*Seguindo o uso enraizado,
na Cruz de Ferro depositam as pedras trazidas,
os rodados cantos.*

*Ponferrada, Carracedo e Villafranca,
os veem passar sobre as bestas,
a coragem decaída e muda a palavra.*

*De pão e água se alimenta o cavaleiro em despovoado
e de caldo de convento em hospitais e hospedarias,
de modo que os seus agudos traços
parecem afilar—se na comprovação diária.*

*Os açoites que enriquecem o bom Sancho
longa conta confiada à memória frágil,
brunhem o espírito deixando o corpo algo esmagado.*

*Não são despojos de encarniçada luta,
são romeiros que peregrinam a Santiago
e pastores serão quando concluem.*

*De Triacastela a Palas, na tardinha esplêndida,
desde o longínquo Monte do Gozo,
alcançam a visão da idealizada Compostela,
enchendo de lágrimas seus olhos.*

*Entram no Obradoiro como se fosse o Céu mesmo,
com idêntica humildade e devoção parceira
jubilosa sensação de prediletos.*

*O pórtico da Glória, solidez ademais de equilíbrio,
lhes entrega a catedral e as relíquias
ocorrendo ali o prodígio:
a mente de dom Quixote se equilibra
e Sancho se converte em erudito.*

*Aceitada a verdade dos que consideram mentiras
as descomunais e enredadas ocorrências
contadas nos livros de cavalaria,
Quixote e Sancho voltam à aldeia,
onde o sacerdote e o barbeiro, a ama e a sobrinha,
conhecedores do regresso, os esperam.*

Jorge Manrique

Me decidí por un poeta coterráneo para iniciar esta serie de grandes autores traducidos por mí. Busco una cierta simetría, un equilibrio flexible entre las dos culturas. ¿Quién mejor que Jorge Manrique, castellano del siglo XV? **Jorge Manrique** posee una obra singular, porque dentro de ella están las *Coplas a la muerte de su padre*, destacando, elevándose, tirando del resto hacia arriba, sumándose. Las cuarenta estrofas de las Coplas suman 480 versos. Busqué las traducciones existentes, resultando escasas. Decidí intentarlo antes de conocer las dificultades. Es cierto, lo hubiera intentado de haberlas conocido. A los setenta años, la dificultad era para mí un aliciente. Lo primero era tener un texto de partida. Tuve que formarlo a partir de las distintas ediciones existentes; las mejores, las más fieles, las más lógicas. Leí muchos de los abundantes trabajos que orientan: algunos contradictorios. Ahí está lo alcanzado: actual y respetuoso con el contenido.

La traducción debe tener en cuenta el ritmo, nacido de la métrica. No debe cambiar la forma original, sobre todo la rima. Portugués y castellano en este largo poema son más hermanos que nunca. Así lo sentí, así lo siento. Casi todas las palabras tenían equivalente en el idioma de llegada. Eso es una ventaja. Pero había que comprobar el sentido, consultando en los diccionarios de la RAE y Priberam. Había que poner las frases nuevas en el buscador, para ver si se utilizaban ahora y en qué proporción. No obstante, hay terminaciones en portugués distintas al castellano. Hay verbos que, en portugués, cambian de declinación y acaban de otra forma. La rima es consonante y casi siempre se consigue

mantenerla. La asonante no modifica apenas el sonido. El sonido: otro elemento que debo tener en cuenta; ya que la fonética en portugués es muy distinta y el poema va a ser leído. Horas dedique a resolver las dificultades, comprobando las posibles palabras existentes y buscando el encaje justo. Mensaje, métrica, ritmo y rima: el poema de poemas pasa a la lengua portuguesa.

En casos como los de **Cecília Meireles, Pagu, Carmen Conde o Manuel Bandeira**, se da una integración mayor entre traductor y escritor, se traducen sus emociones, se traslada su manera de ser. En este poema mío lo encuentro y lo señalo como ejemplo. No debemos ignorar que un escritor es, en la base, una persona. Van juntos, pero son dos. El traductor debe conocer a ambos y llevarlos juntos en su traslado.

Carmen Conde

¿Qué es Brocal?, ese libro de Carmen publicado en 1929; ¿qué es? Brocal es pensamiento y vida, es mirada traspasando objetos, personas y paisajes transparentes. Brocal está compuesto por versos y versos del primer cuarteto de imposibles sonetos. Han dicho de Carmen Conde que es la más completa poetisa en lengua castellana. En su obra, la poesía comparte existencia con la prosa. La vida, cuando sucede que el teatro es vida, lleva poesía y prosa conviviendo de manera armónica. Profundidad en Carmen, amplitud temática y voluntad de decir, de trasladar, magisterio convencido de haber preparado bien las lecciones compartidas. En Carmen: grandeza y derroche, abundancia y prodigalidad. Todo ello tan personal, que parece recién inventado. Su método, su medio de expresión, su lucidez, su enigma; el cromatismo de su decir, su liturgia, su laberinto de hallazgos. El punto de vista, ya esté arriba o abajo del acantilado, estrella o rompiente de olas; es suyo, solamente suyo, porque nadie estuvo antes allí. Siendo la más completa poetisa, creía muy justificada su admiración a otras: recordemos a Gabriela Mistral, a quien escribió el prólogo de Júbilos. Estimo que su obra es una de las que destacan, mucho y bien, dentro del panorama

literario en español del siglo XX. Acaso por eso llegó a la Real Academia Española de la Lengua, poblada exclusiva mente por varones hasta ese momento. Varones que habían rechazado antes la entrada de María Moliner, sin caérseles la cara de vergüenza. Llegó, vio e hizo. Hizo en la RAE como siempre hacía, porque su actividad en pro de la cultura, en estrecha unión con su marido, el poeta, crítico e historiador de arte Antonio Oliver, fue ejemplar e incansable. En favor de la cultura y de las personas: recordemos la ayuda inestimable entregada a Francisca Sánchez, la última mujer de Rubén Darío. Recordemos la Universidad Popular que ellos, Antonio y Carmen, impulsaron en su ciudad, siguiendo el ejemplo de la que en Segovia puso en marcha Antonio Machado. Con el apoyo de amigos y de políticos republicanos, buscaban mejorar el nivel educativo y cultura de los vecinos. Desarrollaron métodos pedagógicos innovadores, que ponían la cultura al alcance de la población obrera. Carmen y los demás, ella y los otros y los otros en ella, hilo de cobre, excelente conductor de la energía eléctrica que la utilizaba como cauce. Fue un ser apasionado, que todo lo hizo con pasión: amó, gozó, sufrió, escribió y vivió apasionadamente: El sentimiento ante la guerra de España en Carmen, es similar al que sintieron Neruda, Picasso y tantos otros; similar su reacción, sus palabras de dolor enérgico y profundo, el trazo de su pintura explicada con pocos y rotundos gritos callados, lágrimas de su corazón sangrante. Carmen Conde fue una escritora valiente. Abordaba temas que nadie había abordado, tratándolos de una manera muy suya: ternura, humor, dolor, mar, nubes, sol, amor, entrega y curiosidad sin límites.

A realidade imaginada

Poema de Pedro Sevylla de Juana escrito a Carmen Conde

*Desde a boca do poço
olhando para o interior sereno*

*vejo passar as cinzentas nuvens
descobrimdo
e tampando o céu estrelado,
reflexo da água que dorme
abaixo
sonha
e espera um milagre.*

*Abrindo portas, rompendo moldes
furando céus noturnos
fora de hora
chego.*

*Estou feito de ombreiras e janelas
caleidoscópio inquieto, surpreendente
olhos que têm visto o infinito
mãos que empunham
o raio no furor da tormenta
para domestica—o.*

*Aprendi nadar no primeiro banho
nada mais nascer da minha mãe
quando deletreava a palavra vaga—lume
lida num conto ilustrado
que alguém
pensava me presentear a véspera
de meu vigésimo quinto aniversário.*

*Tudo em mim é insólito
tudo em mim preexiste
a rosa dos ventos assinala os túmulos
dos meus antepassados vindouros
fertilizantes durante séculos e séculos
dum campo de papoulas*

*olhos serenos de quem tece urdiduras
e tramas improváveis
destinadas a reinventar o mundo
mudando de lugar
as portas de entrada e saída
nascimento e morte
emergindo das profundidades abissais
para atingir planetas capazes
de embalar a vida
e crescê—la até limites insuspeitados.*

*Sou o homem, a pessoa
o ser humano do século vinte e um:
macho e fêmea destinados a encaixar
entrantes e salientes
desejos e possibilidades
imaginação desbordada que ascende
acrescentando escadas
sobre as escadas.*

*Em ocasiões, você o sabe
Carmen, teus poemas, sinos ondeantes
como trigos recém granados
golpeiam
badalo e bronze
a solidão de algumas tardes
quietas na primavera.*

*Em momentos contados
a sincronia imprescindível salta dos balcões
à rua;
e do fundo da rua inclinada
atinge os balcões*

*semeados de gerânios a ponto de estoirar
em forma de circunlóquios purpúreos.*

*As duas vezes que nos aproximou o destino
C triplicada de Carmen Conde, nascida em Cartagena,
sucedeu o impossível;
a primeira foi na Cuesta de Moyano em Madrid
e tu ias com Antonio
esquadrinhando, esquadrinhando.*

*Nossos olhos se pararam sobre os mesmos
livros, dois concretamente:
Eternidades, editorial Renacimiento
Madrid, Barcelona, Buenos Aires;
e Azul, Valparaíso, 1888.
Te deixei a dianteira e Antonio
os comprou
sorrindo—te.*

*A segunda ocorreu um ano depois,
ou dois,
na Casita del Príncipe,
ali onde se encontraram Picasso e Neruda,
El Escorial,
por onde passo ainda sem fazer ruído
para não espantar as lembranças.*

*Íeis, Antonio e tu, com Juan Ramón
e com Darío:
quißá não eram, mas a mim me pareceram eles
os dois amigos de vocês.
Olháveis as paredes e o teto
quando eu os olhava:*

*o monte Abantos, os castanheiros desprendendo
um fruto protegido. Falamos,
imaginei, os cinco, das palavras esdrúxulas
dos signos de admiração,
em assuntos de amor um põe a cesta
e o outro põe as flores: assim foi,
es e será
embora os tempos mudem:
ouvi que dizíamos.*

*Todo isso ornado
de finíssimas gotas de orvalho a ponto
de empreender o voo, evaporadas.
Mas na verdade, por entabular conversa,
perguntei a você, só a você,
onde estava o famoso Monastério.*

*Respondeu a tua gentileza sorrindo:
esse edifício tão grande,
de pedra todo inteiro,
o que tem tantas janelas, e guarda parte
da história da Espanha dentro de seus muros:
Palácio, Panteão e Biblioteca:
esse é, pode estar seguro,
não tem perda.*

*Só por ver, Carmen, tu ingênuo sorriso,
e passado o tempo poder relembra—lo
com todo seu luminoso feitiço,
valeu a pena passar por ignaro
no lugar onde habito.*

PSdeJ, El Escorial, no seu momento.

Manuel Bandeira

Uma longa noite no Sertão

Poema de Pedro Sevylla de Juana Para Manuel Bandeira

Estrela da manhã y **Libertinagem** manuscritos
viaje de circunnavegación elíptica
más allá de Recife, Rio, Santos, São Paulo
y Rio de Janeiro nuevamente,
hasta llegar
de nuevo a Totônio Rodrigues y la calle de la União,
¿Qué hacía aquella noche
—poesía y música de la mano, pintura y poesía
caminando juntas—
Bandeira, en el Sertão, diálogo afectivo
con un escritor español y dos
investigadoras capixabas?

Pregunto:
¿qué hacía
farto do lirismo bem comportado,
do lirismo funcionário público,
deseando ser un poeta crítico y salvaje
pez emergente de las aguas abisales
fiera en las interioridades selváticas?

¿Qué hacía esa noche en el Sertão,
—sonrisa insatisfecha, mitológica mirada
autocrítica memoria—
en falsa actitud latifundista?

Soñaba yo el sueño de siempre:
la humanidad satisfecha de sus cosas;
los acaparadores devolviendo lo común,

los de arriba y los de abajo viviendo
en la misma ciudad, en el mismo barrio
y en la misma casa; comiendo
en la misma mesa la misma comida.

Soñaba yo, el sueño era mío
y Bandeira lo habitaba:

Abaixo os puristas!

Abaixo o lirismo namorador!

Abaixo o lirismo que capitula!

Siento aún el eco de sus palabras
en el pabellón de mi oído
izquierdo
—el derecho oye distorsionado—
y me sumo a su protesta, calle arriba,
cenáculo literario abajo:
—**Não quero mais saber do lirismo
que não é libertação.**

El sueño de la libertad en convivencia
con la justicia
distributiva,
y de los representantes puestos al servicio
de los representados,
era mi sueño aquella noche en el Sertão.

Discutíamos Ester Abreu y yo
sobre algunos aspectos confusos
de Don Juan, bajando
a los infiernos para surgir de nuevo:
andrógino
triunfante,
celestial.

Se desarrollaban el sueño y el ensueño
Intemporales
o con los tiempos mezclados,
en un Sertão imaginario que,
partiendo de Euclides da Cunha, Graciliano
Ramos, Guimarães Rosa
y la pesquisidora Jô Drumond,
era la suma de todos los Sertões:
arideces existenciales, aleph,
vidas secas,
horizonte detrás del horizonte,
imaginación
y utopía.

Si sucediera: pensé un instante: que Pasárgada
ocupara un extremo imaginario del Sertão?,
el correspondiente a Utopía, exempli gratia;
o al exoplaneta Gliese 581 G
donde la felicidad pende de las ramas de los árboles,
siendo el aire maná alimenticio;
y Manuel Bandeira llegara allí
num momento de fundo desânimo,
desde a casa da Rua do Curvelo
en el fondo del ánfora de su tristeza más triste:
Não sei dançar,
Meu verso é sangue,
Cai, gota a gota do coração...

Y si en ese instante
mágico y mínimo
aparecieran
Bandeira y Guimarães riendo a carcajadas...
...si así fuera

me dije,
yo me sentiría realizado.

Volví en mí al exclamar:
¡grita, ríe, vive! Manuel Bandeira;
me alegra que coincidamos en la función liberadora,
detersoria
de la poesía.

Acomódate, invité:
siéntete como en tu casa en mi sueño **sertanejo:**
não a Veneza americana
não o Recife dos Mascates,
sea en este Sertão de Sertões, gris y gélido,
voces simbolistas, parnasianas, modernistas,
sequedad en la garganta
imaginando con Ester Abreu, Jo Drumond
y conmigo,
el triunfo último de don Juan
convertido
en mujer,
valerosa hembra feminista.

Vou—me embora para Pasárgada, dijo,
mirada displicente,
manos en los bolsos vacíos:
Lá sou amigo do Rey.
Lá tenho a mulher que eu quero.

Y lo vi marchar a lo lejos, sueño adelante,
convidado por Baudelaire,
cuando el sueño despertaba en mí,
yo despertaba en el sueño
y en la escuela los libros se cerraban:

corrección del profesor Veríssimo:
Capibaribe!, Capiberibe!

En las Rimas de **Gustavo Adolfo Bécquer** se da el sentimiento, el tono que flota sobre las palabras. Me refiero a esa emoción, ese aroma, esa bruma, esa iluminación que han de incorporarse al poema en el idioma nuevo, el portugués en este caso.

¡Qué decir sobre la traducción de **Andrés Bello** al portugués! El traductor debe ir con la humildad sentida ante la ingente obra del autor, ante su enorme voluntad intelectual. Esa humildad nacida de la admiración, debe reflejarse en el conjunto. El castellano de la obra, difiere en algunos casos del actual y se debe trasladar al portugués actual. Dar ese salto sin que se note, es tarea del traductor.

Camões y Os Lusíadas. El traductor debe conocer la cultura clásica y la moderna, ha de ver lo de entonces desde el ahora. Mitología y religión unidas. La expansión de la obra a través de los tiempos y de los países, la implicación de otros autores, **Voltaire** en este caso, y su manera de ver la obra que se pasa a otro idioma.

El traductor, por tanto, no debe limitarse a la obra del autor traducido, ha de ser investigador para llegar a las causas y a las consecuencias.

Contenido del episodio correspondiente al Consejo de los Dioses, Os Lusíadas, canto primero, estrofas: de la 20 a la 41.

El Consejo de los Dioses, que se celebrará en el Olimpo por iniciativa de Júpiter, padre de los dioses, debe decidir sobre los futuros acontecimientos de Oriente. Llegan los convocados al Monte Olimpo desde sus lugares a través de la Vía Láctea, espacio por donde regresarán también cuando el Consejo termine. El Tonante quiere oír a todos su manera de ver los asuntos, más aún a quienes vienen de los Siete Cielos, esos siete planetas que tienen

nombre de dios. La cuestión principal es si se debe permitir o no que la armada portuguesa llegue a Oriente como persigue. Júpiter, desde el inicio, anuncia su buena voluntad respecto al viaje de los lusos, deseando que sean recibidos como buenos amigos en la costa africana. Da su apoyo, dice en la intervención, porque los portugueses se enfrentarán a mares desconocidos y a grandes peligros. También, porque sobre esa incursión, los Hados han decidido su llegada a término, haciendo olvidar con esa gesta las de Asírios, Persas, Griegos y Romanos.

Os Lusíadas, Canto Primero, episodio del Consejo de los Dioses
Obra de Luiz Vaz de Camões,
Traducción de Pedro Sevilla de Juana

XX

Quando os Deuses no Olimpo luminoso,
Onde o governo está da humana gente,
Se ajuntam em concílio glorioso
Sobre as cousas futuras do Oriente.
Pisando o cristalino Céu formoso,
Vêm pela Via—Láctea juntamente,
Convocados da parte do Tonante,
Pelo neto gentil do velho Atlante.

*Quando los Dioses en el Olimpo luminoso,
donde el gobierno está de humana gente,
se juntan en un consejo glorioso,
sobre las cosas futuras del Oriente.
Pisando el cristalino Cielo hermoso,
vienen por la Via Láctea juntamente,
convocados, de parte del Tonante,
por el nieto gentil del viejo Atlante.*

XXI

Deixam dos sete Céus o regimento,
Que do poder mais alto lhe foi dado,
Alto poder, que só o pensamento
Governa o Céu, a Terra, e o Mar irado.
Ali se acharam juntos num momento
Os que habitam o Arcturo congelado,
E os que o Austro tem, e as partes onde
A Aurora nasce, e o claro Sol se esconde.

*Dejan de los siete Cielos el gobierno,
que del poder más alto les fue dado,
alto poder, que sólo el pensamiento
gobierna el Cielo, la Tierra, el Mar airado.
Allí se hallaron juntos al momento
los que habitan el Arcturo congelado
y los que el Austro tienen y las partes donde
la Aurora nace y el claro Sol se esconde.*

XXII

Estava o Padre ali sublime e dino,
Que vibra os feros raios de Vulcano,
Num assento de estrelas cristalino,
Com gesto alto, severo e soberano.
Do rosto respirava um ar divino,
Que divino tornara um corpo humano;
Com uma coroa e ceptro rutilante,
De outra pedra mais clara que diamante.

*Estaba el Padre allí, sublime y digno,
que agita los fieros rayos de Vulcano,
en un asiento de estrellas cristalino,
con gesto alto, severo y soberano;*

*del rostro respiraba aire divino,
que divino tornara un cuerpo humano;
con la corona y el cetro rutilante,
de otra piedra más clara que el diamante.*

XXIII

Em luzentes assentos, marchetados
De ouro e de perlas, mais abaixo estavam
Os outros Deuses todos assentados,
Como a razão e a ordem concertavam:
Precedem os antigos mais honrados;
Mais abaixo os menores se assentavam;
Quando Júpiter alto, assim dizendo,
C'um tom de voz começa, grave e horrendo:

*En lucientes asientos, adornados
de oro y perlas, más abajo estaban
los otros Dioses, todos asentados
Como la Razón y el Orden concertaban
(preceden los antiguos, más honrados,
más abajo los menores se sentaban);
cuando Júpiter alto, así diciendo,
con un tono de voz grave y horrendo:*

XXIV

“Eternos moradores do luzente
Estelífero pólo, e claro assento,
Se do grande valor da forte gente
De Luso não perdeis o pensamento,
Deveis de ter sabido claramente,
Como é dos fados grandes certo intento,
Que por ela se esqueçam os humanos
De Assírios, Persas, Gregos e Romanos.

*«Eternos habitantes del luciente,
estrellado cielo, y claro asiento:
si del arroyo de la fuerte gente
de Luso no perdéis el pensamiento,
debéis de haber sabido claramente
que es de los magnos Hados fuerte intento
que por ella se olviden los humanos
de Asirios, Persas, Griegos y Romanos.*

XXV

“Já lhe foi (bem o vistes) concedido
C’um poder tão singelo e tão pequeno,
Tomar ao Mouro forte e guarnecido
Toda a terra, que rega o Tejo ameno:
Pois contra o Castelhana tão temido,
Sempre alcançou favor do Céu sereno.
Assim que sempre, enfim, com fama e glória,
Teve os troféus pendentes da vitória.

*«Ya le fue (bien lo visteis) concedido,
con poder tan sencillo y tan pequeño,
tomar al Moro fuerte y guarnecido
toda la tierra que riega Tajo ameno.
Pues contra el Castellano tan temido
siempre alcanzó favor del sereno Cielo:
Así que siempre, al fin, con fama y gloria,
tuvo los trofeos pendientes de victoria.*

XXVI.

“Deixo, Deuses, atrás a fama antiga,
Que coa gente de Rómulo alcançaram,
Quando com Viriato, na inimiga
Guerra romana tanto se afamaram;

Também deixo a memória, que os obriga
A grande nome, quando alevantaram
Um por seu capitão, que peregrino
Fingiu na cerva espírito divino.

*«Dejo, Dioses, atrás la fama antigua,
que con la gente de Rómulo alcanzaron,
cuando con Viriato, en la enemiga
Guerra Romana, tanto se afamaron;
también dejo la memoria a que obliga
el gran nombre, cuando alzaron
a uno como capitán, quien, peregrino,
fingió en la corza espíritu divino.»*

XXVII

“Agora vedes bem que, cometendo
O duvidoso mar num lenho leve,
Por vias nunca usadas, não temendo
De África e Noto a força, a mais se atreve:
Que havendo tanto já que as partes vendo
Onde o dia é comprido e onde breve,
Inclinam seu propósito e porfia
A ver os berços onde nasce o dia.

*«Ahora veis bien que, acometiendo
el incierto mar en barco leve,
por vías nunca usadas, no temiendo
el vigor de África y Noto, a más se atreve:
Que, sabiendo lo mucho que van viendo
donde el día es largo y donde breve,
dirigen su propósito y porfía
a ver las cunas donde nace el día.»*

XXVIII

“Prometido lhe está do Fado eterno,
Cuja alta Lei não pode ser quebrada,
Que tenham longos tempos o governo
Do mar, que vê do Sol a roxa entrada.
Nas águas têm passado o duro inverno;
A gente vem perdida e trabalhada;
Já parece bem feito que lhe seja
Mostrada a nova terra, que deseja.

*«Prometido le está del Hado eterno,
cuya alta ley no puede ser quebrada,
que tengan largos tiempos el gobierno
del mar que ve del Sol la rúbea entrada.
En las aguas han pasado el duro Invierno;
la gente viene aturdida y muy cansada;
y parece necesario que le sea
mostrada la nueva tierra que desea.*

XXIX

“E porque, como vistes, têm passados
Na viagem tão ásperos perigos,
Tantos climas e céus experimentados,
Tanto furor de ventos inimigos,
Que sejam, determino, agasalhados
Nesta costa africana, como amigos.
E tendo guarneçada a lassa frota,
Tornarão a seguir sua longa rota.”

*«Y siendo sabido que llevan pasados
del viaje tan ásperos peligros,
tantos climas y cielos soportados,
tanto furor de vientos enemigos,*

*que sean, determino, agasajados
en esta costa africana como amigos;
y, puesta a resguardo la cansada flota,
proseguirán luego su larga derrota».*

XXX

Estas palavras Júpiter dizia,
Quando os Deuses por ordem respondendo,
Na sentença um do outro diferia,
Razões diversas dando e recebendo.
O padre Baco ali não consentia
No que Júpiter disse, conhecendo
Que esquecerão seus feitos no Oriente,
Se lá passar a Lusitana gente.

*Estas palabras Júpiter decía,
cuando los Dioses, por orden respondiando,
en la sentencia uno del otro difería,
razones diversas dando y recibiendo.
El padre Baco allí no consentía
en lo que Júpiter dijo, conociendo
que olvidarán sus hechos en Oriente
si llega allá la Lusitana gente.*

XXXI

Ouvido tinha aos Fados que viria
Uma gente fortíssima de Espanha
Pelo mar alto, a qual sujeitaria
Da índia tudo quanto Dóris banha,
E com novas vitórias venceria
A fama antiga, ou sua, ou fosse estranha.
Altamente lhe dói perder a glória,
De que Nisa celebra inda a memória.

*Tenia oído a los Hados que vendría
una gente fortísima de España
por el abierto mar, la cual sujetaría
de la India todo cuánto Dóris baña,
y con nuevas victorias vencería
la fama antigua, ya suya ya extraña.
vivamente le duele perder la gloria
de que Nisa aún celebra la memoria.*

XXXII

Vê que já teve o Indo sojugado,
E nunca lhe tirou Fortuna, ou caso,
Por vencedor da Índia ser cantado
De quantos bebem a água de Parnaso.
Teme agora que seja sepultado
Seu tão célebre nome em negro vaso
D'água do esquecimento, se lá chegam
Os fortes Portugueses, que navegam.

*Ve que ya tuvo el Indo sojuzgado
y nunca le quitó Fortuna o Caso
por vencedor de la India ser cantado
de cuantos beben el agua del Parnaso.
Teme ahora que sea sepultado
su tan celebrado nombre en negro vaso
de agua del olvido, si allá llegan
los fuertes Portugueses que navegan.*

XXXIII

Sustentava contra ele Vênus bela,
Afeiçoada à gente Lusitana,
Por quantas qualidades via nela
Da antiga tão amada sua Romana;

Nos fortes corações, na grande estrela,
Que mostraram na terra Tingitana,
E na língua, na qual quando imagina,
Com pouca corrupção crê que é a Latina.

*Intervenía contra él Venus bella,
encariñada con la gente Lusitana
por cuantas cualidades veía en ella
de la antigua, tan amada, su Romana;
en los fuertes corazones, en la gran estrella
que mostraron en la tierra Tingitana,
y en la lengua, en la cual cuando imagina,
con poca adulteración ve la Latina.*

XXXIV

Estas causas moviam Citereia,
E mais, porque das Parcas claro entende
Que há de ser celebrada a clara Deia,
Onde a gente belígera se estende.
Assim que, um pela infâmia, que arreceia,
E o outro pelas honras, que pretende,
Debatem, e na porfia permanecem;
A qualquer seus amigos favorecem.

*Estas causas movían a Citerea,
y más, porque de las Parcas bien entiende
que ha de ser celebrada la clara Dea
donde la gente belígera se extiende.
Así que, uno, por la infamia, que olfatea,
y el otro, por las honras que pretende,
debaten, y en la porfía permanecen;
a cualquiera sus amigos favorecen.*

XXXV

Qual Austro fero, ou Bóreas na espessura
De silvestre arvoredado abastecida,
Rompendo os ramos vão da mata escura,
Com ímpeto e braveza desmedida;
Brama toda a montanha, o som murmura,
Rompem—se as folhas, ferve a serra erguida:
Tal andava o tumulto levantado,
Entre os Deuses, no Olimpo consagrado.

*Cual Austro fiero o Bóreas en la verdura
de silvestre arbolado abastecida,
rompiendo las ramas van de selva oscura
con ímpetu y braveza desmedida,
brama toda montaña, el sonido murmura,
se rompen las hojas, hierve la sierra erguida:
tal andaba el tumulto, levantado
entre los Dioses, en el Olimpo consagrado.*

XXXVI

Mas Marte, que da Deusa sustentava
Entre todos as partes em porfia,
Ou porque o amor antigo o obrigava,
Ou porque a gente forte o merecia,
De entre os Deuses em pé se levantava:
Merencório no gesto parecia;
O forte escudo ao colo pendurado
Deitando para trás, medonho e irado,

*Pero Marte, que de la Diosa cuidaba
entre todas las razones en porfia,
o porque el amor antiguo le obligaba,
o porque la gente fuerte lo valía,*

*de entre los Dioses en pie se levantaba:
melancólico en el gesto parecía;
el fuerte escudo, al cuello colgado,
lo acomoda atrás, fiero y airado;*

XXXVII

A viseira do elmo de diamante
Alevantando um pouco, mui seguro,
Por dar seu parecer, se pôs diante
De Júpiter, armado, forte e duro:
E dando uma pancada penetrante,
Com o conto do bastão no sólio puro,
O Céu tremeu, e Apolo, de torvado,
Um pouco a luz perdeu, como enfiado.

*La visera del yelmo de diamante
levantando un poco, muy seguro,
tratando de opinar llegó delante
de Júpiter, armado, fuerte y duro;
y dando un golpe penetrante
con el pomo del bastón en solio puro,
el Cielo tembló, y Apolo, de turbado,
perdió algo de color, como apagado;*

XXXVIII

E disse assim: “Ó Padre, a cujo império
Tudo aquilo obedece, que criaste,
Se esta gente, que busca outro hemisfério,
Cuja valia, e obras tanto amaste,
Não queres que padeçam vitupério,
Como há já tanto tempo que ordenaste,
Não ouças mais, pois és juiz direito,
Razões de quem parece que é suspeito.

*Y dijo así: «Ó Padre, a cuyo imperio
todo aquello obedece que creaste:
si esta gente que busca otro hemisferio,
cuya valía y obras tanto amaste,
no quieres que padezca vituperio,
como hace tanto tiempo que ordenaste,
no oigas más, pues eres árbitro juicioso,
razones de quien parece sospechoso.*

XXXIX

“Que, se aqui a razão se não mostrasse
Vencida do temor demasiado,
Bem fora que aqui Baco os sustentasse,
Pois que de Luso vem, seu tão privado;
Mas esta tenção sua agora passe,
Porque enfim vem de estômago danado;
Que nunca tirará alheia inveja
O bem, que outrem merece, e o Céu deseja.

*«Que, si aquí la razón no se mostrase
vencida del temor demasiado,
bien fuera que Baco los amparase,
pues que de Luso vienen, su buen privado;
mas este intento suyo ahora pase,
pues llega de estómago dañado;
que nunca borraré ajena avaricia
lo que otro merece y el Cielo codicia.*

XL

“E tu, Padre de grande fortaleza,
Da determinação, que tens tomada,
Não tornes por detrás, pois é fraqueza
Desistir—se da cousa começada.

Mercúrio, pois excede em ligeireza
Ao vento leve, e à seta bem talhada,
Lhe vá mostrar a terra, onde se informe
Da índia, e onde a gente se reforme.”

*«Y tú, Padre de gran fortaleza,
de la determinación que tienes tomada
no retrocedas ya, pues es flaqueza
desistir de la cosa comenzada.
Mercurio, pues excede en ligereza
al viento leve y a la flecha bien tallada,
va a mostrarle la tierra donde se informe
de la India, y donde la gente se reforme».*

XLI

Como isto disse, o Padre poderoso,
A cabeça inclinando, consentiu
No que disse Mavorte valeroso,
E néctar sobre todos esparziu.
Pelo caminho Lácteo glorioso
Logo cada um dos Deuses se partiu,
Fazendo seus reais acatamentos,
Para os determinados aposentos.

*Como esto dijo, el Padre poderoso,
la cabeza inclinando, consintió
en lo que dijo Mavorte valeroso
y néctar sobre todos esparció.
Por el camino Lácteo tan glorioso
cada uno de los Dioses se marchó,
realizando sus reales tratamientos,
hacia los determinados aposentos.*

Punto de Partida Edición de Nápoles 1730

Carlos Drummond de Andrade me sirve para señalar la enorme importancia de comprobar el original de partida. Ha de ser el auténtico. Se dan casos de dificultad. Sirva mi poema sobre esta traducción como ejemplo.

Trabalhos do tradutor

Pedro Sevylla de Juana

*Tinha trazido ao castelhano
desde o idioma português vários centos
de poemas, filhos de muito diferentes
bardos;
por isso me atrevi com um dos grandes:
Carlos Drummond
de Andrade e seu audaz
e celebrado
'A Máquina do Mundo';
pilar do Modernismo neste
Brasil
de meus desvelos.*

**“...se foi miudamente recompondo,
enquanto eu, avaliando o que perdera,
seguia vagaroso, de mão pensas.”**

Cheguei ao ponto morto,
certamente,
na postrema estrofe, pedra angular
e fechamento do poema.
Mas stricto sensu
a dificuldade,

insuperável então,
de mão pensas
premeditada falta de concordância do autor
estava nas três palavras
últimas.

**“Y como mis pies palparan suavemente
una carretera de Minas, empedrada,
y en la aldaba de la tarde una campana ronca...”**

*Me animou o princípio, o confesso,
e me crendo
capaz de o traduzir inteiro
continuei carregado
de otimismo contagioso:*

**“...la máquina del mundo se entreabrió
para quien de romperla ya se arrepentía
y solo por haberlo imaginado lagrimaba.”**

*Presentia a minha imodéstia
algum inconveniente
dos considerados menores.*

Nada y nadie iban a suponer obstáculo bastante
para que, mi fuerza expresiva, expresara
—raíz y tallo nutriéndose, armonía encadenada—
lo mucho que mi inteligencia compartía.

**“Arrancó suntuosa y reservada,
sin emitir un sonido considerado impuro
ni un resplandor mayor que el soportable...”**

Progresivos
sonido y movimiento, amanecían
martes y miércoles unidos,
jueves y viernes de la mano
y yo me las prometía
tan felices.

*Desconhecendo ainda
o que agora sei, minha intuição
apagava: **Se abriu**, para escrever
em seu lugar: **Arrancó**:
palavra—chave.*

**“...esa exégesis integral de la vida
ese vínculo inicial y único
que no llegas a interpretar pues tan arisco...”**

Filosofía, metafísica, teosofía, naturalismo,
sociología, sicología: entiendo al hombre
en su conjunto y en las partes:
homo homini lupus; amor, primera fuerza
metafórica:
estoy bien preparado:
me dije: exégesis sin duda tiene ahí su hueco.
¿Sé adonde voy?: Creo conocer el sendero.

**“..y la gloria de los dioses y el imponente
sentimiento de muerte, que florece,
en el mástil de la existencia más gloriosa...”**

*Exultante estava e convencido
de minhas instáveis reservas, ente eu
que se autoalimenta
alimentando a própria dúvida;*

*já, sexta—feira dia nove,
pouco antes
das duas da manhã,
desconhecendo que numa noite de insônia
posterior,
o labirinto de **mão pensas**
pensando e repensando
me ia mostrar sua saída.*

**“...como olvidados credos requeridos
pronto y vibrantes no se dispusieran
a colorear de nuevo la cara neutra...”**

Presto y fremente:

pronto y vibrantes: pluralizo;
*mas **mão pensas** segue martelando a minha cabeça
porque perguntado o discernimento,
temporalmente viageiro, não
me pode fechar uma mão,
nem o dicionário Priberam, sempre tão
atento a minhas necessidades;
recorro a Mario
também Andrade de apelido,
a suas cartas cruzadas com Carlos,
e não está nelas a saída.*

Al sentido común voy, último recurso,
y de su respuesta rauda y precavida,
minucioso análisis de las palabras,
infero una posición de duda sobre la fiabilidad
del texto de partida.
Incorporo la incertidumbre a las posibles soluciones;
y decido escribir: **“olvidados credos requeridos”**

como versión del verso al que,
por el momento, llego.

**“...pasara a dirigir mi voluntad
que, ya de por sí inestable, se cerraba
semejante a esas flores indecisas...”**

*Descobria admirável o nexo literário,
o ritmo, a paixão,
a veemência sujeitada; mas na amanhecida
me intrigava mais ainda
o sentido exato que o poeta
quis dar às indômitas palavras
de mão pensas, sua concreção abstrata.*

Me encontraba en punto muerto
esperando una resurrección imposible
o un entierro profiláctico, cuando
la primera luz de la alborada, en otra noche,
avivó mi mente trasladándome,
infante, a mi pueblo;
*época agitada do traçado
dessa breve estrada que vai de Valdepero
a Valdeolmillos:
povos limítrofes separados pelos montes
de azinheiras.*

Allí el burrero y su reata de asnos,
serones repletos de rocas;

allí los pedreros, que
con sus martillos largos
machacaban peñas, alisando;

allí los peones con sus paladas de tierra,
allí la máquina aplanadora,
apisonadora por buen nombre:
férreo cilindro macizo la rueda delantera
destinada a compactar el suelo,
transformando
tierra y piedra sueltas
en calzada resistente.
Isso era, aí estava o quid.

*Esclarecido e esclarecedor
compreendi que podia retirar da engrenagem o pau
na tradução de «A Máquina do Mundo».*

La acompasada voz silente de la cachazuda máquina,
vino a mí: atrás y adelante, adelante y atrás,
guiada por un operario experimentado,
sutil e inteligente, haciéndose preguntas y respuestas,
iluminado en la noche
por un fanal sereno,
y en los descansos muchos
bajaba a tierra para palpar con el pie el empedrado
o apoyaba, pensativo, en el timón
los brazos cruzados, las manos sobrepuestas,
observando los trajines de los demás oficios
desarrollados a sus pies.

*Ainda habitava eu a dúvida, quando Carlos Machado,
poeta difusor de poetas, grande pesquisador
de Drummond
com firme conhecimento de causa,
me enviou o carinhoso e esclarecedor aviso:*

*“Essa falta de concordância não existe:”
as edições certas incluem o “s” de mãos.*

*Assim que eu havia sofrido sem razão verdadeira
porque nesse verso postreiro
Drummond escreveu
inequivocamente:
seguia vagaroso, de mãos pensas.*

Saturados de murmullos: **“hálito, eco
o simple sacudida”**, mis oídos internos,
lleno yo de un vigor intuitivo
destinado a seguir vertiendo
al castellano
esas **“verdades más altas que tantos
monumentos erigidos a la verdad;”**
*esclarecido o mistério das três robustas palavras,
últimas do vibrante poema,
adotei a decisão de o terminár assim:*

**“...poco a poco se fue recomponiendo,
mientras yo, valorando lo perdido,
permanecía indolente, mano sobre mano.”**

En la **Araucana de Ercilla** se dan lo ibérico y lo iberoamericano unidos, mi gran pasión. Como en **Camões, Voltaire** analiza el gran poema épico y traduzco su análisis del francés. Es Voltaire, nada menos. Pero Voltaire también ha de ser analizado para dar importancia o no a lo dicho sobre el autor que traducimos. Voy a su obra y por Adrien—Jean—Quintin Beuchot, editor de sus obras completas, sé que las circunstancias de las publicaciones antes y ahora fueron parejas.

Dice así:

Advertencia:

«Este ensayo sobre la Poesía Épica, de la que el ensayo sobre las Guerras Civiles debía formar parte, fue compuesto por Voltaire para servir de introducción a su *Henriade*. El autor lo escribió y lo dio a la imprenta en inglés, se lo mandó traducir al francés al abad Desfontaines, quien cometió un buen número de erratas; de las que Voltaire se quejó en repetidas ocasiones.

El abad Desfontaines pretendió no ser el autor de la traducción, pues se la atribuía al conde de Plélo; llegando a decir que Voltaire no escribió su libro en inglés, sino en francés y que después de haberlo traducido al inglés, se lo dio a corregir a su maestro de inglés. Voltaire no dejó sin réplica esas afirmaciones, que eran tardías, porque, en 1732, la traducción del ensayo, con el nombre del abad Desfontaines había sido imprimida después de la *Henriade*. La traducción del ensayo se imprimió en París con esta advertencia, también traducida del inglés».

Se ha dicho que la poesía resulta de traducción más compleja que la prosa. Bueno, puede ser así, no lo pongo en duda. Aunque, a mí, como escritor, ensayista y poeta, me gusta traducir poesía. En la poesía soy más completo. Creativo, claro. Tan creativo como lo sería el autor si hubiera escrito el poema en el nuevo idioma. Profundizar en la persona y en la obra del autor resulta imprescindible. Debo admitirlo: traducíéndome a mí, recreo. Modificando, luego, el original en castellano.

Hilda Hilst fue hija sola. Yo también. Estudió en un internado. Yo también. Eso me ayuda al traducirla. Se siente incomprendida. Escribe: La gente nunca sabe nada/ sobre el otro.

En algún momento escribí: Me gustó tanto y tanto la poesía de **Juan Ramón Jiménez**, leído en profundidad durante el curso Pre-universitario en Madrid que, durante un buen tiempo, fue mi mayor referencia poética.

Después lo fue, también, **Neruda**. Hasta que quise contarlos al inicio de ser lo que soy: Tratar como grandes las cosas pequeñas, tratar como pequeñas las cosas grandes.

Traduciendo a **Antonio Machado** tengo en cuenta que el poema en curso presenta solo la forma y el modo de ese momento. Otros poemas son originados por otras miradas y otros convencimientos.

Visité una favela brasileña de noche, con dos amigos, pasando un rato de conversación en algunas viviendas. Todo ello para acercarme a **Carolina Maria de Jesus**.

Cierre:

Muestro aquí lo aportado por mí a la traducción, pero es más lo recibido de ella, lectura exhaustiva complementaria de la lectura primera. Descubro en mí, a diario, una característica primordial, la búsqueda de la mejora en los actos, escritura incluida por delante de todo lo demás. Esa particularidad me hace trabajador incansable. De ahí llego a la diversidad de actividades: me inicié en el teatro. *Mi mar de margaritas*, es la única conservada de las piezas breves escritas en los años de Valladolid.

Biografia

Escritor ibérico e ibero-americano, acadêmico correspondente da Academia de Letras no Estado do Espírito Santo em Brasil e galardoado, entre outros, com o Prêmio Internacional Vargas Llosa de romance, Pedro Sevylla de Juana nasceu em plena agricultura de terra sequeira. Foi onde se juntam a Terra de Campos e El Cerrato; em Valdepero, província de Palencia e Espanha. A economia dos recursos esperando tempos piores, ajustou seu comportamento. Com a intenção de entender os maiores, aprendeu a ler aos três anos. Aos nove, começou seus estudos no internato do colégio La Salle de Palencia. Em Madrid cursou os superiores. Para explicar suas razões, logo iniciou-se na escrita. Já perto dos oitenta, apesar dos inconvenientes físicos e mentais, transita a etapa de maior liberdade e ousadia. Lhe obrigam muito poucas responsabilidades e sujeita medos e esperanças.

Morou em Valdepero, Palencia, Valladolid, Barcelona e Madrid; passando temporadas em Cornualha, Genebra, Estoril, Tãnger, Paris, Amsterdã, Havana, Villeneuve sur Lot e Vitória ES, Brasil. Publicitário, conferencista, tradutor, articulista, poeta, ensaísta, editor, pesquisador, crítico e narrador; publicou trinta e seis livros, e colabora com várias revistas da Europa e América, tanto em língua espanhola como portuguesa. Trabalhos seus integram oito antologias internacionais. Reside em El Escorial, dedicado a suas paixões mais arraigadas: viver, ler, refletir e escrever.

Índice

Primer concepto	9
Introducción de Cesáreo Gutiérrez Cortés	9
Apuntes biográficos de Pedro	11
Biografía.....	12
Segundo concepto	13
Otros datos de su trayectoria.....	13
Referencias vitales complementarias.....	17
Tercer concepto	21
Datos de la edición y escritos de cada uno de sus libros	21
El hombre en el camino.....	22
Cuarto Concepto	41
Relatos de piel y de palabra	41
Poemas de ida y vuelta	44
Mil versos de amor a Aipa	47
Quinto concepto	55
Somera investigación sobre una enfermedad muy extendida	55
El hombre fue primero, la soledad vino después	60
Sexto concepto	73
Madrid, 1985 (Tierra de labor bajo el asfalto).....	73
Añara (Crónica de un amor inacabado)	81

Séptimo concepto	93
Relato breve de los increíbles sucesos ocurridos en el Principado	93
Pedro Demonio y otros relatos.....	98
Octavo concepto	105
En defensa de Paulino.....	106
El dulce calvario de la señorita Salus	111
En torno a Valdepero.....	113
Noveno concepto	123
La deriva del hombre	123
La musa de Picasso	125
Décimo concepto	147
Ad Memoriam	147
Del elevado vuelo del halcón	152
Undécimo concepto.....	165
La pasión de la señorita Salus	165
Trayectoria y eclipse.....	166
La boca del infierno	169
Pasión y muerte de la señorita Salus.....	172
Eclipse de los tiempos.....	173
Las mujeres del sacerdote	175
Duodécimo concepto	189
Brasil Sístoles y diástoles / Brasil Sístoles e diástoles	189
Imago Universi Mei	194
Los gozosos amores de Virginia Boinder y Pablo Céspedes	211
El Destino y la señorita Salus	218
Decimotercer concepto.....	227
24 Cuentos pluscuamperfectos	227
Decimocuarto concepto	253
Amor en el río de la vida.....	253
Dos capítulos de este libro.....	254
Decimoquinto concepto.....	271
O Coração da Medusa.....	271
Dos días de boda en Francia.....	305

Decimosexto concepto.....	317
Intimidades largo tiempo ocultadas.....	317
Diálogo existência experiência. Meus poemas essenciais	336
Decimoséptimo concepto.....	343
Solo de voz en La Habana	343
Decimooctavo concepto	361
40 Autores en castellano e português. Mis traducciones	361
La tarea de traductor	362
Biografía.....	405

